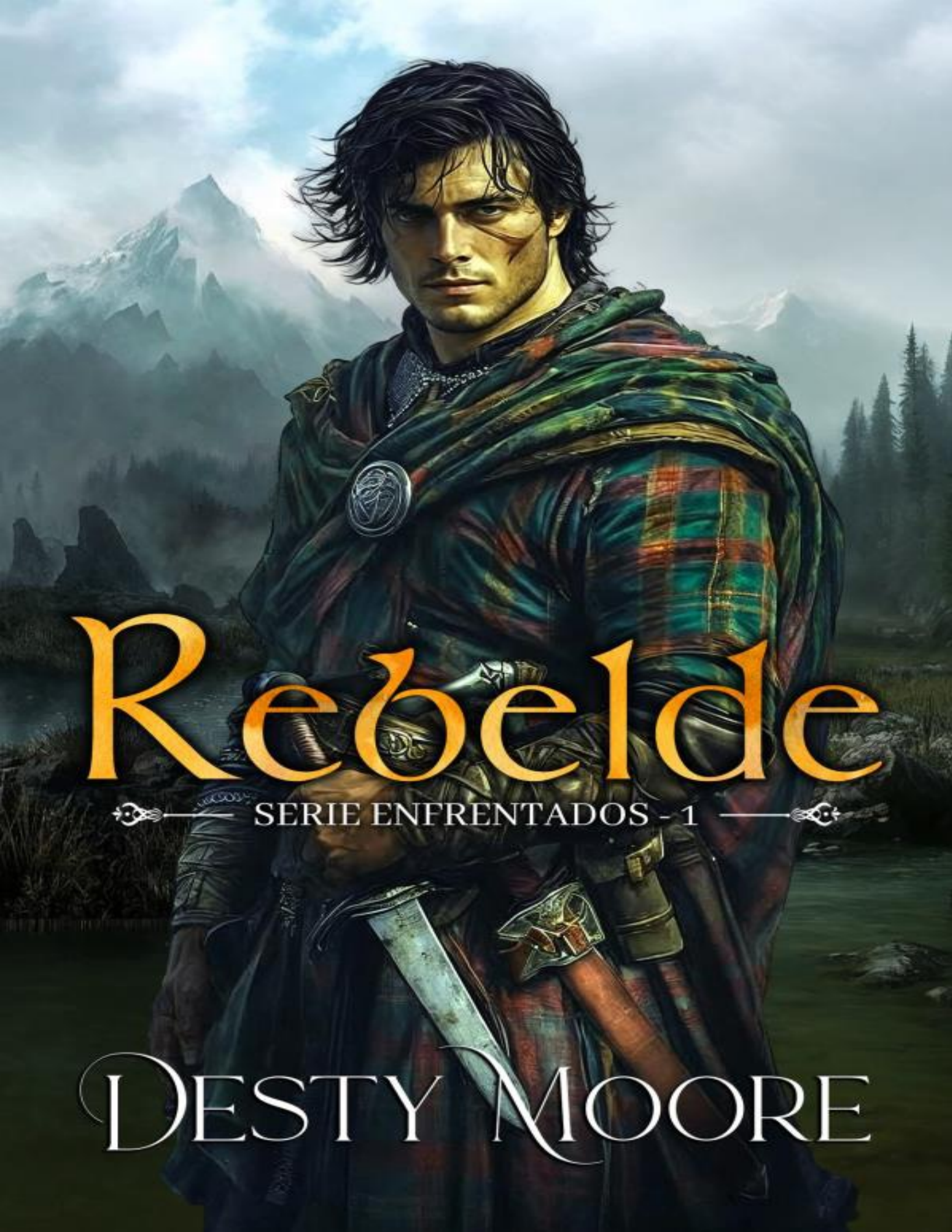

Rebelde
SERIE ENFRENTADOS - 1
DESTY MOORE

Rebelde

❊Serie Enfrentados,1 ❊

DESTY MOORE



©DESTY MOORE

Primera edición, 2025

Novela Histórica

Todos los derechos reservados.



Se vieron forzados a contraer matrimonio, pero nadie podría obligarles a enamorarse

Tras la batalla de Culloden Moor, Escocia se divide en dos y Caitlin McFarlane pasa a ser considerada una traidora ante Inglaterra. Ahora, tras la muerte de buena parte de su familia, no solo será despojada de su hogar y verá hecho prisionero a su hermano pequeño, sino que tendrá que contraer matrimonio con un aristócrata escocés leal a la corona, borracho, vividor y cobarde.

El nuevo marqués de Lockhart es considerado un petimetre derrochador, pero Liam MacTavish esconde un peligroso secreto que debe mantener oculto a toda costa. Sobre todo, a su nueva esposa, una mujer que despierta un deseo traicionero en su ser y que podría poner en peligro su vida.

¿Podrá mantener apartada a Caitlin para que no descubra sus secretos?

Índice

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
Epílogo
Siguiente libro de la serie

Prólogo

Escocia, 1746

Tanta sangre.

Liam no volvería a temer al infierno, porque ahora estaba en él.

El tronar de los cañones, el choque de las espadas, los gritos. Los gemidos. *Dios mío, los gemidos de los moribundos.* Excepto que Dios, como era evidente, había abandonado esta extensión de páramo y ciénaga llamada Culloden. Y los gritos le perseguirían hasta el día de su muerte.

Sólo unos minutos después del asalto de la tarde, el páramo de brezo estaba empapado de sangre. Los hombres heridos en el suelo estaban siendo sistemáticamente masacrados, y los que cojeaban fuera del campo de batalla eran abatidos.

Liam había sido bien entrenado. Ya había matado a varios hombres que habían intentado matarle a él. Hace menos de una hora que la batalla había prácticamente terminado, pero la matanza continuaba brutal, despiadada, pero él no quería formar parte de ello.

—¡Sin cuartel! —Oyó que la orden de Cumberland pasaba de un hombre a otro—. ¡Sin cuartel!

Dejó caer su espada empapada en sangre y se paró en medio de la muerte, entonces oyó un gemido detrás de él. Un hombre vestido a cuadros MacClary yacía desplomado a pocos metros de él. La sangre manaba de una herida en su pecho y de sus labios burbujeaba una espuma rosada.

—Agua, —susurró el MacClary.

Oyó que su padre le gritaba.

—Acaba con él.

Pero Liam no pudo. En lugar de eso, se agachó junto al hombre y le ofreció su jarra en los labios, dejando que el agua goteara en la boca del hombre. Pasaron varias gotas, pero fue empujado por su hermano, Sean, y antes de que pudiera reaccionar, una espada se clavó en el pecho del hombre.

—¡Sin cuartel! —Su hermano acudió a la llamada, la lujuria asesina oscureciendo sus ojos, enrojeciendo un rostro ya rojo de sangre.

Con horror, Liam miró a su hermano mayor. Liam había sido criado por una familia inglesa y le habían enseñado caballerosidad, pero ese día no había ninguna. Oyó los gritos de las mujeres al otro lado de la colina -las seguidoras del campamento- y se le encogió el corazón,

mientras oía la amarga palabra que su hermano le dirigía.

—Cobarde.

Liam se dio la vuelta y se alejó del páramo, sabiendo que no podía hacer nada para detener la matanza pero negándose por más tiempo a ser cómplice de un asesinato.

—¡Liam! —Oyó la voz de su padre—. Maldito sea tu pellejo, ¡vuelve!

Las maldiciones y amenazas de su padre no significaban nada. Tampoco la burla de cobarde de su hermano. Él no iba a formar parte de la continua matanza en la que clanes enteros caían ante la artillería del rey, en la que la fuerza bruta se encontraba con algo con gentes sin recursos, y los andrajosos restos eran abatidos en retirada.

Nunca había visto tanto valor como el desplegado por los Highlanders. Sabía que estaba en el bando equivocado, lo había sabido, de hecho, desde que le llegó el mensaje a Edimburgo ordenándole que regresara a casa, a Lockhart.

Pero después de que el pariente de su padre, lord Gregory MacTavish, se declarara neutral y se pusiera en contra de los que se unían al príncipe Charles, el padre de Liam llevó a su propia rama de la familia a unirse al duque de Cumberland, que le prometió tierras y favores.

Liam había pensado muy poco en la lealtad y el honor. Había odiado Lockhart y toda la crueldad que había conocido allí. Había abandonado el lugar, sin un centavo, para abrirse camino en Edimburgo, donde unas manos rápidas y un ingenio listo le habían proporcionado unos buenos ingresos en las casas de juego y un lecho dispuesto de damas tanto altas como bajas. Su familia no había esperado nada de él, y él estuvo a la altura de sus expectativas.

Pero ni siquiera él podía ignorar la llamada a las armas. Al menos, no sin ser desheredado o sin ser llamado cobarde. No había estado dispuesto a arriesgarse a lo primero, y era demasiado orgulloso para lo segundo. Por un breve momento, incluso había pensado que tal vez habría honor de por medio.

Hoy no había honor por ningún lado.

Aún sonaba el choque de las armas. Las pequeñas batallas continuaban, pero el resultado estaba claro. Los Highlanders estaban siendo diezmados, un clan detrás de otro, por fuerzas abrumadoramente superiores. Había oído la orden de Cumberland de matar a todos los jacobitas y, por Dios, él no iba a ser uno de los verdugos de Cumberland. Había cenado, apostado y bebido con muchos de esos montañeses hacía unos meses, cuando el príncipe Charlie había ocupado Edimburgo. ¿Cuántos de ellos yacían muertos ahora?

Liam apenas podía respirar. Había llegado a pensar que no tenía corazón, que se lo habían endurecido los años de abusos de su padre. Le habían humillado por su inutilidad durante tanto tiempo y con tanto fervor que había llegado a creerlo, pero ahora pensaba que su corazón no iba a aguantar y se acabaría rompiendo; antes sólo se había escondido de todo.

—Liam, maldita sea, vuelve.

Oyó las voces pero siguió alejándose de su clan. Ignoró sus maldiciones y sus requerimientos.

Llegó a una colina y miró hacia abajo. Había soldados con uniformes rojos por todas partes. Algunos robaban a los muertos, otros daban el golpe de gracia a los caídos. Su tartana estaba tiesa de sangre, y sus brazos, y probablemente su cara, manchados de ella. Se quitó el

bonete con su escarapela negra, el color del rey, y lo arrojó al suelo. Siguió alejándose, hacia los caballos que llevaban varios hombres con uniformes británicos.

Encontró su propia montura, un gran caballo castrado gris.

—¿Va a montarlo, señor? —le preguntó uno de los hombres.

—Aplastemos a esos bastardos jacobitas, —dijo otro con orgullo, con los ojos brillantes de sed de sangre a pesar de que su capa no estaba manchada y su espada no había sido probada.

Liam no contestó. Subió a la silla de montar y guió al caballo lejos de los sonidos del campo de batalla, hacia un arroyo que sabía que corría claro desde las colinas. Quería lavarse la sangre de las manos, aunque sabía que nunca la lavaría de su alma.

Vio a lo lejos a los jacobitas en retirada. Aún podía oír los gritos y gemidos del páramo mientras apretaba las rodillas e impulsaba a su caballo al trote. Cabalgó durante una hora, quizás más, antes de acercarse a las tierras de MacTavish. Se abrió camino a través del áspero paisaje de matorral ralo y roca dura hacia un arroyo sin sangre. Allí había una cabaña de caza, una que utilizaba cuando necesitaba un santuario. Era un lugar donde podía lavar la sangre de su cuerpo.

Al acercarse al arroyo, oyó un grito y galopó hacia él, deteniendo su caballo cuando vio a las tres mujeres y los dos niños. Obviamente, tres soldados británicos los habían sacado de la choza de paja. Antes de que pudiera llegar hasta ellos, uno de los soldados clavó una bayoneta a una mujer mayor mientras otra más joven se inclinaba sobre un niño pequeño, cubriendo su cuerpo con el suyo.

—¡Quietos! —gritó Liam mientras se acercaba al galope.

Los tres soldados levantaron la vista, sus ojos se dirigieron a su cabeza para determinar si era el hombre del rey o un jacobita. Era muy consciente de su ausencia de bonete mientras los soldados se preparaban para un ataque. La sospecha ensombrecía sus rostros.

Se sentía desnudo sin la espada que había abandonado en el campo de batalla, pero sacó su pistola del cinto, plenamente consciente de que sólo tenía una carga. Tenía eso y su puñal. Nada más. Excepto furia.

—El enemigo está sobre las colinas, —dijo secamente.

—El duque dijo que debíamos matar a cualquier rebelde, hombre o mujer.

—Yo digo lo contrario, —dijo Liam mientras veía a una mujer acurrucarse sobre la mujer caída, y a la otra acunando a los niños en sus faldas.

—¿Eres un rebelde mostrando tu trasero?

—No, —dijo Liam uniformemente—, pero les sugiero que vuelvan con los demás.

—No hasta que me dé una vuelta, —dijo uno de los hombres, extendiendo el brazo y agarrando a la mujer más joven, tirando de ella hacia él.

Liam se dio cuenta de que estaba cometiendo traición, que podía ser juzgado y ahorcado por interferir con las órdenes de Cumberland. No le importó. Seguía oyendo el sonido de disparos lejanos y miró a los soldados con desprecio. Estos hombres no estaban en un campo de batalla. Estaban escabulléndose, buscando violar y saquear a los más débiles. Temía que muchos más merodearan por estas colinas, de hecho por todas las colinas de Escocia, en las próximas semanas.

—Quítele las manos de encima. —Incluso él reconoció la amenaza en sus palabras. Sus rodillas se apretaron alrededor del caballo cuando soltó las riendas y su mano izquierda se llevó al costado para coger el puñal de su cinturón. Apenas notó que su sporran se soltaba, derramando su contenido por el suelo.

Uno de los soldados retrocedió, apuntando con su propia pistola, mientras otro sacaba su espada de la vaina. El tercer hombre siguió sujetando a la mujer, mientras los dos niños se aferraban a sus faldas.

Liam disparó su pistola contra el soldado que sostenía el arma de fuego, y observó con satisfacción cómo el hombre caía; no tenía ninguna reserva en matar a aquellos hombres. Liberó las piernas de los estribos y saltó sobre el segundo soldado, apuntando con su puñal al pecho del hombre. El hombre esquivó el golpe, y con más agilidad de la que Liam creía posible blandió su espada. La hoja atravesó el brazo de Liam.

Ignorando el repentino dolor, hizo tropezar a su atacante y envió al hombre al suelo. Su pie atrapó la mano que sostenía la espada. Se agachó y la cogió justo cuando oyó un grito de mujer detrás de él.

Se giró para ver cómo el tercer hombre la soltaba y arremetía contra él con el puñal en alto. Blandió la espada, desgarró el pecho del hombre y lo vio caer, luego se volvió hacia el hombre que estaba en el suelo.

Maldiciendo, el segundo soldado intentó sacarse el puñal del cinturón.

—Yo no haría eso, —dijo Liam, colocando la punta de la espada en la garganta del hombre —. Coge a tu amigo y vete de aquí.

Sabía que podía estar firmando su propia sentencia de muerte. No llevaba ningún bonete que significara su lealtad, pero bien podría ser identificado más tarde. Sólo podía esperar que la sangre, el sudor y la barba de días lo protegieran, pero ya no tenía estómago para matar.

El soldado miró la punta de la espada que permanecía cerca de su garganta y asintió, pero el odio brillaba en sus ojos. Lentamente, con cuidado, se levantó, sus ojos obviamente marcando el rostro de Liam; lo recordaría.

Liam observó cómo la mirada del soldado se posaba en el hombre al que habían disparado y que, obviamente, estaba muerto. Luego se inclinó y ayudó a levantarse a su compañero herido, y ambos retrocedieron a trompicones hacia el páramo.

Liam esperó hasta que se alejaron y estuvieron a una distancia segura, y se volvió hacia las mujeres. La mayor le miró con ojos firmes. Sus hijos aún se agarraban a sus faldas; uno miraba fijamente con grandes ojos marrones, la otra, una niña, lloraba en voz baja.

—Que Dios le bendiga, señor, —dijo.

La otra mujer se arrodilló junto a la anciana muerta y se puso de pie mirando a Liam. Sus ojos oscuros ardían de furia.

—La han matado.

—Debe huir de aquí, —dijo Liam.

—Es un jacobita. —Era una afirmación, no una pregunta. Su tartán, lo sabía, era anodino. Podría haber pertenecido a cualquier número de clanes.

—No importa quién soy. Los jacobitas han perdido. ¿Cómo ha llegado hasta aquí...?

—Soy Iona Sinclaire. Esta es mi cuñada, Jeannie. Mi marido y su hermano están con el príncipe Charlie y vinimos con ellos, pero nos echaron al amanecer. Creo que temía... que pudiéramos estar en peligro. ¿Puede decirnos algo sobre ellos?

La sangre en su ropa bien podía ser la de su marido. El conocimiento pesaba sobre él como una roca. Quería tranquilizarles, pero no podía. Pocos hombres vivirían la matanza y sus secuelas.

Su silencio parecía respuesta suficiente. Las mujeres se retorcieron las manos, sus rostros envejecidos por la comprensión.

—Tenemos que ir con ellos, —dijo Iona.

—No, —aseguró Liam con dureza—. ¿Dónde está su hogar?

—Al norte.

Maldijo para sus adentros mientras miraba a su alrededor.

—¿No tienen caballos?

—Nos trasladábamos con el ejército.

Tragó saliva con fuerza. Había oído todas las órdenes. Cumberland quería matar a todos los jacobitas. Incluso las mujeres y los niños, no quería que quedara ni uno para volver a levantar el estandarte jacobita contra su hermano, el rey.

Liam sacudió la cabeza.

—¿Tienen amigos a los que puedan acudir? ¿Hombres del clan?

La mujer más joven habló entonces.

—Me quedaré y buscaré a mi marido.

—¿Y los niños? ¿Desea sacrificarlos también, señora? ¿Cree que su marido querría eso?

Los brazos de Iona rodearon a los niños y los aferró a ella.

—No pueden quedarse aquí, —dijo—. Las tropas de Cumberland recorrerán la campiña. Lo mejor sería que fueran a una cueva que hay en lo alto de esa colina. Les mostraré el camino y enviaré a alguien con comida. Cuando sea seguro, encontraremos la forma de llevarles de vuelta a su clan.

—¿Por qué hace esto? —La mujer mayor le miró con suspicacia.

—Porque me conviene, —dijo—. ¿Desea mi protección o no? —Su respuesta fue mucho más cortante de lo que había pretendido. Nunca había pretendido esta... implicación tampoco, pero no podía permitir que mujeres y niños fueran cazados como animales. Seguramente perdería su alma si lo hiciera.

Las dos mujeres se miraron, luego a los niños. La madre asintió a regañadientes.

Los dos soldados eran ahora sólo manchas. Se movían con la velocidad de las tortugas, pero se movían y pronto enviarían a alguien tras los jacobitas.

No quedaba mucho tiempo.

Se agachó y recogió la sporran. Una baraja de cartas se había desparramado por el suelo. Se había entretenido con esas cartas durante la interminable espera de la batalla, y se había llevado sumas no pequeñas de sus compañeros de clan.

Liam recogió las cartas. El rey de picas estaba sentado encima de la baraja.

—¿Quién es usted? —preguntó la mujer mayor.

—Eso es algo que preferiría guardarme para mí, —respondió.

—Entonces, ¿cómo...?

—A quien yo envíe llevará esto —dijo, y su pulgar envió la carta volando por los aires hacia ella.

Ella la cogió, sus ojos se dirigieron a la cara de la misma.

—El Rey negro, —observó en voz baja.

—Sí, —contestó él, luego cogió las riendas de su caballo y lo condujo hacia donde estaba el desamparado grupo.

—No puedo dejarla, —dijo la mujer mayor, mirando a la muerta.

—Me ocuparé de darle un entierro decente, —dijo Liam—. Se lo prometo, pero ahora debe salvarse a sí misma y a sus hijos.

Ella vaciló, luego le permitió que la ayudara a subir al caballo. Levantó a los dos niños. La mujer mayor tendría que caminar, al igual que él, pero la cueva no estaba lejos. Él se movía con rapidez, pero la mujer mayor le seguía el ritmo como podía. Treinta minutos después habían llegado a la cueva, y él los condujo adentro, luego cubrió la abertura con maleza, y les dejó su jarra y la avena que había llevado consigo.

—No más de dos días, —dijo— y alguien vendrá. No lo olviden...

A través de la tenue luz, la mujer mayor sonrió.

—No lo haremos, ni olvidaremos al Rey negro.

1

Liam nunca había querido ser laird.

Hoy lo deseaba aún menos.

Pero estaba ante la tumba de su padre en una tarde fría, húmeda y lúgubre, mientras los miembros del clan MacTavish se despedían de su laird. Ni siquiera las gaitas señalaron el entierro de su padre. Después de Culloden, su uso había sido mal visto por Cumberland y el rey George, y había rumores de que se prohibirían por completo.

Sabía que debería sentir pena, pero no la sentía, sólo un leve pesar. Su padre lo había odiado, y lo demostró cada día de su vida. Si la herencia y el título no hubieran estado vinculados, Liam no dudaba de que lo habría desheredado.

Habían pasado casi dos meses desde la batalla de Culloden Moor. Su hermano, Sean, había muerto primero, sucumbiendo finalmente a una fiebre persistente tras recibir una herida menor. Irónicamente, se la había infligido su propia espada cuando perseguía a un Highlander y había tropezado con un cadáver. El padre de Liam murió dos semanas después durante una cabalgada nocturna, salvaje y furiosa, a través de las colinas. Al parecer, había sido golpeado por una rama baja y lo encontraron a la mañana siguiente con el cuello roto.

Liam sabía que los ojos de su clan estaban puestos en él. Ninguno se alegraba de que fuera a convertirse en el nuevo marqués de Lockhart. Su padre había hecho evidente su desprecio por su hijo menor, sobre todo después de Culloden, y no le había dirigido la palabra después de que Sean cayera enfermo.

Y ahora Lockhart era de Liam, pero él no lo quería.

Sin embargo, había otros que sí, incluido su primo Malcom, que lo miraba con el ceño fruncido por encima de la tumba. Liam sabía que Malcom estaba deseando que fuera él quien estuviera en esa tumba y no el viejo laird.

Bueno, tendrá que esperar su turno, Liam tenía sus propios planes en ese momento. Se frotó la cara, ahora bien afeitada, como lo había estado desde Culloden. También se había cortado el pelo corto y actualmente llevaba una peluca inglesa empolvada, con el pelo bien atado por detrás con una cinta llamativa. En las últimas semanas se había convertido aún más en el dandi, utilizando sus ganancias del juego para comprar trews y chalecos de colores brillantes. Esta mañana llevaba uno de color púrpura oscuro en honor a su padre, mientras que los demás dolientes, al menos los que podían permitírselo, vestían de negro.

El nuevo marqués de Lockhart podía hacer lo que le viniera en gana. Hasta cierto punto.

Sabía que habría sido repudiado después de Culloden si no hubiera reaparecido en el campo de batalla a última hora de la tarde con una herida y el cuento de haber perseguido a unos montañeses. Su padre no le había creído, pero tampoco podía llamarle cobarde y mentiroso sin

mancillar su propia reputación, así que había permitido que Liam regresara a casa. Preocupado por su hijo mayor, el marqués había ignorado el hecho de que su hijo menor dedicaba la mayor parte de su tiempo a gastar dinero y a acostarse con una vasalla. Nada había importado salvo el heredero.

Ahora Liam era el heredero, y su padre no podía hacer nada al respecto.

Bajaron el ataúd a la tumba y le pusieron una pala en las manos. Obedientemente, echó tierra en el agujero, oyendo el ruido sordo de los terrones sobre la madera. De nuevo, sintió un fugaz pesar, no por el hombre, sino por el hambre de aceptación de un niño pequeño, una aceptación nunca concedida.

Se volvió y miró hacia el Lockhart, sus frías piedras parecían desamparadas bajo la lluvia constante. Luego miró los rostros insatisfechos de los miembros del clan que le rodeaban. Sólo una cara parecía remotamente amistosa, y pertenecía a un hombre que no era exactamente del clan. Gavin Graham era el herrero del pueblo. Había quedado huérfano de niño, abandonado a su suerte o a morir de hambre como Dios quisiera. Liam no tenía más que diez años cuando lo había encontrado cazando furtivamente, un delito de horca; pero en lugar de entregarlo, había convencido al herrero para que lo tomara como aprendiz. Gavin había sido pequeño de muchacho, y el blanco de chistes y bromas. Liam, otro forastero, le había enseñado a leer y escribir y le había protegido; la amistad continuó incluso después de que Liam fuera acogido por una familia inglesa.

Malcom se le acercó.

—Cumberland quiere que algunos de nuestros hombres ayuden a registrar la zona en busca de jacobitas.

Liam era muy consciente de la petición. Incluso su padre había refunfuñado al respecto. Liam recordaba ahora las palabras de su padre: “Ya se llevaron a mi muchacho”, había dicho. No hay más, no les daré más hombres.

—Mi padre se opuso a enviarle más hombres.

—Han renovado la petición ahora que el hombre, que se hace llamar el Rey negro, está ayudando a los jacobitas en su huida.

—Un mito, un cuento. Nada más, —dijo Liam—. Si enviamos hombres tras un fantasma, entonces le damos credibilidad.

—Algunos de nuestros hombres desean ir. Creen que su hermano debe ser vengado.

Liam enarcó una ceja.

—No fue una espada enemiga la que le mató. —El rostro de Malcom no cambió—. Fue al servicio de nuestro rey.

Liam no estaba dispuesto a entrar en una discusión con su primo, cuyo contenido bien podría ser malinterpretado y difundido primero entre el clan y luego al duque de Cumberland.

—Obedecimos a Cumberland y luchamos a su lado, yo mismo fui herido y nuestra obligación ha terminado. Si usted siente una, entonces debe hacer lo que quiera, pero no os llevaréis ni el caballo ni el arma de MacTavish.

Se dio la vuelta y caminó hacia la casa de la torre. Sabía que cincuenta pares de ojos

estaban sobre él, observando y sopesando lo que hacía. A algunos les gustaría su edicto, pues no muchos querían dejar más tiempo a sus esposas y sus campos para luchar de nuevo contra sus compatriotas escoceses, pero otros lo llamarían cobardía.

Su posición como líder del clan era precaria, aunque como marqués nadie podía quitarle su título y sus tierras, excepto el rey, que también podía tomar la cabeza de Liam.

La actividad en la casa de la torre era frenética. Había ordenado preparar un banquete para los combatientes con copiosas cantidades de cerveza y otros licores. Tenía necesidad de cabezas embrolladas esta noche, sobre todo cuando la torre estaba tan llena.

Entró en la casa de la torre. El aroma de la carne asada impregnaba el piso inferior y la enorme sala de banquetes. Como heredero, él daría los brindis esta noche. Contempló la enorme chimenea al fondo de la sala y los tapices que colgaban de las paredes laterales. La larga mesa ya había sido engalanada con copas y platos de peltre. Por primera vez se sentaría a la cabecera de la mesa.

Y haría el ridículo.

Sintió, más que oyó, la presencia de otra persona. Se volvió.

—Gavin, —reconoció.

—Milord, —respondió Gavin.

—Llegaré tarde esta noche.

Gavin asintió en señal de comprensión.

—Se lo haré saber a... nuestros amigos.

Liam asintió.

—Diles que el Rey negro en persona los llevará a Buckie.

—¿Es eso prudente?

—Estaré disfrazado, nunca reconocerán al Marqués de Lockhart.

Gavin siguió dudando.

—Además, ¿cuándo he sido prudente

Gavin sonrió.

—Puede contar conmigo, milord.

—Nuestros amigos están un poco asustados, y no puedo culparles. Cumberland ha ofrecido una fuerte recompensa por cualquiera de los McArthur. No confiarán en un extraño.

—Puedo ir en su lugar...

—No tienes la habilidad de convertirte en otras personas, como yo. Debo ir esta noche, asegúrate de que nuestros huéspedes están contentos.

—He añadido un poco de la magia de Leana a la cerveza. Tendrán las mentes embotadas por la mañana.

—Entonces puedes decirles que tengo una resaca horrible y desearles buena suerte.

Las pesadas pisadas de botas sobre el suelo de piedra interrumpieron su discurso. Los

hombres empezaron a agolparse en la gran sala, cada uno de ellos dirigiéndose a las jarras de cerveza.

Liam se aseguró de que la jarra de cerveza que tenía a su lado no se vaciara y estuviera siempre bien llena. Bebió gloriosamente durante la comida, sus brindis fueron cada vez más elaborados a medida que avanzaba la noche. Finalmente se desplomó sobre la mesa, y Gavin y otro hombre lo arrastraron hasta su habitación.

Dos horas más tarde, el gran salón estaba lleno de ronquidos. Liam bajó las escaleras sin ser observado. Tenía otros asuntos más importantes para esta noche.



—¡Vienen los jinetes!

Liam rodó fuera de la cama ante la advertencia y miró al exterior. Debía ser mediodía.

Hacía ya tres meses que era marqués y cuatro que era el Rey negro. La doble vida le estaba agotando. Pasaba la mitad del tiempo cabalgando de noche por el país, la otra mitad aparentando estar de juerga, apostando y bebiendo. Había entregado la gestión diaria de Lockhart a su primo Malcom, que lo miraba con desprecio. A Liam eso le importaba un bledo, sólo le importaba el hecho de que Malcom tuviera talentos que él no tenía.

Se puso unos calzones y un elegante manto y salió de la cámara. Dando largas zancadas, Liam recorrió rápidamente el vestíbulo y se encaró hacia la entrada. Tres jinetes con uniforme británico ya habían desmontado y se dirigían al interior.

—Tenemos un mensaje para el marqués.

Liam siempre se sentía más que desconcertado al oír su título. Seguía sin relacionarlo consigo mismo. Nada de eso parecía real. Había sido el hijo marginado, prácticamente un bastardo, pues ciertamente había sido tratado como tal estos últimos treinta años.

—Yo soy el marqués de Lockhart, —dijo.

—El duque de Cumberland os envía este mensaje. Me ha pedido que le lleve una respuesta de vuelta.

Liam cogió el trozo de pergamino sellado.

—Les invito a esperar dentro, hay cerveza y comida en abundancia. Haré que los dirijan al salón.

El sargento parecía agradecido.

—Muy agradecidos, milord, —dijo mientras entraban en el gran salón.

Malcom se había ido, por lo que Liam fue a la cocina y ordenó a uno de los sirvientes de cocina que llevaran comida y bebida al salón, y salió hacia el establo. Hoy era el día que Gavin pasaba en Lockhart, tenía una herrería en un pueblo cercano, pero pasaba un día a la semana aquí, herrando caballos y reparando aperos.

Estaba de pie fuera del establo cuando entró Liam.

—Los vi entrar a caballo, —dijo.

—Un mensaje personal de Cumberland. Ven conmigo a inspeccionar los caballos, —respondió Liam. Los dos entraron en el establo y Liam miró a su alrededor.

—Ya no hay nadie aquí, —dijo Gavin—. Ned fue a espiar a los soldados, a recoger alguna información, y el joven Jamie está ejercitando un caballo.

—Veamos pues qué quiere ahora el maldito bastardo. —Liam se apoyó en una caballeriza, rompió el sello de lacre y leyó rápidamente el contenido. Sintió como se le apretaba el estómago. Se le ordenaba casarse con una muchacha jacobita, una MacFarlane, y, como dote, recibiría un nuevo título y dos importantes propiedades junto con todas sus rentas.

Sin pronunciar palabra, entregó el mensaje a Gavin. Las cejas de su amigo se arquearon inquisitivamente.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó dejando atrás los formalismos al estar ellos dos a solas.

—¿Qué haría el marqués de Lockhart? ¿El derrochador que siempre está necesitado de dinero y que no piensa en nadie más que en sí mismo?

Gavin suspiró pesadamente.

—¿Sabes algo de ella?

—No, pero si es jacobita, querrá este matrimonio tan poco como yo. No puedo imaginar cómo podría estar de acuerdo.

—Seguramente no tenga otra opción.

—Maldita sea. Dice por orden del rey, pero Cumberland está detrás de esto.

—Obviamente cree que te hace un favor. Te está ofreciendo una gran cantidad de tierras y otro título.

—A cambio de casarme con una moza que probablemente tenga los dientes largos y esté dispuesta a apuñalarme por la espalda a la primera oportunidad que tenga, —replicó Liam, incapaz de mantener la ira en su voz.

—A no ser que hayas estado cortejando a otra persona...

—Sí, pero no lo he hecho. Tenía muy poco que ofrecer a cualquier mujer hasta ahora. Ahora tengo la soga al cuello, o algo peor. —Liam volvió a coger la carta y la leyó de nuevo—. El maldito bastardo quiere una respuesta inmediata.

—Si te niegas, se preguntará por qué. Es una dote más que generosa.

—¿Y casarme con una mujer que probablemente me despreciará?

—Creo que eso es un asunto indiferente para Cumberland. Sólo me sorprende que sea con una muchacha jacobita, especialmente una MacFarlane. Parece decidido a acabar con cualquier resto de los rebeldes. Debe haber un interés personal que no conocemos.

—Lo que la hace aún más peligrosa, —reflexionó Liam.

—Siempre puedes decir que no puedes casarte con un jacobita.

—Sí, —dijo Liam—. Puedo hacerlo, pero si Cumberland me presiona...

—Y con una dote tan grande, y una petición del rey a través de Cumberland, no puedes

decir que no sin levantar sospechas de ser más que...

—¿Un despilfarrador y un tonto?

—Así es.

—Veamos cuánto desea realmente este matrimonio. Le responderé que no puedo casarme con una rebelde. Ellos fueron responsables, después de todo, de la muerte de mi padre y mi hermano. Tal vez eso le satisfaga.

—Quizás, —dijo Gavin dubitativo.

—A Leana también podría afectarle, —dijo Liam—. Mi... devaneo con una vasalla puede no convenir a una nueva esposa.

—Sí, —dijo Gavin con cuidado.

—Maldita sea, —dijo Liam—. ¿Por qué ahora?

—Porque eres uno de los pocos leales sin ataduras, imagino, y esta muchacha es importante para el rey por alguna razón. Quizá nunca sepamos por qué.

Liam se preocupó por eso. ¿Por qué iba a ser tan importante? Ciertamente, Cumberland había mostrado poca misericordia hacia cualquier jacobita. ¿Un favor de algún lord inglés? Conocía el nombre de la dama, y no había oído ningún escándalo relacionado con ella. Si hubiera sido una gran belleza, con toda seguridad también habría oído hablar de ello, así que eliminó inmediatamente esa posibilidad. Entonces, ¿qué tenía de importante la dama para que Cumberland quisiera protegerla mediante el matrimonio con una familia leal al rey inglés?

No tenía sentido, y a él no le gustaban las cosas sin sentido. No ahora.

Y desde luego no le gustaba la idea de casarse con una desconocida. Pero, ¿podía permitirse la ira de Cumberland?

—Escribiré una respuesta. Es posible que pueda demostrarle a Cumberland que no es una buena idea, que no podría aceptar a una jacobita en mi casa.

—Merece la pena intentarlo, —dijo Gavin, pero su expresión no albergaba muchas esperanzas en la idea.

Tampoco Liam.



Caitlin MacFarlane se quedó atónita ante la intimidante presencia de Cumberland.

—¿Casarse? —Odiaba el temblor que oía en su voz. Lo odiaba casi tanto como despreciaba al hombre que tenía delante, intentando doblegarla a su voluntad—. Pero yo estaba prometida…

—Con un hombre muerto, milady, —dijo Cumberland secamente y sin simpatía—. Era un traidor. Como tú eres una traidora, y tu hermano también.

Ella no se estremeció ante esa descripción de sí misma, pero escalofríos recorrieron su

espalda al oír la amenaza para su hermano. Sólo tenía once años, pero tenía el valor y la boca de un muchacho mucho mayor. Ya había insultado a Cumberland, llamándole perro sarnoso antes de que Caitlin pudiera sacarle de la habitación. Ella había estado de acuerdo con esa apreciación, pero sabía que sus vidas estaban en juego.

Caitlin miró alrededor de los muros del castillo, que se había convertido en una prisión. La habían traído a Rosemeare con su hermano y la habían retenido en una habitación de la torre a la espera de que Cumberland se la llevara. Sus dos hermanos mayores habían muerto en Culloden, y sólo quedaba su hermano menor para llevar el nombre de su rama de la familia. Pero quedaba poco de los MacFarlane, sus haciendas habían sido confiscadas, y los miembros de su clan asesinados o cazados.

Su prometido, Magnus MacIntosh, había muerto en Culloden. Pensó en Magnus: alto y feroz, incluso un poco aterrador, aunque siempre había sido amable con ella. No era un matrimonio por amor, pero ella le había tenido cariño y no se había opuesto a los esponsales que había concertado su hermano mayor. Magnus había sido todo guerrero, todo coraje. Un hombre, y un líder, digno de admiración.

Se aguantó las lágrimas. Aún no había permitido que cayera una, ni cuando se había enterado de la muerte de sus hermanos, ni cuando los hombres de Cumberland los sacaron de su hogar y quemaron a todos los miembros de su clan. Ni cuando se había enterado de la muerte de Magnus. Ella sería tan fuerte como cualquiera de los hombres de su familia. Ella no mostraría, no podría mostrar debilidad.

—Eres afortunada, Caitlin, —dijo Cumberland—. Tienes un amigo en la corte que me pidió que cuidara de ti, pero las órdenes del rey son muy claras. No quiere más levantamientos jacobitas, y los que sobrevivan sólo podrán hacerlo sometiéndose a su voluntad. —Sus ojos oscuros la atravesaron—. ¿Lo entiendes?

Ella tragó la bilis que tenía en la garganta. Tenía que proteger a Miles, sin importar el coste para ella.

—El rey ha elegido un esposo para ti, —dijo Cumberland—, el marqués de Lockhart. Su familia luchó bien en Culloden. Tengo entendido que es un hombre dúctil.

Dúctil. Débil. Un traidor no al rey, sino a todos los valientes que lucharon por el príncipe Charlie.

—¿Aprueba él a una novia que nunca ha visto? —preguntó ella, esperando contra toda esperanza que no lo hiciera. Ella no era una belleza, ni tenía dote ahora.

—El rey está haciendo que merezca la pena, —dijo Cumberland con suficiencia—. Recibirá haciendas confiscadas. Los MacTavish las guardarán bien de cualquier levantamiento adicional.

Se preguntó si las tierras de su propia familia estarían entre ellas. La bilis se hizo aún más amarga. Hasta ella debía ser vendida. Había que sobornar a un hombre para que se la llevara, sobornado, muy probablemente, con su propia propiedad.

Buscó en su memoria cualquier retazo de conversación sobre los MacTavish. Sabía, por supuesto, lo del lord Gregory MacTavish. Debido a su influencia, varios de los clanes de las Highland se negaron a unirse al joven príncipe. Su nombre era un anatema para los clanes de las Highland que sí se declararon a favor del bonachón príncipe.

—¿Le digo entonces al rey que aceptas?

Contuvo la respiración, su mente trabajaba febrilmente. Si pudiera llevarse a su hermano y escapar...

Ella sabía que había gente ayudando a escapar a los jacobitas. El príncipe Charlie seguía libre a pesar de la enorme recompensa ofrecida por su captura. Y últimamente había habido susurros sobre un hombre que ayudaba a los fugitivos. Si aceptaba, tal vez ella y su hermano podrían escapar durante el viaje. Ella cabalgaba bien y Miles también.

—No sé nada de ese hombre, —dijo desesperada, ya formando su plan. No podía rendirse tan fácilmente.

—No tienes por qué saber nada, aparte de que es leal a la corona legítima y que tu rey desea esta unión.

No tenía más protestas. Ya las había expresado todas.

Al parecer, Cumberland tomó su silencio por rendición.

—Partimos para Lockhart dentro de una hora.

—No. —La palabra se le escapó antes de que pudiera retractarse. Intentó modificarla—. Debo preparar a mi hermano.

—Tu hermano no irá, se quedará aquí, y Lord Creighton transmitirá vuestra despedida.

Ella sólo pudo mirarle fijamente.

—Debo verle, —dijo ella tras un momento de pausa.

—Ya ha sido llevado a otra habitación. Recoge lo que desees llevarte y estará listas para viajar en treinta minutos.

—Por favor... —Era la palabra más difícil que había pronunciado nunca. Había jurado no suplicar nunca a sus captores, pero por Dios, Miles. ¿Cómo podía dejarle solo después de todo lo que había perdido? ¿Cómo podía desaparecer ella también? El lord de esta mansión, el conde de Creighton, era inglés. Había sido tratada con la más mínima cortesía, relegada a la alcoba más mezquina. Eso no le importaba, no después de todas sus grandes pérdidas, pero decía mucho sobre lo que podía esperar su hermano. Sobre todo si acababa siendo rehén de su matrimonio.

Matrimonio. Se le heló el corazón. Matrimonio con un traidor. Con un hombre débil que aceptaría una esposa a cambio de dinero.

Pero ella no importaba, su hermano sí.

Miró a Cumberland.

—¿Cómo sabré que mi hermano estará a salvo?

—Te doy mi palabra, —dijo él.

Su palabra no significaba nada para ella. Ella era demasiado consciente de su carnicería desde Culloden. Había cazado a todos los jacobitas supervivientes, incluyendo mujeres y niños. Familias enteras habían sido quemadas vivas. Agachó la cabeza para que él no viera su odio.

—¿Estarás preparada?

—Sí, —dijo ella con voz apenas audible.

2

Caitlin se despreciaba a sí misma por tener tanto miedo. Sin embargo, escalofríos subían y bajaban por su espina dorsal mientras ella, y los guardias, se acercaban a Lockhart.

Hacía tiempo que había comprendido que no era más que un objeto que se vendía a voluntad. Una mujer en Escocia tenía poco poder a menos que su padre o su hermano se lo dieran, y sabía que había tenido suerte de que su padre le hubiera dado la opción de rechazar a varios pretendientes. Él la había querido mucho; ella siempre lo había sabido. Había querido que se casara por amor, pero como no ocurría nada, la había presionado para que se decidiera, proponiéndole un hombre, luego otro. A medida que su impaciencia aumentaba, ella había aprobado la elección de Magnus por parte de su hermano, un hombre al que podía respetar.

Ahora su padre estaba muerto, al igual que sus dos hermanos y Magnus, y para proteger al último de la línea masculina tendría que acatar la orden del rey inglés. Por los clavos de Cristo que ese hecho la irritaba. El hombre que cabalgaba a su lado, un capitán de rostro severo que había sido asignado por Cumberland para acompañarla, también la horrorizaba, pero el hombre que iba a ser su marido la horrorizaba más que nada.

¿Cómo podía, en conciencia, hacer votos con un protestante? ¿Con un infiel? ¿Con el hombre que bien podría haber matado a uno o más de sus hermanos? Un frío escalofrío la invadió.

La austera estructura que tenía delante no disipó sus temores. Una casa torre más que un castillo en expansión, se elevaba verticalmente hacia el cielo. Vio tres torres pero pocas ventanas, y no tenía ninguno de los elaborados torreones con ménsulas de algunas casas torre. Parecía frío y poco acogedor.

¿Y cuán pronto tendría que yacer con el actual lord en una de sus cámaras? Ahora sabía un poco más sobre él. Había escuchado a los oficiales de Cumberland cuando la creían dormida. El marqués era un inadaptado. Un borracho, jugador y mujeriego. Incluso sospechaban que se había escabullido del campo de batalla, y tal vez incluso se había herido para mantenerse a salvo del enemigo.

Ése era el hombre con el que le ordenaban casarse. Si no fuera por su hermano...

Pero ella era una mujer. Nada más que una mujer. Quería caer al suelo y golpearlo con las manos. Quería gritar y protestar por la injusticia de todo aquello.

Pero sus hermanos habían perdido la vida, ¿y no era eso una injusticia aún mayor?

Intentó mantener el rostro inexpresivo mientras se acercaban a la casa torre. No había muros a su alrededor, sólo una serie de edificios: uno grande que obviamente era un establo, y varios más pequeños. Los terrenos estaban descuidados y no había jardines. Había una falta de vida en Lockhart que chocaba con toda la actividad y calidez de su propio castillo. Bueno, no era

suyo.

Ya no.

Que Dios la ayudara. Ahora este era su hogar, a menos que pudiera persuadir al marqués de que sería una esposa verdaderamente horrible. El repentino pensamiento la atrajo. Sabía que no tenía buen aspecto ese día, llevaba dos días viajando, durmiendo a la intemperie por la noche en la niebla fría y sin criada que le peinara. Ahora llevaba el pelo trenzado por comodidad, y como no había tenido espejo, imaginó que sería una trenza bastante desordenada.

Sus mejillas debían estar rojas por el sol y el viento, y sabía que su ropa estaba manchada y sucia. Tal vez el marqués le echara un vistazo y declinara incluso el cuantioso soborno que se le ofrecía. Y, sobre todo, si ella tenía una disposición a la altura de su aspecto...

Varios hombres vestidos a cuadros estaban enzarzados en un duelo de espadas. Se giraron y la miraron con rudeza mientras cabalgaba entre los diez hombres del ejército de Cumberland. Sus ceños fruncidos le indicaron que el clan MacTavish no estaba más contento que ella con esta alianza.

Uno de ellos se dirigió a la enorme puerta de la torre y se deslizó dentro, obviamente alertando a los residentes del interior de la llegada del séquito. No había soldados montando guardia en los parapetos, ni vigilancia alguna. Pero, ¿por qué iba a haberla? Los MacTavish habían traicionado su herencia, el honor de Escocia. No tenían nada que temer del rey. La repulsión le subió a la garganta por todos aquellos que habían elegido al rey inglés para salvar sus propias vidas y sus propiedades.

Ella iba a ser intercambiada por un hombre sin honor, un clan sin principios. El premio para el rey: asegurarse de que los MacFarlane no se alzarían de nuevo contra él. Su anciana yegua, elegida por el capitán inglés, tropezó y ella se dio cuenta de lo fuerte que había apretado las riendas.

Caitlin se inclinó y le susurró sus disculpas. La yegua era tan peón como ella. Se enderezó cuando un hombre alto vestido a cuadros apareció en la puerta y se acercó a ellos mientras se detenían.

Era un hombre bien formado y, tuvo que admitirlo, guapo. Tenía el pelo castaño oscuro, los ojos oscuros y vestía un kilt escocés MacTavish de colores verde, negro y morado.

El capitán que la acompañaba cabalgó hasta él.

—¿El marqués de Lockhart?

Una expresión de dolor cruzó el rostro del hombre.

—No, él no está aquí. Soy Malcom MacTavish.

El capitán asintió hacia Caitlin.

—He traído a su prometida. Enviamos un mensaje a...

—Mi primo tenía otros asuntos.

Caitlin no pasó por alto el desprecio en su rostro, desprecio por su propio pariente.

Las cejas del capitán se fruncieron con ira.

—Pero...

Malcom MacTavish parecía angustiado.

—Se le informó de su llegada. Se marchó anoche y no hemos sabido nada de él desde entonces.

El ceño del capitán se frunció.

—Me ordenaron que me quedara aquí hasta que se intercambiaran los votos.

La mirada de Malcom MacTavish volvió se dirigió a Caitlin.

—Debe estar cansada, milady.

Lo estaba. Había dormido poco estos tres últimos días, y habían cabalgado sin descanso los dos últimos días, pero ella no mostraría a estos MacTavish ningún signo de debilidad, por lo que no dijo nada.

De todos modos, él se acercó a ella y le ofreció la mano para que desmontara. De mala gana, ella la cogió, sabiendo que si no lo hacía, podría caerse. No podía permitirse ese lujo. Aun así, le quitó la mano en cuanto llegó al suelo.

Malcom se limitó a poner cara de diversión y se volvió hacia el capitán.

—Se ha preparado una habitación para Lady Caitlin y otra para usted. Sus hombres pueden quedarse en el vestíbulo.

El capitán vaciló.

—Su Excelencia quiere que se digan los votos inmediatamente. Estará aquí la próxima semana.

—Estoy seguro de que mi primo no tardará en llegar, —dijo Malcom MacTavish.

Caitlin se quedó de pie, con los puños apretados. El prometido había desaparecido y eso era un gran insulto. Quería tan poco a su futura esposa que no creyó necesario estar presente a su llegada. Bueno, ella no quería verle más de lo que él quería verla a ella. Esperaba que nunca apareciera. Tal vez estuviera cazando un jabalí. Tal vez, si tenía suerte, el jabalí ganara.

Pero lo único que pudo hacer fue apretar los dientes mientras el miembro del clan MacTavish la guiaba hacia el interior de la edificación.

El interior era tan poco prometedor como el exterior. Las telarañas y el polvo impregnaban el vestíbulo. Los tapices estaban descoloridos y cubiertos de suciedad. Caitlin tuvo una abrumadora impresión de penumbra y abandono.

Se estremeció involuntariamente, esperando que nadie la viera, endureció la columna vertebral, obligó a sus dedos a relajarse de los apretados puños que sus dedos habían formado inconscientemente.

Su hogar. Una vez había pensado que el día de su boda sería cálido y maravilloso, lleno de expectación y risas y alegría, y su familia y hermanos estarían dando brindis en honor a sus futuros hijos.

—¿Milady? —El apuesto MacTavish la miraba abiertamente, sus ojos curiosos y... algo más. ¿Celos? Ciertamente no por ella, no mientras estaba de pie con su vestido manchado y su pelo saliendo de la trenza en húmedos tirabuzones.

—Me gustaría retirarme a mi habitación, —dijo, forzando su cuerpo para mantener una

postura digna.

El miembro del clan MacTavish asintió y dijo algo a uno de los hombres que estaban cerca de él. En unos minutos, apareció una chica.

—Esta es Effie. Ella le mostrará su cámara y le traerá lo que necesite.

La joven, probablemente con no más de catorce años, hizo una reverencia.

—Si me acompaña, milady, —dijo.

Privacidad, cuánto la deseaba. No había estado sola en los dos últimos días, salvo en los humillantes momentos en que había tenido que pedir permiso para realizar tareas personales. Incluso entonces, la seguían a una distancia discreta. No quería volver a ver un uniforme inglés ni un solo hombre de MacTavish.

Dios, cómo quería esconderse de todos ellos. Quería ocultar su rabia y la humillación de ser abandonada por su futuro marido, que al parecer quería demostrarle lo poco que deseaba el matrimonio y el poco valor que le daba a sus sentimientos.

Bueno, ella no le daría el placer de su ira.

Siguió a la muchacha por las serpenteantes escaleras de piedra y por un largo pasillo hasta una habitación situada al final del mismo. La muchacha abrió la gruesa puerta de madera y se hizo a un lado mientras Caitlin entraba. La habitación era tan alegre como las de abajo y sólo la gran cama de plumas parecía cómoda.

El pequeño fardo con sus posesiones llegó a continuación. Dos túnicas, dos sobrefaldas de lana resistente, medias de seda y varios pares de zapatos era todo lo que le habían permitido llevar, además del sencillo vestido oscuro de montar que llevaba en ese momento, y que estaba sucia y manchada por el viaje.

—¿Puedo tomar un baño? —preguntó, para nada segura de que su petición sería concedida.

—Sí, milady. El marqués nos dijo que hiciéramos todo lo posible para que estuviera cómoda.

Ella sopesó aquel comentario. Nada la había hecho sentirse bienvenida, pero entonces, ¿no había temido encontrarse con su prometido al llegar? ¿Por qué, entonces, estaba disgustada de que él no hubiera estado presente a su llegada?

Enseguida supo la respuesta, la grosera descortesía era un mal presagio.

—¿Dónde está el marqués?

Su rostro enrojeció.

—No puedo decirlo, milady.

Caitlin supo de inmediato que la muchacha conocía el paradero del patán, pero se resistía a decirlo. No le hizo más preguntas para no ponerla en un compromiso. Necesitaba una amiga, tal vez incluso una aliada, y esta Effie era seguramente lo más parecido a una que ella podía encontrar en este lugar.

—Un baño sería glorioso, —dijo, forzando una sonrisa en sus labios.

La muchacha retrocedió hacia la puerta.

—Sí, milady.

Caitlin se quedó por fin sola. Se acercó a la estrecha ventana y miró hacia el patio. Éste iba a ser su hogar, a menos que el maldito marqués decidiera que no quería una esposa jacobita. Ella dejaría bien claro que no renunciaría a sus creencias católicas y le haría saber que no deseaba este matrimonio.

Pero era obvio que él ya había accedido, y ella sabía por experiencia que a los hombres no les importaba el amor y la amistad en un matrimonio de la misma forma que a las mujeres.

Si tan sólo hubiera nacido hombre…

Pero no había sido así, y todos sus "sí" se habían disuelto en un campo de batalla en Culloden Moor, junto con todos sus sueños. Sólo podía esperar ser tan valiente como sus hermanos, y dar lo que hiciera falta para salvar al hermano que le quedaba.



—La dama ya está en Lockhart, —dijo Gavin cuando se reunió con Liam en la casa de campo de Leana, en una zona densamente boscosa al norte de Lockhart—. Llegó ayer.

Liam maldijo. Había esperado volver antes de la llegada de la muchacha MacFarlane, pero no había tenido elección. Había escondido a varios jacobitas en una zona a punto de ser asaltada por las fuerzas de Cumberland, y había tenido que enviarlos rápidamente a otro lugar. Ahora tenía que llevarlos a un pequeño pueblo pesquero para que se marcharan en un barco francés, el cual tenía concertado para dentro de dos semanas.

Su pequeño grupo de fugitivos estaba perfectamente disfrazado de campesinos que regresaban a casa tras haber sido perseguidos por el ejército jacobita. Un joven conde se había convertido en un sexagenario y su esposa en una criada. No había sido fácil transformar a la autocrática pareja en serviles campesinos.

Aún recordaba la lastimera súplica de la dama.

—Pero esto son trapos sucios.

—Ésa, —había respondido con bastante brusquedad—, es la idea.

Después de eso, la mujer no había dicho nada más.

Dio las gracias brevemente a Helen McComb, una actriz de Edimburgo que le había dado instrucciones sobre maquillaje. Se estaba volviendo casi tan experto en ello como ella y, de hecho, ya se había envejecido considerablemente varias veces.

Estaba agotado, no había dormido nada en los dos últimos días mientras pasaba ostensiblemente el tiempo en casa de Leana, en el bosque, donde todo el mundo pensaba que estaba jugando y fornicando. Habían enviado a Gavin a buscarlo, pues nadie más tuvo el valor de ir, no después de que hubiera informado a su personal de que nadie, absolutamente nadie, debía molestarle cuando estuviera "ocupado".

Probablemente, pensó con ironía, incluso su futura esposa a estas alturas ya se habría enterado de los cotilleos.

Sin duda, ella iba a ser un problema. Sus ausencias se habían explicado con bastante facilidad en el pasado, pero ahora...

Deseó poder encontrar la manera de librarse de esta boda. Tal vez su comportamiento sería tan detestable que la dama se negaría. Él sabía por qué tuvo que aceptar tan a regañadientes. Se consideraba que su carácter era tan débil que, con toda seguridad, no desaprovecharía la oportunidad de añadir tanta riqueza a sus posesiones, y supuso que a ella también le habían hecho una oferta que no podía rechazar.

Maldito Cumberland y sus intrigas.

Leana salió de la habitación mientras él se cambiaba. Liam se deshizo rápidamente del maquillaje y la barba postiza que le habían envejecido, y luego se lavó la cara, restregando la pesada pintura de su rostro y el polvo gris de su pelo. Gavin le ayudó a quitarse la raída y sucia tela escocesa que llevaba sobre la desgastada camisa color azafrán. Finalmente, se puso con rapidez unos coloridos trews y un jubón amarillo brillante para hacer contraste. Sus desgastados brogans fueron sustituidos por zapatitos puntiagudos.

Liam se afeitó la oscura barba incipiente de la cara y se colocó la pesada peluca empolvada en la cabeza. Odiaba esa maldita cosa, odiaba el pesado jubón. Preferiría llevar su falda escocesa, pero los Hannover desaprobaban los cuadros escoceses y los kilts. Incluso se hablaba de proscribirlos del todo, incluso entre los leales. Y él era, después de todo, un súbdito muy leal del rey inglés.

Cuando se sintió lo suficientemente preparado, se presentó ante Gavin, que le dedicó una sonrisa torcida.

—Menudo dandi estás hecho.

—¿Crees que mi futura esposa estará complacida?

Gavin permaneció en silencio.

—Me temo que he ensuciado aún más el nombre de Leana, —se disculpó Liam.

—Fue decisión de ella, —dijo Gavin, pero esta vez la sonrisa había desaparecido de sus ojos. Liam sabía que Gavin odiaba la mentira que habían creado y, sin embargo, ninguno de los dos había sido capaz de encontrar otra razón plausible para las largas ausencias de Liam. Y Leana Ferguson ya era considerada una mujer “suelta”. El hermano de Liam se había asegurado de ello.

La furia de Liam aumentaba cada vez que pensaba en el día en que había encontrado a su hermano violando a Leana. Se había lanzado sobre Sean y le había advertido que no volviera a tocar a la chica. Pero no había sido la primera vez, y Sean había hecho correr la voz de que Leana había estado muy dispuesta. Fue suficiente para arruinar a la chica, que había quedado huérfana poco antes.

Liam había amenazado con atravesar a su hermano si hacía desterrar a la chica, y Sean le había creído. Liam era de lejos el mejor espadachín de los dos, a pesar de su reputación de vividor y derrochador. Se había criado con uno de los mejores espadachines de Inglaterra, y había aprendido bien sus lecciones. Cuando regresó, su hermano se había sentido humillado por su derrota cuando había desafiado a Liam y, para su sorpresa, había perdido. Desde entonces, Liam había practicado poco en público, prefiriendo el papel de libertino perezoso, en parte para provocar a su padre, pero Sean se lo recordaba cada vez que al desnudarse, dejaba a la vista la

cicatriz que le recorría el costado.

Sean había cubierto su enfado por el rescate de Leana diciéndole a todo el mundo que su hermano no podía aspirar a algo mejor que una puta, pero Leana no había vuelto a ser molestada y se le había permitido conservar la cabaña de paja en el bosque, donde su madre, y la madre de su madre antes que ella, habían mantenido jardines de hierbas y mezclado medicinas y pociones. Algunos la creían una bruja y se mantenían alejados de ella.

Pero a Liam siempre le habían caído bien ella y su madre. Leana no era especialmente guapa de cara, pero tenía unos preciosos ojos grises y un largo pelo oscuro y un corazón enorme. Tenía habilidad tanto con las bestias como con las plantas, y Gavin estaba perdidamente enamorado de ella.

Liam la había llevado a atender al primer grupo desdichado de jacobitas cuando uno de los niños cayó enfermo, y ella de inmediato se había comprometido con su causa, la de ayudar a los inocentes a escapar de la matanza que se estaba cometiendo en todo el país. A medida que se extendían las noticias del Rey negro, llegaban a sus oídos más y más susurros de fugitivos y ella, a su vez, se volcó más con Gavin y Liam.

Nunca habían esperado que su único acto de compasión se convirtiera en una enorme red de fugitivos jacobitas. Ni que el Rey negro se convertiría en el segundo hombre más buscado de Escocia. Sólo el propio príncipe Charles llevaba un precio mayor por su cabeza.

Liam estaba atrapado en una red creada por él mismo, y una esposa sólo complicaría las cosas.

Ciertamente no podía confiar en ella, aunque fuera jacobita. Nunca había tenido mucha fe en la capacidad de una mujer para guardar secretos, con la rara excepción de Leana y Helen, que se habían ganado su confianza. No podía ponerlas en peligro ahora, ni a otras que había reclutado en su red de pastoreo de jacobitas hacia los barcos franceses. Todas sus cabezas estarían en la mira.

Si tan sólo Cumberland les diera unos meses más... pero Liam ya había utilizado todas las excusas a su alcance: luto, deslealtad a la corona al casarse con una jacobita, otra mujer a la que amaba... Todas habían sido barridas con un gesto de la mano. El rey quería este matrimonio por alguna maldita razón, e iba a conseguirlo.

Lo mejor que podía esperar era algún arreglo con la mujer, un matrimonio sólo de nombre. Se aseguraría de que ella no quisiera nada más que eso, y con su moda actual, estaba seguro de que ella no lo querría, ahora mismo parecía un pavo real desplumado.

—¿Brandy? —le preguntó a Gavin. Sin mediar palabra, Gavin le tendió una jarra, y Liam bebió varios tragos profundos, asegurándose de derramar un poco por su chaleco, y luego se pasó la mano por los labios para que todo él oliera como si hubiera pasado el día en un barril.

Luego, por una curiosidad que realmente deseaba no tener, preguntó:

—¿Es guapa?

—Parecía maltratada cuando la vi. Desaliñada y cansada, tenía el pelo revuelto en la cara. Desde luego, no parecía feliz.

—¿Tú lo estarías si te obligaran a casarte con un enemigo, uno que sabes por su reputación que es un libertino? —preguntó Liam en voz baja—. No me gusta esta farsa, pero intentaré no

hacerla sufrir demasiado por ello. Le pedí a Effie que la atendiera. Es una chica dulce y dócil.

—Sí, pero aún te queda la noche de bodas.

Liam maldijo de nuevo. Había pensado en eso, por supuesto. La violación no le atraía. No era raro que marido y mujer tuvieran alcobas separadas, pero las visitas ocasionales serían necesarias. Y él tendría que mantener su papel de tonto y fanfarrón. Era una delgada línea por la que caminar y mantener el equilibrio, si era demasiado tonto, Malcom intentaría derrocarlo.

Se inclinó y rozó la frente de Leana con los labios. En los últimos meses se había convertido en una hermana para él.

—No sé cuándo volveré.

Leana asintió, y sus ojos reflejaron una inquietud palpable. Una inquietud por él. Ella y Gavin eran las únicas dos personas que alguna vez se habían preocupado por si vivía o moría.

Le tocó el hombro con lo que esperaba que fuera seguridad.

—Quizá tengamos una pequeña pausa en nuestro negocio, —dijo.

Se volvió y observó a Gavin. El herrero estaba guardando la espada de Liam, su puñal y la pistola que llevaba. Los envolvió cuidadosamente en una tela escocesa y después barrió la tierra de una sección del suelo a un lado de la chimenea. Liam y él habían cavado un hoyo allí, lo habían forrado con tela para mantener limpias la ropa y el arma, y luego habían colocado una tabla encima. Estaba esparciendo el polvo sobre ella, a juego con el resto del suelo de tierra batida, y por último, una mesa lo cubriría.

El bayo de Liam se guardaba en un corral improvisado en la parte trasera de la casa, solo visible para los pocos que se aventuraban a ir a casa de Leana en busca de medicinas. Nunca se hizo ningún esfuerzo por ocultarlo, a diferencia del viejo picazo de lomo oscilante escondido en una cueva no muy lejos, junto con un elegante semental negro robado a un descuidado oficial británico que bebía en una taberna al borde del camino.

Gavin terminó su tarea. Liam le dio la mano y Gavin la tomó entre las dos.

—¿Te quedarás un tiempo?

—Sí, —respondió Gavin, dirigiendo su mirada a Leana.

Liam le sonrió, y luego a Leana. Sabía que ella se preocupaba profundamente por Gavin, y el sentimiento era recíproco, pero Liam necesitaba continuar con la pretensión de un romance, al menos por un tiempo. Y luego...

Luego, nada le haría más feliz que una unión entre Leana y Gavin. Ella ya había sufrido bastante y, bien lo sabía Dios, lo había arriesgado todo por él.

—Iré a conocer a la moza, —dijo.

—Ella no es poco agraciada, —dijo Gavin—. Quizá...

—Una esposa, cualquier esposa, amigo mío, es sin duda una maldición. —Antes de que ninguno de sus amigos pudiera debatir la cuestión, salió por la puerta y se dirigió a la parte trasera. Ensilló rápidamente su caballo y se subió a su lomo.

Una esposa. Nunca había tenido intención de tomar una. El matrimonio de su madre se había consumado en el infierno, y él había crecido en medio del odio mutuo de su madre y su

padre. En Edimburgo había visto pocos matrimonios felices; en realidad no conocía ninguno. Las esposas fieles eran la excepción, y casi todos los hombres tenían una amante. Eso le había dejado un gusto agrio por la institución.

Y él iba a empezar con una novia reacia y chantajeada para casarse.

¡Menudo infierno!



—El marqués ha vuelto, —le dijo Effie tímidamente—. Desea que se reúna con él en su estudio. He venido a ayudarla a vestirse.

Había pasado un día desde que llegó. Alegando cansancio, había permanecido en su habitación a pesar de la invitación de Malcom MacTavish a reunirse con el clan para cenar la noche anterior. Ahora sentía las manos heladas y el corazón le latía tan erráticamente como los pasos de un hombre conducido a la horca. Ya no podía fingir algo que pudiera perturbar este matrimonio impío, y echaba enormemente de menos a Miles, como echaba de menos a sus hermanos mayores. No podía hacer nada para ayudar a estos últimos, pero al menos podía salvar a Miles. Con ese pensamiento, dejó que Effie le cepillara el pelo recién lavado y se lo adornara con flores.

Se miró en el espejo. Su rostro estaba pálido y delgado. La comida había escaseado desde que la habían sacado de su casa, pero aunque no fuera así, había perdido el apetito. Comía sólo lo suficiente para mantenerse viva. ¿Cómo podía comer cuando había visto cómo mataban a los miembros de su clan cuando intentaban protegerla, cuando su único hermano superviviente estaba prisionero?

—Tiene un pelo precioso, milady, —dijo Effie.

Caitlin intentó sonreír. La muchacha había intentado ser amable, la había tentado anoche con dulces, pero la desesperanza le llegaba tan hondo en el alma que sentía que todo su ser era arrastrado a un enorme abismo oscuro. Entonces volvió a mirarse a sí misma. ¿Dónde estaba el valor que tenían sus hermanos? ¿Dónde estaba el valor del que presumían cuando corría a pelo por los páramos?

Ningún maldito inglés o traidor escocés iba a derrotarla. No la verían doblegada.

Enderezó la espalda mientras la muchacha terminaba de peinarla. —Gracias, Effie.

—¿Desea que la ayude a vestirse?

Caitlin llevaba una túnica de lino. Sólo necesitaba drapear la sobrefalda y abrochar el cinturón que la sujetaba.

—No, —dijo ella—. Puedes decirle... al marqués que me reuniré con él en cuanto haya terminado.

Effie hizo una reverencia.

—No necesitas hacer eso conmigo, —dijo Caitlin—. No soy más que una prisionera en este lugar.

—Pero milady, usted es la nueva marquesa.

Un título tan grandilocuente. Caitlin sofocó una risa cargada de amargura. ¡Marquesa, nada menos!

En su lugar, hizo la pregunta que la había estado atormentando.

—¿Puedes decirme algo sobre el marqués?

El rostro de la muchacha mostró inquietud.

—¿Qué quiere saber? —preguntó tras una pausa.

—¿Es... un hombre mayor?

—No, sólo tiene treinta años.

Caitlin no estaba segura de si esto eran buenas o malas noticias. Una parte de ella había esperado un hombre mayor que estuviera más allá de la lujuria física del matrimonio.

—¿Puedes decirme algo de... su carácter? —Traicionó a sus propios compatriotas. ¿Qué clase de carácter podría tener? De todos modos...

El rostro de la muchacha se trabó en la indecisión.

—No le diré a nadie lo que me digas, —prometió.

—En verdad, milady, no lo sé. Fue acogido por una familia y rara vez venía por aquí hasta el... levantamiento. Oí...

—¿Oíste qué? —inquirió Caitlin.

Los ojos de la joven le suplicaban que no hiciera más preguntas.

—Effie... lo sabré muy pronto. Por favor.

—No lo sé, milady. De verdad que no lo sé, —dijo Effie—. Se ha ido con frecuencia, incluso desde que se convirtió en marqués. Dicen que es un jugador y... —Su voz se apagó—. Es todo lo que puedo decir, milady. No debería haberlo dicho.

La garganta de Caitlin se secó. Había más. Mucho más, o la muchacha no parecería tan miserable. ¿A qué clase de hombre la había condenado Cumberland?

Bueno, ella lo sabría muy pronto. Se dio la vuelta.

—Bajaré enseguida. Dime adónde tengo que ir.

—La esperaré fuera, —insistió Effie, pareciendo comprender que quería unos minutos para ella sola.

Caitlin tragó saliva. En realidad, no le apetecía dar vueltas por aquel enorme montón de piedras.

—Gracias, —dijo—. No tardaré.

La muchacha desapareció por la puerta, cerrándola silenciosamente tras ella.

Caitlin se puso la sobrefalda, luego se colocó desafiante su arisaid de tartán sobre el hombro, abrochándolo con un broche sencillo. Lo recogió con su cinturón ligeramente enjoyado, la única posesión de valor que le quedaba. Tenía el orgullo suficiente para llevar el tartán, aunque sabía que gritaba su rebeldía. No le importaba, que supiera que no iba a recibir a una

doncella sumisa.

Se pellizcó las mejillas, dándoles un poco de color, no quería parecer temerosa ni pálida. Tras eso se dirigió a la puerta.

Piensa en Miles.

Pensando en él, y sólo en él, abrió la puerta, levantó la cabeza orgullosa y siguió en silencio a Effie por los escalones para reunirse con su prometido.

3

Liam no podía contener cierta inquietud, incluso tensión, mientras esperaba a la muchacha MacFarlane.

Preferiría enfrentarse a un verdugo, pensó, que a una prometida. A cualquier prometida, pero especialmente a una hostil.

Tal vez ella sería dúctil, feliz de tener un título, incluso uno concedido por un Hannover.

Llamaron a la puerta. ¿Qué haría el petimetre, Liam MacTavish?

Desde luego, no cometer la cortesía de levantarse.

—Adelante, —dijo lo bastante alto como para que llegara al otro lado de la puerta y se levantó a medias de la silla que ocupaba.

Inmediatamente supo que su prometida no era una mansa doncella. La muchacha entró sola, con la espalda rígida y un ceño de desaprobación en el rostro.

—Lady Caitlin, —reconoció.

Vio que su mirada le estudiaba. Ojos azules, oscuros como los mares del Atlántico y, en ese momento, tan furiosos como cuando los barre una tormenta.

Le devolvió la mirada pesada. Obviamente, Effie había cuidado mucho su cabello que, junto con sus ojos, parecían ser su mejor rasgo. Era del color de la caoba, oscuro y abundante con apenas un brillo rojizo. Una sola trenza, entrelazada con flores, le caía casi hasta la cintura.

Su rostro era demasiado delgado y anguloso para ser considerado bonito. Su barbilla estaba bien definida y ahora sobresalía en obstinada rebeldía. La boca de su prometida era ancha, aunque sus labios estaban apretados en una fina línea. Su nariz, salpicada de un puñado de pecas, era el único rasgo regular.

Era difícil imaginar lo que una sonrisa haría a la totalidad de aquel rostro, pero aun así, era un rostro interesante, iluminado por la fuerza y la inteligencia. Si estaba asustada ante la perspectiva de un marido desconocido, no lo demostró. Se sintió inmediatamente intrigado y eso, lo sabía, era desastroso.

—Espero que su nuevo hogar le resulte satisfactorio, —dijo tras un largo y forzado silencio.

—No, —le desafió ella—. Es una pocilga.

Ella tenía mucha razón en eso, y él apenas pudo contener una sonrisa ante su atrevimiento. En lugar de eso, se limitó a enarcar una ceja en su actitud más arrogante.

—Tampoco los modales son mejores, —continuó ella—. Ya observé lo interesado que estaba en mi llegada. —Su mirada se posó en él con abierto desprecio, y él supo que lo

encontraba tan poco atractivo como esperaba. Bueno, ¿no era eso lo que él quería?

—Me inclino a pensar que estaba igual de interesado por verme.

La furia chispeó en sus ojos, haciéndolos realmente encantadores. —Difícilmente, —dijo ella—. Sin embargo, esperaba un mínimo de cortesía.

Se encogió de hombros.

—Tenía otros asuntos.

—¿Otros asuntos?

—Sí, —dijo él, agitando un pañuelo bajo la nariz como si oliera algo desagradable—. Tengo muchos intereses.

Vio que el disgusto se acentuaba en sus ojos azul oscuro.

—¿No quiere este matrimonio? —dijo.

—No. —La respuesta fue tan rápida y dura que casi se estremeció. ¿Por qué tuvo esa reacción? Maldita sea, él tampoco lo quería.

Se puso de pie y caminó a su alrededor, mirándola fijamente, haciendo que su posesión fuera obvia para ella.

—¿Entonces por qué consintió?

—¿Por qué lo hizo usted? —replicó ella—. ¿No podía conseguir una esposa de otra manera?

—Mi título y mi riqueza me aseguran una esposa, —dijo él—, y una de mi elección. Sin embargo, usted viene con una dote principesca.

Vio la enemistad en sus ojos y un escalofrío le recorrió la espalda. Había pensado que podría arreglar este matrimonio, dar a su esposa vestidos y comodidades, y olvidarse de ella, como había visto hacer a tantos hombres, pero ahora se preguntaba si algo podría aplacarla.

—He respondido a su pregunta, —dijo—. Ahora le toca a usted. ¿Por qué ha aceptado?

—Mi hermano pequeño moriría si no lo hacía.

Se obligó a mantener los ojos en blanco.

—Mucha gente ha muerto, —dijo sin emoción.

—Incluidos mis otros hermanos, —dijo ella—. No perderé a Miles.

—¿Y por eso consiente este matrimonio?

—Por necesidad, sí, —dijo ella—. Y eso no debería darle ningún placer.

Él vaciló. Vio no sólo la ira en sus ojos, sino la angustia. A pesar de sus duras palabras, vio su miedo. Aunque fuera solo un poco, él podía hacer algo al respecto.

—Usted tampoco me gusta, —dijo cruelmente—, pero me interesan las tierras que me traerá. No deseo compartir el lecho con usted; tengo otros intereses. Así que, milady, haré un trato con usted. Nos casaremos, porque ninguno de los dos tiene elección, pero yo no interferiré en usted y usted no interferirá en mi vida. ¿Está de acuerdo?

Ella le miró fijamente, y él vio cómo sus manos se apretaban entre sí, y cómo su rostro

luchaba por controlarse.

—Usted tiene elección, —dijo ella con amargura.

Se miró las uñas con cuidado.

—Es evidente que no conoce al Hannover. Desea obsequiarme con tierras y con su mano, y no se rechaza a un rey.

Sus ojos parpadearon con suspicacia.

—¿Por qué debería creerle?

Volvió a agitar su pañuelo de encaje en un gesto de total desinterés.

—No me importa si me cree o no. Puedo hacer lo que quiera con usted y, seguramente, sea consciente de ello. Se le considera una traidora a la corona, y se le ha concedido un indulto porque Cumberland cree que esta alianza podría beneficiar al rey George. Diría que ambos tenemos poca elección en el asunto.

—Entonces... ¿por qué?

—Porque no creo que nos convenga, milady, y también porque quiero algo de usted. Quiero la libertad de conducir mi vida como lo he hecho hasta ahora, sin preguntas, regaños, interferencias o copiosas lágrimas. Por lo tanto, propongo una tregua beneficiosa para ambos. —La miró con desprecio—. A menos, por supuesto, que se sienta obligada a consumar la boda.

—¿No...?

—¿Le preocupa cuando se muestren las sábanas? No debe hacerlo. La sangre hoy en día es bastante fácil de conseguir.

Ella hizo una mueca de asco y su rostro se inundó de color. Él sospechaba que ella nunca había hablado de cosas tan íntimas.

—Pero yo… ¿podré montar y salir del recinto?

La diversión se entremezcló con la admiración. Ella no estaba en posición de regatear y, sin embargo, estaba intentando hacer exactamente eso.

—Quizá después de cierto... ajuste, —dijo.

Sus ojos azules se entrecerraron. Se preguntó durante una fracción de segundo si había dicho demasiado, dándole un poder que no podía permitirse que ella tuviera. Hay que quitárselo.

—Nos casaremos dentro de una semana. Ya he invitado a otros clanes a la ceremonia, —dijo—. Y aprenderá a hacer lo que yo diga. Sólo deseo... hacerlo lo más tolerable posible para ambos.

—Tolerable, —dijo ella con voz fría y furiosa—. ¿Tolerable? Casada con un traidor, con un hombre que mataría a sus propios compatriotas, que... —Se detuvo mientras sus ojos lo miraban con desprecio—. ¿O será que siquiera estuvo allí?

—Oh, estuve en Culloden, milady, aunque no era mi deseo. La batalla es un desperdicio, —dijo él con un movimiento de muñeca.

—Mis hermanos no pensaban lo mismo, —dijo ella en voz baja.

—Puede que nos hayamos conocido, —dijo él con indiferencia. No le gustaba la forma en

que ella le estaba afectando, la simpatía que brotaba en su interior. Era demasiado peligroso.

La ira en sus ojos se convirtió en algo parecido al odio.

—Murieron allí. Eran mucho mejores hombres que usted, —dijo—. Como lo era el hombre con el que iba a casarme.

Agitó de nuevo el pañuelo, como si quisiera espantar un insecto.

—¿Le amaba?

—Sí.

Sintió una leve punzada en el corazón, luego se reprendió al instante. ¿Por qué le importaba si ella había amado antes?

Se encogió de hombros y volvió a fijar la mirada en su ropa.

—Necesitará mejor ropa y un vestido fino para la ceremonia.

Ella le miró con algo parecido al triunfo.

—Esto es todo lo que tengo, bueno… esto, y un traje de montar descolorido.

—Haré que llamen a las modistas. Deberían tener un vestido listo a tiempo para la ceremonia. Lord Cumberland en persona ha dicho que asistirá.

—¿Debo alegrarme por eso? ¿Qué otros bonitos regalos tiene para mí? —preguntó ella sarcásticamente.

—Tiene usted una lengua agria, milady.

—Siempre puede enviarme de vuelta, —tentó ella—. ¿Está dispuesto a arriesgarse a las consecuencias?

Ella vaciló, lo que le dio a él la oportunidad de ver una mirada astuta en sus ojos.

—Quiero a mi hermano. ¿Lo traerá aquí?

La simpatía brotó en él. Ella intentaba regatear, incluso cuando su posición era insostenible. Deseó poder acceder, pero no pudo. Forzó una dureza que no sentía.

—Me han dicho que está bajo la tutela de Cumberland. No puedo hacer nada.

—¿No ve nada malo en utilizar a un niño de once años como arma?

—Usted no entiende la Escocia de hoy, milady. Todo el mundo utiliza lo que sea, y a quien sea, para sobrevivir.

—Queda el honor.

—¿Honor? Seguramente debe saber que el honor abandonó esta tierra hace mucho tiempo.

—Ciertamente abandonó a los MacTavish.

—Yo no diría esas palabras en Lockhart, —dijo—. Mi hermano murió de una herida infligida en Culloden.

Levantó la barbilla.

—He oído hablar de lo que usted y sus compañeros traidores hicieron después de la batalla. ¿Usted también disfrutó matando mujeres y niños? ¿Cómo puede siquiera llamarse escocés?

—Será mejor que cuide su lengua. Aquí hay poca tolerancia con los jacobitas. Su amado príncipe Charles no es nadie a quien se pueda tener por honorable. Huyó, dejando morir a todos sus seguidores. Fue su falta de liderazgo lo que les llevó a la derrota. No piense en encontrar simpatía aquí.

—No esperaba encontrar nada aquí.

—Bueno, entonces, ninguno de los dos se sentirá decepcionado, —dijo—. ¿Tenemos un trato entonces?

Ella vaciló.

—¿Qué quiere exactamente que haga?

—Hará de esposa obediente.

—¿Y usted será el marido obediente?

—No, pero no se quejará.

—¿No? —dijo ella—. Encuentro muchos motivos para quejarme. Esta... casa puede ser apta para los que imitan a los ingleses, pero no para un escocés que se precie.

Contuvo una sonrisa. Se había preguntado si ella se fijaría en el estado de la casa torre. No solo debía admirar su espíritu, sino también su poder de observación. Lockhart estaba en pésimas condiciones. Sin una mujer a cargo, su padre, nunca demasiado cuidadoso en sus hábitos personales, había permitido que la dejadez impregnara la casa torre.

Se encogió de hombros despreocupadamente. —Entonces es su deber poner Lockhart a la altura de sus elevados estándares.

Ella le fulminó con la mirada. —¿Qué me importa Lockhart? Cumberland y sus aliados son salvajes. No me extraña que viva así.

Suspiró pesadamente.

—No tengo tiempo para esto. Aún puedo decirle a Cumberland que no deseo casarme con una arpía. Al diablo con las tierras, no merece la pena.

—¿Y… mi hermano? —Su voz se quebró de repente.

—Él no es de mi incumbencia. —La repentina desesperanza en sus ojos le apuñaló. Quiso suavizar su tono, decirle que intentaría encontrar una forma de rescatar a su hermano, pero demasiadas otras vidas estaban en peligro. No podía desviarse del papel que tan cuidadosamente había creado.

—¿Hay algo que sea de su incumbencia?

—Sí, gracias por preguntar.

La mirada que le lanzó habría hecho temblar a un dragón.

—No ha aceptado mi... propuesta, —dijo Liam.

—Pero no tengo elección, ¿verdad? ¿Quiere una respuesta sólo para disfrutar de mi impotencia?

—No creo que se haya sentido indefensa nunca, —respondió sin pensar. No estaba en su papel admitirlo, no debía preocuparse por los demás, ni hacer reflexivas observaciones sobre

ellos.

Ella entrecerró los ojos y él se dio cuenta de que había captado la incoherencia. No era ninguna simplona, tendría que ser aún más cuidadoso de lo que pensaba.

—Disfruto de mi vida, —dijo con un bostezo—, y no quiero que ninguna muchacha me la complique con quejas.

—No le complicaré con quejas si se mantiene alejado de mí.

—Ah, —dijo él, ignorando el insulto—. Entonces estamos de acuerdo. Usted administra Lockhart, y yo perseguiré mis propios placeres.

La vio temblar. Vio cómo el espíritu de lucha se desvanecía del azul índigo de sus ojos. No había querido humillarla, pero no había tenido más remedio. No quería que ella mirara demasiado en su dirección. Si tenía siquiera un indicio de sus actividades, ¿no podría ella cambiar el precio de su cabeza por su propia libertad? ¿O la de su hermano?

—Espero que esté lista para la boda dentro de una semana. Enviaré mensajeros anunciando la feliz unión.

Y con eso la despidió. Su rostro se enrojeció, se dio la vuelta y, con la cabeza alta, abandonó la sala.



¿Un matrimonio con ese inútil egocéntrico? Se le heló el corazón ante la perspectiva.

Al menos él no la reclamaría en la cama. Eso dijo, eso prometió. El último pensamiento permaneció en su mente, su promesa no significaba nada.

Pero entonces, ¿por qué iba a hacerla? Él tenía todo el poder. Había descrito con precisión su posición.

Su mano se aferró a su falda. Si tan sólo hubiera podido estar al lado de sus hermanos en el campo de batalla… eso sí era verdadero valor.

Su mente repasó al hombre que acababa de dejar. Poco podía decir de él con aquella ridícula peluca. Sus ojos eran de color avellana. ¿O acaso eran verdes? Habían sido camaleónicos, el color cambiaba con las sutiles variaciones de la luz, pero una cosa era segura, habían sido unos ojos fríos. Ella se dio cuenta, eran fríos y sin emociones. Él había dejado claro que su único interés en ella era la riqueza que podía aportarle.

Casi a ciegas, tropezó con los escalones. Se sentía completamente atrapada, aunque él había dicho que no la forzaría. ¿O era sólo una mentira para hacerla más maleable, para evitar que huyera antes de la ceremonia? Había esperado contra todo pronóstico encontrar algo digno en su futuro marido, pero no había habido nada, nada de nada. Ni fuerza, ni carácter, ni humor, ni comprensión.

—Magnus, —susurró desesperada—. Te necesito.

El día de su boda fue tan frío, sombrío y despiadado como ella había sabido que iba a ser.

A pesar del número de invitados, pronto se dio cuenta de que su marido no gozaba de gran estima ni entre su propio clan ni entre los visitantes.

¿Cómo iba a superar aquella burla de ceremonia? Nunca se había sentido tan sola.

Effie intentó animarla. Había colocado flores en la habitación y había parloteado sin parar sobre la "gente poderosa" que asistiría a la boda.

—Milord es guapo, —dijo esperanzada la criada, mientras alisaba la seda del vestido de Caitlin.

¿Guapo? No llevaba barba como tantos otros escoceses, pero ella no había podido ver gran cosa bajo el desdén y la vacuidad que había mostrado en el día de su entrevista. Tal vez sus rasgos fueran físicamente agradables, pero hacía tiempo que le habían enseñado que el carácter creaba la belleza, y este hombre obviamente tenía poco de lo primero.

Era un cobarde. Había oído esa palabra expresada varias veces, a sus compañeros de clan ni siquiera parecía importarles si alguien les escuchaba. Aparentemente había desaparecido durante la batalla de Culloden, sólo para aparecer mucho después con una herida leve.

Y era un jugador empedernido. Había perdido fortunas, según los rumores.

Y era mujeriego. Visitaba a menudo a una mujer en los bosques cercanos al arroyo que atravesaba la propiedad. Se quedaba durante días haciendo sólo Dios sabía qué. Algunos llegaron a decir que la mujer era una bruja.

También se había enterado en la semana que llevaba en Lockhart de que su posición de laird estaba en peligro. Lo único que le unía al clan era la propiedad de sus tierras, y por ello no podían hacer nada al respecto, sin embargo, las quejas eran fuertes y la amargura también.

Ella también comprendió el por qué mientras escuchaba a Effie. El difunto marqués había empezado a desplazar a los campesinos de las tierras de MacTavish, comprando ovejas y ganado para ocupar lo que habían sido pequeñas granjas. Había habido esperanzas de que tras la rebelión honrara a los miembros del clan que habían luchado con él y les permitiera quedarse en la tierra, pero no tenían esa esperanza con el nuevo marqués, que sólo parecía interesado en sus propios placeres. El hecho de que rara vez hubiera visitado Lockhart antes de la muerte de su padre reforzaba sus temores de que no sería más que un terrateniente ausente. Todos esperaban que el joven marqués le quitara sus tierras a la gente que las había cultivado durante siglos y Liam MacTavish no había hecho nada para disipar sus temores. En lugar de eso, desaparecía durante días enteros.

Y ahora todos sus esfuerzos se habían ido aparentemente en proporcionar un gran banquete, a un gran costo, para su boda.

Trescientos invitados o más se habían acomodado en el gran salón y en los interminables aposentos de Lockhart. Ella había oído sus brindis y sus risas de borrachos durante las dos últimas noches.

Había tenido que evitar sus manos demasiado activas, y ponerse a trabajar, cuando había

intentado pasar desapercibida las pocas veces que había visitado las espaciosas cocinas. Pronto sería la marquesa y quería conocer a los criados, a la cocinera, al ama de llaves… pero todos le habían dado la espalda como si formaran parte de una vasta conspiración. Oyó la palabra "Jacobita" susurrada como una maldición. Puede que su lord no les gustara, pero los jacobitas parecían disgustarles aún más.

Encontraría la forma de ganarse su lealtad una vez casada. Siempre había tenido la lealtad de aquellos que habían trabajado para su familia, parientes lejanos todos ellos, eran más familia que sirvientes. Recordaba las mañanas en las cocinas, con el olor de los pasteles horneándose en la enorme chimenea, el cálido cacareo de la cocinera, la ráfaga de calor en un día frío y húmedo...

Familia, calor, seguridad.

Se estremeció y las manos de Effie se aquietaron.

—Se ve tan guapa, —trató de consolarla Effie desesperadamente.

Aunque no era bonita. Nunca había sido bonita, aunque le habían dicho que tenía un pelo bonito. Le parecía demasiado rizado, demasiado oscuro, al igual que sus labios eran demasiado anchos y su barbilla demasiado afilada. Eso ya no le importaba, en realidad, tal vez había sido su aspecto sencillo lo que había impulsado al marqués a ofrecerle un arreglo que la alejara de su cama.

Llamaron a la puerta. Una voz masculina se filtró a través de la puerta.

—El vicario está listo.

Caitlin tragó saliva a través del nudo de su garganta. No había tenido más asistentes que Effie. La madre de Liam había muerto años antes y el marqués no se había vuelto a casar. La esposa de Sean MacTavish había muerto en el parto, al igual que el bebé. Así que Liam MacTavish no tenía mujeres en su familia inmediata. Y al parecer, como era jacobita, ninguno de los invitados se había ofrecido a ayudarla.

Pero Effie le había proporcionado toda la ayuda que necesitaba, todo lo que ella quería. Además, no creía que pudiera soportar las atenciones de unas mujeres que no ocultaban su desprecio. Para ellas, era una enemiga.

Effie le apretó el brazo. Era su única aliada.

Caitlin intentó sonreír por el bien de Effie y se dirigió a la puerta, abriéndola.

Reconoció al hombre que estaba frente a ella. Le había visto por el patio.

—El marqués me ha enviado para escoltarla, —dijo.

Así que su lord, y pronto el de ella, temía que huyera después de todo. Solo Dios sabía cuánto lo había deseado. En lugar de eso, dijo con firmeza: —Estoy lista.

—No va a ir a la horca, milady, —dijo el hombre.

—¿Seguro que no? —preguntó ella.

—No, creo que no. Soy Gavin Graham, el herrero, —dijo él ofreciéndole su brazo, el brazo que debería haber pertenecido a su padre.

Por un momento, se preguntó si debería sentirse insultada. En lugar de eso, se sintió un

poco reconfortada. Los clanes del norte, incluido el suyo, prestaban poca atención al rango. La lealtad jugaba un papel mucho más importante en cuanto a quién era confidente del jefe. Tal vez su futuro marido no era el fanfarrón que ella imaginaba si tenía a este hombre como amigo.

Rápidamente destruyó la ilusión.

—Lord Cumberland la escoltará hasta el altar, —dijo—. Me han enviado para llevarla ante él.

¿Por qué no había enviado a una dama? Claramente temía que huyera.

Su cuerpo se puso rígido. En lugar de que su padre la escoltara hasta el altar, lo haría su asesino, una última indignidad más.

Miró fijamente a su captor, estudiándole como un zorro atrapado podría estudiar al cazador. —¿Y por qué se le concedió tal honor?

—Estaba disponible, —dijo con un leve tirón de labios—. Pero intenté que así fuera.

—¿Por qué?

—Quería que supiera que tiene un amigo aquí.

—¿Un amigo? —Era poco creíble. Ella entrecerró los ojos. Parecía demasiado pequeño para ser herrero. La mayoría de los hombres de esa profesión eran enormes, con sus brazos tan anchos como las piernas de la mayoría de los hombres. Pero este Gavin era delgado y enjuto, con un alegre brillo en los ojos.

—¿Mi... el marqués le ha enviado aquí?

—Me pidió que la acompañara para que no estuviera sola.

—Estoy sola.

—No tan sola, —dijo él en tono suave.

Ella quiso creerle. Gavin Graham tenía unos cálidos ojos marrones y un trato fácil.

—Todo irá bien, milady. El marqués no es un monstruo.

No estaba segura de estar de acuerdo con esa apreciación, pero su intento de amabilidad le quitó parte del escalofrío del corazón.

Consiguió esbozar una pequeña sonrisa y asintió.

Casi a ciegas, bajó con él los escalones, cruzó el gran salón y salió por la puerta que daba a la capilla que estaba en un lateral de la casa torre. Se detuvo en el momento en que vio a Cumberland, que había vuelto su mirada hacia ella.

Se acercó a ella con una sonrisa en los labios. Era la sonrisa más fría que ella había visto nunca, y sus ojos eran como los del diablo: oscuros y despiadados. Le ofreció su brazo, pero ella lo ignoró, apartándose ligeramente.

—Tómelo, milady, —dijo él.

—No.

—¿Aún no ha aprendido que no es usted quien sufrirá si no cumple mis órdenes? —le preguntó en tono bajo.

La amenaza le llegó directamente al corazón. Temblando, le cogió lentamente del brazo y le permitió que la acompañara al interior. Se fijó en la colorida profusión de cuadros que llevaban los hombres y mujeres sentados en los bancos, vio cómo sus rostros se volvían y la miraban. Tanto la curiosidad como la hostilidad irradiaban de aquellos rostros. Se volvió y miró al frente, directamente al hombre que la esperaba en el altar.

Le había visto poco estos últimos días. No le había pedido que le acompañara a las cenas en el gran salón hasta anoche. La había visitado una vez, diciéndole que había pensado que ella preferiría tomar sus comidas en su habitación en lugar de unirse a las filas cada vez más numerosas de los asistentes a la boda.

Pero ahora, al verle de pie ante el altar esperándola, sintió que el corazón le latía con fuerza. Sabía que no tenía elección; sin embargo, quería darse la vuelta y salir corriendo por la puerta, pero ya no había hogar al que huir. Intentó creer que era otra persona la que estaba dentro de este vestido, pero esta noche tendría que ser ella misma: Lady MacTavish, la marquesa de Lockhart, y el hombre que la esperaba sería de hecho su marido, con todos los derechos asociados a ese estado, independientemente de sus promesas. Su mirada se encontró con la de él, y sus ojos color avellana estaban vacíos de emoción. A diferencia de muchos de los invitados que vestían tartanes o uniformes, él iba vestido con un chaleco azul pálido y calzones ribeteados con botones plateados. La camisa con volantes y las medias azules parecían fuera de lugar, y la elegancia de su traje la hizo sentirse justamente sosa en un sencillo vestido amarillo que había seleccionado entre los que le proporcionó la modista. Buscó en su mirada, esperando ira, pero vio en su lugar un destello de humor. Desapareció tan rápidamente bajo una sonrisa fingida que llegó a dudar de haberlo visto.

Llevaba peluca, de nuevo, una aún más larga que la que había llevado antes. Marginaba su rostro haciendo destacar el lunar oscuro en su cara, una afectación muy apreciada por los ingleses.

Ella no se había parado tan cerca de él antes y no había sido consciente de lo alto que era, de lo formidable que se mostraba al menos en tamaño.

Ocupó su lugar junto a él y Cumberland se apartó. Estaba de pie junto al desconocido que iba a ser su marido.

En una niebla protectora, escuchó las palabras que cambiarían su vida. Oyó sus susurros sin tono en respuesta a las preguntas. Elaboró sus propias respuestas en su mente.

No, ella no aceptaba a este hombre.

No, ella no lo amaría hasta que la muerte los separara.

No, ella no le obedecería.

Pero pronunció las palabras contrarias e intentó evitar que la humedad de sus ojos se derramara por su mejilla. Nunca dejaría que la vieran llorar, pero cuando el vicario los declaró marido y mujer, sintió que su corazón se moría.

Caitlin sabía lo que vendría después, algo que ninguno de los dos podría evitar, no con Cumberland sentado en la capilla. Se había movido de su lado a la primera fila, donde se sentó rodeado de oficiales de uniforme rojo. Tuvo la impresión de ver a una araña esperando para comerse a su presa.

Su marido la cogió de la mano y la giró hacia él. Tenía la cara a escasos centímetros, con el

lunar negro estropeando un rostro extrañamente atractivo. Era extraño, pues ella no se había fijado en eso antes, ni en la repentina intensidad de sus ojos. De pronto, los rizos de la peluca rozaron su cara, al igual que la batista de su calcetín le rozó la pierna, y ella, instintivamente, quiso retirarse, pero su enorme mano capturó la suya con sorprendente fuerza y la atrajo hacia él. Sus ojos brillaron y luego sus labios se apretaron contra los de ella. El beso fue duro, sin ternura ni consideración, sus labios magullaron los de ella antes de soltarse.

Su promesa. ¿No había significado nada?

La soltó y los dos se volvieron hacia la congregación. Ella quiso borrar la sensación de él que permanecía en sus labios, pero en lugar de eso, miró hacia otro lado y al moverse tropezó, y la mano de él la alcanzó y la sujetó.

Ella le buscó con la mirada, pero su rostro seguía tan anodino como antes. Su agarre se aflojó pero ella sintió su mano enguantada alrededor de su codo mientras continuaban por el pasillo y salían por la puerta. Condujeron a la multitud al gran salón donde los músicos empezaron a tocar y las mesas estaban cargadas de comida, y se detuvo justo delante de la puerta.

—Es hora de saludar a nuestros invitados, —le susurró al oído. Para su sorpresa, olía agradablemente a jabón y no a las fuertes fragancias que la mayoría de sus invitados utilizaban para disimular sus cuerpos sin lavar.

La mano de él serpenteó alrededor de su cintura, y ella se quedó helada. Apenas consiguió esbozar una sonrisa mientras le presentaban una familia tras otra. Todas ellas habían apoyado a los Hannover o traicionado al príncipe cuando se hizo evidente que no tendría éxito. Despreciaba a cada uno de ellos hasta el fondo de su alma, y no podía quitárselo de la cabeza incluso cuando asentía o hacía reverencias mientras las presentaciones seguían y seguían y seguían… pero si ella interpretaba el papel al gusto del marqués, tal vez él cumpliría su promesa.

Cumberland se acercó, sin duda congratulándose en silencio.

—Es usted una bonita esposa, marquesa, —mintió.

Ella luchó contra la bilis que le subía por dentro.

—¿Ya nos deja? —dijo ella con frialdad.

—Debo informar al rey George de que todo ha salido como el deseaba. Mi hermano está lleno de buenos deseos e intereses, Caitlin.

Sus dedos se cerraron en un puño. El rey de Hannover... ¿Qué le importaban a ella sus intereses? Ella quería abofetear el gesto petulante de su rostro. Éste era el hombre que había quemado a un montón de mujeres y niños, el hombre que había ordenado la muerte de hombres heridos y desarmados. Era el hombre que había matado a sus parientes y la había arrastrado lejos de todo lo que le era querido, y tenía el descaro...

—Mi esposa debe de estar muy cansada, —dijo el marqués, su marido—. Creo que necesita descansar antes del banquete de esta noche.

—Sí, y ponerse la ropa de cama, —respondió Cumberland.

—Efectivamente. —Su marido la miró lascivamente al decir las palabras y ella captó la sonrisa conspiradora que pasó entre los dos hombres.

Su corazón se desplomó. Así que le había mentido.

Bajó los ojos para que ni el marqués ni Cumberland vieran el odio que allí ardía. Encontraría alguna forma de escapar de esta... parodia de matrimonio.

En los últimos días había oído hablar de un hombre llamado el Rey negro, que estaba ayudando a los jacobitas a escapar de la venganza de la corona. Cumberland había ofrecido una enorme recompensa por su cabeza. Si tan sólo pudiera llegar hasta él y pedirle que rescatara a su hermano… Una vez hecho eso, entonces ella podría huir, pero, ¿cómo podía ponerse en contacto con él?

—Ven, querida, —dijo su nuevo marido, con la mano de nuevo en su brazo. Ella se apartó bruscamente de su contacto.

Él se inclinó y le susurró, tomándose la libertad de tutearla:

—No vuelvas a hacerlo, marquesa.

Su voz contenía una amenaza que ella no había oído antes. Ella se giró. —Me prometiste...

—Sólo si cumples tu propio papel de esposa obediente, —dijo él en un tono que le erizó la piel. Sus dedos se apretaron alrededor de su brazo.

Ella quería creerle. Dios mío, cómo quería creerle, pero aquella mirada salaz no había sido imaginación suya.

Aun así, su único recurso era rezar para que dijera la verdad, para que su interés estuviera en otra parte, al menos por el momento.

Y tratar de encontrar al Rey negro.

Se mordió el labio, luego le dedicó la más leve de las inclinaciones de cabeza y permitió que la guiara hacia la mesa para el brindis de rigor.

4

—Por muchos felices y... fructíferos años.

Cumberland lanzó una mirada lasciva al pronunciar las últimas palabras. No dejó ninguna duda en la mente de nadie sobre lo que quería decir exactamente.

Liam bajó la vista y vio palidecer el rostro de su esposa. Parecía como si un voraz lobo estuviera a punto de caer sobre ella.

Quiso tranquilizarla, pero no podía permitirse ese lujo en ese momento. Demasiadas otras vidas estaban en juego y no podía arriesgarse a que sospecharan de él, pues ya estaba rodeado de un clan y de familias vecinas que dudaban tanto de su lealtad como de su valor. Todos ellos sabían que el matrimonio no era del agrado de la muchacha, y cualquier cambio repentino en su actitud podría despertar sospechas. Había hecho todo lo posible por atenuar sus temores sin delatarla, pero había sido importante que Cumberland creyera su papel de mujeriego y canalla.

Sin embargo, pudo darle algunos momentos de alivio. Puso excusas a los invitados, diciendo que la excitación había hecho que su esposa se encontrara mareada y necesitada de un poco de aire fresco, pero volverían en breve para el banquete nupcial. Su corazón dio un vuelco cuando ella le miró con incierta gratitud.

Mantuvo su mano en el brazo de ella mientras abandonaban el gran salón. Le parecía tan ajeno como debía de parecerle a ella. Siempre había odiado cada metro cuadrado de Lockhart, y nunca se sentiría su lord. Era un fraude, incluso si no hubiera elegido oponerse al rey de Hannover, seguiría siendo un fraude. Nunca había pertenecido a este lugar.

Un bastardo.

Su padre había pronunciado esa palabra una vez en un arrebato de embriaguez. Sólo lo había hecho una vez.

En ese entonces, Liam estaba en la habitación con su madre, e instintivamente había intentado protegerla cuando su padre entró. Su rabia era evidente.

—Puta, —había dicho—. Hija de Satán.

Había alargado la mano y la había abofeteado, y Liam, a pesar de su miedo, se había lanzado sobre el hombre al que más temía. Un empujón lo lanzó al otro lado de la habitación mientras su padre lo miraba con odio.

—Bastardo. —Dijo, escupiendo la palabra.

Su madre se echó a reír.

Liam cerró los ojos un momento al pie de los escalones. Más tarde se enteraría de lo que había querido decir su padre, y de por qué su madre se había reído...

Liam fue consciente de que la muchacha MacFarlane, su mujer, se había quedado quieta a su lado. Se tragó todas las dudas que sentía y empezó a subir las escaleras, consciente del olor a flores que flotaba en torno a ella y de la suavidad de su piel. También era consciente del miedo de ella. Había desafío, pero también mucho miedo, y él se odió por hacerla sentir miedo.

Oyeron la algarabía que venía de abajo. El gran salón se estaba llenando rápidamente y, obviamente, muchos de los invitados ya habían probado los barriles de vino, brandy y cuencos de hidromiel preparados para ellos. En una hora estarían intercambiando predicciones subidas de tono. Odiaba someter a la muchacha a aquello, pero no había remedio. Los invitados, y sus propios compañeros de clan, estarían divirtiéndose como tocaba hacerlo, y él sólo podía intentar tranquilizarla en privado, aunque con cuidado de no hacerlo lo suficiente como para borrar esa mirada hostil en sus ojos. Necesitaba el manto de su odio.

Era una línea muy fina en la que debía caminar.

Llegaron a lo alto de los escalones de piedra y caminaron por el pasillo hasta la cámara de ella. Ella se volvió y él supo que no quería que entrara. En realidad, estaba erizada como los perros guardianes de abajo.

Abrió la puerta y esperó mientras ella entraba, y la vio ponerse rígida cuando la cerró tras ella.

Permaneció en silencio. Esa era su mujer. Orgullosa, rebelde y enfadada. Muy enfadada.

—Juró que no me obligaría, —dijo ella en voz baja.

—Un marido no fuerza, —la corrigió él—. Es el deber de la esposa servirle. —Dejó que las palabras penetraran un momento y luego continuó con voz fría—: El simple hecho de que yo decida no asumir ese derecho no lo niega. Por si ha oído algún cotilleo, debe saber que frecuento una casa de campo no muy lejos de aquí. La dueña tiene muchas más... dotes que usted, y un corazón celoso, por lo que no me apetece que me claven un cuchillo en el mío. —Curvó los labios en una media sonrisa que esperaba indicara un cariñoso recuerdo—. Como he dicho, no tengo ningún interés en tu alcoba, pero Cumberland no debe saberlo.

—¿Por qué? Lo único que le importa son las nupcias. —Obviamente no pudo resistirse a la pregunta. Salió a regañadientes de su lengua—. Estoy encadenada a usted, a un protestante.

Él la miró con curiosidad. Sabía que no todos los jacobitas eran católicos, aunque muchos lo eran, especialmente los fieros clanes del norte. —¿Eres católica?

—Sí, —dijo ella con orgullo.

—No dijiste nada antes del matrimonio.

Ella se quedó en silencio.

—¿Lo consideras un matrimonio válido?

Ella siguió en silencio.

—Pues para un cristiano no sería válido, milady. Nos casamos de acuerdo con la ley de Escocia, y la ley del rey, lo quiera o no cualquiera de los dos.

Su rostro se sonrojó.

—Cumberland y el rey quieren este matrimonio, y querrán pruebas de que es válido, y eso significa sangre, milady.

—¿Entonces por qué no les da lo que quieren? —Era un desafío directo, un sondeo de su sinceridad.

Frunció el ceño, intentando encontrar una forma de calmar sus temores sin revelar gran cosa. Estaba diciendo mucho más de lo que quería decir y delatando más de lo que debía.

Le dedicó la sonrisa vacua que había perfeccionado.

—Como ya he dicho, no eres de mi gusto, milady. Eres demasiado delgada y tu disposición demasiado agria. Así que puedes estar tranquila. Aunque me reuniré contigo esta noche, pienso pasar el tiempo jugando a las cartas.

—¿A las cartas?

—Sí, esposa. Juego muy bien, sobre todo conmigo mismo. —Liam sabía que se le daba bien hacerse el tonto—. Y no me gusta Cumberland más que a ti.

Su mirada se clavó en él, y él se preguntó si ella veía algo más que el tonto que él esperaba que viera.

—¿Y qué quiere a cambio?

—Ya te lo he dicho. Quiero mi completa libertad, así como las tierras que traes contigo.

—Pago su libertad con mi encarcelamiento.

—Es un encarcelamiento de seda, y uno que muchos no encontrarían difícil.

—Le desprecio. ¿No significa nada para usted?

—No, milady, no lo significa. No requiero tu aprobación, sólo tu obediencia. Creo que juraste dármela en la ceremonia de hoy.

—¡Es un traidor a Escocia!

—Ah, pero así te llama a ti el rey, y diría que es el rey del bando ganador. La historia nos dice que el vencedor siempre tiene razón. Así que harás lo que se te ha dicho. Asistirás al banquete de esta noche, serás una esposa obediente, aunque reacia, y aceptarás los brindis. Me acompañarás hasta aquí esta noche sin hablar de conversaciones anteriores, y yo me quedaré aquí, al menos durante varias horas. ¿Lo entiendes?

Le habló como si fuera una niña, y vio cómo la furia se apoderaba de sus ojos azules. Sus dedos se cerraron en puños a ambos lados de su cuerpo, y él supo cuánto deseaba golpearle.

—¿Considerará al menos intentar traer a mi hermano aquí? —Las palabras sonaron forzadas desde su garganta.

Liam sabía lo difícil que era para ella y cómo debía odiar pedirle un favor, sobre todo después de que él se lo hubiera negado un par de veces. Tuvo que contener su propio deseo de concedérselo, de decirle que no se preocupara, que rescataría a su hermano, pero conocía el castillo donde estaba retenido el muchacho, y también sabía por boca del propio Cumberland que no liberaría al muchacho hasta que la muchacha estuviera sana y salva. Eso era algo que no podía decirle. Sólo Dios sabía lo que ella haría, o diría, entonces.

—No puedo, milady.

—No quiere, —corrigió ella.

Él se volvió.

—Vendré a buscarte dentro de una hora, tiempo de sobra para cambiarte de vestido. Personalmente me gusta bastante el azul, pero sobre todo, nada de cuadros MacFarlane, milady. —Se dio la vuelta y salió de la habitación.



Evidentemente, su nuevo marido le había dicho a Effie que la atendiera, pues Caitlin no había hecho más que sentarse en la cama cuando apareció la muchacha.

—Milady, —dijo la muchacha en voz baja—. Ha sido una boda muy bonita, —añadió, aparentemente sin saber qué más decir.

Caitlin ignoró el comentario.

—¿Has oído hablar del hombre al que llaman el Rey negro?

—Oh sí, milady. De él y del precio de su cabeza es de lo único que hablan los soldados.

—¿Qué más has oído? ¿Se cree que anda por aquí?

Effie se encogió de hombros. —Dicen que está por todas partes.

—¿Alguien le ha visto realmente?

La criada negó con la cabeza.

—No según he oído, pero dicen...

—¿Qué dicen, Effie?

—Que monta un caballo negro. Que es muy alto y que siempre lleva una máscara, pero también he oído...

Caitlin se estaba impacientando. Al parecer, Effie no estaba muy segura de qué podría meterla en problemas. ¿Debería estar prestando tanta atención a los cotilleos, y sobre todo, debería estar contándoselos a la marquesa?

—Que es anciano, o un gitano. Algunos dicen que es el diablo y que puede cambiar de forma.

—¿Eso es lo que tú crees?

—Eso es lo que dicen los soldados, y que por eso no pueden atraparlo.

—No creo que el diablo vaya por ahí rescatando a la gente de quienes quieren ahorcarla… o incluso algo peor, —añadió Caitlin.

Effie se estremeció.

—No me gustaría conocerle.

Caitlin suspiró. No obtendría ninguna información útil de la criada, pero decidió en ese momento poner fin a su confinamiento en su alcoba y empezar a hablar con otras personas de la casa. Tal vez alguien supiera más sobre este... Rey negro y cómo llegar hasta él.

—Ven Effie. Ayúdame a elegir un vestido, —dijo, dirigiéndose al enorme tocador donde

yacían en su obsceno esplendor sus nuevos vestidos, todos cosidos rápidamente a petición del marqués—. Cualquiera menos el azul.



Liam interpretó al marido amoroso en el banquete. Lo interpretó lo suficientemente bien como para ver la alarma en los ojos de ella.

La rodeó con un brazo, la miró lascivamente, incluso le acarició el trasero cuando se sentó, todo ante las carcajadas de los invitados borrachos. Sólo Cumberland parecía permanecer sobrio, su fría mirada se posaba a menudo en la nueva marquesa. Liam sintió que un escalofrío le subía por la espalda. El interés de Cumberland era más que extraño. ¿Sospechaba que Liam era desleal? ¿O el interés se centraba únicamente en la muchacha MacFarlane?

Comió con ligereza los interminables platos necesarios para agasajar a un duque: perdices estofadas con apio en salsa de ostras, pastel de pichón, ganso, salmón y numerosos quesos, huevos y pudines de verduras. Nada de ello, se dio cuenta, estaba muy bien preparado, las aves estaban crudas y las verduras demasiado hechas. Su mujer, observó, comió aún menos, y apenas tocaba nada de su comida.

Se dijo un brindis tras otro: por ser padre de numerosos hijos, por la noche que se avecinaba, por el rey George. El rostro de Caitlin, notó, se puso pálido, y su esbelto cuerpo más rígido cada vez. Deseó incluso poder tranquilizarla mientras aplaudía en silencio su autocontrol. Aunque quería dar la impresión de beber tanto como los demás, en realidad bebía muy poco. Necesitaba mantener la cordura esta noche. Por la sangre de Dios, que necesitaba mantenerla mientras Cumberland se quedara más de lo debido.

—Comed más, milord, —gritó uno de los MacTavishes desde muy lejos en la mesa—. Va a necesitar toda su fuerza muscular esta noche.

Liam oyó la rápida inhalación de su esposa, pero no pudo hacer otra cosa que aparentar una mirada lasciva mientras una serie de comentarios soeces seguían a la ebria observación.

—Si necesita ayuda, milord...

—Sí, —llegó otra voz—. Puede contar conmigo.

Siguieron otras sugerencias, algunas de ellas aún más desdeñosas, sobre su propia capacidad de actuación. Liam miró hacia Malcom, que permanecía en silencio. Los ojos oscuros de su primo, sin embargo, le observaban tan de cerca como los de Cumberland.

—Creo que puedo servir a mi esposa bastante adecuadamente, —dijo Liam en tono aburrido, dando un largo trago a su jarra de cerveza. Empezó a susurrar algo, pero el sonido se perdió entre los gritos. En su lugar, sintió una dolorosa patada contra su pierna. Se limitó a sonreírle y pidió más vino, agitando su jarra de cerveza de forma que gran parte de su contenido se derramó por el suelo.

Se permitió otros instantes de falsos buenos deseos y luego echó hacia atrás su silla. Se tambaleó al ponerse en pie y le ofreció la mano a su mujer. Ella permaneció sentada en silencio, sin cogerla. Él se inclinó, susurrándole al oído.

—Haz lo que te digo, milady. —Luego le plantó un beso en esa misma oreja ante el rugido aprobatorio de sus compañeros de clan.

Cuando volvió a ofrecerle la mano, ella la cogió y se puso rígida. Estaba rígida de miedo y, pensó él, de humillación. Había sido el blanco de las bromas durante toda la velada, e incluso las pocas mujeres presentes la habían mirado con hostilidad. No había habido ningún rostro compasivo en la sala en toda la noche.

Estaba acostumbrado a la desaprobación, al ceño fruncido, a las burlas, y hacía tiempo que habían dejado de molestarle, pero intuyó que ella procedía de un entorno mucho más amable.

—Ven, —dijo, mientras fingía estar borracho, casi cayéndose cuando llegaban a la puerta, y luego subiendo torpemente los escalones. Algunos comentarios muy descriptivos les siguieron durante todo el camino.

Se detuvo ante la puerta de ella, abriéndola de golpe.

Ella entró y se quedó de pie en la habitación, con los ojos azules muy abiertos por la aprensión.

—Tendrás que aprender a creerme, —le dijo secamente, y luego se dirigió a la única mesa de la habitación. Effie había hecho lo que se le había ordenado, había abierto una botella de fino brandy francés y, junto a ella, había dispuesto dos copas de plata.

Liam sirvió las dos copas y le ofreció una a ella.

—Es mucho mejor que lo que se servía abajo, —dijo—. Servirá para relajarte.

—Su marcha me relajará.

—Creo que ya te lo he explicado antes, —dijo en un tono que utilizaría con un niño, con uno no muy listo.

Vio que la furia volvía a arder en sus ojos, para volver a entrecerrarse y mirarlo con inquisición.

—Usted no está tan borracho como parece.

—Una observación acertada, milady. Prefiero con mucho este brandy, y no iba a compartirlo con Cumberland. ¿Estás segura de que no me acompañarás?

—No. —La sospecha oscureció sus ojos.

—Entonces la ayudaré a desvestirse. —Ella retrocedió.

—Creo que podría considerarse extraño si nos quedamos con esta misma ropa toda la noche.

—Nadie lo hará...

—¿Está segura de eso, milady? Yo no lo estoy.

Vio que la sospecha se hacía más profunda.

—Si en verdad quisiera tu cuerpo, mi querida esposa, no dudaría en tomarlo, y no hay nadie que me lo pueda impedir. De hecho, creo que un grito o dos podrían mejorar mi imagen.

—Yo... quiero a Effie.

—Le dije que podía unirse a los demás miembros del clan e invitados esta noche. No

querrás privarla de eso, ¿verdad?

—N… no.

Sin más palabras, Liam se dirigió a la gran cómoda y miró en su interior, sacando un camisón de lino fino que ella había recibido el día anterior, junto con los vestidos nuevos. Lo puso sobre la cama y luego se acercó a ella.

—Date la vuelta, querida.

Su boca se tensó, pero lo hizo. Estaba aprendiendo, a regañadientes, pero aprendiendo. Desabrochó rápidamente los corchetes y vio cómo el vestido caía sobre sus pies. Sus hombros eran suaves, delicados, y de repente le entraron ganas de tocarlos, de pasar sus dedos por el pelo oscuro. Era... bastante guapa, más guapa de lo que él había pensado en un principio.

Santo cielo. Desde luego, no podía permitirse tales pensamientos en estos momentos. Se volvió hacia la mesa, observando las dos sillas, una a cada lado. Cogió la copa que había llenado de brandy y bebió primero un sorbo, luego otro, saboreando la bebida. Al menos su padre había tenido un gusto excelente para los licores, pensó con amargura. Intentó no oír sus movimientos: el ruido sordo de los zapatos al caer al suelo, el crujir de la ropa.

Bebió otro sorbo. No había esperado ser excitado por ella en absoluto, como no había previsto el torrente de sangre caliente cuando su dedo había rozado accidentalmente su piel, ni cuando sus mechones de pelo oscuro rozaron el dorso de su mano.

Liam se volvió. Ella ya estaba en la cama, con la colcha de plumas cubriéndola mucho mejor que el fino material de la bata. Se quitó su propio chaleco, colocándolo ordenadamente en una de las sillas. Luego se desató la faja y se aflojó la parte superior de la camisa de lino.

A continuación se quitó los zapatitos, a los que despreciaba con todo su ser. Prefería con mucho las botas de cuero suave que llevaba cuando montaba a caballo. Miró de nuevo a su mujer. La luz parpadeante de las lámparas proyectaba sombras sobre el cabello oscuro, y hacía que su rostro fuera menos austero. Sin embargo, ella vigilaba cada movimiento, como un conejo debe vigilar a una serpiente.

Se sentó en la silla vacía cercana a la mesa, donde girando ligeramente la cabeza, podía ver a su nueva esposa. Apartando cuidadosamente los ojos de ella, rebuscó entre su ropa una baraja de cartas. La sacó, las barajó ordenadamente y empezó una partida de solitario. Al cabo de unos instantes, dijo, sin mirarla:

—¿Estás segura de que no te apetece el brandy? Está muy bueno.

—Bueno, —dijo ella de repente, sorprendiéndole.

Él enarcó una ceja, pero cogió la segunda copa y se la llevó a la cama, observando cómo ella se incorporaba, abrazando el cobertor contra su pecho. Pudo notar como había algo más en sus ojos, algo además de miedo y aversión.

¿Curiosidad?

A estas alturas, lo último que quería de ella era curiosidad.

—¿Entonces lo decía en serio? —dijo ella con incredulidad—. ¿Mantendrá su trato?

—Sí, —dijo él—. Después de esta noche me verás poco, excepto en breves apariciones para asegurarle al clan que estoy cumpliendo con mi deber de producir un heredero.

—¿Y cuando no llegue ninguno?

—Será la voluntad de Dios, —dijo él con ligereza.

Ella quería creerle, él podía verlo en sus ojos, como también pudo ver ahí cierto cálculo.

—No intentarás huir, querida, —dijo él, su voz volviendo a ser sedosa—. Mi reputación no lo soportará.

—¿Tu reputación?

—Como lo oyes, —admitió—. Probablemente descubrirás que mi madre intentó escapar una vez, y que acabó encarcelada en una de las habitaciones de arriba. De hecho, se rumorea alguna cuestión sobre mi verdadero linaje, pero mi querido padre jamás hubiera admitido haber sido cornudo. —Su voz se volvió áspera—. No pretendo que la historia se repita ni que se reaviven viejos rumores, eso es precisamente la oportunidad que mi primo está esperando.

La comprensión se extendió por su rostro.

—¿Es por eso que...?

—¿Accedí a este... matrimonio cuando quiero otro? Sí. Mi posición no es demasiado sólida y disfruto de los frutos de la herencia de mi padre. No me agrada mucho la idea de trabajar por mi manutención.

Ella guardó silencio.

Rezó para que su tono la hubiera convencido de que no era más que un derrochador que vivía de una herencia.

—¿Dijo que estuvo en Culloden Moor? —La pregunta fue poco más que un susurro.

—Sí.

—¿Mató a algún MacFarlane?

—Para ser honestos, luché lo menos posible. No me importa nada de eso, prefiero con mucho mis placeres.

Vio un destello de desprecio en sus ojos. Gracias a Dios. Volvió a su juego de cartas, y al silencio.

Caitlin nunca había estado tan pendiente de un hombre, pero tampoco había estado nunca desnuda con uno en la misma estancia.

Aún esperaba que él saltara sobre ella en cualquier momento, y por eso había intentado entablar conversación. Necesitaba saber más sobre él, tenía que saber qué esperar, pero había aprendido poco. Él era una contradicción en sí mismo. La mayor parte del tiempo actuaba como un petimetre, un buscador de placeres, un borracho. Pero si era todo eso, ¿sería fiel a una mujer con la que, por alguna razón, no podía casarse?

¿O era ella realmente tan desagradable como para buscarse una excusa?

Por otro lado, también estaba que, a pesar de sus amenazas, había existido ese esfuerzo por acallar sus temores y su incertidumbre. ¿Hacía eso un completo pícaro?

Aún llevaba aquella ridícula peluca, pero sin el brillante vestido y el chaleco, no parecía tan dandi. Su camisa blanca, sin el estoque, revelaba un cuerpo fuerte y delgado, no parecía uno que ella imaginara perteneciente a un hombre que malgastaba su vida en infiernos de juego y

tabernas. También reflejaba una rara confianza que la sorprendió, se dio cuenta mientras barajaba las cartas con una pericia que ella nunca antes había visto. No parecía del todo arrogancia, aunque a menudo se refugiaba en ese estado particularmente desagradable.

Ella volvió la cabeza. No necesitaba tener esos pensamientos. Necesitaba fingir un sueño que sabía que nunca lograría. La soledad la recorría, casi ahogando cualquier otra emoción. ¿Cómo estaba Miles? Debía de sentirse tan solo como ella. Excepto que ésta era ahora su casa, y los huéspedes de abajo sus huéspedes, y ella los despreciaba a todos y cada uno de ellos.

Miles era un prisionero, como lo era ella misma.

Se quedó quieta, esperando no llamar la atención. Cuanto más bebía, más posibilidades tenía de cambiar de opinión. Ella había visto los resultados de soldados borrachos, hombres ebrios, en contra de personas inocentes. Y ella no era ni siquiera una inocente para él, ella era su esposa. Se estremeció al darse cuenta.

Piensa en otra cosa. Piensa en correr por las Highland. Piensa en las risas, las bromas y el calor del hogar. Piensa en los momentos felices. Tragó saliva con fuerza, dejando que las lágrimas recorrieran su rostro por primera vez, y levantó la colcha para cubrirlas. Se guardó los sollozos, aunque su cuerpo se estremecía silenciosamente con ellos.

Piensa en la penumbra, en el cielo sobre las montañas escarpadas. Piensa en el mar corriendo fuerte contra los acantilados. Pero, maldita sea, eran tan dolorosa esta situación... La pérdida era demasiado grande y el precio demasiado caro. Se mordió el labio, haciéndose más pequeña en la gran cama. Vete, gritó internamente. Quería que él, su marido, se fuera, para poder gritar y llorar y liberar toda la agonía que se había ido acumulando en los últimos doce meses.

Entonces oyó el sonido de la puerta abriéndose y cerrándose, y abrió los ojos, que tardaron un momento en adaptarse a la oscuridad.

Él ya no estaba.

Se acurrucó en la cama y por fin dejó fluir las lágrimas.



Mientras Liam barajaba las cartas, oyó una silenciosa inspiración. La ignoró, continuando con su juego. Pero, sin quererlo, se volvió ligeramente y vio los pequeños temblores de la gran colcha.

Sabía poco de ella, salvo que Cumberland mantenía a su hermano como rehén del matrimonio y que sus dos hermanos mayores habían muerto en Culloden. Se preguntaba por el resto de la familia, aunque dudaba que quedara alguno con vida. Cumberland no quería ningún futuro levantamiento, había matado, destruido o transportado a todos los Highlander que sobrevivieron a Culloden, al menos a todos los que pudo encontrar.

Liam sabía lo poco que podía tranquilizarla. Se asombró de lo mucho que deseaba ir hacia ella y consolarla. Quería decirle la verdad, que él no deseaba este matrimonio más que ella, y que encontraría la manera de arrancar a su hermano de las manos ensangrentadas de Cumberland, pero sabía demasiado poco de ella, y sobre todo, de su capacidad para guardar secretos o desempeñar un papel. O incluso si ella intercambiaría conocimientos sobre él por su hermano.

Así que no podía hacer otra cosa que darle el regalo de dejarla en paz.

Miró las cartas sobre la mesa. Estaba ganando; casi siempre ganaba. Era extraordinariamente afortunado en las cartas, tanto como desafortunado había sido en la familia.

Sintió la emoción de la mujer en la cama. La sintió hasta la esencia de sus huesos, y empatizó con ella. Tenía menos de seis años cuando comprendió que no tenía ningún apoyo, no tenía a nadie que le quisiera. Su padre, desde luego, no lo había hecho, y su madre tampoco. Toda su preocupación habían sido sus amantes y tocarle las narices a su padre. Se había entregado a la bebida cuando, en esencia, había sido prisionera de su marido.

Una vez, cuando él había intentado consolarla, ella le empujó, haciéndole caer al suelo.

—Maldito mocoso. Si no fuera por ti...

Ella nunca había terminado la frase, pero él siempre había sabido que ella le echaba la culpa de sus desgracias.

Así que siempre había estado solo, y había aprendido a sobrellevarlo. ¿Era más fácil eso que el que te quiten a la gente que quieres? ¿Era mejor el amor experimentado y perdido que no haberlo conocido nunca? Él no lo sabía. Sólo sabía que había mantenido a la gente a distancia a propósito. Había aprendido a vivir así y había encontrado seguridad en ello. No estaba seguro de si alguna vez podría aprender a vivir con las responsabilidades y las tragedias del amor y el afecto.

Se quitó la maldita peluca y se pasó los dedos por el pelo, agradecido por la repentina sensación de libertad. Vaciló. ¿Había estado aquí el tiempo suficiente? Varias horas ya. Ciertamente el tiempo suficiente para acostarse con una moza. Se abrió la camisa de un tirón y se desató la faja, y luego se ató descuidadamente, perdiéndose uno o dos agujeros. Maldijo para sus adentros, luego abrió la puerta y esbozó una sonrisa satisfecha en su rostro antes de lanzarse borracho escaleras abajo en busca de más bebidas espirituosas.

Eso sí que lo entendería todo el mundo.

5

Caitlin sintió la luz que entraba por las ventanas antes de abrir los ojos. Gimió y se estiró. Le dolía la cabeza y una sensación de presentimiento la invadió. Había estado atormentada por pesadillas toda la noche. Intentó recordarlas ahora, pero no pudo. Sólo sabía que había estado asustada. No simplemente asustada, aterrorizada.

Estaba cansada de estar aterrorizada, parecía que había estado así todos los días durante los últimos seis meses, desde que supo que sus hermanos planeaban unirse al príncipe Charles. Había sentido el desastre en sus huesos, incluso mientras escuchaba sus alardes y su ansiosa anticipación.

Miró a su alrededor, su mente se llenó de repente con los acontecimientos de los últimos días. ¿Era ese el origen de su pesadilla? ¿El hecho de que había cambiado? Su nombre había cambiado. Su estatus público, no así el privado, había cambiado de doncella a esposa. Y no sabía nada de su marido.

Entonces su mirada lo encontró. Estaba recostado contra una pared como si no le importara nada. Seguía vistiendo lo mismo que la noche anterior, sólo que las prendas parecían mucho más deslustradas. Llevaba la horrenda peluca y su rostro parecía más afilado bajo ella, y sus ojos lucían vigilantes pero vacíos de cualquier otra emoción. Esa cautela desapareció, como si nunca hubiera existido, cuando su mirada se encontró con la de ella y sus labios se plegaron en una mueca.

—No creí que llegaras a despertar, —dijo con indiferencia.

Ella vio cómo su mano dejaba caer un objeto sobre la mesa. ¿Un libro? Eso la sorprendió.

No parecía un hombre interesado en los libros.

Intentó decidir qué hacer. Su impulso fue retroceder más hacia la cama, pero no le daría esa satisfacción, ni a él, ni a Cumberland ni a ninguno de sus secuaces.

—¿Me enviará a Effie?

—Por supuesto, pero antes debemos ocuparnos de un pequeño asunto.

Su frialdad volvió a provocarle escalofríos. Cierto, él había sido fiel a su palabra, no la había tocado anoche, pero...

Entonces vio el puñal en sus manos.

El lado izquierdo de sus labios se curvó hacia arriba. —No te preocupes, milady. Si no te tomé en la noche de bodas, con toda seguridad te digo que no tengo ese deseo esta mañana, pero si conozco a Cumberland, podría preguntarle a tu doncella si encontró sangre en tu cama.

—¿Por qué... haría eso?

—Puede que no lo haga, pero acaba de mostrar un interés muy inusual en nuestro matrimonio. Anoche bajé a por otra botella de brandy y me preguntó si habías estado... cooperativa.

Ella se mordió los labios. —¿Qué le dijo?

—Que eras como cualquier otra virgen. Reacia al principio, pero luego... —extendió las manos expresivamente—, pareció aliviado y dijo que las tierras me serían transferidas. No quiero que cambie de opinión.

—¿Así que va a quedarse con tierras que han pertenecido a otras familias durante siglos?

Deben haber pertenecido a…

—¿Jacobitas? Con toda seguridad. Sabían el riesgo que corrían, y no es asunto tuyo lo que yo haga con lo que ahora es mío.— Su voz era plana, sin emoción.

Ella no pudo controlar su odio. Cualquier impresión que había tenido de decencia había sido sólo una ilusión. La estaba utilizando para apoderarse de tierras que pertenecían a otros, igual que le habían quitado las tierras a su familia.

No dijo nada más, se limitó a arremangarse las mangas de la camisa. Su mano derecha sostenía ligeramente el puñal mientras se acercaba a la cama y tiraba de la cobertura de plumas. —Hazte a un lado, —le ordenó.

Ella obedeció a regañadientes y observó cómo él se hacía un corte poco profundo por encima de la muñeca y dejaba que la sangre goteara sobre la ropa de cama, para luego embadurnarla. Caitlin observó sus ojos mientras lo hacía; no había indicios de dolor, ni de emoción. Miró la mancha con satisfacción, luego se arrancó un trozo de camisa y se vendó la herida.

Con sus ojos color avellana fríos y vacíos, se puso el chaleco que había llevado la noche anterior.

—Y ahora te dejo en paz, milady. —Vaciló—. ¿Hay algo que desees?

—Mi libertad.

—Eso, de momento, es imposible. —Hizo una pausa—. ¿Te gusta leer?

—Sí.

—Hay una biblioteca abajo. Toma lo que desees.

Mostraba una amabilidad inesperada e inexplicable. —¿Cuál es mi papel aquí? —dijo ella.

Él enarcó una ceja.

—Mi esposa, —dijo—. Eres la marquesa de Lockhart.

—¿Qué pasa con los sirvientes?

—Ellos obedecerán tus órdenes, —dijo él—, excepto en una cosa: no se te permitirá salir de Lockhart.

Ella se puso de pie, sintiéndose terriblemente vulnerable llevando sólo su camisón. —¿Cómo se puede esperar que acepten órdenes mías cuando saben que aquí no soy más que una prisionera?

—Espero que puedas encontrar la forma de convencerlos, —dijo él con indiferencia.

Y luego la dejó, sin más palabras, pero con varias preguntas sin respuesta.



Los invitados partieron durante la tarde.

Liam vio cómo uno de los hombres de Cumberland se acercaba a la joven Effie, y observó cómo su rostro enrojecía antes de susurrar unas palabras. Un informe, sin duda, sobre el estado de la cama de Caitlin. Bien podría haber protegido a su nueva señora sin la contribución de Liam, pero él no había estado dispuesto a correr el riesgo.

Tras esto, Cumberland y sus oficiales partieron hacia el norte, persiguiendo los rumores de que el príncipe Charlie había sido avistado en las Highland del norte. Sin embargo, dejó una guarnición en un pueblo cercano para seguir buscando jacobitas por la zona.

Gavin encontró a Liam poco después de que Cumberland se marchara. —Lord Ogilvy ha sido capturado. No es más que un muchacho de veintiún años. Se dice que Cumberland está a favor de ahorcarlo.

—Su gracia está a favor de colgar a todo el mundo. No quedaría un hombre en Escocia si se hubiera salido con la suya.

—¿Jacobitas, quiere decir?

—No, nos desprecia a todos, puede verse en sus modales. Bueno, le tocaremos un poco las narices.

Gavin gimió.

—¿Te gustaría ser oficial?

—En absoluto.

Liam sonrió. —No obstante, tienes la experiencia suficiente, además, necesitamos algunos hombres que parezcan soldados.

—Puedo encontrar unos cuantos. Algunos a los que no les guste lo que está pasando y que admiren al Rey negro.

Liam asintió. Era Gavin quien había encontrado escoceses leales aquí y allá, escoceses como él que estaban tan ofendidos por las secuelas de Culloden que estaban dispuestos a esconder a un jacobita durante un día o dos, a actuar como vigías, o llevar un carro cargado de heno. Y luego estaban los jacobitas secretos, hombres que no habían podido dejar a sus familias para unirse al ejército. Esos estaban ansiosos por encontrar algún honor. —¿Cuánto falta para que trasladen a Ogilvy a Edimburgo?

—El fin de semana. Esperan tener algunos más para llevar.

—Intentaremos desengañarles de esa esperanza. Y Gavin, necesitaremos cinco hombres por lo menos.

—¿Puedo decirles que el Rey negro los guiará?

—Sí.

—Vale, saldré ya. ¿Para cuándo debo decirles...?

—Para dentro de tres noches.

Gavin asintió, luego dudó. —¿Milady... su esposa?

Liam se puso rígido. —¿Qué pasa con ella?

—¿Será ella un problema?

—Hice un trato con ella.

Gavin esperó.

—Ella no interferirá en mis actividades y yo refrenaré mis inclinaciones licenciosas hacia ella, —dijo Liam con pesar—. Ella cree que amo, o al menos deseo, a otra y está malditamente agradecida por ello.

—¿Leana?

—Sí. —Hizo una pausa—. Lo siento, Gavin. Si crees que debo buscar otra treta, lo haré.

Gavin intentó sonreír. —Fue decisión de Leana, y su deseo.

—Cuando esto termine, haré posible para que vayáis a donde queráis.

—Ella nunca ha indicado que... sienta algo por mí.

—Entonces no has visto sus ojos, amigo mío. Sus sentimientos son bastante claros.

Los ojos marrones de Gavin se iluminaron, pero su voz permaneció firme. —Tendré los hombres que necesites.

Liam asintió. —Cabalgaré hasta Edimburgo. Necesitamos más pintura escénica y pelucas de Helen, y algunos uniformes ingleses. Pero esos prefiero robarlos más al norte, no quiero sospechas aquí. También espero que mi nueva esposa se sienta enormemente aliviada por mi ausencia. —Vaciló—. Creo que debe sentirse muy sola. Una cara amiga podría ayudarla.

—Sí, milord.

—Puedes agasajarla con historias de mi decadencia.

—¿Seguro que deseas hacer eso?

No, en cierto modo, ella le atraía. Tenía valor, sentido común e ingenio. No tenía la belleza de muchas de las mujeres con las que se había acostado, aunque poseía cierto atractivo, del tipo que perduraría durante décadas. Pero ella también representaba un peligro para él.

Debía hacerse lo más repugnante posible para ella. Ya, intuía él, había sembrado más de una duda en la mente de ella sobre su mal carácter. La mayoría de los hombres tendrían pocos escrúpulos en llevarse a una nueva esposa a la cama, independientemente de los deseos de la propia mujer. Y ella lo sabía.

—Sí, —dijo—. Es necesario.

—Ya sabes lo que dirá el clan, que ella no te complace y por eso te marchas tan pronto. Hará más difícil tu posición.

Liam suspiró. Ya lo había considerado, pero tenía pocas opciones. Necesitaba tanto

información como atrezo teatral sólo disponibles en Edimburgo. Sus frecuentes viajes a Edimburgo, y el libertinaje, según los rumores, formaban parte de su fachada, una que no quería destruir. Si se quedaba aquí, bien podría ser un error. Aún recordaba su fragancia y el tacto de su piel contra sus dedos. Eso sí que le asustaba.

—Eso no se puede evitar, —dijo después de varios segundos—. Sólo... cuídala lo mejor que puedas. Me reuniré contigo dentro de tres noches.

Gavin asintió.

Liam le miró durante un momento. —Cuídate, amigo mío.

Gavin sonrió. —Siempre. Pero tú... me preocupas.



Caitlin se sentía como una niña mendiga que no pertenecía a ningún lugar, a la que podrían agarrar y arrojar fuera en cualquier momento. Lo irónico era que ella quería que la arrojaran fuera.

Éste nunca sería su hogar.

Su... marido llevaba dos días fuera, marchándose sin más palabras que las que le había lanzado la mañana después de la boda. Espero que pueda encontrar la manera, le dijo, pero no lo había hecho. También había dicho que los criados la obedecerían, pero cuando ella les ofrecía una sugerencia, parecían no entender ni una palabra de lo que decía.

También había buscado a Malcom MacTavish. Al parecer, él había llevado las cuentas de la casa para el antiguo marqués, y el nuevo marqués había mostrado total indiferencia hacia ellas, permitiendo que Malcom continuara. Sin embargo, aparentemente no había ningún tipo de aprecio entre ellos. Ella los había visto a ambos erizarse en presencia del otro. Aun así, Effie le había dicho que, al parecer, al nuevo marqués no le importaba Lockhart lo suficiente como para quitarle las cuentas o intentar encontrar un nuevo gerente.

Evidentemente, la visita molestó a su primo, al igual que su petición de ver las cuentas, pero ella sabía que era el lugar por el que había que empezar si quería dirigir la casa. Ella había llevado las cuentas de su propia casa tras la muerte de su madre.

—¿Dónde está su marido? —le había preguntado secamente.

Ella sólo pudo mirarle impotente. No tenía ni idea. Sin embargo, sospechaba que la mayoría de la familia sí la tenía. —No me ha informado, —dijo finalmente, consciente tanto del alivio que sentía de que se hubiera ido como de la humillación de no saber siquiera dónde.

Malcom MacTavish murmuró algo para sí, algo que ella sospechó que sería una maldición bastante fuerte. —Yo me encargo de las cuentas de la casa, —dijo con voz un poco más alta de lo normal—. No necesitamos cambios.

—No pretendo usurparle, milord, —dijo ella con todo el tacto que pudo—. Sólo pensé que no estaría de más si conocía a los comerciantes que nos proporcionan los bienes.

Por un momento, sus ojos oscuros parecieron suavizarse mientras la estudiaba. Luego, dijo

bruscamente: —No necesitamos nuevas... costumbres de los jacobitas.

Fue la gota que colmó el vaso. Estaba cansada de la insolencia y la falta de respeto que la recibían en todas partes. Lo quisiera o no, era la marquesa de Lockhart, y no sería un ratón asustado al respecto. Enderezó la espalda. —La cortesía es también una costumbre que valoramos y de la que usted bien podría beneficiarse, —dijo secamente—. El marqués dijo que la casa debía recibir órdenes mías y supongo que eso le incluye a usted.

—Supone mal, milady. No recibo órdenes de usted. No aprobé esta boda y no apruebo a mi primo.

—¿Entonces por qué se queda?

—Porque tal vez pueda recoger los pedazos después de que mi primo lo destruya todo.

Ella levantó la cabeza desafiante. —He traído riqueza a su familia.

—A Liam, tal vez, pero seguro a las mesas de juego.

Ella reconoció la ira que impregnaba su voz. Él y su nuevo marido no sólo se caían mal. Este hombre era obviamente enemigo de su primo. Bueno, eso no era asunto suyo. Aun así, se preguntó hasta qué punto era consciente su nuevo marido de la enemistad que le profesaba.

Caitlin había pensado que ella había sido la razón de su fría acogida en Lockhart. Ahora se daba cuenta de que también podía serlo por su marido.

No era asunto suyo si él recibía tan poco respeto y simpatía de su propia gente. Y sin embargo...

Intentó hacerse más alta. —No obstante, parece que debe vivir con el hecho de que él es el marqués, no usted, y que yo soy su esposa.

Un destello de admiración brilló en sus ojos. —Temporalmente, —murmuró.

—La única forma de cambiar la situación es... —Ella se detuvo.

—¿La muerte de mi primo? No necesariamente. El disgusto del rey es una alternativa. Sé que usted no quería este matrimonio. Tal vez podamos...

—Tiene razón, —dijo ella con ira mordaz—. El matrimonio no fue mi elección, pero a diferencia de tantos otros en este país hoy en día, tengo sentido del honor. Puede que no quiera este matrimonio, pero estoy en él, y no traicionaré a mi marido de esta manera.

—¿De esta manera? Es una extraña elección de palabras, milady. ¿Quiere decir que usted misma podría hacer algo para traicionarlo?

La traición, observó ella en silencio, estaba en el ojo del que mira. En realidad, no sentía lealtad alguna hacia su marido. Si tuviera la oportunidad de escapar de Escocia con su hermano, lo haría, pero no conspiraría con sus enemigos para destruirle.

Le dirigió lo que esperaba que fuera una mirada mordaz. —He oído hablar de familias así, pero decidí no creer en las habladurías. Al menos los jacobitas creemos en la lealtad. Otra costumbre bárbara, —dijo mordazmente.

—No es un MacTavish, —replicó Malcom con amargura y Caitlin no pudo evitar sobresaltarse—. Lo oirá tarde o temprano. Su madre era una puta, una adúltera, y él parece tener todas sus mismas debilidades.

La insinuación era clara, y ella sintió una punzada en la espalda por el odio que había detrás.

—No escucharé semejante calumnia.

—No son calumnias. Todos los hombres y mujeres de aquí le dirán lo mismo. El viejo marqués tenía sus dudas sobre Liam. Él únicamente lo dijo, yo tengo más pretensiones.... —Se detuvo de repente y se dio la vuelta.

Caitlin quería saber más. —Entonces, ¿por qué no lo desheredó?

Tras un momento, Malcom se volvió hacia ella. —Porque tenía demasiado orgullo, y porque pensó que su hijo mayor engendraría otros hijos. Nunca pensó…

—¿Y cree que usted debería ser el heredero? —dijo ella despectivamente.

—Los MacTavish me seguirán a mí, no a ese papanatas.

—¿Está pensando en otra guerra?

—No, pero los tiempos están cambiando. Debemos tener liderazgo, —dijo, bajando la voz —. Liam no ve eso, a él sólo le importan sus propios intereses. Para sobrevivir, debemos cambiar, tenemos que dedicar más tierras al ganado vacuno y ovino, pero seguir ayudando a nuestros arrendatarios a utilizar las tierras restantes de forma más productiva.

—Tendría que desbrozar algunas tierras, y eso significa sacar a sus parientes de las hectáreas que han trabajado durante cientos de años.

Su mirada la atravesó. —Haría provisiones para ellos, pero ¿por qué le importaría eso a un MacFarlane?

—Es obvio que no lo entendería, —dijo ella—. Siento haberle preguntado por los libros de cuentas. Ya les echaré un vistazo cuando vuelva mi marido.

—Yo no contendría la respiración mientras tanto, milady. Sus viajes suelen ser bastante largos, aunque no muy alejados. Hay una cabaña en el bosque no muy lejos de aquí…

—No escucharé cotilleos.

—Sólo creo que debería saber lo que todo el mundo sabe.

—Es muy amable por su parte, —replicó ella. Se dio la vuelta sin decir nada más y salió de la habitación.

Ahora tenía algo más sobre lo que reflexionar: ¿Cuál de los dos le caía peor? ¿Ella o su marido?

¿Y qué podría hacer Malcom MacTavish para conseguir lo que obviamente creía que debía ser suyo?

Caitlin inspeccionó la torre. No era tan grande como su casa, pero regia, antigua, con una portada extendida en forma de torre. El primer piso de la torre principal incluía el gran salón en un lado,

y una sala de mantenimiento o guarnición en el otro. Debajo de la sala de guardia había una zona sin utilizar que parecía una mazmorra con sus pesadas puertas que daban a pequeños cubículos, y a la izquierda había una sala de armamento.

Una gran escalera conducía a un pasillo con habitaciones tanto a la derecha como a la izquierda. Al final de cada pasillo había más escaleras que conducían a las habitaciones de las torres. Muchas de las habitaciones estaban escasamente amuebladas. Todo el edificio parecía viejo, mal cuidado y polvoriento.

El hermano de su marido se había casado. Ella lo había oído, y también sabía que la esposa y su hijo habían muerto en el parto. ¿Había intentado traer algo de calidez a Lockhart? ¿O la fría y hostil atmósfera la había derrotado?

Bueno, no iba a derrotar a Caitlin. Después de que Effie le mostrara la última habitación, Caitlin decidió ir al establo. Más le valía averiguar ahora si su marido había ordenado efectivamente que la confinaran en los terrenos del castillo.

El establo estaba mucho mejor cuidado que la vivienda, y se preguntó quién sería el responsable de ello. ¿Malcom MacTavish? ¿El marqués?

Un mozo de cuadra se acercó a ella cuando atravesaba las puertas. Se tocó con los dedos el copete. —¿Milady?

—Me gustaría dar un paseo a caballo, —dijo ella.

El hombre, viejo y de aspecto ajado, la miró con ojos azul pálido. —Lo siento, milady. El marqués me dijo que no debía dejarle montar.

Se incorporó por segunda vez aquel día. —Soy la marquesa de Lockhart.

—Sí, pero el marqués...

Un segundo hombre vestido con una sucia tela escocesa de MacTavish se movió a su lado, como para fortificarle. Sostenía un saco que se movía. Un llanto provenía de su interior.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Los dos hombres intercambiaron una mirada. —Un cachorro, —dijo el recién llegado—. El pequeño de la camada. La perra no puede alimentarlo.

—¿Adónde lo llevan?

—Al arroyo.

—No. —Su horror debió ser evidente porque el hombre hizo una pausa.

—Es lo más… amable, —dijo.

—¿Se ha ahogado alguna vez?

El hombre balbuceó. —Pues... no.

—¿Entonces cómo lo sabe? —Ella cogió el saco y él se lo entregó con cara de asombro.

Lo abrió y sacó un cachorro de terrier. Era negro y diminuto, pero activo, sus ojos obviamente acababan de abrirse. Tragó saliva al sentir su indefensión.

—¿Tenemos una vaca lechera?

—Sí.

—Entonces quiero una taza de leche.

El mozo de cuadra se alegró obviamente de que ella no fuera a reñir con el edicto que le prohibía montar a caballo. —Sí, milady. Haré que se la envíen.

—Gracias, —dijo ella en voz baja, su mente ahora completamente ocupada en salvar al cachorro. Un guante con un pequeño agujero en uno de sus dedos serviría.

Había alimentado así a un ternero una vez, cuando su madre había muerto, e incluso había criado a un joven halcón.

Pero el cachorro era muy pequeño. Se había acurrucado en sus manos como si por fin encontrara la seguridad que buscaba.

Su corazón dio un vuelco, o eso pareció. Una criatura indefensa. En toda la sangre y la lucha de Escocia, aquí había una pequeña vida que ella podría salvar. Acurrucando al cachorro de forma protectora, se apresuró a volver a su habitación.

Effie estaba limpiando su vestido de novia con leche de vaca caliente para quitar una mancha de vino derramada por un invitado borracho. Por lo que a Caitlin se refería, le importaba un bledo si se quitaba o no. Odiaba la prenda. Era un recordatorio de acontecimientos que preferiría olvidar.

—Ah, milady, —dijo Effie al levantar la vista—. ¿Qué tiene ahí?

—Un cachorro, —dijo Caitlin—. Uno de los mozos de cuadra dijo que la madre no podía alimentarlo y que iba a ahogarlo. Pensé en intentar salvarlo.

Effie dejó con cuidado la prenda sobre la cama y se acercó a ella, con la mano derecha calmando la oscura cabeza del cachorro. —Es una cosita muy pequeñita.

—Sí, pero una vez salvé a un halcón joven, no mucho mayor que éste animal.

—¿Qué necesita, milady? —preguntó Effie, obviamente tan ansiosa como ella por intentar salvar al cachorro.

—Un guante y un alfiler. Haremos un pequeño agujero donde está el dedo meñique. El mozo de cuadra enviará un poco de leche.

—Tengo un poco aquí. La estaba usando para limpiar tu vestido, —dijo Effie servicialmente—. Prepararé un guante. —Se detuvo de golpe—. Sólo tenéis un par, milady.

Caitlin se encogió de hombros. —Un guante frente a una vida. No es una decisión difícil.

Effie la miró, obviamente aturdida por un momento, y luego dijo con recelo: —Lo sería para muchas damas.

Caitlin decidió no responder a esa observación. En lugar de eso, se sentó, aún con el cachorro en brazos, mientras Effie buscaba un guante, lo pinchaba y vertía en él un poco de la leche tibia que había estado utilizando. El cachorro se retorció, emitiendo pequeños ruidos de angustia. Era evidente que tenía mucha hambre. Pero ¿sabría utilizar el guante?

Effie se sentó a su lado y sujetó el guante mientras Caitlin intentaba guiar el dedo meñique hacia la boca del cachorro. Por un momento se negó a cogerlo. Entonces, el olor, el tacto o el sabor hicieron que el cachorro abriera la boca y Caitlin le introdujo suavemente leche en la boca. En cuestión de segundos, el cachorro estaba chupando el cuero con avidez.

Caitlin y Effie se sonrieron.

—Tendremos que alimentarlo cada dos o tres horas, —dijo Caitlin.

—Yo lo alimentaré por la noche, —se ofreció Effie.

—No, nos turnaremos, —insistió Caitlin.

Effie observó cómo se movía la diminuta boca. —¿Le pondrás nombre?

Caitlin no había pensado en eso, todavía no. Quizá si le daba un nombre al cachorro, le daría ganas de vivir. No es que pareciera tener problemas, su pequeña boca se movía compulsiva, ansiosamente.

Pensó un momento. El cachorro era del color de la medianoche. Había estado pensando incesantemente en el hombre llamado el Rey negro usaba la jota de picas, también conocida como Jack.

—Jack, —dijo lentamente—. Jack el negro.

—Jack el negro, —dijo Effie mientras uno de sus dedos libres recorría la sedosa cabeza—. Creo que Jack le queda bien.

—Sí, —dijo Caitlin—. Es un cachorro bonito e inteligente.

Effie bajó la mirada y luego la levantó preocupada, como si se estuviera extralimitando. —Sin embargo, aún es muy pequeño. No se encariñe demasiado, milady.

La advertencia llegó demasiado tarde. Ella ya estaba encariñada. Jack era el único ser vivo aquí en Lockhart que dependía de ella, la única alma a la que podía amar. Y los animales sí tenían alma, estaba convencida de ello.

Llevaba a su hermano en el corazón y trataría todos los días de su vida de ponerlo a salvo, pero ahora tenía algo a lo que podía ayudar de forma inmediata y directa.

—Vivirá, —dijo—. No permitiré que haga otra cosa.

6

Edimburgo estaba llena de tropas británicas.

Liam se había puesto uno de sus chalecos más extravagantes, una prenda azul brillante adornada con encajes dorados y botones de oro, y un par de pantalones a cuadros que se ajustaban a sus piernas como si estuvieran pintados en ellas. Sobre el chaleco, llevaba una tela escocesa de tartán a cuadros. En los pies, llevaba un par de zapatos con hebillas doradas.

Odiaba esos malditos zapatos, del mismo modo que despreciaba la pesada peluca que adornaba su cabeza bajo un bonete azul brillante, también ribeteado en oro. Preferiría con mucho la flexible comodidad de unas botas bien usadas, pero su aspecto era más o menos el que quería: un tonto escocés imitando a un tonto dandi inglés.

Ningún soldado le paró, nadie le pidió papeles ni la naturaleza de su negocio. Algunos se dieron la vuelta con asco en los ojos, otros con desprecio. Pocos le echaron un segundo vistazo.

Cabalgó hasta el Fox and Hare, una taberna donde se alojaba a menudo. Situada cerca del Teatro Real de Edimburgo, su clientela era muy variada, desde actores hasta oficiales británicos, que disfrutaban de la proximidad de estos últimos, sobre todo de las actrices. Durante los últimos cinco meses, Liam había mantenido una habitación permanente sobre la taberna, y varios oficiales británicos también tenían habitaciones allí.

Saludó a los oficiales en la taberna, reconociendo a la mayoría, y divisando a uno o dos que no había visto antes.

—Ah, capitán Lehgrens, —dijo, abalanzándose sobre uno de los oficiales mientras agitaba el brazo de forma extravagante—. ¿Una partida de azar esta noche?

—Mi buen amigo, —respondió Lehgrens—, ha estado fuera demasiado tiempo. No es buen juego ganar y luego marcharse. —Observó la ropa de Liam—. Se ha convertido en todo un dandi.

—Desde la partida de mi padre de este mundo, ahora puedo satisfacer mis gustos.

—Creo recordar que siempre se los ha permitido, pero no tan extravagantemente en el vestir.

—Pero ahora tengo una esposa a la que impresionar, —dijo Liam con una sonrisa—. La propia elección del rey.

—Eso hemos oído. El notorio Liam MacTavish ahora es un marido.

Liam agitó un pañuelo de encaje. —Lockhart, mi querido capitán. Sigue olvidando que ahora soy el marqués de Lockhart.

Lehgrens le hizo una reverencia burlona. —Milord.

—Ah, eso está mejor, —dijo Liam—. Un poco de servilismo.

Lehgrens se estiró. —Lo tiene, siempre y cuando pierda. Ahora sobre esa esposa suya. ¿Es por eso que no hemos sido agraciados recientemente con su presencia?

—No. Ninguna muchacha me atará jamás.

Lehgrens frunció el ceño. —Esperábamos que su... matrimonio nos abriera las puertas de Helen.

—Helen puede jugar con quien quiera.

—Por alguna razón, ella le elige a usted.

—O ella no le elige a usted, —dijo Liam, echándose hacia atrás con una sonrisa pegada a los labios. Si tan sólo lo supieran… Al igual que Leana, Helen era una de sus mensajeras y, lo que era igual de importante, proveedora de los artículos que necesitaba para disfrazarse. Ella también le había enseñado a utilizarlos.

Helen era quince años mayor que él. De hecho, ella le había iniciado en los caminos del amor cuando, siendo un retoño, había aparecido entre bastidores tras una de sus actuaciones. Parecía extraordinariamente necesitado y ella no se había burlado de él. Poco a poco se había convertido en su amiga en los días en que él no había tenido ninguna, y como él se había mostrado totalmente indiferente a la política, ella le había confiado sus raíces jacobitas. Cuando se había convertido en el Rey negro, la visitó en Edimburgo, confiándole su secreto mortal porque necesitaba desesperadamente su ayuda. Necesitaba ir a lugares a los que Liam MacTavish no podía ir; necesitaba su pericia para convertirse en un anciano, o en un vicario, o incluso en una mujer.

Todo el mundo creía que compartía su cama, aunque ese aspecto de su relación había terminado hacía años. Él había elegido permitir que el mito continuara. Protegía a Helen, y le convenía que su padre creyera que era un disoluto. Así que los rumores lo tenían acostándose con Leana en Lockhart, y con Helen aquí. Se le consideraba un gallo de gran reputación.

Una esposa y dos amantes.

Si los británicos supieran la verdad de ello....

No se había permitido hacer el amor desde antes de Culloden. Era demasiado peligroso tanto para él como para la dama. No pensaba llevar a nadie a la horca con él si lo atrapaban. Su esposa debería estar a salvo, ya que había sido obligada al matrimonio por el propio rey. Leana y Helen sabían los riesgos que corrían, pero el corazón de Leana pertenecía obviamente a Gavin, y Helen... bueno, Helen y él habían forjado una amistad en la que ya no había lugar para el sexo. También sospechaba que el corazón de ella ya estaba reclamado.

—¿Una jarra de ron?

Liam miró a Lehgrens. —¿Ron? ¿Tan bajo has caído, querido amigo? —Se volvió hacia la camarera—. Claret, mi amor. El mejor whisky.

—Su fortuna sí que ha cambiado, milord, —dijo Lehgrens—. No hace tanto que compró su alojamiento con mi dinero.

—Antes de que Charlie le echara de Edimburgo, —replicó Liam. El joven príncipe había tomado Edimburgo en septiembre del año anterior.

—He oído que tampoco se quedó mucho tiempo, Liam.

Se encogió de hombros. —Las lealtades de mi familia eran bien conocidas.

—¿Y dónde estaba usted durante los combates?

—Al lado de mi padre, por supuesto. Ganándome la gratitud del rey.

—Creía que era buen amante, no buen luchador.

Liam sacó una tabaquera y aspiró un par de veces. —Puedo blandir una espada. Me crié con el conde de Fallon.

El capitán miró su ropa dubitativo. —Nunca lo habría adivinado.

Liam agitó su pañuelo en la cara de Lehgren. —Evito los recordatorios en la medida de lo posible. Tenía mucha razón al observar que me importan poco las... incomodidades del campo de batalla.

—Y ahora tienes una esposa, un campo de batalla de otro tipo, confío. He oído que los MacFarlane eran bastante fieros.

Liam se estremeció interiormente ante la palabra… "eran". Exteriormente, se encogió de hombros. —Ella es bastante mansa.

—He oído que es sencilla.

¿Simple? Tal vez a algunos ojos. Por un momento, pensó en el rostro delgado y decidido, recordó el deseo que sintió cuando la había tocado. Ella despertaba algo en él. Deseó que no lo hiciera.

—La fortuna que trae la hace bastante presentable, —dijo—. Ahora, sobre ese juego pendiente, primero tengo unos recados.

—¿La bella Helen?

—Un caballero nunca discute con una dama.

—Salúdela de mi parte, —dijo Lehgrens—. Dígale que si alguna vez se aburre de usted, estaré encantado de ocupar su lugar.

—Así lo haré, amigo mío, —dijo él, levantándose—. ¿A las diez esta noche?

—Si me promete no salir corriendo mientras voy ganando.

—No ha perdido nada de su optimismo, capitán.

—Necesito algo de esparcimiento. El bastardo de Stuart continúa aludiéndonos.

Cumberland no es un hombre feliz.

—He oído que han capturado a varios jacobitas.

El rostro de Lehgrens se nubló. —Algunos. No los suficientes. Ese maldito tipo llamado el Rey negro los está sacando de contrabando de Escocia. Maldita sea si sé cómo. El duque ha puesto un precio de cinco mil libras por su cabeza.

Liam se encogió de hombros. —Son treinta mil libras por Charlie, ¿no? Nadie se ha presentado aún.

—El Rey negro no es Charlie. Podrán proteger a su príncipe, pero no a un forajido.

Liam se mesó la cara con un pañuelo de encaje. —Quizá tengas razón. ¿Tiene idea de quién es?

—Algún jacobita. Dicen que es un barba gris, pero es ágil como un zorro.

Liam se puso en pie. —Estoy bastante seguro de que las fuerzas del rey son capaces de encontrar al canalla. Aun así, es desconcertante saber que el bandolero anda suelto. Bien podría volverse contra los ciudadanos honrados.

—Tiene protección, pero acabaremos con el traidor aunque tengamos que arrestar a todos los escoceses de este maldito país.

Liam enarcó una ceja.

—Excluyendo lo presente, por supuesto.

—Gracias, —dijo Liam, arrojando varias monedas sobre la mesa—. Le veré dentro de unas horas.

Helen estaría en el teatro a esas horas del día. A Liam, un visitante frecuente, se le permitió entrar por una puerta lateral, y luego a su camerino.

Estaba sola, aplicándose cosméticos para su actuación de la noche. Era una artista, capaz de transformar a un hombre en mujer, o a una mujer en hombre, a un joven en un canoso.

Obviamente, lo vio en su espejo y se volvió, con una amplia sonrisa en su encantador rostro. Hija de un lord desposeído tras el “Quince”, el levantamiento jacobita de 1715, se quedó sin un céntimo, con nada más que una cara bonita y talento para la interpretación. Se abrió camino hasta Edimburgo y, adoptando un apellido inglés, se convirtió en una cortesana de moda y luego en actriz. También había sido amante de varios lores ingleses y escoceses. Ahora tenía los fondos para hacer exactamente lo que quería, y eso era principalmente tocar las narices a los hombres que la habían utilizado y habían destruido a su padre.

—Liam. Me alegro de verte, incluso con ese horrible atuendo. —Liam hizo una pose—. Es el colmo de la moda.

Levantó una ceja altiva.

—Y tan cómodo como caminar descalzo por el infierno, —añadió con sorna.

—Deberías probarte alguna de las prendas que debemos llevar las mujeres.

—Podría hacerlo, —dijo—. ¿Qué aspecto crees que tendría como mujer mayor?

Ella le miró críticamente. —Una mujer mayor muy alta.

—No puedo encogerme, —dijo él—, pero puedo doblarme un poco.

—Hmm, —dijo ella, agudizando la mirada—. Un reto.

—Y a ti te encantan.

—Algunos, pero arriesgas mucho, milord.

—No más que tú.

Se volvió hacia el espejo. —He oído que tienes esposa.

—Parece que toda Escocia se ha enterado.

—¿Una jacobita casada con un hombre del rey? Es una noticia jugosa, Liam. E inesperada, por cierto.

—Se me dio poca elección, y a mi nueva esposa aún menos. Si no me hubiera casado con ella, Dios sabe qué destino le habría deparado Cumberland.

—Siempre en tu papel de salvador.

—Recibí tierras a cambio, —dijo a la defensiva.

—Pero no lo hiciste por eso, ¿verdad, Liam?

—Habría sido sospechoso si no lo hubiera hecho. Soy un derrochador, recuerda, ¿y qué derrochador rechazaría el favor del rey y nuevas tierras?

—¿Y cómo acepta esto la otra parte?

—Mi matrimonio parece ser el principal tema de conversación, —dijo Liam con irritación.

—Sólo porque está tan fuera de lugar.

—Es cierto que tengo poca fe en la institución. Si hubieras conocido a mi madre, y a mi padre legal, entenderías por qué. Es un matrimonio sólo de nombre, que tanto la muchacha como yo esperamos que termine pronto, pero su hermano menor está retenido por Cumberland y ya conoces mi propia precaria posición.

—¿Se lo has contado todo?

—Por Dios, no.

—¿No confías en ella?

—No quiero otra vida en peligro. Y ella quiere que liberen a su hermano. No estoy tan seguro de lo que ella podría intercambiar, o no, por él.

—Ah, Liam, a veces creo que disfrutas complicándote la vida.

—¿Y tú no? Pero basta de esto. Se han llevado al joven Ogilvy, el último de su particular familia, y deseo liberarlo.

Dejó lo que estaba haciendo y giró su cuerpo. —Antes sólo has sacado fugitivos. ¿Ahora pretendes asaltar una de las prisiones de Cumberland?

—Sí, eso es exactamente lo que pretendo.

—Estás loco.

—Ya has dicho eso de mí antes.

—No he cambiado de opinión.

—Necesito más cosméticos.

—Por supuesto, —dijo cansada—. ¿Puedes decirme qué tienes en mente?

—Conozco la cárcel donde lo retienen. Uno de mis hombres instigará una pelea y con suerte lo meterán en una de las celdas. Entonces su querida y anciana madre le visitará, y a la salida pedirá ver al notorio jacobita.

—Y tú eres la querida vieja madre.

—Sí. ¿Crees que puedes hacerlo?

Ella le miró con más atención. —Más concretamente, ¿puedes tú?

—He hecho anteriormente de anciano, —dijo él con tono desafiante.

—Una mujer es un poco diferente, milord. —Sus manos lo tocaron en la cintura, doblándolo ligeramente—. Si te inclinas, sí. Necesitaremos darte una joroba, y un bastón tampoco vendría mal. Tengo una peluca gris que usamos no hace mucho. Unos pañuelos para ponerte pecho, y luego una almohada algo más voluminosa para la forma. Serás una mujer fea, milord, si me perdonas por decirlo.

—Prefiero ser fea antes que bella, —dijo él—. No me apetecen manos británicas sobre mí.

—No tendrás que preocuparte por eso, no cuando acabe contigo.

—¿Cuándo puedes?

—¿Cuándo piensas volver a Lockhart?

—Pasado mañana.

—Entonces ven mañana por la noche después de la actuación. Tendré todo lo que necesites.

Dio varios pasos hacia ella, se inclinó y le plantó un beso en la mejilla.

—Ahora has arruinado todos mi maquillaje, —se quejó ella, aunque parecía complacida—. Te he echado de menos, Liam.

Caitlin amamantó al cachorro durante los siguientes días. despertándose varias veces durante la noche para darle otro biberón.

Había preparado una cama blanda para él, pero sus suaves lloriqueos habían tocado una fibra sensible en ella, y dejó que el cachorro se subiera a la cama con ella, su pequeño cuerpecito acurrucado junto al suyo. El consuelo no fue todo del perro.

Al segundo día de ausencia del marqués, decidió intentar saber más de él. El lugar por donde empezar, pensó, era el hombre que había sido tan amable con ella el día de la boda: el herrero, Gavin.

Pensó en mandarle llamar, pero pensó que estaría menos preparado si ella aparecía de repente. Venía a Lockhart al menos una vez a la semana para herrar caballos y hacer cualquier otra tarea que fuera necesaria. El resto de la semana, excepto los domingos, al parecer tenía una tienda en un pueblo no muy lejano. Como no se le permitía libertad fuera de los terrenos de Lockhart, y él aparentemente estaba en su residencia ese día, planeó una visita sorpresa.

Caitlin volvió a sorprenderse de su pequeña estatura, aunque notó la fuerza de sus brazos y hombros. Él le sonrió cuando ella entró en el caluroso y mugriento edificio que hacía las veces de herrería.

—Milady, es un honor.

—Entonces es usted el único, —replicó ella con ironía—. Mi presencia infunde sobre todo

resentimiento.

—Desaparecerá enseguida, —dijo él—. Varios de los criados tenían familiares asesinados por los jacobitas en Culloden.

—Mis hermanos también fueron asesinados, —dijo ella bruscamente.

—Lo siento, —dijo él.

Ella se mordió el labio. No lloraría delante de esta gente.

—¿Me necesitáis? —dijo él en un tono más suave.

Ella se inquietó. No sabía cómo hacer las preguntas que quería hacer. Una dama no va a un herrero a hacer preguntas sobre su marido.

Y sin embargo...

—Usted dijo... —Ella vaciló.

—¿Dije? —incitó él.

—En... antes de la boda, dijo algo sobre mi marido.

—¿Sí? —respondió él cautelosamente.

—Nadie más parece decir nada...

—¿Quiere decir que nadie más dice algo bueno sobre él?

—Sí, —dijo ella, aliviada de no tener que plantear la pregunta.

Observó cómo la indecisión revoloteaba por su rostro. —¿Ha sido... poco amable con usted?

—No ha sido nada conmigo, —dijo ella rotundamente—. Hemos intercambiado pocas palabras.

—No le gusta quedarse quieto.

—Eso me han dicho.

—¿Eso le molesta?

—Creo que es bastante normal que una esposa quiera saber algo de su marido.

—Lo que él desee contar, —dijo el herrero en voz baja—. No lo que otros digan de él.

—Usted es su amigo. —Ella no había estado segura hasta este momento. Sus palabras le decían ahora la verdad, pero no entendía por qué el petimetre que conocía como su marido sería amigo de un herrero trabajador.

Sus labios se afinaron. —El marqués no tiene amigos como yo. Me envió el duque de Cumberland a buscarle y le dije lo que quería oír. —Se inclinó sobre la fragua, sus manos trabajaban con facilidad las herramientas que convertían un trozo de hierro en una herradura, doblándolo con una facilidad tan lograda que ella se encontró fascinada, incluso cuando se dio cuenta de que él intentaba cambiar de tema.

El corazón de Caitlin se contrajo. Ella había pensado, esperado...

Después de un momento, volvió a intentarlo. —Yo... tengo entendido que hay alguien que cultiva hierbas y yo necesito algunas.

Las manos en movimiento del herrero se aquietaron. —Traeré lo que necesita, milady.

—Me gustaría ver por mí misma lo que tiene.

No se volvió hacia ella, ni cambió la expresión de su rostro. —Es peligroso, milady, que una mujer viaje en estos días. Hay bandidos por ahí.

—¿Se refiere al Rey negro? —Ahí, ella había dicho las palabras.

—Sí, y a otros.

—He oído que sólo va por ahí ayudando a la gente.

El herrero se volvió, con la cara roja por el calor. —Eso es hablar arriesgadamente, milady. Le sugiero que no se lo diga a nadie más. Es un rebelde con la recompensa del rey sobre su cabeza, y la gente de aquí no vería con buenos ojos que se dijeran palabras en su favor. Su marido acaba de perder a su padre y a su hermano a manos de los jacobitas; simpatizará poco con su interés.

Ella se irguió ante la reprimenda. —¿Está usted entre los que aprueban que se queme a mujeres y niños de sus casas y se ahorque a hombres inocentes?

—Yo no apruebo a los forajidos que desafían al rey, —dijo él con voz fría—, y le aconsejo, milady, que no pregunte a nadie más sobre este asunto.

Ella no iba a recibir ninguna ayuda de esta fuente.

Incluso ella había sabido lo endeble que era albergar esa esperanza. Una palabra amable, y ella había saltado como si fuera mucho más. No había sido más que una nimiedad sin sentido, diseñada para desarmarla y llevarla al altar.

Se volvió, con la espalda rígida por la vergüenza de haber imaginado que recibiría algo de un miembro de esta casa, de este clan que traicionaba todo lo que había sido educada para respetar y apreciar.

—¿Milady? —Sus palabras la siguieron hasta la puerta, pero no se detuvo. Sentía el vaho de las lágrimas en sus ojos, y no quería que nadie las viera. No quería mostrar a nadie, ni a uno solo, la soledad que arañaba su corazón como un animal hambriento.

Sus pies se apresuraron hacia la casa torre, hacia el santuario de su habitación.



Liam volvía a Lockhart, con los bolsillos llenos de billetes de una libra ganados a un malhumorado Lehgrens. Dos barriles iban atados a un caballo detrás de él. Uno de los barriles contenía ropa de mujer, pinturas, una peluca y dos uniformes británicos; el otro contenía un vino bastante fino. Abrió el grifo, lo mejor para que la patrulla lo certificara, pues dos patrullas le dieron el alto, pero fue liberado inmediatamente y con profusas disculpas en cuanto se conoció su identidad y se le explicó que los barriles eran un regalo para Cumberland.

Ninguno de los dos pidió probar el vino tras esa explicación, y su precaución fue en vano; aun así, si hubiera estado con ellos un oficial en lugar de un sargento, el barril bien podría haber sido degustado.

Liam bordeó el sendero que conducía a la casa de la torre. No quería que nadie de Lockhart le viera e informara de su regreso a casa a su esposa. De hecho, esperaba fervientemente que todos le creyeran aún en Edimburgo.

El mero pensamiento le dejaba trastornado. Había pensado en ella más de lo que hubiera querido durante los últimos días. Dios sabía que él comprendía lo que era estar solo, no ser querido, e incluso ser vilipendiado. Ella sería las tres cosas, y él no tenía ni idea de cómo hacer más tolerable su estancia aquí sin poner a ambos, y a sus amigos, en peligro de muerte.

Maldito Cumberland y sus maquinaciones. Tendría que averiguar por qué había sido tan importante para el duque y para el rey George que Caitlin MacFarlane se casara. Desde luego, poco les importaba el bienestar de cualquier otra mujer jacobita, independientemente de su rango. ¿Qué demonios era eso de la muchacha MacFarlane? No era una lass, era su esposa, y ese hecho aún le asombraba cada vez que lo consideraba.

Giró por el sendero hacia la cabaña de Leana justo cuando se ponía el sol. Tal vez Gavin también estuviera allí, y así podría sentarse a disfrutar de una jarra de brandy y discutir los planes para esta noche. Esta noche sería su misión más peligrosa, pues nunca antes había intentado llevarse a un hombre de la custodia británica. Liam sospechaba que la recompensa por su cabeza bien podría duplicarse tras el trabajo de esta noche… si es que sobrevivía a ello.

Era ya el atardecer cuando cabalgó hasta la cabaña de Leana. Deslizó los talones fuera de los estribos y se descolgó del caballo, ató las riendas a una rama y luego cortó las tiras de cuero que sujetaban los barriles a su sitio. Bajó el primero al suelo y luego el otro. —Pronto recibirás tu recompensa, —le susurró al caballo, una yegua huesuda de aspecto triste que había comprado en Edimburgo. Con un poco de engorde, mejoraría mucho, y podría ser una buena montura para... su esposa una vez que estuviera convencido de que la muchacha se quedaría quieta.

Llamó ligeramente, y la puerta se abrió casi de inmediato.

Gavin estaba efectivamente allí. Sonrió al ver a Liam. —No estaba seguro de que lo conseguirías.

—Yo tampoco. Hay muchas patrullas en el camino a Edimburgo.

—Están por todas partes, —replicó Gavin—. No sabía que hubiera tantos ingleses vivos. Y ahora, al parecer, están todos en Escocia.

—Desgraciadamente.

Gavin miró los barriles. —¿Eso es lo que parece?

—Uno de ellos, —dijo Liam—. El otro incluye algunas prendas de vestir. Creo que Leana tendrá que ayudarme con ellos.

Leana salió entonces. —Liam, gracias a Dios que estás a salvo.

—Soy demasiado malvado para morir.

—Pues tu hermano al final lo consiguió.

Le miró la cara, repentinamente tensa y tirante, y recordó cuando había pasado a caballo por delante de la casa de campo, años atrás, y había oído el grito. Había dudado sólo un momento, y luego irrumpió en la casa de campo, sólo para encontrar a su hermano encima de ella.

La voz de Leana atravesó su pensamiento. —Se está haciendo tarde.

—Sí, lo es, —respondió él—. Me llevará sólo unos minutos. —Se volvió hacia Gavin—. ¿Tiene algún hombre que no se oponga a ir a la cárcel durante unas horas?

Gavin asintió. —Tendremos que llevarlo a Francia con nuestro próximo cargamento. Aquí será demasiado peligroso para él.

Liam asintió. —Hecho. Ahora ayúdame con estas prendas infernales.

—Tu gusto no mejora, milord, —dijo Gavin divertido—. Y quizá te interese saber que tu nueva esposa hizo una visita a la herrería.

Liam se inquietó. Debería haber sabido que ella buscaría amistad en alguna parte. Maldito sea por haberla enviado en dirección a Gavin.

—Se siente sola y tenía preguntas sobre ti, —dijo Gavin.

—Me lo imaginaba, —dijo Liam—, pero no es prudente que me quede cerca de ella, incluso si estuviera más tiempo en Lockhart. Ella no puede enterarse de nada.

—Ella es una jacobita.

—Sí, pero una que debe permanecer en Escocia, al menos hasta que podamos liberar a su hermano. Cualquier cambio en su actitud hacia mí, una palabra equivocada o un susurro oído, podría condenarnos a todos. No, no puede enterarse hasta que sea el momento adecuado.

Gavin asintió. Lo mismo hizo Leana, que estaba a su lado.

—Ahora ayúdame a ponerme esta maldita cosa. Tenemos negocios esta noche.

7

-El maldito Rey negro atacó de nuevo, esta vez su objetivo fue la cárcel del pueblo.

Caitlin se detuvo en el pasillo. Las voces de la gran sala eran fuertes y furiosas. Había oído la aproximación de los caballos unos minutos antes, seguido por el pesado pisoteo de las botas en el vestíbulo, y se había acercado suavemente, deseosa de oír. Su presencia solía significar silencios forzados.

Oyó al primo del marqués hacer preguntas. Los otros, sospechó, eran soldados ingleses.

—El sargento jura que la líder era una anciana, —dijo una voz desconocida—. Sé que hay quien dice que el Rey negro es un anciano, pero ¿una mujer?

—¿Está seguro de que es obra del Rey negro? —El suave acento de Malcom MacTavish era distintivo entre los más cortantes.

—Sí, dejó una jota de picas en la celda donde estaba retenido Ogilvy.

—Bastardo arrogante, —comentó Malcom MacTavish. Caitlin creyó oír una pizca de admiración en su voz.

—La mitad de mis hombres creen que es un brujo, o un demonio, capaz de cambiar de forma cuando lo desea.

—Eso no son más que tonterías.

—Algunos incluso afirman que es realmente una mujer.

Caitlin oyó la risa de Malcom. —¿Con ese tipo de audacia? Creo que no.

—Suenas como si lo admiraras. —La voz desconocida había adquirido un filo cortante.

—Admiro el valor, sea cual sea su origen. Ahora bien, eso no significa que quiera a este hombre suelto por nuestro distrito. Bien podría pasar de robar jacobitas de Cumberland a llevarse algo más querido.

—Quiero a algunos de sus vasallos. Planeamos registrar cada cabaña, cada granero o cobertizo en un radio de cincuenta millas. El sargento cree que uno de los atacantes podría estar herido. Encontró sangre fuera de la cárcel.

—El marqués es el único que puede autorizar eso, y no está aquí.

—¿Cuándo volverá? —La pregunta fue brusca, impaciente.

—No lo sé. —La voz de Malcom MacTavish era despectiva—. Nadie lo sabe nunca. No se molesta en mantener informado a nadie. Creo que está en Edimburgo, pero bien podría estar en la cama de alguien.

—Creía que acababa de casarse.

—Con una jacobita, —dijo Malcom desdeñosamente—, que tiene una lengua afilada y agria, y ninguno de los atributos que mi primo busca en una mujer. Era su fortuna lo que mi primo buscaba.

El resentimiento, la ira e incluso la vergüenza desgarraron a Caitlin. Ninguno de los atributos… *Fea* era lo que quería decir. Se dijo a sí misma que no le importaba lo que pensaran esos enamorados ingleses, pero aun así las palabras le escocían.

Y al parecer su esposo compartía esa opinión, ya que no tenía ningún interés en su cama ni, evidentemente, en su compañía.

Debería sentirse complacida, pero el orgullo, el fuerte orgullo de los MacFarlane, le causó una mueca de dolor y la dejó sintiéndose más sola que nunca. Nadie en el dominio de los MacFarlane habría tenido jamás unos modales tan pobres como para menospreciar de esta forma al lord y a su dama.

Pero esos MacTavish no tenían honor.

Quería oír más, pero no tenía ganas de que la descubrieran merodeando por el vestíbulo y escuchando sus comentarios. Tal vez pudiera aprender más de los hombres a los que, en estos momentos, servían hidromiel en el gran salón.

Ella era la marquesa aquí, pero sabía que los hombres del rey siempre eran bienvenidos en Lockhart, y a sus hombres se les daba de comer y se les ofrecía refrigerio. Se estremecía cada vez que veía una chaqueta roja, las conocía demasiado bien.

Caitlin entró en el gran salón. Habían colgado armas por las paredes, y el sonido de las voces se hacía más fuerte con la bebida. Las maldiciones resonaban en la sala, y ella captó fragmentos.

—Es un maldito fantasma.

—Un gusano.

—Estaremos despiertos toda la noche, vigilando estos malditos bosques.

—Bebamos sin fin, —dijo otro.

—¿Cómo reconoceremos al maldito bastardo?

—Alguien pagará por dejar libre a ese jacobita.

—Sí, no me gustaría estar en el pellejo de ese sargento. Tendrá suerte si no lo cuelgan.

Caitlin bebió todos los comentarios, deseando que alguno le diera una pista sobre cómo encontrar al Rey negro. En un momento dado, uno de los hombres miró hacia ella, y golpeó a otro, y él a un tercero hasta que todos se volvieron hacia ella, con las caras enrojecidas al reconocer quien era. Uno se inclinó. —¿Milady?

—Sólo he venido a ver si tenían todo lo que necesitan. ¿Comida? ¿Bebida?

—Sí, milady, —dijo el hombre que parecía ser el portavoz—. Y le agradecemos su hospitalidad.

Ella inclinó ligeramente la cabeza en señal de reconocimiento, luego se dio la vuelta y se marchó, aliviada de librarse de su presencia. Los uniformes la asqueaban, al igual que la arrogancia que destilaban. Tenían mucha sangre en sus manos, y les importaba un rábano.

Al menos se había enterado de que el Rey negro estaba en los alrededores. Si tan sólo pudiera avisarle...

¿Y su marido? ¿Dónde estaba?

Ella requería su apoyo para revisar las cuentas, estaba claro que necesitaba más autoridad en esta casa. Quizá con el tiempo habría una relajación del escrutinio que recibía, y una mejor oportunidad para escapar. Tiempo, pero sobre todo aliados, sin duda necesitaba algunos.

Caitlin salió por la puerta al patio. Allí había más soldados ingleses, cuidando caballos o simplemente paseando. Si al menos pudiera coger un caballo… Ojalá.

Robar caballos no estaba bien visto, pero estaba tentada. Muy tentada. Un paseo corto. Lo justo para alejarse de la vista de los uniformes rojos. Lo justo para respirar aire no manchado por el sudor, la sangre y la arrogancia. Se acercó a un bayo grande y le pasó el dedo por el lateral del cuello, estaba fresco.

El caballo seguía ensillado, con las riendas atadas a un poste. Algunos soldados se arremolinaban alrededor, dando de beber a las monturas y refrescándolas. Ésta debía de pertenecer a uno de los oficiales que habían llegado antes.

—Yo no haría eso, milady.

Se dio la vuelta, temiendo que su rostro enrojeciera de culpabilidad al hacerlo.

Su marido estaba allí de pie, sus ojos avellana mirándola con interés. ¿Por qué no le había visto entrar a caballo? ¿De dónde había venido?

—No sabía que había vuelto.

—Obviamente.

—Sólo necesitaba un poco de... aire.

—¿Demasiados soldados ingleses?

Ella sabía que sus mejillas se estaban coloreando. ¿Por qué él siempre parecía saber exactamente lo que ella estaba pensando?

—Sí, —dijo desafiante—. Demasiados.

—No creo que robar uno de sus caballos reduzca el número de los que te rodean, —dijo él —. Sólo serviría para aumentarlo.

Su mirada vagó sobre él. Llevaba ropa de dandi, pero había un bulto bajo la manga de su chaleco de colores brillantes y sujetaba el brazo con rigidez. La manga estaba cortada y manchada de rubí. Su expresión inexpresiva cambió sutilmente al ver que los ojos de ella se posaban en la mancha. —Un pequeño percance, —explicó.

Justo entonces Malcom y un oficial inglés salieron por la puerta.

Caitlin vio cómo el rostro de Malcom cambiaba, con el ceño fruncido. —No sabía que había vuelto.

—Acabo de llegar, —dijo su marido, arqueando una ceja hacia el oficial inglés—. Llego tarde porque me he topado con una banda de bandoleros. Bien podría haber sido su forajido. ¿Cómo le llama, querido muchacho? Con ese nombre tan ridículo...

Las fosas nasales del oficial se encendieron como las de un semental que capta el olor de

una yegua.

—¿Dónde fue?

—A medio camino de Edimburgo. Ya debe de estar lejos. Vi a Ogilvy con él, reconocí al joven rechoncho. Traté de desafiarlos, pero me abrumaron, y apenas escapé con vida.

—¿Cuántos eran?

—Seis, no, siete, incluyendo a Ogilvy.

—¿Está seguro de que está con ellos?

—Sí, estoy seguro.

—¿Y los demás? ¿Qué hay de los otros?

Su marido se encogió de hombros. —Iban vestidos como campesinos, aunque su líder sabía manejar la espada bastante bien. Me había enfrentado a él cuando un villano me golpeó por la espalda. Arruinó una de mis mejores camisas y mi chaleco, —se quejó lastimeramente.

El oficial le miró con desprecio. —Teníamos informes de una mujer.

—¿Una mujer? —dijo su marido—. No, no vi a ninguna mujer. Estaba Ogilvy y luego un hombre joven con el pelo rojizo. Parecía ser su líder.

—¿Dijo camino de Edimburgo? —dijo el oficial.

—Sí.

El oficial se volvió hacia un sargento que le había acompañado desde Lockhart. —Prepare a los hombres para cabalgar. Pondré la ciudad patas arriba. —Señaló con la cabeza al marqués de Lockhart—. ¿Qué más puede contar sobre el líder? ¿Edad? ¿Color de ojos? ¿Montura que llevaba?

El marqués se encogió de hombros. —Normal. Pelo rojo. Ojos marrones. Todos, incluido Ogilvy, vestían ropas de campesinos. ¿Y sus caballos? A punto de caerse a trozos, —añadió con desdén.

—¿Por qué no fue a Edimburgo a denunciarlo?

—Ya estaba a medio camino de casa. Deseaba volver con mi querida esposa para recibir consuelo y atención.

El oficial le miró con disgusto. —¿No sabe que hay una recompensa de cinco mil libras por ese hombre?

—Intenté detenerle, —dijo Liam con tono quejumbroso—, y recibí un tajo por mis esfuerzos.

El oficial le miró despectivamente. —Era su deber llegar hasta un oficial del rey y denunciarlo.

—Mi buen amigo, era mi deber regresar a mi hogar y protegerlo. No es culpa mía que no pueda atrapar a este villano. Allí estaba, audaz como la luz del día, en la carretera de Edimburgo.

—¿Está seguro de que era él?

—Sólo estoy seguro de que vi a Ogilvy. He oído que este... negro granuja es un anciano, o, ¿acabáis de decir, una mujer? ¿No puede encontrar y detener a una mujer o a un anciano? —El

marqués sacudió la cabeza con evidente consternación.

El oficial inglés pasó por delante de él hacia los caballos, y añadió murmurando: —Rey, se hace llamar el Rey negro.

—Por Dios, pero ese tipo no tiene modales, —dijo su marido mientras el oficial indicaba a sus hombres que montaran e instantes después abandonaba el patio al trote.

Había disfrutado con la consternación del inglés, incluso con su repugnancia ante los modales altaneros de su marido. Pero le preocupaba el hombre llamado el Rey negro. Miró al que había sido su marido durante la última semana. —El Rey negro... ¿dijo que le había golpeado?

Sus ojos la atravesaron de repente. —¿Tienes interés en este asunto?

—Parra nada. Sólo he oído...

—Bien, milady, —dijo él con impaciencia—. ¿Qué ha oído?

—Antes oí que el Rey negro puede haber sido herido en la lucha. Que…

Los ojos de su marido se entrecerraron. —¿Cree que un hombre herido podría igualarme? —preguntó.

El silencio de ella lo dijo todo.

Decidió dejarlo pasar por el momento. —Su preocupación por un forajido no le honra, milady. Esa preocupación debería recaer en su marido.

La mirada de Caitlin volvió a su brazo. —¿Está... su herida... mal?

—Requiere uno o dos puntos. ¿Estás preparada para eso, esposa?

Ella bajó los ojos de su rostro, que se alzaba sobre ella. —Sí, he remendado heridas antes.

—Entonces ven conmigo. —Se adelantó a ella, pasó junto a Malcom, que los miraba con el ceño fruncido, y se encaminó por el pasadizo que conducía al gran salón y luego subió las escaleras hasta la habitación que ella sabía que él utilizaba como dormitorio. Ella no había entrado, no había sido invitada, y se había mostrado reacia a curiosear. Incluso, tal vez, esperaba que él no regresara jamás de dondequiera que hubiera estado.

La habitación era oscura y sencilla y mucho más espartana de lo que ella había esperado para un hombre que vestía y hablaba como un engreído. Sin embargo, tenía un enorme armario de ropa, junto con una cama que parecía demasiado corta para él, una mesa sencilla y dos sillas. En la mesa había una botella de brandy y varios vasos. Eso, al menos, sí encajaba.

Podía apreciarse cómo la chimenea había sido limpiada recientemente y se había colocado leña nueva en ella. Liam se sentó torpemente en una de las sillas y suspiró con evidente alivio.

Caitlin dudó un momento y luego preguntó: —Si me dice dónde encontrar las hierbas y las vendas, iré a buscarlas.

Su mirada era fría al recorrerla. —No es necesario. La herida ya ha sido atendida.

—Pero...

—No deseaba humillarte revelando que fui a otro lugar. Sin embargo, la querida Leana Ferguson se ocupó de la herida muy bien, es muy buena curandera, —añadió.

Ella ya había oído todos los cotilleos, que la tal Leana era su amante, y una ira inexplicable la recorrió, aun cuando se dio cuenta de que él había hecho un pequeño esfuerzo por no avergonzarla públicamente. No obstante, se sintió avergonzada, e inadecuada.

Caitlin se decía a sí misma que quería tener lo menos posible que ver con ese hombre.

¿Por qué sentía entonces esta extraña decepción?

Necesitaba sentirse necesitada, aunque la persona por la que lo necesitaba en estos momentos fuera un enemigo.

Pero no la querían. Nadie la quería y nadie la necesitaba. Ni siquiera el desgraciado que se hacía llamar su marido. Nadie.

Excepto, posiblemente, por Miles. Y ella no podía defraudarle.

Se mordió el labio. —Si hemos de mantener el fingimiento, —dijo tan ligeramente como pudo—, entonces será mejor que vaya a buscar las medicinas y las vendas. ¿Quizás también un poco de agua caliente?

Su mirada vaciló un momento, asintió y ella se escabulló por la puerta.

Liam observó cómo se cerraba la puerta y luego cerró los ojos. Había necesitado de toda su fuerza de voluntad para volver a Lockhart.

Ni siquiera sabía si podría llegar a la cama. Había perdido mucha sangre antes de llegar a la cabaña de Leana. Una bala de mosquete se le había alojado en el brazo y Leana la había sacado, y luego había cosido la herida después de que Gavin hubiera cortado un poco más a los lados para que pareciera más una herida de espada que de pistola.

Santo Dios, cómo le dolía el brazo. Maldita sea.

Todo había salido según lo planeado, hasta cierto punto. Anteanoche, fingiendo embriaguez, dos de los reclutas de Gavin habían iniciado una pelea frente a la cárcel, y cuando uno de los soldados se hubo acercado demasiado, le atacaron. En respuesta, ambos hombres habían sido arrojados a una celda, y nadie había interrogado detenidamente a la anciana encorvada que apareció la noche siguiente para ver a su único hijo. Liam había podido deslizar, tanto a su supuesto hijo como a Ogilvy, una pistola, y a este último además una jota de picas. Desgraciadamente, Ogilvy no esperó lo suficiente para hacer su movimiento, y Liam, que iba por detrás moviéndose más cautelosamente, había estado en la línea de fuego de uno de los guardias más alerta antes de llegar a los caballos que les esperaban.

Los cuatro, Ogilvy, los dos hombres y él mismo, habían logrado escapar sólo porque Gavin había clavado antes espinas en los bajos de las monturas inglesas. Si a Liam no le hubiera dolido tanto, habría disfrutado de la visión de los caballos corcoveando y de los soldados ingleses volando por los aires.

Llegaron a una cueva, donde dejaron a Ogilvy resguardado, y luego cabalgaron hasta la granja de Leana.

Se decidió entonces fabricar otra herida. Liam no podía intentar ocultar la que tenía, su brazo estaría rígido durante días. Se necesitaban explicaciones, y mejor que no fueran por una herida de bala. Tanto él como Gavin se habían decidido por una herida de espada como causa plausible y una historia que haría seguir a los ingleses una pista falsa.

Así que Gavin había cortado cuidadosamente el costoso, aunque atroz, chaleco así como la camisa de lino, para después ensangrentar ambos para que pareciera un corte realizado con una espada.

Poco se había quejado de la herida delante de Leana y Gavin, no había querido que se preocuparan. Era extraño cómo la necesidad bloqueaba el dolor, pues pasada esa necesidad, el dolor le inundaba oleada tras oleada.

Ahora tenía que asegurarse de que su mujer nunca viera la herida. Esperaba sinceramente que ella hubiera tenido poca experiencia con ellas, pero sabía que muchas mujeres atendían a los heridos de su clan.

¿Realmente había vislumbrado una momentánea decepción en sus ojos, incluso un destello de ira, cuando le había dicho que otra mujer había cuidado de él?

Si era así, no había sido lo bastante duro, lo bastante arrogante, lo bastante repulsivo.

Y sin embargo, algo en su interior anhelaba volver a ver el destello de preocupación en sus ojos. ¿O acaso no había existido esa breve simpatía?

Murmuró una maldición para sí mismo. Había pasado demasiado tiempo sin el tacto suave de una mujer, un tacto destinado sólo a él. Leana curándole había sido lo más suave posible, pero entre ellos no había más que amistad. Era lamentable que Liam se sintiera atraído por su propia esposa, sobre todo porque la atracción podía significar la muerte de ambos.

Maldita sea. Tendría que reprimir ese anhelo.

En ese momento se dio cuenta de que estaba muy cansado. Había pasado más de un día desde la última vez que durmió, y la pérdida de sangre no había ayudado.

Su mano tiró de la maldita y pesada peluca y la dejó caer al suelo. Se abrió la chaqueta del chaleco. Sólo un momento. Sólo un...



Caitlin intentó contener su ira mientras se enfrentaba a la cocinera y le pedía las vendas y las hierbas que, en su opinión, necesitaría cualquier hombre herido. Sufrió la mirada grosera y el gruñido hostil de la mujer mientras esperaba artículos que en realidad no necesitaba porque su... marido había recibido cuidados en otro lugar. Humillación sobre humillación. Aun así, sabía que cualquier autoridad que esperara tener se centraba en el marqués. Si la casa sentía que él no confiaba en ella, entonces ella nunca se ganaría ningún respeto, y sin respeto no tenía ninguna esperanza de escapar.

¡Maldito sea!

Cogió la bandeja cargada de objetos innecesarios y la llevó de nuevo a su habitación, llamando ligeramente antes de entrar. Al no oír respuesta, entró.

Parecía dormido en la silla, pero también parecía diferente.

La peluca empolvada estaba en el suelo, y por primera vez se dio cuenta de que tenía el pelo oscuro, casi negro, que se rizaba ligeramente en gruesos mechones húmedos de sudor. Sin la peluca, el aspecto de dandi desapareció, y ella se fijó por primera vez en los apuestos rasgos angulosos de su rostro, en la cicatriz de la barbilla que de algún modo le hacía más... atractivo. Su boca parecía especialmente cambiada, la curva de sus labios más suave, menos burlona.

Su respiración era pesada. Le tocó la frente y estaba caliente, más caliente de lo que debería estar en la fría habitación. Terminó de desabrocharle la chaqueta y se dio cuenta de que bajo la manga de su camisa de lino, el vendaje era de un rojo brillante.

¡Todavía sangraba! Se preguntó por un momento cómo era posible que él hubiera parecido tan indiferente minutos antes, cuando era evidente que estaba mucho más gravemente herido de lo que ella había creído.

—Milord, —dijo, insegura de cómo llamarle, pero él no respondió.

Ella le sacudió ligeramente y volvió a llamarle, con voz más alta.

Sus pestañas se agitaron. ¿Cómo no se había dado cuenta de lo espesas que eran? —Milord, —dijo ella de nuevo.

Sus ojos se abrieron lentamente, parecían vidriosos.

—Permítame ayudarle a meterse en la cama. Luego volveré a mirarle la herida, todavía está sangrando.

Él se sacudió la mano de ella. —Puedo... arreglármelas solo.

Ella dio un paso atrás y observó cómo él se ponía en pie con dificultad, luego dio varios pasos hasta su cama, casi cayendo en ella.

Ella se acercó y él la miró con ojos hostiles. —No necesito tu ayuda, milady, —dijo, como si ella fuera un ratón particularmente irritante—. Será mejor que me complazcas marchándote.

No la querían aquí. No la querían en ningún sitio. Dio un paso hacia la puerta, extrañamente reacia a abrirla. Él le había dado permiso para marcharse, incluso se lo había ordenado, así que ¿por qué se demoraba?

Intentó decirse a sí misma que era lo que haría por cualquiera, amigo o enemigo. Se agachó y recogió la peluca, colocándola sobre la mesa. Era un complemento realmente horrible y maloliente. Estaría bastante presentable sin ella, y mucho más cómodo. Ella a menudo no entendía el por qué y el cómo de las costumbres de los hombres.

Caitlin volvió a mirar a su marido. Sus ojos, aún vidriosos por la debilidad o el dolor, la siguieron. —No eres obediente, —le dijo.

—Ya me lo han dicho antes, —replicó ella, retorciéndose las manos.

—Tendré que hacer algo al respecto, —dijo él, cerrando los ojos—. Pero no ahora, manda llamar a... Gavin.

Gavin, el herrero. El hombre que había intentado tranquilizarla. Era algo que ella podía hacer, ya que el marqués no quería ni que sus manos le tocaran.

Pero… ¿por qué? ¿Tanto le repugnaba ella? Sabía que no era ninguna belleza, pero... O tal

vez él creía que ella le haría daño. Sin duda, su muerte la liberaría a ella.

Se dio la vuelta y salió de la habitación, con la intención, sin saber por qué, de ayudar al hombre al que despreciaba, un hombre que obviamente sentía lo mismo por ella.

El campo tenía el color de la sangre. Riachuelos de rojo corrían como arroyos sobre el suelo áspero, cubriendo las pocas flores que luchaban por vivir, fluyendo hasta manchar el arroyo claro y frío. Los gemidos de los moribundos resonaban por el páramo. El mundo era rojo. El mundo era dolor.

—Liam. —Oyó su nombre desde una gran distancia. No quiso prestarle atención. Quería la oscuridad de nuevo. Quería...

—¡Liam!

Intentó vencer el dolor, pero tenía mucho calor. Sentía que se estaba quemando.

—¿Puedes oírme? —La voz de Gavin era suplicante ahora.

No podía decepcionar a su amigo. Se obligó a abrir los ojos, a forzar las palabras de una boca que sentía como de lana.

—Sí, —dijo, escuchando la ronca calidad de la misma.

—Gracias a Dios. —La voz de Gavin era el aliento de una plegaria.

Liam sintió un paño húmedo en la cara. Se sentía bien, muy bien.

—Pensé que podríamos perderte.

—¿Cuánto tiempo...?

—Dos días. He estado yo contigo todo el tiempo. Tu esposa ha intentado venir varias veces pero le dije que habías ordenado que sólo te atendiera yo, que no confiabas en una esposa jacobita. No quería que ella oyera tus desvaríos.

Intentó comprender. ¿Por qué lo intentó siquiera? Recordó que hacía varias horas... días... ella había revoloteado a su lado. Ahora que la habían apartado del lecho de enfermo de su marido, lo tendría más difícil que nunca en Lockhart.

—Deberías haberte quedado con Leana en la casa de campo, —dijo Gavin con tono burlón —. Ya tenías fiebre incluso entonces, y eso combinado con la pérdida de sangre y la falta de sueño...

—Sí, pero necesitaba presumir de mi hazaña.

—Sí, cómo fuiste vencido por el Rey negro. Te diste la vuelta y huiste, o eso dice la mayoría.

Liam intentó sonreír. Aunque se quedó más bien en una mueca. —Mi pobre reputación manchada.

—Sé cómo la valoras, —dijo Gavin con ironía.

—¿Y Ogilvy?

—A salvo por el momento. Ya debería estar en el viejo pabellón de caza de los Douglas.

—Si no ha vuelto a hacer alguna estupidez.

—Después de ver los resultados de su impulsividad, creo que seguirá las órdenes al pie de la letra, —dijo Gavin, mirando hacia el brazo de Liam.

—Y mi historia... ¿se la creen?

—Sí. Malcom ha estado hirviendo en silencio. Él cree que estás fingiendo una herida peor de la que tienes. Leana y yo hemos estado alentando ese cuento, de que estás sobreexcitado por una experiencia tan desafiante y cercana a la muerte.

—¿Debería haber muerto por el honor de los MacTavish?

—Sí, y por el bien de Malcom, diría yo, —dijo Gavin.

—Y por mi esposa. ¿Qué cree ella?

Gavin le miró agudamente. —¿Acaso te importa?

—La situación ya era difícil para ella. —Y añadió murmurando para sí mismo—: No creo que tuviera las expectativas muy altas, —unas palabras que no quería que Gavin oyera. La opinión de su esposa significaba algo. No debería, pero lo hacía.

—Leana estuvo aquí dos veces, —dijo Gavin, ignorando la maldición murmurada—. Anteanoche estuvo contigo toda la noche.

Liam cerró los ojos y gimió. —¿Toda la noche?

—Sí, y a tu primo no le entusiasmaba nada tenerla aquí. Tuve que recordarle que aquí eres tú el que manda, y que ése era tu deseo.

—¿Y... la marquesa?

—Después de la primera visita, se retiró a su habitación, aparentemente furiosa. Luego ordenó que limpiaran la casa de la torre de arriba abajo.

—Y... —Liam sabía que había algo más.

—Nadie obedeció al principio, pero luego ella se puso de rodillas y empezó a limpiar, y finalmente una sirvienta se le unió, y luego otra. Por su propia voluntad, las avergonzó. Puede que su marido no la dejara entrar en su habitación, pero ella dejó claro que ésta era su casa.

Liam tragó con fuerza. Nunca había querido que sufriera por un matrimonio que le habían endilgado. Que ella hubiera triunfado de algún modo no le hacía sentirse mejor.

—Ella tiene coraje y voluntad, —dijo Gavin—. Y estuvo preguntándome por el Rey negro, buscando cualquier información que pudiera tener. Creo que ella piensa que él podría ayudarla. ¿Quizás deberíamos... decírselo?

Liam negó con la cabeza. Se había asegurado de que nadie conociera la identidad del Rey negro aparte de Gavin, Leana y Helen. Confiaba plenamente en ellos y en su silencio, pero en nadie más. Ni los mensajeros, ni los ocasionales hombres que Gavin reclutaba a través de segundas partidas, supieron nunca que el hombre al que seguían era el marqués de Brae-moor. Era un fantasma sin rostro y así debía seguir siendo.

—No, —dijo rotundamente—. No la pondré en peligro. —Hizo una pausa y luego, tanto para cambiar de tema como para aliviar su tormento, murmuró—: Eres un cuidador condenadamente pobre. Estoy seco como un hueso.

El agua que Gavin le ofreció a su garganta reseca casi le ahoga al pensar en su esposa limpiando la torre. Grumos llenaron su garganta, grumos de culpa y arrepentimiento. Aun así, sintió la agitación de un orgullo injustificado por ella, injustificado porque ciertamente él no había tenido nada que ver con su hazaña.

En su mente podía verla enfrentarse a los hoscos sirvientes que llevaban demasiado tiempo sin supervisión. No había habido una mujer al mando en la residencia desde que la esposa de su hermano había muerto dos años antes, y esta no había sido demasiado inmaculada. Dudaba que Lockhart se hubiera sometido a una limpieza a fondo en una década. Los suelos estaban llenos de suciedad, los tapices podridos por la mugre y los retratos apagados por el polvo.

Se incorporó lentamente y se quedó sentado. Por un momento, la habitación le dio vueltas, pero luego pareció calmarse. Aún le dolía el brazo, pero sabía que Gavin tenía razón. Había pasado demasiado tiempo sin dormir, y eso, y la pérdida de sangre, lo habían abatido. Tendría que tener más cuidado en el futuro.

Liam se puso lentamente en pie. Se balanceó un momento, se agarró al borde de la silla y luego se enderezó. Dio unos pasos, luego algunos más, sintiendo cada vez más cómo la fuerza fluía en su cuerpo.

Se volvió hacia Gavin. —Vamos a arruinarle el día a Malcom demostrándole que aún estoy vivo.

8

Caitlin fregaba una ventana cubierta de suciedad, que hasta entonces había dejado penetrar poca luz de lo tupida que estaba de polvo.

Dos criados fregaban el gran salón. Lo habían barrido, probablemente por primera vez en años, el día anterior. Finalmente había conseguido ayuda comentando suavemente que tal vez no había entendido las costumbres del clan MacTavish. No había comprendido, se disculpó, que los jacobitas tenían estándares más elevados y, por lo tanto, lo más probable era que ella debiera adoptar las maneras desaliñadas de esta casa.

Como la mayoría de los MacTavish obviamente consideraban a los jacobitas bárbaros o algo peor, se horrorizaron ante su comentario y empezaron a echar un vistazo a lo que no habían visto antes. Malcom dio un apoyo tácito al esfuerzo, dirigiendo la vista hacia un suelo resbaladizo de grasa por los huesos arrojados a los perros.

Lo más importante era que la campaña le dio algo que hacer y, por primera vez, la convirtió en parte de la casa. Sus órdenes eran ahora obedecidas la mayor parte de las veces, aunque todavía había miradas feas y oía sus risitas cuando se acercaba. Sospechaba que se trataba sobre las visitas de la amante de su marido. Caitlin se decía a sí misma que no le importaba mientras esas visitas mantuvieran a su marido lejos de su cama. Y sin embargo, que la dejaran fuera de la habitación del enfermo de su marido había sido un insulto, al igual que la explicación resultante: no confiaba en una montañesa jacobita para que lo cuidara.

Es normal que sospeche, en estos momentos, ella podría ahogarlo alegremente en su cubo de agua sucia.

Fregó con más fuerza y entonces sintió un pequeño cuerpo que rebotaba en su pierna. Dejó caer el trapo en el cubo y se inclinó para recoger a Jack el negro, que acababa caerse al intentar girarse e intentaba ponerse de nuevo en pie. El cachorro no dejaba últimamente de seguirla dondequiera que fuera.

Lo dejó caer en su regazo. —Sigues inseguro sobre tus patitas, ¿verdad, chiquitín?

Se acurrucó en su regazo. Su boca atrapó el dedo meñique de ella y lo chupó. —Eres un glotón, —dijo ella—, y no te voy a dar de comer hasta dentro de una hora.

Ella lo levantó y colocó su pequeño, cálido y sedoso cuerpo contra su mejilla. Su pequeña y áspera lengua se estiró y lamió su piel.

—Una imagen encantadora.

Casi se le cae el cachorro, del sobresalto de escuchar su voz.

Caitlin se volvió lentamente. El marqués de Lockhart estaba apoyado contra una pared, vestido, como de costumbre, con unos trews de alegres estampados y un chaleco escarlata. Una

vez más, llevaba peluca, pero ésta no era tan larga ni tan elaborada como las otras. Aun así, le cambiaba sutilmente. Días antes, ella había visto a otro marqués: un hombre vulnerable, herido, atractivo y cargado de un poder indefinible. Pero ahora, al contemplar su pose arrogante, se dio cuenta de que la imagen anterior no era más que un mito, algo que quería ver, pero no lo que realmente veía.

—Tiene buen aspecto, milord, —respondió ácidamente, aunque no era del todo cierto, parecía pálido y demacrado—. Había pensado que debía estar cerca de la muerte.

Resopló. —El otro día fue muy perturbador. Ese... rufián casi me ensarta.

—Parece que sí te ensartó.

Volvió a resoplar. —Un golpe afortunado por su parte. No me lo esperaba, ese hombre no tenía sentido del honor.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó ella, sabiendo bien que nunca debería haberlo preguntado.

—Un campesino, nada más que un campesino. No puedo creer que fuera ese tal Rey negro.

Su mirada se dirigió al bulto bajo su chaqueta. —¿Y su brazo, milord?

—¿Preocupación de esposa? Qué atenta. Está bastante bien, sólo una pequeña fiebre por el momento.

—Entonces, ¿por qué sintió la necesidad de... —su voz se truncó.

—¿Ver a la querida Ferguson? Ella tiene hierbas que me alivia y sabe calmarme, ella entiende mi sensibilidad.

—Mejor ella que yo, —murmuró Caitlin en voz baja.

—¿Qué fue eso, esposa mía?

Ella se encontró con su mirada. —Me complace que alguien cuide de usted, —dijo con firmeza, preguntándose si él tendría el ingenio de entender lo que quería decir con eso.

—¿Aparte de ti?

—Sí, —dijo ella, sintiéndose como un peón en el tablero de ajedrez de este hombre—. Aunque preferiría que no hiciera alarde de ello tan abiertamente. Me... produce desprecio.

—Lo siento. No era mi intención.

—¿Pero tiene alguna intención? —preguntó ella con pesar—. Parece que sólo le interesaran las mujeres y el juego.

—Sí, con eso me identifico bastante bien. Disfruto de mis vicios y, hasta el desafortunado fallecimiento de mi padre, no tuve muchas oportunidades de satisfacerlos.

—Eso no es lo que he oído.

—Ah, ¿mi fama llega incluso a los confines de las Highland?

—Mala fama para ser exactos.

—Eso es aún mejor, —dijo, con una sonrisa de suficiencia en los labios—. Nunca me ha gustado que hablen bien de mí.

—Entonces tenga por seguro que va todo bien, —dijo ella con ironía.

Su mirada se dirigió al cachorro que se retorcía en su regazo. —¿De dónde has sacado eso?

—El mozo de cuadra iba a ahogarlo.

—No parece gran cosa.

Sus manos rodearon al cachorro de forma protectora. Nadie iba a arrebatarle este cachorro. Demasiadas cosas más le habían quitado. —Estoy cuidando de él.

—Es demasiado pequeño para alimentarse solo.

—Lo estoy alimentando con leche de vaca.

Ella creyó ver una sonrisa jugar alrededor de sus labios por un momento, pero luego se afirmaron en una fina línea. —Siempre que no estorbe...

Ella no iba a darle las gracias. Él la había obligado a hacer de éste su hogar, asique no iba a rogarle por algo tan nimio como tener una pequeña mascota.

Siguió observándola bajo unas cejas oscuras, que lucían extrañas bajo la blanca peluca empolvada. De hecho, la hacía sentir como si él fuera un halcón y ella un ratón indefenso.

Era un hombre que desaparecía durante días tras recibir una herida leve. Era un necio, una caricatura de hombre que se mofaba de todo lo noble. Era un derrochador que apostaba e iba con las amantes mientras los hombres valientes luchaban por su existencia.

Se volvió hacia su ventana.

—Parece que has obtenido una victoria, milady. —Su voz no contenía ni aprobación ni desaprobación.

Ella no sentía que hubiera ganado una victoria. —No comprendo lo que quiere decir.

—El salón. Empieza a parecer respetable.

—No deseaba vivir en una pocilga, aunque parezca convenir a otros.

—Nunca estuve aquí el tiempo suficiente para darme cuenta.

—Eso me han dicho.

Se hizo el silencio entre ellos, y ella levantó la vista, justo cuando Jack el negro se cayó de su regazo y se acuclilló en el suelo. —Jack, —lo regañó.

—¿Jack? —dijo su marido distraídamente—. Es un nombre extraño para un cachorro.

—Jack el negro, —dijo ella, deseando pinchar el egoísmo de este hombre. Era un desafío directo, ya que todo el mundo sabía que Jack el negro era lo mismo que Blackjack o jota de picas, todo relacionado con el Rey negro.

—Ah, ¿admiras a ese hombre?

—Admiro el valor.

—Es un tonto, lo acabarán atrapando y lo colgarán.

Ella se mordió el labio. Era un escenario probable, con todos los soldados ingleses buscándole.

—Y yo que tú tendría mucho cuidado con lo que dices por aquí, —añadió ominosamente

—. Puede que su título no te proteja.

—¿Cree que me importa? —desafió ella directamente.

—Por ti no creo, pero recuerdo oírte hablar de un hermano...

Se le cortó la respiración y su corazón se clavó contra su caja torácica. ¿Había ido demasiado lejos? —¿Me está amenazando?

—No, no me gusta hacer la guerra con los niños, —dijo, agitando un pañuelo como si se tratara de desvanecer ese horror imaginario—. En realidad, no siento por ellos nada, o desde luego no lo suficiente como para gastar energía en el tema. Sólo hago una observación que tú bien podrías considerar.

La miró entonces críticamente, y ella sintió el impacto de sus ojos. Eran de color avellana, y ella se había dado cuenta de que cambiaban de color según la luz y la ropa que llevara. Ahora eran de un ámbar suave con motas de verde. Más profundos de lo que ella pensaba, y más claros de lo que había recordado. La inteligencia parecía lucir en ellos, pero entonces él se volvió ligeramente y cuando miró hacia atrás, sus ojos habían perdido el brillo que ella creía haber visto allí. Imaginación, se dijo a sí misma. Era sólo su imaginación.

—Pensaba que había pagado dinero por mejores prendas, —dijo él, con voz distante, incluso indiferente—. No quiero que mi mujer parezca una desgraciada sirvienta.

—No deseaba arruinarlas.

—Entonces no deberías hacer de criada. Tenemos sirvientas para eso.

—Sus sirvientes están acostumbrados a hacer muy poco, —replicó ella.

—Creo que eso puede estar cambiando, —dijo él con humor—. Gavin me contó lo que hiciste.

Su espalda se puso rígida. —No me disculparé.

—No te pido eso. Como probablemente habrás notado, tengo poco interés en Lockhart aparte de cobrar mis rentas. No me importa que sea una pocilga, como tan elocuentemente la describes. Pero tampoco interferiré, siempre que desempeñes el papel de marquesa.

—Pero… ¿no interpretará usted el de marqués?

—Nunca lo he sido, y soy demasiado viejo para cambiar, —dijo. Miró el charco que se extendía junto a ella—. Podrías ocuparte de ese charco antes de que llegue a tu vestido, —dijo, y la mirada de ella siguió la suya hasta el pequeño cachorro.

El tamaño del charco era realmente asombroso. Su cara enrojeció.

Enarcó una ceja y dijo triunfalmente: —Y yo que pensaba que no te gustaban las pocilgas. —Se giró bruscamente y se alejó sin decir una palabra más.

La mirada de ella le siguió mientras desaparecía por la puerta. Caminaba con arrogancia, su cuerpo alto y bien formado se movía con una gracia que ella apenas podía equiparar al pelmazo que sabía que era. Intentó relajarse, pero se sentía tan tensa como las cuerdas de un arpa. Él siempre le afectaba de forma que la dejaba totalmente descolocada, quizá fuera porque nunca sabía qué esperar. De vez en cuando, su humor la alcanzaba y la tocaba, pero luego desaparecía como un copo de nieve cayendo en las llamas de un incendio y quedaba oscurecido por todos los demás colores, matices y estados de ánimo.

Volvió a coger al cachorro, su mirada se desvió hacia el charco que se extendía a su lado. Cómo podía un animal tan pequeño...

Jack el negro le lamió la mano, con gratitud evidente. Al menos su marido no se había opuesto a tener al cachorro en su habitación. Había otros que vagaban dentro y fuera de Lockhart, pero todos eran perros de caza, o ratoneros.

Jack el negro no sería nada de eso, él solamente sería suyo para amarlo.



Iba a tener que mantenerse alejado de ella. No le gustaba lo que fuera que tiraba de él hacia su compañía.

Hoy había sido el cachorro.

Ya había oído hablar del cachorro al joven mozo de cuadra que había decidido que tal vez la dama no era una bárbara después de todo, y también lo había oído de una cocinera descontenta que, al parecer, buscaba cualquier motivo para quejarse, ya que los perros normalmente entraban y salían de la torre, pero no estaban en todos lados. —No deberían estar en las zonas de estar, —dijo, con la barbilla temblorosa por la indignación.

—¿Por qué? —había preguntado.

—Ensucia.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó él, mirando la desaliñada cocina y suponiendo que ése pudiera ser el próximo objetivo de Caitlin.

—No está bien que... una jacobita nos diga lo que tenemos que hacer, —murmuró la mujer.

—Lo que no está bien es que nadie lo haya hecho antes, —espetó—. —Puedes marcharte si lo deseas, pero si te quedas recordarás que ella es la marquesa de Lockhart.

El rostro de la cocinera enrojeció y sus manos se acariciaron el sucio vestido. —Sí, milord, —luego murmuró algo en voz baja mientras salía corriendo de la habitación. Liam oyó mencionar el nombre de su primo y sospechó que la mujer se dirigía directamente a él.

Allí recibiría muy poca satisfacción.

Tras eso, había visto a Caitlin en el gran salón, con la luz entrando por una ventana recién limpiada. Una gorra se posaba precariamente sobre su cabello oscuro y una mancha de suciedad le cruzaba la nariz. Tenía un aspecto melancólico y encantador, sobre todo cuando cogió al pequeño cachorro negro. Se le había encogido el corazón al verla y se había encontrado acercándose a ella.

No había podido evitarlo, ni había podido abstenerse de entablar conversación con ella. Le gustaba el suave timbre de su voz, más pronunciado que el de los clanes del centro y sur de Escocia. Le gustaban los retos que ella le lanzaba, y aún más el espíritu que había detrás de ellos.

Pero aunque su papel no hubiera necesitado permanecer en secreto, nunca podría rendirle pleitesía.

Él no era nada, nunca sería nada. El hecho era simple, disfrutaba jugando a un juego muy peligroso. No lo hacía por valor, honor o buen propósito, lo hacía porque disfrutaba tocando las narices a aquellos con los que su padre estaba de parte.

Odiaba a los ingleses porque su padre se había convertido en uno de ellos.

¿Pero y Caitlin MacFarlane? Ella era toda honor, toda valor... y toda escocesa.

Algún día abandonaría Escocia. La abandonaría por un lazo o para escapar de uno. Y tendría muy poco que llevarse consigo, salvo el odio, una carga innoble que ya no podía compartirse.

Abandonó la habitación que ella había iluminado con su presencia. Estaba inquieto, tan condenadamente inquieto, y aun así débil. Un día más de descanso y podría volver a la silla de montar, y a la costa para hacer los preparativos de su próximo envío.

Sin embargo, necesitaba aire fresco. Entonces pensó en la dama que dejaba en la habitación, a pocos metros de distancia, y que llevaba días prisionera aquí. Se preguntó si a ella le gustaba montar.

Una idea condenadamente mala.

Una idea miserable.

Una idea peligrosa.

Volvió sobre sus pasos hacia el gran salón, sus zapatos de cuero suave apenas hacían ruido. Ella levantó la vista, sintiendo su presencia, y su rostro se volvió receloso.

—Me preguntaba si te gustaría dar un paseo. Deberías saber algo de nuestra propiedad. —Forzó una nota fría en su voz.

La cautela se vio eclipsada de repente por algo brillante y maravilloso, una pequeña sonrisa que, sin embargo, era como el sol emergiendo de las nubes de tormenta.

—Sí, —dijo simplemente.

—Entonces te sugiero que te pongas algo más adecuado, —dijo él, diciéndose a sí mismo que debía actuar como el tonto arrogante en lugar de como el marido comprensivo—. ¿Tienes algo adecuado? —dijo con lo que esperaba que fuera una mueca, aunque temió que se entendiera otra cosa.

—Sí, el vestido con el que llegué. Está gastado, pero…

—Servirá. Nadie espera mucho de ti.

El dolor apagó parte del brillo de sus ojos. Se sintió como un matón abalanzándose sobre un niño de la mitad de su tamaño. Se volvió antes de decir algo amable.



Llevaba tres semanas prisionera en la casa de la torre. Se habría ido con el mismísimo diablo para escapar de ella.

Le pidió a Effie, que había estado limpiando su ropa, que la ayudara a cambiarse, el

vestido de montar requería de su ayuda para ponérselo.

Los ojos de Effie se agrandaron. —¿Vestido de montar?

—Sí. El marqués me va a sacar.

—¿Lo hará? —Parecía dudosa.

—Effie, ¿cómo era él antes de convertirse en marqués?

Effie se encogió de hombros. —No estaba mucho por aquí. Él y su padre no se caían bien. Jane me dijo que era un muchacho terrible. Incluso golpeó a su hermano casi hasta hacerlo papilla antes de que lo echaran la última vez... —Se llevó la mano a la boca como si hubiera dicho demasiado.

—Está bien, Effie. No le diré a nadie lo que me cuentes.

Su cara se arrugó pensativa. —Bueno... nadie sabía mucho del nuevo lord. Dicen que huyó de Culloden Moor y que su padre amenazó con matarlo cuando finalmente apareció. Lord Sean se estaba consumiendo entonces, y dijo que el joven lord nunca conseguiría ni un penique de su dinero ni un acre de su tierra, pero entonces se rompió el cuello y murió, y el joven lord volvió a casa.

—No es tan joven.

—No, pero al lado del antiguo lord, lo era.

Ninguna de aquellas informaciones la hizo sentirse mejor respecto a su marido. Él le había dicho que luchó en Culloden, ¿le había mentido sobre eso? Un repentino escalofrío recorrió su espina dorsal, apagando el placer que había sentido ante la perspectiva de cabalgar, de estar fuera de los muros de Lockhart. Su marido era un cobarde, un petimetre, y un mujeriego.

Y acababa de mostrarle un momento de amabilidad.

Por un momento, se preguntó si debía rechazar aquel pequeño acto, pero tal vez podría aprender algo sobre la tierra que la rodeaba Había visto pocas cosas el día en que vino por primera vez a Lockhart. La lluvia la había empapado y estaba demasiado cansada; se había fijado muy poco en el paisaje, centrada como estaba en su miseria.

El conocimiento podía ser un arma.

El conocimiento sobre Lockhart, y el conocimiento sobre su marido.



Malcom MacTavish observó cómo su primo ayudaba a la nueva marquesa a montar una pequeña yegua. La propia dama sostuvo la cabeza del animal con orgullo y, con la ayuda de Liam, montó con facilidad.

La envidia le corroyó por dentro. Hacía años que quería casarse, pero su herencia le había impedido conquistar a la mujer que deseaba. Si tan sólo el viejo marqués hubiera vivido lo suficiente para cambiar su testamento, como había planeado, entonces Malcom habría sido el heredero y habría podido hacer cambios, y por fin habría estado al mando.

En lugar de eso, se había convertido en heredero el que menos lo merecía, un hombre que había abandonado el campo de batalla. Sin embargo, para ser sincero, Malcom se había sorprendido en los primeros momentos del combate, cuando Liam se había desenvuelto bien. Había derribado a varios jacobitas, había luchado como un tigre, pero luego había soltado la espada y se había marchado, abandonando a su padre en medio de la batalla. No había tenido estómago para continuar. A Malcom tampoco le había gustado tener que batallar, y sin embargo, ¿cuántas veces podía Escocia pasar por una guerra civil? ¿Cuántas veces podía tolerar sangrías periódicas?

Para Malcom, la falta de resolución era una falta tan grande como la cobardía.

Liam MacTavish no debía tener derecho al título, ni a Lockhart, ni al liderazgo hereditario del clan MacTavish.

Malcom siempre había sido leal. La lealtad formaba parte de él tanto como su habilidad en la lucha, pero Liam MacTavish era un asunto totalmente distinto. Todo el mundo admitía que Liam no era la semilla del marqués. Había sido sólo el orgullo del anciano el que le había impedido ir al Parlamento y decir que había sido un cornudo, y de esta manera Liam había permanecido en la línea de sucesión donde él, Malcom, había quedado fuera, aunque reclamaba tener mucha más sangre MacTavish que el actual marqués.

Si Liam hubiera sido digno, sería diferente, y Malcom cedería sus propias necesidades a las del clan, pero estaba más allá de su tolerancia que un derrochador usurpara el título y la hacienda. Era, en verdad, una marca que le quemaba por dentro. Como lo fue la pérdida de Janet Leslie.

Nunca había albergado rencor. Había nacido bastardo, uno de alta cuna según le habían dicho, pero bastardo al fin y al cabo, la semilla de una dama soltera y un lord casado. No había conocido sus lazos de sangre con el laird hasta que tuvo diez años y oyó lo que se decía. Había jurado entonces encontrar el lugar que le correspondía, y se comprendió que la única forma en que podría hacerlo era sobresaliendo en el uso de las armas. El viejo marqués lo había visto entrenar un día y lo había llevado a Lockhart como compañero y protector de Sean.

Poco después de que Malcom se hubiera instalado en Lockhart, Liam había sido acogido por una familia inglesa. Cuando regresó, había tenido una fuerte pelea con su padre, y luego prácticamente había desaparecido en las salas de juego de Edimburgo, donde parecía decidido a manchar el nombre de los MacTavish. Había sido sorprendido en la cama de una dama y posteriormente había matado al marido en un duelo. Había ganado y perdido grandes sumas. Se había burlado del rey y del clan.

Pero había vuelto a casa cuando le llamaron para unirse a las fuerzas inglesas dispuestas contra el príncipe escocés. Malcom no había sabido por qué. No había preguntado el motivo, sólo sabía que no confiaba en el hombre y que nunca lo haría. Lockhart merecía algo más que un terrateniente a tiempo parcial, algo más que un hombre que se jugaría las tierras sin pensárselo dos veces.

Y Malcom era el siguiente en la línea de sucesión. No deseaba reclamar las migajas dejadas por un dandi irresponsable.

El regalo de Cumberland de tierras adicionales a cambio del matrimonio sólo había servido para amargar aún más a Malcom. Más recompensa para quien no se ocupaba de lo que ya era suyo. El trato que aquel hombre dispensaba a su esposa le irritaba, a pesar de que siempre había

tenido en poca estima a los jacobitas, que eran alborotadores hasta la médula.

Sin embargo, la nueva marquesa tenía una cierta dignidad que él apreciaba. Ninguna mujer debería ser tratada como lo había sido ella, y su corazón se había ablandado a medida que ella había intentado mejorar gradualmente la condición de Lockhart. Ni siquiera él se había dado cuenta de lo mucho que se había deteriorado en los últimos años. Lockhart siempre había parecido tratar mal a sus mujeres; pocas habían durado mucho antes de morir en el parto, o de fiebre poco después, y cada vez que algo así ocurría, Lockhart sufría.

Se preguntó si ocurriría lo mismo con la MacFarlane. Cumberland había dejado claro que esperaba que tuvieran un bebé en el plazo de un año. ¿Sería también la muerte de esta muchacha?

Malcom observó cómo su primo y su mujer desaparecían por el sendero, y empezó a preguntarse cómo podría hacer caer al marqués de Lockhart.

9

La tarde era fría y ventosa, pero era el tipo de día que más le gustaba a Liam; le hacía sentirse vivo. Incluso disfrutaba del frío que se colaba por la chaqueta azul pavo real que llevaba, sólo deseaba no llevar una de sus pelucas más odiosas. En contraposición, se había regalado un buen par de botas de cuero.

Disfrutaba especialmente lanzando miradas furtivas a su compañera de monta. Lo hacía, sin embargo, sólo cuando ella miraba a otra parte, cosa que hacía con mucha frecuencia. Tras su primera mirada decepcionada ante su extravagante vestido, le prestó poca atención. En su lugar, se centró en la carretera, en el bosque que había más allá, en la pequeña agrupación de edificios de piedra que constituía el pueblo cercano y, después, en las ovejas apiñadas en una ladera. Sus ojos se dirigían con frecuencia a los bosques que bordeaban un río y subían hacia arriba.

Todo parecía bastante pacífico, incluso tranquilo, salvo por los ocasionales hombres con uniformes rojos que patrullaban la carretera y registraban cada carromato que pasaba, intentando vigilar y encontrar al grupo de disidentes tras el último ataque. Ogilvy hacía tiempo que se había ido de estos lares y ya estaba a salvo, pero bien podrían estar buscando a un hombre con una herida nueva.

Lo que le llevó a pensar en su propio brazo, Gavin desaprobaría todo esto si supiera lo que Liam estaba haciendo. Incluso su propio dolor le decía que no era prudente, pero había visto la mirada melancólica en el rostro de Caitlin. Por Dios que él sabía lo que era ser un paria en la propia casa. Necesitaba algo de libertad, o se marchitaría como una pieza de fruta dejada demasiado tiempo sola y descuidada.

La miró, algo en su interior respondió al rubor de sus mejillas, a la forma en que su pelo escapaba de la pulcra gorra que llevaba. Su espalda estaba más recta, y su rostro relajado por primera vez desde que había llegado a Lockhart. No había hecho nada por ocultar la salpicadura de pecas que le salpicaban la nariz, y eso le complacía. La mayoría de las demás damas se las habrían empolvado.

Liam se encontró deseando estirar la mano y tocarlas.

Aunque se contuvo de tocarla o incluso de entablar conversación con ella, saboreó la simple compañía de cabalgar junto a alguien que obviamente también disfrutaba del día... y de cabalgar. Ella irradiaba un desafío regio en la forma en que se sentaba sobre su caballo, en la mirada desdeñosa que a veces le dirigía recorriendo sus escandalosas ropas.

Era una jinete excelente. Sin conocer su nivel de habilidad, él había seleccionado una yegua sedentaria pero bonita, pues la yegua que había traído antes aún tenía que ser arreglada. Desde el momento en que la ayudó a subir a la silla, supo que era una amazona nata. Su respeto no había hecho más que aumentar a medida que aceleraban el paso. Parecía como si perteneciera a un caballo, moviéndose con gracia en la silla de montar lateral.

¿Y su tacto? No llevaba guantes y el calor de su piel parecía quemarle. Incluso tiempo después de rozarse lo hacía, y eso le decía más que cualquier instrucción de su cerebro que aquello era una tontería. Sabía que su mano se había demorado demasiado en la pierna de ella una vez que la había ayudado a subir a la silla de montar. Sin embargo, ella no se había apartado, pero en lugar de eso, sus manos habían tirado de las riendas y la yegua se había alejado rápidamente. No había sido accidental, él lo sabía, ni tampoco falta de control. Ella simplemente no había querido su mano sobre ella.

Era su mujer y, como era más que evidente, le detestaba. ¿Pero no era eso lo que él quería?

A pesar de tales pensamientos humillantes, él apreció en silencio el evidente placer de ella en el paseo. Sus ojos azul oscuro estaban vivos de interés, y él sintió que ella estaba catalogando mentalmente cada metro del camino para futuras referencias.

Mientras la observaba, decidió hacer de la libertad de su hermano una prioridad. Tendría que tener cuidado y debía estar preparado para la ira de Cumberland cuando su esposa desapareciera junto con el joven rehén. Y todo eso debía hacerlo el Rey negro.

Cuando aminoraron al trote la marcha de sus caballos se lo quedó mirando. —Me gustaría conocer a la mujer que cultiva las hierbas.

La mujer que cultivaba las hierbas era también la que se creía que era su amante. —¿Por qué? —preguntó tras un momento de sorpresa.

—¿No cree que una esposa tiene derecho a conocer a la amante de su marido?

Sorprendido, enarcó una ceja. —No creía que te importara, mi amor.

Su rostro se sonrojó. —Se halaga a sí mismo. Me gustaría conocer las hierbas que utiliza. Solía ayudar con la curación en... mi casa.

Lo meditó en su mente. Lo último que quería era que Caitlin conociera a Leana. Las mujeres tenían una forma especial de trillar la información. Probablemente ella se daría cuenta sin esfuerzo de que entre él y Leana había poco más que amistad.

—Mi esposa no se involucrará en tales actividades, —dijo con altivez—. No es apropiado.

Ella le dirigió una mirada rebelde. —¿Es apropiado, supongo, hacer desfilar a su amante delante de su esposa?

—Me conmueve tu continuo interés en mis... asuntos.

—No me interesan. No me importa lo que haga. Simplemente no me diga que mi comportamiento no es adecuado.

Arqueó una ceja. —Sólo deseo ayudarte, instruirte en el comportamiento adecuado. Tengo entendido que algunos de los clanes del norte... no son muy civilizados.

Sus ojos se oscurecieron de furia. —¿Y los MacTavishes sí lo son? Han estado viviendo en la inmundicia. Y usted, milord, no es ... admirado. Ningún laird así en las Tierras Altas duraría más de una semana.

—Sí, pero ellos ahora no existen en absoluto, milady, ¿o no ha mirado recientemente? Sus costumbres los llevaron a la extinción, —dijo con esas las frías y crueles palabras incluso

mientras le mordían el corazón. Eran de las más duras que había dicho nunca, pero las necesitaba decir. Si bajaba la guardia aunque fuera una fracción de segundo, sospechaba que entonces estaría perdido. La quería, maldita sea. La deseaba mucho, demasiado. De hecho, era todo lo que podía hacer para no arrebatarla de su montura y estrecharla entre sus brazos, para ver si sabía tan dulce como olía, si era tan suave como parecía, si la emoción que ardía en sus ojos podía arder por él.

Maldita sea, parecía un pobre poeta balando.

La llevó al pueblo, a la carnicería, cuando ella se lo pidió. La ayudó a bajar de su montura justo cuando el carnicero salía corriendo, agitando su delantal al fijarse en los visitantes.

—Milord, milady, qué honor. —De pronto su boca se arrugó, frunció el ceño, y el miedo desnudo apareció en sus ojos—. ¿Ocurre algo? ¿Es por la carne que envié?

—Estaba muy buena, —dijo Caitlin en voz baja, con la segunda sonrisa que Liam había visto de ella. La primera había sido para el cachorro que había sostenido antes ese mismo día. Esa sonrisa iluminó su rostro, y se dio cuenta de que el carnicero estaba tartamudeando. Liam había oído decir a Gavin que los aldeanos habían echado humo por la boda por culpa de la jacobita, pero era evidente que el carnicero se estaba derritiendo bajo su sonrisa.

Sintió una repentina e intensa necesidad de que esa sonrisa brillara por él. —Fue adecuada, —corrigió Liam con los labios fruncidos.

Su esposa ni le miró. —Quería darle las gracias por tan buen servicio, —dijo ella.

El carnicero se hinchó de orgullo, pero luego miró a Liam con hostilidad. —Pero el pago siempre llega tarde. Quizá milady...

Liam le miró con toda la altiva indignación que un hombre de su carácter, o con la falta de él, debería ser capaz de reunir. —¿Se atreve a cuestionar nuestro pago?

El hombre dio un paso atrás. —Yo... yo...

Caitlin dirigió a Liam una mirada tranquilizadora y luego se volvió hacia el carnicero. —Se le pagará puntualmente.

El carnicero le dirigió una mirada de profunda gratitud, evitando sobre todo la mirada de Liam.

—Debemos irnos, esposa, —dijo Liam, endureciendo su tono. Ella le envió una mirada desafiante. Ella sabía, o pensaba, que él tendría que cumplir su promesa.

Ignorando al carnicero, cogió el brazo de su esposa y la condujo de nuevo a su yegua, ayudándola fácilmente a volver a la silla de montar, luego montó él también.

—Hoy he aprendido una cosa, —dijo.

—¿Sí?

—Debo mantenerte alejada de los carniceros.

Ella levantó la barbilla. —Él y su familia también tienen que vivir.

—Es soltero, y vive muy bien, gracias a cobrarnos de más.

Ella lanzó una mirada rápida y escrutadora hacia él. —¿Cómo lo sabe? Malcom me dijo que era él quien llevaba los libros de la casa.

—Suelo saber más de lo que la gente cree, —dijo él—. Te sugiero que lo recuerdes. —Dejó que un matiz de amenaza matizara las palabras—. Y también te sugiero que no intentes conseguir el apoyo de mi gente para hacerme daño.

No se dejó impresionar. —No tenía esa intención, —dijo aireadamente, con la mentira bien evidente en su rostro.

—¿No es así, milady?

—No. Sólo deseo cumplir con mi deber como marquesa. Le he preguntado a Malcom si puedo llevar las cuentas de la casa, pues parece muy ocupado con otros asuntos.

Liam no dijo nada. Malcom no se lo había mencionado.

—¿Por qué quieres hacer algo por los MacTavish?

—No estoy acostumbrada a estar ociosa.

—¿Por eso fregabas las ventanas como una sirvienta?

—Nadie más lo haría si no lo hacía yo, —dijo con acritud—. No estoy acostumbrada a la pereza como sí parece usted estarlo.

—No me casé con una sirvienta.

—No, te casaste con una enemiga, —replicó ella—. Es bastante obvio que me considera uno, ya que no quería que atendiera su herida. No sabía que le aterrorizaba tanto.

—Eres jacobita, ¿verdad? —dijo él, y esta vez no pudo evitar que una nota de diversión apareciera en su voz.

Ella se irguió orgullosa en la silla de montar. —Sí.

—He oído que eran traicioneros.

—Está asignando sus propios rasgos a aquellos mucho más nobles que usted.

Casi se rio a carcajadas ante la rápida réplica. Disfrutaba de su ingenio y sólo deseaba poder ver hasta dónde llegaba. Sin embargo, ya se había salido demasiado de su carácter. Helen le había advertido sobre eso, sobre lo cuidadoso que tenía que ser a la hora de mantener el papel. Sólo que él no tenía que preocuparse por el desagrado del público de un teatro; tenía que preocuparse por mantener su cuello intacto.

—Creo que es hora de regresar, —dijo, volviendo su caballo hacia Lockhart.

—¿La verdad es incómoda?

—Es tu verdad, no la mía, —dijo—, y yo tendría mucho cuidado con bromear con ella.

Sus ojos se entrecerraron. —Siempre amenazas, milord. Pero he oído que huyó de Culloden Moor.

Él se encogió de hombros. —No me importa lo que hayas oído. Estás en mi casa y harás lo que te ordene.

—Es un inepto y un cobarde.

—Soy el marqués, y harías bien en recordarlo, tengo ciertos derechos.

Su significado era claro, y él observó cómo la boca de ella se afinaba, cómo la ira en sus

ojos se volvía más torva. Observó cómo ella luchaba contra su impulso natural de contraatacar.

No deseaba prolongar su agonía. Apretó las piernas alrededor de su montura y aceleró el trote, en el que no era posible hablar. Por un momento fue consciente de que estaba solo.

Aun así, Liam no miró hacia atrás, sabía que ella se uniría a él al no tener elección.

La vida de su hermano estaba en peligro.

Él era muy consciente del coste que todo esto suponía para ella, pero algún día se lo compensaría.

Si vivía lo suficiente.



Si hubiera tenido una pistola, la habría utilizado.

Obviamente disfrutaba provocándola. Cada vez que ella pensaba que podía haber un hilo de decencia en él, él parecía deleitarse pisoteando la noción, haciéndola sentir como una tonta por haber pensado alguna vez que él tenía siquiera una buena voluntad.

Ahora se preguntaba por sus motivos para traerla hoy. ¿Era simplemente para demostrar su poder? ¿Su control? ¿Para demostrarle que era imposible intentar escapar de su mundo?

Si era así, sólo había servido para avivar su determinación de conseguir de algún modo a su hermano y abandonar Escocia. Mientras el matrimonio nunca se hubiera consumado, mientras no hubiera sido oficiado por un sacerdote católico, ella podría conseguir que se anulara. No podía seguir casada con este arrogante papanatas. Aun se preguntaba por qué él no había exigido sus derechos de marido. A pesar de sus anteriores palabras de que la encontraba poco atractiva, ella había visto un brillo en sus ojos varias veces cuando la había mirado. Reconocía la lujuria cuando la veía. ¿Cuánto tardaría en faltar a su palabra?

Tenía que coger a su hermano y escapar antes de que eso ocurriera, porque si al final él se salía con la suya, y había un bebé, ella nunca obtendría su libertad. Estaría obligada por el honor a quedarse, pero ahora no tenía tal vínculo.

Una idea había estado rondando en su cabeza. Todo lo que había oído sobre el Rey negro había sido contradictorio: era bajo, era alto; era viejo, era joven; era un hombre, era una mujer. La única coherencia era que dejaba una carta después de cada una de sus hazañas. No sabía si era para burlarse de las autoridades o para dar pistas a los que le buscaban.

Si nadie sabía quién era, o qué era, tal vez ella podría convertirse en el Rey negro.

Era una idea descabellada, y ella lo sabía. ¿Cómo podría salir del castillo, obtener un caballo o recibir la ayuda que necesitaba? Era sabido que el Rey tenía gente que le ayudaba, pero ¿cómo encontrarlos? Ni siquiera una enorme recompensa había conseguido a nadie dispuesto a entregarle. Observó cómo su marido casi desaparecía de su vista. Miró hacia los bosques capaces de ocultar a un ejército, y luego de vuelta hacia el marqués. Paciencia, se dijo a sí misma. Paciencia, esperar y aprender. De momento empezaría a reunir los objetos que necesitaba.

Con esperanza e incluso excitación agitándose en su interior, agitó las riendas y siguió a

su, temporalmente, marido.



Liam lanzó las riendas de sus caballos a uno de los mozos de cuadra, y fue a ayudar a su esposa a desmontar, pero ella ya se había bajado de la silla, obviamente reacia a aceptar su ayuda.

Quiso llevar los caballos al interior del establo, para refrescarlos él mismo, pero una vez más eso iría en contra de su papel de nuevo lord, perezoso y arrogante. Solía ocuparse de su propia montura, pero entonces nadie se ofrecía a hacerlo por él. Su nueva riqueza le daba motivos para una arrogancia que nunca antes había mostrado. Había sido descuidado e indisciplinado, pero no irresponsable. Había, esperaba al menos, una diferencia.

Ahora tenía que convencer a su primo de que era las tres cosas. Quería ejercer su autoridad sin que Malcom comprendiera que estaba haciendo precisamente eso.

Al actual marqués de Lockhart le importaría menos su esposa, se dijo mientras pensaba en todo esto.

Liam entró a grandes zancadas en la casa torre. Había mantenido a Malcom como administrador de la finca, el puesto que su primo había ocupado bajo el padre de Liam. Sabía exactamente lo que Malcom pensaba de él, y Liam pensaba poco mejor respecto a su primo. Era seis años mayor que Liam y había sido amigo de Sean. Ambos habían despreciado al pequeño y solitario muchacho y se habían alternado entre intimidarlo e ignorarle. Resultaba irónico que ahora fuera el marqués y Malcom dependiera de él.

Al mismo tiempo, Liam era incómodamente consciente de que Malcom tenía más derecho a Lockhart que él. Tenía sangre MacTavish mientras Liam, si los cuentos eran ciertos, no tenía ninguna, y prácticamente todos los miembros de la familia lo sabían. Malcom también había servido a los MacTavish durante años, mientras que Liam nunca les había servido en absoluto. No culpaba al hombre por despreciarle.

Si Liam se saliera con la suya, dejaría Lockhart con todos sus malos recuerdos a Malcom, pero aún había demasiada gente que dependía de él. No había acabado con el buen rey George , ni con Cumberland.

Malcom estaba en el despacho, como era de esperar. Levantó la vista cuando entró Liam, olfateando con desdén el aire de la habitación.

—¿Liam? —Malcom rara vez reconocía el título de Liam, y eso sólo en presencia de otras personas ajenas al clan.

—A mi mujer le gustaría empezar a llevar las cuentas de la casa.

La sorpresa parpadeó en los ojos castaño oscuro de Malcom. —No sabía que le importara lo que pensara su esposa. —Era una referencia obvia a la visita de Leana.

Liam adoptó una pose indolente y se encogió de hombros. —Cumberland la quiere embarazada. Una esposa contenta tiene más probabilidades de lograr ese resultado, o eso me han dicho.

—¿Contenta? —Malcom se levantó de su silla con un sobresalto—. ¿Usted le entregaría las cuentas para que estuviera contenta?

—¿Por qué no? No es nada importante.

El rostro de Malcom enrojeció. —Tal vez le gustaría que ella se hiciera cargo de todas mis obligaciones.

—No, creo que no, —dijo Liam suavemente—. ¿Pero por qué es tan importante? Aún tiene que administrar las propiedades, y ése es un deber mucho mayor, —dijo—. Los libros de cuentas los puede llevar cualquiera.

Malcom se acomodó de nuevo en la silla, con una expresión de perplejidad en el rostro. —No le entiendo.

—Eso no es necesario, —dijo Liam con indiferencia—. Sabe que me interesan poco los asuntos de negocios, pero es justo que la marquesa se haga cargo de sus deberes. Debe admitir que ella ya ha mejorado la casa de la torre considerablemente.

—Nunca le he oído quejarse por su estado, Liam.

—Evité Lockhart durante años. Su mal estado era una de las razones.

—Lástima que no pueda continuar evitándolo.

Liam sonrió. —No me fastidie demasiado, primo. Usted cuida bien de las fincas y yo no interfiero en ello, pero no me presione ni cuestione mis actividades.

Malcom se erizó de indignación. —Dios mío, Liam. Es hora de que madure.

Liam le miró fríamente. —¿Y privarle de la autoridad que tanto disfruta? Ni se me ocurriría.

La boca de Malcom se curvó. —No tengo autoridad cuando puede arrebatármela a su antojo.

—Sí, tiene razón, —replicó Liam—. Así que vaya con cuidado.

Malcom hizo un visible esfuerzo por controlar su temperamento ante el desafío de Liam. —Sigo sin entender por qué desea entregar las cuentas de la casa a... la marquesa. ¿Le ha hechizado la muchacha?

—Difícilmente. Es tan sencilla como un poste, y esas pecas... no tiene ningún cuidado en cubrirlas. —Se estremeció de desagrado—. Aun así, quiero tanta paz como sea posible, y si para ello tengo que hacer tan poco como dejar que ella ocupe sus manos en la casa de la torre, así será, —su voz se volvió más fría—, y no le corresponde a usted criticarla ni cuestionar mis motivos.

Malcom le fulminó con la mirada. —¿Cuánto tiempo podemos contar con su presencia esta vez... milord. —Hizo del título un insulto.

Liam decidió ignorarlo. —Todavía tengo el brazo rígido por el encuentro con el bandolero. Aun así, le prometí a cierto capitán de Edimburgo la oportunidad de recuperar su dinero.

—Parece que no tuvo problemas en ayudar a montar a la dama.

—Ah, mi querido primo, todo es por ser un caballero. Jamás pensé que llegaría un día así.

Malcom murmuró algo.

—Lo siento, querido primo, no le he oído bien. ¿Le importaría repetirlo?

Malcom se encontró directamente con su mirada, la enemistad entre ellos era profunda y peligrosa. Liam sabía que no debía provocar a Malcom, y lo que era peor, ni siquiera sabía por qué lo hacía. ¿Seguía con su papel de patán? ¿O eran los amargos recuerdos del silencio de Malcom cuando Sean se burlaba de él diciéndole bastardo? Ahora se preguntaba si Malcom había guardado silencio porque él mismo había sido un bastardo.

—Sé que ayudará a mi mujer en todo, —dijo tras un momento de silencio, se dio la vuelta y salió por la puerta.



No seas impaciente. Caitlin se repetía esas palabras mientras levantaba en sus manos a un Jack el negro que se retorcía para salir a la aventura.

Y sin embargo era difícil no serlo, mientras las ideas revoloteaban por su mente. Sabía exactamente lo que tenía que hacer. Ropa, cartas, un arma y un caballo. Si podía escabullirse pero de Brae-moor vestida de muchacho y mezclarse con la gente en alguna taberna, tal vez podría descubrir a alguien leal al Rey negro.

Tendría que estar de vuelta por la mañana, no disponía de más tiempo, y si podía encontrar a alguien con información, dejaría dicho que una muchacha en apuros le necesitaba. Mientras tanto, necesitaba encontrar un lugar solitario y secreto al que pudiera acudir con regularidad a esperarle.

Si no aparecía, tal vez se enteraría de quienes podrían simpatizar con su causa. Entonces podría fingir ser ella misma el Rey y pedir ayuda para liberar a su hermano.

Miles. La sola idea de verle solo en un lugar frío y hostil la hacía sentir miedo, sabía que su hermano no sería obediente, tenía el valor salvaje y audaz de sus hermanos mayores.

Sus dedos se cerraron en un puño. Ella era una MacFarlane y ella lo liberaría.

Ella los liberaría a ambos.

Bajó la escalera de piedra, con el cachorro en la mano. Una vez fuera, se dirigió al establo, mostrando su sonrisa a uno de los mozos de cuadra. —Me gustaría conocer a los caballos, —dijo, todavía sujetando al pequeño Jack el negro. No quería que pasara corriendo por debajo de una de las puertas del establo y asustara a algún caballo.

El muchacho miraba al cachorro con curiosidad. —Usted fue quien se llevó al cachorro.

—Sí.

La cara del chico se dividió en una amplia sonrisa. —Yo quería llevármelo, pero mi padre dijo que no nos servía un enclenque, pero era mi favorito.

Caitlin supo al instante que tenía un aliado, un amigo. —Puedes venir a verlo cuando quieras, —le dijo.

Las cejas del muchacho se fruncieron. —¿A la torre, milady?

—Sí.

—No creo que mi padre lo aprobara.

—Bueno, entonces hablaré con él. —Ella le miró críticamente. Sus ropas eran ásperas, desgastadas y demasiado pequeñas. Sus brazos y piernas sobresalían como los de un espantapájaros, como palos.

Ya sabía cómo iba a conseguir la ropa que necesitaba, todo lo que necesitaba estaba ante ella.

Y las cartas también sabía cómo conseguirlas.

—Ahora dime, —le dijo al niño—, ¿cuáles son los caballos más rápidos?

10

Liam se quitó agradecido la pesada peluca de la cabeza y se sirvió un buen trago de brandy francés en una copa de cristal. El brandy era excepcional, un regalo del capitán de barco francés que había llevado a sus refugiados de contrabando a Francia. Había llegado a través de Helen, que era quien hasta ahora había tratado con el hombre.

Se quedó mirando el rico color del brandy. Era hora de hacer un nuevo trato; tenía al menos dos cargamentos más para el hombre. Liam había decidido tratar con él directamente esta vez, ya había involucrado demasiado a Helen, y los riesgos para todos ellos se habían disparado desde su asalto a la cárcel. El Rey negro era buscado casi tanto como el príncipe Charles.

Dos envíos más requerirían una gran cantidad de dinero. Hasta ahora, sus ganancias del juego habían pagado sus gastos, pero se estaban agotando. Pronto tendría que echar mano de los fondos de Lockhart. Una parte de él encontraba la idea irónica, otra parte pensó que era un robo y se encontró reacio a hacerlo.

Nunca había querido nada de Lockhart. Si no hubiera sido por el primer grupito de refugiados a los que ayudó, probablemente habría abandonado Lockhart para siempre. Los recuerdos eran demasiado atormentadores.

Aún no sabía por qué había atendido la llamada de su padre para unirse a sus fuerzas en Culloden. Un último esfuerzo, pensó, para ganarse la aprobación de su padre. Una última oportunidad para demostrar que era un MacTavish, pero entonces la realidad del campo de batalla, el salvajismo sanguinario de su padre y su hermano habían drenado cualquier vestigio de lealtad familiar, cualquier anhelo de pertenencia.

Se pasó los dedos por el pelo, el cual húmedo por el sudor de la peluca empolvada, se rizaba alrededor de sus dedos. Se desabrochó el chaleco y se abrió de un tirón la parte delantera de la camisa. Vertió más brandy en la copa antes de sentarse y despatarrarse sobre la silla.

Le dolía el brazo, pero algo le dolía aún más. No estaba seguro de cuántos encuentros más podría sobrevivir con su marquesa antes de agarrarla y hacerla verdaderamente suya. Se estremeció al pensar en la reacción de ella.

La única solución era otra ausencia. Aún tenía que llevar a Ogilvy a ese barco.

Estaba dándole vueltas a la tarde con Caitlin cuando oyó que llamaban a la puerta, por lo que se levantó y fue a atenderla. Todos sus criados tenían instrucciones de no entrar nunca sin permiso.

Liam la abrió y vio a su esposa. Se inclinó ligeramente, disimulando su sorpresa. —Milady, me sorprendes.

La vio morderse el labio. —Yo... yo...

Decidió no ayudarla. No creía que en su papel de marqués de Lockhart le debiera importar su incomodidad.

—Dicen... que usted es un jugador.

—Sí, uno excepcional, —respondió con falta de modestia.

—¿Me enseñaría?

—Las mujeres no juegan, —dijo con absoluta autoridad. Ella entrecerró los ojos con incredulidad—. Al menos no... las damas, —enmendó. Las mujeres claro que jugaban, Helen era realmente buena.

—No tengo nada que hacer aquí.

Miró al cachorro que se tambaleaba investigando un par de botas.

—Tienes al cachorro. Y ahora, como deseabas, tienes las cuentas de la casa.

Algo brilló en sus ojos, pero no era gratitud, en su lugar, era casi socarronería.

Intentó disimularlo con una rápida reverencia. —Gracias, milord.

—Puede que te hayas ganado un enemigo. Malcom no estaba contento.

—¿Entonces por qué lo ha hecho?

—Disfruto viéndole retorcerse.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros. —Ahora no importa.

Su mirada pareció atravesarle. —¿Me enseñará?

Se encogió de hombros. Rebuscó en un cajón y sacó un par de dados.

—Prefiero usar las cartas.

Apostaría alegremente su chaleco nuevo a que ella tenía en mente algo más nefasto que una simple partida de cartas.

No obstante, volvió al armario y abrió de nuevo el cajón, sacando una baraja de cartas. Le tendió una silla y luego se dejó caer en una de las suyas.

—¿Tienes dinero, milady?

—¿Acepta mi promesa?

—¿Se puede confiar en ti?

—No.

—Ah, una cualidad que admiro. Está bien por esta vez, ahora, milady, vamos a ver que tal...

Repartió dos cartas a la vez, cuatro boca abajo para cada uno y luego cuatro boca arriba. Miró fijamente a la jota de picas, y levantó la vista justo a tiempo para ver un rápido interés en los ojos de ella antes de que los bajara, con sus gruesas pestañas oscuras sombreando unos ojos azul añil. De repente, la tensión brilló entre ellos, iba a necesitar no poco autocontrol.

Liam era demasiado consciente de que iba sin la peluca y sin la odiosa chaqueta. Se

esforzó por hacer que sus ojos fueran inexpresivos, pero no creyó que alcanzaran ese deseable efecto. ¿Cómo iban a conseguirlo cuando ella estaba sentada al otro lado de la mesa, con la boca fruncida por la concentración y aquellas malditas pecas salpicándole la nariz? ¿Por qué le resultaban tan condenadamente fascinantes?

Continuó su explicación, deseando tener un pañuelo que agitar, o una peluca que tocar. Nunca se había sentido tan malditamente desnudo en su vida. Sus frecuentes miradas rápidas no hicieron nada para aliviar la sensación.

Ella era rápida, asombrosamente rápida. Él ganó el primer juego pero ella se llevó el segundo. Sus ojos eran brillantes, sus movimientos seguros, sus decisiones rápidas.

Caitlin se llevó la tercera partida, luego la cuarta. Él la estaba dejando ganar aunque ella podría haberle superado al menos una vez por sí sola. Se suponía que era un presumido lameculos, no un tahúr, y dejó que vagara en la mente de ella lo extraño que era esto, pues le complacía haber encontrado la forma de darle dinero.



Caitlin no lo entendía. Apenas podía apartar la mirada de él.

Antes se había dado cuenta de que, sin su peluca y sus espantosas ropas, no era poco atractivo, pero su propio miedo y pena le habían impedido ver, o retener, más.

Ahora su mirada se sintió atraída por él. Su cabello oscuro y espeso estaba recortado más corto de lo habitual, probablemente porque llevaba peluca muy a menudo, pero era bastante agradable la forma en que un mechón caía sobre su frente. Sin la peluca cubriendo parte de la cara, ella podía ver las líneas fuertes y angulosas de sus mejillas.

La habitación parecía en cierto modo más pequeña, mucho más pequeña. Sintió calor al otro lado de la mesa y levantó la vista para ver fuego en sus ojos. No sólo fuego, sino inteligencia. El ámbar que había en ellos brillaba y el color gris verdoso parecía cobrar vida. Sintió que su cuerpo reaccionaba al momento de calor, se inclinó hacia delante, impulsada por una fascinación, una atracción, que envió oleadas de incertidumbre, y luego algo de naturaleza más física, a través de ella. Caitlin se sintió hipnotizada, arrastrada por una fuerza que no comprendía.

No debía sentirse atraída por este... petimetre, este jugador, este hombre al que muchos llamaban cobarde. Y, sin embargo, no podía apartar la mirada de él.

Entonces sus labios se movieron mostrando su verdadero yo, encantador, pero rápidamente se curvaron para formar esa sonrisa arrogante que ella odiaba. La luz del fuego no iluminaba por igual su cara, pero esta vez ella supo que lo había visto. No había sido su imaginación. Había mucho más detrás de esa fachada de lo que él quería que los demás supieran.

¿Por qué? Pero sobre todo, ¿qué era? ¿Sería maldad, avaricia? ¿O simplemente se deleitaba irritando a todo el mundo, utilizando trucos de bufón para proteger sus verdaderos motivos? Pero, ¿cuáles eran esos motivos?

Eran sospechosos, fueran cuales fueran. Aun así, sentía curiosidad donde nunca antes la

había tenido y la fría habitación se sentía sobrecalentada. Sospechaba que cuando se pusiera de pie, sus piernas no funcionarían correctamente.

Recuerda por qué estás aquí.

—Tengo algo que pedirle, —dijo finalmente con una voz que no parecía la suya.

Ladeó una de aquellas cejas oscuras y pobladas.

—Algunos de sus sirvientes parecen muy mal vestidos. Yo... yo... quisiera comprar algo de material para ropa nueva. —Tartamudeaba, y ella nunca había tartamudeado.

Él la miró por un momento, con una mirada inquisitiva. Ella no podía determinar cuál era su conclusión. —¿Te importa cómo visten los MacTavish?

—El chico que trabaja en el establo parece un mendigo, al igual que muchos otros, y eso no honra a Lockhart más que la inmundicia que encontré aquí en la torre.

—¿Y ahora te importa nuestro honor?

—Me importa el niño. —Oyó la pasión en su voz e inmediatamente se avergonzó de ella. Debería estar ahí por el muchacho; en cambio, estaba ahí para su propio beneficio. El muchacho también se beneficiará, se dijo a sí misma. Como lo harían los demás.

—¿Qué otras mejoras harías? —preguntó sedosamente.

—Las casas de los vasallos parecen necesitar reparaciones, —dijo ella sin miramientos —. También les vendría bien contar con una cocinera mejor.

—Sí, pero entonces ¿qué haríamos con la actual? Tiene familia.

El asombro la golpeó. Era lo último que ella sospechaba que él diría.

Le sorprendía que él supiera siquiera que la cocinera tenía familia, y mucho menos que le importara. —Puedo encontrarle otra cosa.

—Está bien, haz lo que quieras. Le diré a Malcom que te dé los fondos que necesites.

—¿Para el niño y también para otros que necesiten ropa?

Su mirada se encontró con la de ella. —Sí, siempre que no me molestes con ello. Tengo asuntos más importantes.

—¿Como el juego?

—Sí.

—¿Y tu amante?

—Eso también, —dijo desafiándola.

—Puede que tenga que ir al pueblo a por material.

—¿Me das tu palabra de que no intentarás huir?

—¿Cómo podría? Soy su esposa.

—Y yo soy tu lord, y por supuesto que me obedecerás en todo. —No era una pregunta, sino una afirmación. Ella prefirió no responder.

—¿Tengo tu palabra? ¿La palabra de un MacFarlane? —insistió él.

—¿Sobre qué? —Ella se retorció ante la pregunta.

—Si te doy libertad de movimientos, libertad para ir al pueblo, ¿te comportarás como debería hacerlo la marquesa de Lockhart? ¿No intentarás abandonar... el matrimonio?

—¿Adónde iría? Aún tiene a mi hermano como rehén.

—Cumberland lo tiene, no yo. Y tú estás esquivando la pregunta.

¿Tendría que mentir? Un juramento hecho pero nunca destinado a ser cumplido ¿Dónde quedó el honor?

—Veo que la pregunta te da que pensar, esposa mía. ¿Significa eso que tienes planes que debería conocer?

Sintió que el rojo se apoderaba de sus mejillas. Siempre había sido una mala mentirosa, y este tonto, este traidor escocés, obviamente veía a través de ella. Sus sospechas podían destruirlo todo.

La vida de su hermano estaba en juego.

Ella se quedaría de buena gana si con ello pudiera liberar a su hermano, sacarlo de Escocia y llevarlo a Francia, donde otros jacobitas cuidarían de él. Entonces no estaría violando su juramento, y su propia felicidad sería un pequeño precio a pagar. La felicidad era, de hecho, un bien escaso en la Escocia de hoy.

—Sí, —dijo finalmente—. Tiene mi palabra, por ahora.

Sus ojos se entrecerraron como si estuviera calibrando su credibilidad. —¿Por ahora?

—Es todo lo que puedo darle.

De repente sonrió, con un irónico gesto en los labios. —Me parece justo. Confío en que me avisará cuando considere terminado el trato.

—Lo juro, —añadió ella. Si le sorprendió la sonrisa; más aún su concesión.

—Le diré a los mozos de cuadra que tiene permiso para montar la yegua que ha montado hoy, —dijo—. Te sugeriría, sin embargo, que montes con alguien. Los jacobitas no son populares en estos días.

La emoción recorrió a Caitlin. Era incluso más de lo que había imaginado. Bajó los ojos. —Gracias.

—No abuses de mi buen carácter, —dijo, bostezando. Se levantó como si estuviera cansado de la conversación y recogió las cartas.

—¿Milord?

—¿Algo más? —dijo con exasperación, la boca fruncida por el fastidio.

—Las cartas… me gustaría practicar.

—Ya me has superado, —dijo—. No creo que necesites practicar.

—Me ayudará a pasar el tiempo.

Miró a Jack, que había estado durmiendo pero que se había puesto torpemente en pie cuando Liam había echado hacia atrás su silla. El cachorro estaba ocupado regando la pata de la mesa. —Entre cachorros y mozos de cuadra, parece que encuentras mucho en qué ocuparte.

—Las tardes suelen ser largas.

Tiró la caja de las cartas al suelo sin darse cuenta y ella la recogió, y él se puso en pie. —¿No vas a llevarte tus ganancias?

Ella miró las monedas que había sobre la mesa. —Nunca he tenido dinero propio.

—La primera regla de un jugador, milady, es llevarse siempre sus ganancias, independientemente de cómo las haya conseguido.

Ella no sabía lo que veía en sus ojos en estos momentos. ¿Diversión, especulación?

Bien podía estar riéndose de ella.

Pero el dinero era poder, y ella tenía muy poco de ambos. Recogió el dinero, esperando que no le acompañara una consecuencia inesperada.

—¿Milady?

Ella se volvió.

—Buenas noches, —dijo con una reverencia burlona.

El estómago le dio un vuelco. De repente tuvo la terrible sensación de que había hecho un trato con el diablo, y no tenía ni idea del precio que le exigiría.

Liam la vio marcharse y se preguntó en qué demonios estaría pensando.

Nada bueno.

Él lo sabía. Lo supo por el torrente de sangre en sus mejillas. Lo supo por la cordialidad que ella se había esforzado en mantener.

Desde luego, su nueva esposa no había venido a su dormitorio para aprender a jugar a un juego de cartas, aunque no estaba muy seguro de lo que ella quería exactamente.

¿Era únicamente tener más control de Lockhart? ¿Más libertad? ¿Mejores ropas para sus parientes?

Dudaba de todo eso. Había visto algo profundo en sus ojos. Estaba muy acostumbrado a leer las emociones. Todos los buenos jugadores lo estaban, y él era muy buen jugador. Podía saber, sólo por su expresión corporal, si alguien iba de farol o si mentía.

Y su señora esposa mentía.

Santo Dios, se estaba cansando de las mentiras, tanto de las suyas como de las de los demás. Se preguntó cuánto tiempo podría mantener la mascarada, pues no es que la hubiera mantenido muy bien esta noche. Había bajado la guardia varias veces, y sospechaba que ella se había dado cuenta de que había más en Liam MacTavish, el marqués de Lockhart, de lo que él había pretendido que supiera.

Aun así, se sintió bastante orgulloso de sí mismo por haber mantenido las manos quietas cuando ella había sonreído con deleite al ganar en el casino, cuando había suplicado por un joven

muchacho, cuando había demostrado su temple al guerrear con Malcom.

También recordó su vacilación antes de prestarle juramento. Estaba claro que ahí ocurría algo en su mente.

Tendría que vigilarla de cerca, pero eso podría ser incluso más peligroso que dejarla suelta para que sembrara el caos.

Se había mostrado atractiva y tentadora, y el hecho de que ella no se diera cuenta hacía que su atractivo fuera mucho mayor. Suspiró. Había querido pasar los dedos por su pelo oscuro. Peor aún, su mirada no había dejado de dirigirse a la de ella. Se preguntó a qué sabría, y también se preguntó cómo reaccionaría ella si le demostraba su atracción.

La emoción corría desenfrenada en ella. Lo vio en su impaciencia de hoy por montar a caballo, en el placer con el que olfateaba el aire y le importaba poco si se le caía el pelo. Lo vio en la forma en que había apoyado la cabeza en las manos mientras consideraba sus opciones en el juego y cuando él le había permitido ganar. A menudo perdía varias manos a propósito antes de desplumar a su oponente. Era tan hábil perdiendo como ganando.

Sin embargo, ahora se preguntaba quién había desplumado a quién esta noche. Tomó otro sorbo de brandy, removió las brasas de la chimenea y se sentó a contemplar las llamas.

Cuando Liam pasó por la herrería del pueblo al día siguiente, Gavin le saludó cordialmente

—Dos de nuestros caballos necesitan herraduras.

—Sí, milord, —dijo, usando el fuelle para avivar las llamas. Cogió un trozo de metal con unas tenazas y lo retorció fácilmente hasta darle forma de herradura.

Liam se apoyó contra la pared y observó sus rápidos y competentes movimientos. Gavin sería valioso en cualquier parte. Tenía una mente rápida además de manos rápidas.

—¿Cómo está la marquesa? —preguntó Gavin, como si supiera exactamente lo que Liam tenía en mente.

—Bastante bien.

—¿Hablas de su salud o de sus rasgos físicos?

—De ambos, —admitió Liam con ironía—. Como la mayoría de los recién casados, no tenía ni idea de dónde me metía.

—John me habló de su visita a la tienda, estaba bastante rebosante de orgullo.

—Parece que ella tiene ese efecto en la gente. De hecho, está barriendo Lockhart.

Gavin abrió los ojos con fingida alarma. —¿Barriendo?

—Sí. La comida ya ha mejorado; ella misma ha lavado las ventanas, y podemos ver a través de ellas de nuevo. Y su última cruzada, después de salvar a un cachorro raquítico, es vestir a los miembros de mi clan.

—¿Y cómo se siente Malcom al respecto?

—Le molesta enormemente, como le molesta cualquier cosa sobre mí y los míos.

—¿Los míos?

—Una forma de hablar.

Gavin le dedicó una sonrisa torcida. —Ya. —Luego su expresión se volvió sobria—. Tendrás que hacer un viaje a la costa cerca de Portsoy, el barco llegará allí en tres días a por Ogilvy y los otros. Querrán que les pagues. A menos, por supuesto, que quieras que vaya yo.

—Me temo que tu ausencia se notaría mucho más que la mía, —dijo Liam—. Eres demasiado buen herrero.

—¿Y tu brazo?

—Dolorido, nada más.

—Nunca te habías... desplomado así antes. Nos preocupaste a los dos.

—Intentaré no volver a pasar tres días sin dormir.

—No puedes seguir así para siempre.

—Lo sé, —dijo Liam—. Cada vez quedarán menos jacobitas.

Gavin parecía dudoso. —No puedes salvarlos a todos.

—No, pero aún quedan Ogilvy y otros esperando pasaje, y un joven encarcelado por Cumberland.

—¿Le has dicho algo a tu esposa sobre él?

—No. Es mejor que ella no sepa nada.

—¿Cuándo irás a la costa?

—Por la mañana. Intenta vigilar a la marquesa, creo que podría estar planeando alguna travesura.

—Pero ella no puede salir de Lockhart…

—Le di permiso para irse.

Gavin se inclinó sobre su fragua. —¿Eso ha sido prudente?

—No podía mantenerla prisionera para siempre. Creo que mientras el niño esté en manos de Cumberland, ella no hará nada que ponga en riesgo su seguridad.

—¿Entonces...?

—Creo, no puedo estar seguro, pero vi el placer en su rostro hoy cuando cabalgábamos, y no podía privarla de ello.

—Tienes un corazón blando.

Liam gimió. —No. Simplemente quiero...

—Lo sé. El problema es que siempre te aferras demasiado.

—Siempre estás a mi lado, —dijo Liam con cálido afecto—. Hasta el cadalso, me da a mí.

—No dejaré que eso ocurra.

Gavin se inclinó sobre la forja en lugar de contestar. Ambos sabían que Liam podría no tener elección en el asunto.



Terror. El terror más grande que ella había conocido antes recorrió todo el cuerpo de Caitlin.

Ella y Miles corrían, huyendo de algún mal desconocido a lo largo de una orilla, Era de noche, y las nubes enmascaraban la luna y las estrellas. Podía ver poco, pero oyó el sonido de cascos detrás de ella y eso les espoleó a ambos a acelerar el paso.

Súbitamente Miles cayó, rodando por la orilla hacia algo oscuro que lo rodeó, una ciénaga. Cuando ella lo alcanzó, cayó y ambos fueron succionados por sus arenas movedizas. El terror se apoderó de ella mientras se hundían más y más. Gritó pidiendo ayuda, una y otra vez, pero no había nadie, ni siquiera los cascos que les habían estado siguiendo. Sólo estaban las sombras de una noche sin luna y la visión de las ramas desnudas que se doblaban con el fuerte viento.

Se hundía cada vez más mientras luchaba por mantener la cabeza de su hermano por encima del fango. Entonces, cuando creyó que con toda seguridad ambos morirían, apareció un hombre. Tenía la cara enmascarada y vestía totalmente de negro. Ató una cuerda alrededor de un árbol, luego alrededor de sí mismo, y la utilizó para acercarse a ellos. Extendió la mano hacia ella, pero no pudo tocarle. Estaba a un centímetro, sólo un centímetro, pero ella no podía alcanzarlo....

Ella se despertó de golpe. Tenía el cuerpo empapado, y el pelo enmarañado y húmedo del sudor. La ropa de cama estaba enrollada a su cuerpo. Su respiración era rápida y agitada, por lo que se obligó a relajarse. No había ningún pantano, ni ningún extraño, y Miles estaba a salvo, aunque a kilómetros de distancia.

¿O no lo estaba? ¿Era eso lo que la pesadilla había intentado decirle? Y el extraño. ¿Había sido quien le perseguía o el salvador?

Miró hacia la ventana. La luz entraba en la habitación. Debía de ser tarde, mucho más tarde de lo que ella solía dormir.

Caitlin miró dentro de la cesta que había junto a la cama. Jack se retorcía, gimoteando, probablemente por hambre.

Cogió al cachorro, pasando los dedos por la suave pelusa de su piel. Sólo ese gesto ralentizó el latir de su corazón, y el martilleo de su cabeza. La abrumadora sensación de pánico se desvaneció lentamente de ella.

Se levantó y se acercó a la mesa donde Effie había colocado un cuenco de agua fresca la noche anterior. Con un trozo de tela de lino, se lavó la cara, con la esperanza de eliminar los restos de la pesadilla.

¿Tenían significado los sueños?

Normalmente no soñaba nada, o al menos nada que pudiera recordar. Entonces, ¿qué

había provocado éste?

¿Y dónde estaba Effie?

Como si su solo pensamiento hubiera convocado a la chica, un ligero y tentativo golpe llamó a la puerta.

Caitlin se acercó y la abrió. Effie sostenía una bandeja, cargada de pastas frescas, una jarra de chocolate, y una jarrita de leche destinada, Caitlin lo sabía, al cachorro.

—Le he echado un vistazo antes, —dijo Effie—, pero estaba tan profundamente dormida que pensé en esperar.

—¿Esperar para qué?

—El marqués ha abandonado Lockhart, —dijo Effie disculpándose con una sonrisa de medio lado—. Dejó esta nota para usted.

Su doncella no había expresado sorpresa alguna por el hecho de que el marqués rara vez compartiera su cama, pero obviamente la presencia de Caitlin en su habitación había sido notada en la torre, y los ojos de Effie estaban abiertamente curiosos por lo que pudiera haber en esa nota.

Se había ido, otra vez. Caitlin no comprendía la repentina sensación de pérdida que sentía, incluso de decepción. En su mente recordaba lo atractivo que le había parecido anoche sin la peluca, sin los chalecos con volantes y los colores brillantes.

Pero él era así. Un engreído y libertino que buscaba la compañía de otras mujeres.

Miró despacio la nota. —Como te prometí, milady, he dado instrucciones a John, el mozo de cuadra, para que te permita sacar a la yegua Fancy. También he hablado con Malcom sobre tu autoridad sobre las cuentas de la casa.

Lo había firmado con una marca extravagante: —Tu marido. —No con su nombre. No Liam, lord MacTavish, o Lockhart. Por un momento le pareció extraño, como si él renegara del título o de su propia posición.

Era su imaginación. Simplemente estaba afirmando su autoridad, burlándose de su poder en su cara, aunque sólo le diera un soplo de libertad. Mientras Cumberland retuviera a su hermano, ella no tenía verdadera libertad.

—¿Una nota de amor? —dijo Effie esperanzada.

Caitlin negó con la cabeza. —Sólo... algunas instrucciones.

A Effie se le cambió el gesto. En sólo unas semanas, se había convertido en una persona muy querida para Caitlin. Tenía un optimismo infatigable que normalmente iluminaba la habitación, y estaba humildemente agradecida por ganar el dinero extra que suponía ser la criada de una dama.

—Toma, ayúdame a dar de comer a Jack, —dijo, intentando apartar la mente de su criada, y la suya propia, del enigmático hombre que era su marido.

Jack había pasado del guante a lamer leche de un pequeño platillo. Effie llenó el platillo de leche y juntas observaron cómo el pequeño terrier la lamía con avidez. No pasaría mucho tiempo antes de que pudiera tomar gachas o cereales. —No creí que pudiera llegar a salvar a la criaturita, —dijo Effie con admiración.

—Tiene ganas de vivir.

—Sí, —dijo Effie—. ¿Quiere que me vaya mientras desayuna?

—¿Por qué no mejor me acompañas? Hay demasiada comida.

—No sería apropiado, milady.

—No me importa lo apropiado. Me importa la buena compañía. —Effie enrojeció de orgullo.

—Siéntate Effie, —dijo Caitlin, observando cómo la criada se sentaba cohibida frente a ella y cogía vacilante un dulce. Caitlin no se había dado cuenta hasta ahora de lo guapa que era la chica. En las últimas semanas se había transformado, adquiriendo algunos de los hábitos propios de Caitlin. Ahora se lavaba el pelo, y había aclarado su color hasta el tono del trigo. Caitlin había mandado hacer dos vestidos para ella, y los mantenía limpios. La postura de la muchacha era erguida, con sus ojos vivaces ahora llenos de orgullo.

—Está bueno, —dijo, relamiéndose el azúcar de los labios.

No tanto como debería, pensó Caitlin, pero mejor que cuando había llegado. Los criados empezaban a tener cuidado, incluso orgullo, en sus tareas.

Caitlin sólo mordisqueó el suyo, aunque disfrutaba del chocolate caliente. Su mente seguía reviviendo el sueño, y las horas que había pasado con su marido. ¿Tenía algo que ver una cosa con la otra? ¿Había estado huyendo del marqués en el sueño?

Sin embargo, él parecía la última persona de la que huir. Un ser ineficaz, descuidado e indiferente a Lockhart y a su gente. Supuso que la razón por la que le había permitido vestir mejor a los sirvientes era simplemente para mantenerla ocupada, no por una profunda preocupación por su propia gente.

¿Adónde había ido esta vez? ¿Y por qué le importaba a ella?

11

La taberna Vela y Rueda de Aberdeen estaba oscura, mohosa y sucia. Las velas humeaban, la cerveza era pobre y las mesas estaban manchadas y llenas de cicatrices.

Liam se detuvo en la puerta, ajustando la visión al tenue interior. Ya había estado aquí varias veces, cada una con un disfraz diferente. Ahora llevaba un uniforme de capitán inglés y un poblado bigote oscuro sobre los labios. Los ingleses habían estado buscando a un anciano, a un joven vestido de campesino e incluso a una mujer. Por lo que él sabía, aún no buscaban a un capitán inglés.

Todas las cabezas se volvieron y sus ojos empañados por el whisky le miraron mientras entraba. Algunos de los clientes escupieron al suelo cuando pasó junto a ellos. Se acercó a una de las camareras, le dio una palmada en el trasero y la miró lascivamente, después preguntó si un caballero estaba esperando a un tal señor Smythe.

La mujer miró su insignia de capitán y luego entrelazó su brazo con el de él. —Hay un hombre esperando en una habitación de arriba.

—¿La habitación privada?

Ella abrió los ojos. La habitación solía estar reservada a unos pocos, y pocos más, salvo los habituales, la conocían. Su mirada se volvió más curiosa, más ávida. —¿Le apetece un revolcón después de sus asuntos? —Ahora le miraba con mucho más interés. Si se reunía con un marinero francés, significaba contrabando, y eso significaba dinero.

—Ya veremos, —dijo él.

—¿Necesita que le muestre el camino?

—Creo que no, —dijo con su mejor acento inglés. Como había frecuentado la taberna con anterioridad, Liam conocía la sala privada del piso de arriba. La taberna era uno de esos lugares donde se hacían pocas preguntas y se recordaban pocas caras. Era perfecta para un contrabandista francés o un oficial inglés si intentaban concertar una cita, un poco de contrabando o alguna otra actividad en la que hacía falta discreción.

Subió las escaleras y encontró la habitación a su derecha. Llamó ligeramente y la puerta se abrió, revelando a un hombre alto de complexión fuerte, vestido descuidadamente con el anodino atuendo de un oficial de barco.

Sus ojos se abrieron de par en par al ver el uniforme y su mano se dirigió rápidamente hacia una mesa en la que había una espada, pero Liam fue más rápido. Se movió con premeditación, sacando una pistola del interior de su chaqueta.

—Yo no aconsejaría eso, capitán Renard.

La mirada del capitán lo estudió, luego dejó caer el brazo a su costado. —Usted sabe quién soy.

—Claro que sí, René Renard, o al menos ése es el nombre que usted usa. —Liam lanzó una carta en su dirección.

Renard la cogió con facilidad, la miró y luego volvió a mirar a Liam, antes de mostrar una amplia sonrisa. —Monsieur. No esperaba al mismísimo Rey negro. Especialmente con ese uniforme.

—Sólo es prestado, —dijo Liam.

Renard se echó a reír. —¿Y cómo, monsieur, supo que soy Renard?

—Nuestro conocido mutuo le describió bien, —dijo Liam, no queriendo que el hombre supiera que en realidad le había visto antes. Renard había sido una sugerencia de Helen. Una vez había sido su amante y lo había conservado como amigo al igual que a Liam, y un día se lo había señalado a Liam cuando ambos estaban en una taberna.

Renard era de fiar, le había dicho, y lo que era aún más importante, sentía simpatía por los refugiados jacobitas. Su honor estaba en juego, y lucharía antes de sacrificar su carga humana.

Pero insistía bastante en recibir sus honorarios.

Esta vez Liam había querido conocerle en persona, para juzgar su temple. —Ah, la encantadora dama. ¿Está bien?

—Muy bien. —Liam volvió a guardar la pistola bajo su chaqueta—. Juega juegos peligrosos, pero sabe cuidarse.

—Usted también, monsieur. —Liam se sintió inmensamente tranquilo de que el hombre supiera que no debía mencionar nombres.

—¿Mi último envío?

—A salvo, —dijo el capitán francés—. Espero que estén en París ahora. —Vaciló y luego añadió—: ¿Es usted el verdadero Rey negro?

Liam se encogió de hombros.

—Habla como un aristócrata inglés.

—Puedo interpretar a uno tan bien como a un viejo pescador.

—Y una mujer, según he oído.

Ante el ceño fruncido de Liam, se encogió de hombros. —Oigo cotilleos, monsieur. Tenga la seguridad de que no deseo saber nada más. Ahora bien, ¿tiene el dinero?

—Sí, mil libras. Quinientas para este viaje, quinientas para otro el mes que viene

—¿Y la carga en este viaje?

—Cuatro hombres, tres mujeres y seis niños.

El francés sacó un mapa y lo extendió sobre la mesa. Señaló un punto de la costa entre Port-soy y Cullen. —Mañana por la noche, dos horas después de medianoche. Tendré un barco ya en tierra, y no esperaré más de una hora.

Liam asintió. —Hecho.

—Y ahora el dinero.

Liam sacó un paquete envuelto de debajo de su camisa. Observó cómo el capitán lo contaba y luego asentía. —Quiero que recojas otra carga a la misma hora y en el mismo sitio el mes que viene.

—Me gusta hacer negocios con usted, monsieur. ¿Le apetece un buen brandy francés?

—Sí, —dijo Liam—. ¿Es el mismo que le dio a nuestra amiga?

Renard asintió. —Debía guardárselo para ella.

—Ella sabe cuánto lo disfruto, —dijo Liam—. Si tiene a bordo, me gustaría comprar un barril.

—Ah, un hombre de buen gusto.

—No, es para Cumberland.

El francés enarcó una ceja. —¿Cumberland?

—Le gusta la buena bebida.

El francés rugió de risa. —No conozco su juego, monsieur, pero creo que me gusta.

Liam se encogió de hombros, aunque se sintió complacido. El francés era obviamente un pícaro y un rebelde, como él, y Liam instintivamente confiaba en él, tal vez por la valoración de Helen, pero la confianza rara vez le venía.

Dio un trago rápido a la copa, y él y Renard hablaron de los peligros del viaje. El contrabando se había vuelto mucho más difícil desde que los ingleses querían asegurarse de que el príncipe Charles no escapara a Francia. El barco de Renard era elegante y rápido, y dependía más de la velocidad y del sigilo que de las armas. Todos los viajes que transportaban jacobitas eran peligrosos, el contrabando de otras mercancías solía pasarse por alto.

—¿Por qué lo hace? —preguntó Liam.

El francés se encogió de hombros. —No me gustan los ingleses, —dijo simplemente—. Algunos de mis mejores clientes han sido ahorcados, o algo peor. —Sonrió—. Y pagan bien.

Liam terminó el brandy. —Tengo un cargamento que traer. Nos veremos mañana por la noche.

El francés asintió. —No esperaré, —advirtió. Luego cogió la carta que Liam le había dado—. Puede que necesite esto, monsieur.

Caitlin consideró cómo llevar a cabo lo que quería conseguir.

Estaba más que disgustada por el hecho de que su marido hubiera vuelto a desaparecer por un período de tiempo desconocido, él la intrigaba más que un poco. No de ninguna manera romántica, se apresuró a tranquilizarse, sino como un enigma que quería resolver.

También tuvo que admitir en lo más profundo de su corazón que había disfrutado de su juego varias noches atrás. Podía ser un dandi y un traidor a Escocia, pero no era desagradable del

todo. Entonces, ¿por qué representaba tan a menudo ese papel?

Encontrar la respuesta a esa pregunta podía esperar, ahora tenía otro objetivo: alejar a su hermano de Cumberland, y así ambos podrían huir de Escocia. Tendrían amigos en Francia, compañeros refugiados, compañeros católicos, y ella podría ganarse su camino como institutriz. Eso sería mucho más preferible que estar entre los asesinos de su familia, con este grupo de traidores.

Pero entonces recordó su juramento. ¿La vida y el bienestar de su hermano no significaban más, mucho más, que su palabra ante los enemigos de su familia, los enemigos de su país? Si ahora no tenía ninguna seguridad con el apellido MacFarlane, ¿debía tener honor?

Intentó acallar su conciencia, sofocándola con planes. Primero necesitaba ropa, y luego una forma de escabullirse de Lockhart.

Y dinero, necesitarían dinero, aunque al menos ahora tenía algunas monedas, sus ganancias de la otra noche. También tenía acceso a las cuentas, pero el robo nunca le había atraído, ni aunque fuera a los lacayos escoceses del rey.

Unas cuantas partidas más con su marido y podría tener suficiente, pero por ahora...

Se vistió con un vestido cómodo pero elegante. Ahora tenía siete: cuatro nuevos y tres remiendos de vestidos que habían pertenecido a las mujeres MacTavish. A Caitlin no le gustaba la idea de llevar ropa de mujeres muertas, y el marqués le había dicho que podía encargar otras nuevas. Aun así, era un desperdicio no utilizar esas buenas telas, sobre todo porque no pensaba quedarse aquí mucho tiempo.

El vestido era azul, un color que siempre la había favorecido. Tenía intención de visitar a Gavin, la única persona que se había mostrado amable y comprensiva. Había recibido poca información cuando le había preguntado por el Rey negro, pero tal vez él sería más útil para encontrar ropa nueva para el mozo de cuadra, y así ella podría llevarse la ropa actual del muchacho sin que nadie se diera cuenta.

El Rey negro había sido descrito como una anciana, un joven o incluso un demonio capaz de cambiar de forma. ¿Por qué no un muchacho?

Incluso podría ayudar al verdadero Rey negro confundiendo aún más a las autoridades.

Effie le arregló el cabello, recogiéndolo con un sencillo broche de plata, dejando que cayera por su espalda en rizos. Luego la doncella le colocó un gorro en la cabeza y estudió su obra con orgullo. —Está preciosa, milady.

Caitlin entornó los ojos para mirarse en el espejo, intentando ver lo que Effie veía en ella. Siempre le había dolido no ser guapa, y el tiempo no lo había mejorado. Todos los demás miembros de su familia habían sido guapos o hermosos, sólo ella tenía aquellas terribles pecas, una boca demasiado ancha y un rostro demasiado delgado.

La soledad la abrumaba. Echaba de menos a su familia, especialmente a su padre, que siempre la había llamado su bonny lass, y también a su madre, que había querido mucho a su patito feo, y a sus hermanos, que la habían protegido y se habían burlado de ella a partes iguales. Ahora todos se habían ido. Su madre había muerto tras una larga enfermedad; su padre le había seguido en cinco meses. El médico dijo que su corazón se había parado, pero Caitlin sabía que era porque también se había roto. Nunca había visto a dos personas más enamoradas que ellos dos.

Una vez había albergado la esperanza...

Apartó ese pensamiento. Ella nunca tendría lo que ellos tuvieron. Podría escapar de este matrimonio huyendo, pero nunca se casaría de nuevo. Aunque sus votos no habían sido presenciados por un sacerdote, ni el matrimonio había sido consumado, ella sabía que nunca sería capaz de recitarlos de nuevo sin creerlo un pecado.

—¿Milady?

La voz de Effie la sacudió de sus cavilaciones.

Caitlin se levantó, tan deprisa que el taburete se cayó. El ruido la hizo gritar y se mordió el labio. Los recuerdos eran demasiado fuertes, el dolor demasiado profundo, la soledad demasiado penetrante.

Por eso tenía que hacer algo. De lo contrario, la consumiría la culpa de sobrevivir cuando tantos otros habían muerto.

—Trae mi capa, —le pidió.

Los ojos de Effie la interrogaron, pero ella no lo expresó. Obviamente, no le correspondía hacerlo.

—Voy a dar una vuelta por el pueblo para ver si consigo ropa nueva para los muchachos que trabajan aquí, —dijo.

—¿Quiere que le acompañe?

—¿Montas a caballo?

Effie bajó la mirada. —No, milady.

—Te enseñaré si lo deseas.

—Oh, sí, milady. —Ella vaciló—. ¿Me enseñaría también a leer?

Caitlin vaciló. No estaba nada segura de que fuera a estar aquí tanto tiempo, y trataba de no hacer promesas que no pudiera cumplir, pero ante el silencio, el rostro de Effie se desencajó.

—Empezaremos mañana, —dijo Caitlin con suavidad, y los labios de Effie se deshicieron en una enorme sonrisa.

Caitlin sabía que sería bueno mantenerse ocupada, sobre todo por las tardes. Normalmente cenaba en su habitación, pues se sentía incómoda en el gran salón sin el marqués a su lado. Aunque sabía que se había ganado a unos cuantos miembros de la casa, los tacksmen seguían siendo hostiles, y se daba cuenta de que era objeto de burlas, sobre todo por ser la mujer no deseada por su marido.

No se sentía obligada a sufrir su insolencia, aunque había cenado con ellos en varias ocasiones para que no pareciera que les temía a ellos, o a cualquier MacTavish, para el caso. Era la marquesa de Lockhart, y se negaba a permitir que nadie lo olvidara.

Y hoy descubriría si su marido hablaba con la verdad y, en efecto, iba a tener libertad de movimiento.

Tras hablar con Effie se dirigió al establo. El mozo de cuadra la saludó con una amplia sonrisa que la reconfortó, ahora tenía al menos dos amigos aquí.

—Me gustaría tomar un caballo para ir al pueblo, —dijo.

La figura alta y delgada que había llevado al cachorro para ahogarlo apareció de repente de entre las sombras. No se tocó la frente como hacían muchos de los criados.

En lugar de eso, se limitó a mirarla fijamente.

Ella le sostuvo la mirada hasta que finalmente fue él quien la bajó. —La yegua, por favor, —le pidió Caitlin.

—Debería llevar escolta, —dijo él.

—Creo que el marqués dejó muy claras sus órdenes, —replicó ella, esperando que efectivamente hubiera instruido al hombre como había dicho en su carta.

El hombre farfulló en voz baja. —Es peligroso que una dama cabalgue sola.

—Eso no es problema suyo, además no tengo intención de ir lejos, —le respondió—. ¿Cuál es su nombre?

—Ned.

—¿Y el del niño?

—Jamie.

—¿Jamie sabe montar?

—Sí, como un adulto, —dijo el hombre, algo del ceño fruncido abandonando su rostro.

—Entonces, tal vez pueda acompañarme.

Ned pareció que iba a negarse, pero se dio cuenta de que no podía hacerlo. Aunque aparentemente sentía poca simpatía, o respeto, por una jacobita, no podía negarse a la marquesa.

—Jamie, —dijo—, ensilla la pequeña alazana para ti. Yo ensillaré la yegua para la marquesa.

El corazón de Caitlin se aligeró. No sólo tendría compañía, sino que le podría intentar sacar información, a veces los niños escuchan más de lo que los adultos piensan. También sabía que su cabalgata atraería menos comentarios con un acompañante, independientemente del hecho de que el muchacho fuera inútil como protector.

Esperó hasta que estuvieron bien fuera de los muros de Lockhart. Redujo la velocidad del caballo y esperó a que el muchacho, que cabalgaba a una respetuosa distancia detrás de ella, la alcanzara. Él vaciló, y luego, ante la sonrisa de ella, guió su caballo a su lado.

—¿Qué te gusta de Lockhart? —le preguntó ella, sabiendo que, no tardando, cambiaría de tema hacia asuntos mucho más importantes.



Liam viajó hasta bien entrada la noche, y luego se detuvo al borde de un denso bosque. No había sido una noche fácil.

Se preocupaba por Caitlin, por si había tomado la decisión correcta de darle cierta libertad. Después de todo, ¿qué problemas podría crear ella? Estaba ocupada transformando

Lockhart en algo habitable, pero sobre todo, él se negaba a ser el carcelero de alguien. Iba en su contra. Se había sentido prisionero en Lockhart demasiado tiempo como para deseárselo a nadie, especialmente a una inocente como Caitlin.

Así que con su rostro distintivamente obstinado en su mente, entró y salió del sueño, y finalmente partió al amanecer hacia el lugar donde Ogilvy estaba escondido. Sería un día largo si tenía que entregar su carga a Renard en menos de veinticuatro horas.

Aún vistiendo su uniforme inglés, salió antes del amanecer y cabalgó hacia el bosque. Aunque hacía fresco, se había quitado la chaqueta al mediodía, pues sospechaba que otros fugitivos podrían estar escondidos en los bosques y no quería que su ropa llamara la atención.

Buscaba un pabellón de caza donde tenía la intención de esconder a Ogilvy. Antaño propiedad de los Gordon, había sido abandonada hacía años, y ahora que la familia estaba casi extinguida, pocos recordaban el viejo pabellón. Ogilvy, sin embargo, lo había visitado de niño y pensó que era el mejor lugar para esconderse. Gavin le había acompañado hasta allí, y había dibujado un mapa para Liam. El pabellón sería su primera parada, luego tenía que ir a una cueva donde le esperaban más jacobitas y, finalmente, a una pequeña granja donde aguardaba el último de sus fugitivos.

El camino parecía terminar, y Liam maldijo por lo bajo. Miró el mapa garabateado y buscó una abertura en el denso bosque. Finalmente miró hacia su caballo, y el animal había encontrado una abertura que él no había sido capaz de ver. Una hora más tarde, pudo visualizar un edificio más grande de lo que había esperado, hecho de piedra oscura que se confundía con el bosque, igualmente oscuro.

Silbó una vez y luego otra, y una cabeza asomó cautelosamente por la puerta, lo que hizo que Liam suspirara de alivio. Desmontó, condujo su caballo hasta un árbol y ató las riendas a una rama que colgaba baja. Al volverse vio una pistola apuntándole al corazón.

—Ah, no querrá dispararme, —dijo, girando la carta con la jota negra hacia él—. Nunca llegaría a Francia.

La mano vaciló un momento, pero bajó el arma mientras estudiaba al marques con ojos cansados. —Ese uniforme...

—Es más fácil moverse como soldado, —dijo Liam—. Usted mismo tendrá que llevar un uniforme. —Miró a Ogilvy, que aún llevaba el tartán de su clan, que estaba sucio y ensangrentado.

Ogilvy, poco más que un niño, sacudió la cabeza con obstinación. —No llevaré ese uniforme.

—Entonces he perdido el tiempo, —dijo Liam—. No hay otra forma de llevarle a la costa. El barco zarpa esta noche y tengo otros pasajeros que recoger por el camino.

Ogilvy parecía a la vez perseguido y atormentado. Vaciló y luego asintió a regañadientes. —¿Cuándo partimos?

—En cuanto se cambie de ropa y se asee. —Liam volvió a su caballo y cogió un fardo. Se lo lanzó al joven Ogilvy—. Hay un uniforme de cabo ahí dentro, junto con una navaja para afeitarse, hágalo.

La mano de Ogilvy subió hasta la mata roja que iba desde la mejilla hasta debajo de la

barbilla.

Vaciló.

—No creo que a las damas francesas les gusten tanto las barbas como a las escocesas, —dijo Liam—. Y prefieren los cuerpos con cabeza a los que no la tienen.

Ogilvy le miró con el ceño fruncido, pero luego su mirada se dirigió al brazo de Liam. —¿Está bien su brazo?

—Una chica guapa me lo arregló, —dijo Liam con ligereza.

Ogilvy dudó un momento. —¿Quién es?

Liam se encogió de hombros. —Nadie especial, mejor ponte en marcha.

Unos minutos después, ya cabalgaban hacia la costa para recoger a los demás refugiados. Un conde y su mujer, a quienes Liam había encontrado varios días antes de su matrimonio, así como otro hombre que había luchado con la causa jacobita, se alojaban en una pequeña granja cerca de la costa. El granjero era uno de los muchos que habían llamado la atención de Liam como alguien dispuesto a ayudar a detener el derramamiento de sangre, pero el conde y su esposa, y sus maneras exigentes y sus muchas quejas, probablemente ya habrían hecho cambiar de opinión al granjero. El otro grupo, que ahora se alojaba en una cueva, incluía a dos mujeres y cuatro niños. Le habían recordado a aquel primer grupo desamparado de mujeres y niños al que ayudó y que ya estaban en Francia. Estas mujeres también eran nuevas viudas, miembros de prominentes familias jacobitas marcadas para la extinción por Cumberland.

Liam y Ogilvy se movieron con rapidez, ya que Ogilvy iba montado en un caballo que Gavin le había proporcionado. El mediodía se convirtió en la tarde, y llegaron a la cueva justo cuando el sol descendía.

Ambos hombres se quitaron sus chaquetas rojas, ya que a los niños en particular les aterrorizaban los uniformes ingleses, y Liam silbó.

Un rostro apareció de entre la maleza que ocultaba la cueva, uno pequeño. Liam le lanzó una carta y éste emergió, mirando a ambos hombres con suspicacia.

—Eres un buen chico, —dijo Liam, bajando la voz.

Los ojos del muchacho se abrieron de par en par, y luego sonrió. —Usted es el viejo.

—Sí, he estado bebiendo de la fuente de la juventud, —dijo Liam, riendo entre dientes—. Y este caballero que me acompaña es Andrew Ogilvy, al que los ingleses buscan casi tanto como a usted. —Llegó hasta el muchacho y le puso la mano en el hombro. Tenía trece años, era hijo de un Cameron que había sido uno de los primeros partidarios del príncipe Charlie, y eso le convertía en un objetivo particular de Cumberland. Cumberland había jurado cazar y matar a todos los Cameron mayores de doce años. Con él estaba su madre, ahora viuda, y su hermana, que se había casado con un Stewart que había sido ahorcado después de Culloden. Como el muchacho tenía un precio por su cabeza, Liam había considerado prudente separarlo de los demás refugiados. Si un grupo era descubierto, al menos el otro tendría una oportunidad.

—¿Y dónde está el resto de la gente?

—En el fondo de la cueva. Decidí que yo era el más rápido de ellos, y que si llegaba algún soldado podría guiarlos lejos de aquí. Ya he impostado mi rastro, —dijo con orgullo, su

cuerpo pareció ganar cinco centímetros de altura.

—Ah, es un muchacho valiente al arriesgar su vida por los demás, —dijo Liam.

—¿Es el Rey negro? —preguntó el muchacho.

—No, sólo soy uno de sus ayudantes, pero debemos darnos prisa. Un barco francés se reunirá con nosotros y en unas horas estará a salvo de camino a Francia.

El muchacho desapareció en la cueva. Unos instantes después salieron dos mujeres y una pandilla de niños. Donde antes había seis almas, ahora había al menos doce, algunos de tan sólo cuatro o cinco años. Todos estaban harapientos.

A Liam se le desplomó el corazón. ¿Cómo podría llevar a tantos, y algunos tan jóvenes, a la costa sin avisar?

Miró a las dos mujeres, la viuda del conde y su hija.

—Seguían viniendo, —explicó—. Era como si supieran que encontrarían seguridad por aquí. —Miró a Liam con ansiedad—. No podemos dejarlos, varios son MacSeans.

Liam sabía lo que decía. Cumberland era también un enemigo particular de los MacSeans. Una vez en Francia, pensó, los niños serían atendidos por sociedades de refugiados, o por jacobitas llegados antes.

Se volvió hacia Ogilvy, que seguía sentado en su caballo. —Si le doy indicaciones, ¿puede reunir a los demás en una granja por el camino?

—Sí, —dijo Ogilvy, con la mirada aún fija en los niños—. Podría llevarme al menos a uno de los muchachos conmigo.

Liam negó con la cabeza. —No. Tiene que moverse rápido, y no quiero que se detenga.

—¿Y usted? Por Dios, hombre, no puede hacerlo solo.

—Me las arreglaré, —dijo Liam, añadiendo una oración en voz baja. Sacó una carta de un bolsillo del uniforme—. Dele esto al granjero, ahora le toca ser el Rey negro.

Ogilvy miró la carta un momento y luego la cogió. —Le haré honor.

—Lo hará bien, —dijo Liam con una sonrisa—. Ahora póngase en marcha. Si no llegamos a la cita, suba a los demás a bordo, el pasaje ya está pagado.

Ogilvy asintió, dio la vuelta al caballo y salió por donde habían venido.

Liam desmontó y miró a los niños. Tres de ellos tenían probablemente menos de seis años. Juzgó que tres tenían entre seis y ocho, dos entre ocho y diez, y dos, una niña y el niño que había asomado impúdicamente la cabeza, más de doce.

Algunos llevaban ropas finas que ahora estaban rotas y sucias; resultado, supuso, de correr por sus vidas, o de ser arrastrados por hermanos mayores. Sus rostros, sin embargo, estaban limpios, probablemente gracias a las dos mujeres.

Se dirigió a la mujer mayor: —Subiremos a los tres más jóvenes al caballo hasta que salgamos del bosque. —Extendió la mano y alborotó el pelo del mayor—. Quizás pueda ser nuestro explorador. Corra delante y asegúrese de que no nos topamos con ninguna patrulla.

La cara del chico enrojeció de placer. —Sí, —dijo, y sin más instrucciones empezó a avanzar por el sendero. Liam subió a un niño a la silla de montar. En unos minutos tres niños

estaban sentados a lomos del caballo, dos en la silla y uno detrás.

—¿Han comido algo? —preguntó Liam. Les había proporcionado provisiones, pero sólo lo suficiente para seis.

—Timothy atrapó varios conejos en sus trampas, —dijo la mujer mayor.

Liam sacó una hogaza de pan de sus alforjas. Había sospechado que algunos de ellos tendrían hambre y lo había comprado en la última posada. La partió, dando un trozo grande a cada uno de los viajeros y reservando uno para el muchacho que iba por delante.

—Pueden comer mientras viajamos, —dijo—. No tenemos mucho tiempo.

Cogió las riendas del caballo y empezó a caminar a paso rápido. Tendrían mucha suerte si llegaban a la costa antes de medianoche.

12

Caitlin había sonsacado toda la información posible del joven Jamie. Según él, el Rey negro medía tres metros. Era en parte demonio y en parte héroe.

Obviamente, el muchacho sabía que debía despreciar a aquel hombre y, sin embargo, las aventuras del Rey negro le habían inspirado asombro a la vez que miedo. No, no conocía a nadie que hubiera visto realmente al tipo, pero Jamie sabía que estaba detrás de cada sombra nocturna, acechando en los bosques para apresar a muchachos honrados como él. Y, añadió, en un susurro confidencial, el Rey había asesinado realmente a gente que deambulaba por la noche. Su padre se lo había contado mientras le advertía que no anduviera solo por ahí.

Caitlin sospechaba que el hombre mayor había inventado esa historia para mantener a Jamie a su lado, y trabajando.

Se habían adentrado en el pueblo, y estudió cada edificio, había una iglesia, una herrería, una carnicería, una cervecería y un telar, nada más.

Miró con envidia la cervecería, no porque le importaran la bebida, sino porque sabía que allí se hablaría. Vio varios caballos atados y decidió que debían de ser soldados ingleses, ya que pocos campesinos podían permitirse tales lujos. A menudo había deseado ser un hombre. No había suerte más triste que la de una mujer que poco podía hacer mientras su marido, su hermano y su hijo iban a la guerra. Las mujeres sólo podían heredar en contadas ocasiones, y eran objeto de trueque como el ganado.

Aquel pensamiento le recordó su propio matrimonio, y su ánimo se desplomó.

Pasó la tarde comprando lana para la ropa nueva. Ya había localizado a una sirvienta que podía coser las prendas, la misma que había confeccionado los vestidos que ahora tenía.

El herrero estaba fuera del telar. Le dedicó una amplia sonrisa y colocó sus compras delante de la silla de montar. —He oído que está haciendo conversos.

—No a Malcom, —dijo ella con ironía—. Ni a la mayoría de sus tacksmen.

—Están preocupados por su futuro. Arriendan la tierra al marqués y luego la parcelan a los arrendatarios. Temen que pueda desalojarlos y entregar las colinas a las ovejas.

—¿Cree que lo haría?

—No, —dijo el herrero.

—¿Por qué?

—Porque, a su manera, sí se preocupa por Lockhart.

Ella le miró dubitativa, pero no dijo nada, lo que sí aceptó su ayuda para montar. Jamie parecía decepcionado, pero era demasiado pequeño para ofrecerle él mismo la ayuda para

montar. —Gracias, —le dijo a Gavin, deseando poder sonsacarle más información, pero ya había aprendido que era inútil.

En lugar de eso, impulsó a su caballo al galope hasta que llegaron a una división en el camino. Se detuvo y se volvió hacia su joven acompañante. —Necesito algunas hierbas, —dijo —. Tengo entendido que Leana Ferguson vive cerca. —Había oído susurrar el nombre en los pasillos.

Su pequeño rostro se puso carmesí, y ella supo que incluso este joven mozo de cuadra sabía que Leana era la amante de su marido.

—Creo que deberíamos volver, milady, —dijo.

—no, vamos a ver a Leana Ferguson, —dijo ella.

Él puso cara de asombro, pero ella no cedió.

—El marqués no se enfadará, —dijo, evidentemente creyéndoselo, pero lo único que había llegado a creer era que su marido, el marqués de Lockhart, podía ser capaz de muchas cosas, pero no de pegar a un niño que cumplía sus órdenes. ¿No le había dado él la libertad? Aunque, pensó, probablemente no lo habría hecho si él supiera adónde se dirigiría. Sin embargo, se sintió impulsada a conocer a esta mujer y hablar con ella. Caitlin sólo la había visto fugazmente cuando Gavin, al parecer por indicación de su marido, había exigido que le atendiera Leana Ferguson, en lugar de su esposa. El rostro de la mujer había sido bastante agradable, pero Caitlin había notado que hacía poco por realzar su apariencia. Eso le había parecido extraño en aquel momento, que su marido estuviera tan apegado a una mujer sin belleza apreciable. Se sentía justa al juzgarla así, ya que ella misma no era ninguna belleza.

Quería conocer a la mujer.

Caitlin le dedicó a Jamie una sonrisa alentadora. —No se lo diré a nadie.

—Pero ella lo hará, es una bruja.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Mi padre lo dice. Dice que ha embrujado al marqués.

—Las brujas no existen.

—Pero mi pa...

—Tu padre se equivoca, —dijo ella con severidad—. ¿Ahora me guiarás por el camino o debo intentar encontrarla por mi cuenta?

Ella se sintió culpable ante la carita de pena del chiquillo. —Sólo dime cómo llegar, —dijo ella suavemente—. Puedes volver ya a casa.

Él se sentó más recto en su silla de montar. —No le dejaré. Es mi responsabilidad. —Sus labios temblaron un momento, luego dijo con valentía—: Iré con usted.

Debería haber sentido triunfo pero, a decir verdad, se sintió un poco intimidada por ir a ver a la amante de su marido. A Jamie se lo compensaría con el nuevo conjunto de ropa. Aún no le había dicho que la tela era en parte para él.

Se apartó del camino y atravesó un grupo de árboles en dirección a un arroyo, luego lo siguió río arriba una corta distancia antes de abandonarlo y terminar frente a una sencilla cabaña.

Era sencilla, pero las rosas trepaban por su costado y el terreno adyacente estaba prolijamente plantado.

La puerta se abrió y salió una mujer joven, con el cuerpo rígido al identificar a los jinetes. No apartó la mirada, ni sus ojos indicaron otra cosa que curiosidad cuando Caitlin se apeó del caballo.

La mujer hizo una reverencia. —¿Milady?

—Necesito algunas hierbas para la cocina, —dijo Caitlin.

La mujer sonrió y Caitlin se dio cuenta de que era bastante guapa. Fue la sonrisa lo que la cambió por completo, una tímida sonrisa.

—Y quería darle las gracias por cuidar de mi... marqués, —añadió, con la mirada buscando algo en el rostro de la mujer. Caitlin seguía sin saber qué la había conducido hasta aquí, ni por qué se había obsesionado con aquella mujer. Se dijo a sí misma que sólo era para saber más sobre su marido. El conocimiento era un arma. ¿Pero... utilizaba a Leana Ferguson? ¿La amaba?

—Entre, —dijo la joven—. Es muy... sencillo, pero tengo té. Puede pedirme lo que necesite.

Leana Ferguson hablaba muy bien, mucho mejor que muchos de los otros vasallos de MacTavish. Y tenía una gracia tranquila y sosegada. Aun así, no parecía en absoluto el tipo de mujer que atraería, y retendría, a un hombre de la reputación del marqués. Caitlin no sabía lo que había esperado, pero desde luego nadie como esta mujer.

—No tardaré, —dijo Caitlin, y luego siguió a la mujer al interior.

Jamie se quedó con los caballos, con el rostro torcido por la preocupación.

Leana Ferguson parecía tan incómoda como Caitlin se sentía, y seguro que se preguntaba por qué habría venido hasta aquí. —Marquesa, ¿quiere sentarse?

—Gracias, —dijo Caitlin como si la estuvieran invitando a sentarse en el salón de su mejor amiga y no en la pequeña casita de la amante de su marido. Seleccionó una silla de la mesa y se sentó.

Miró a su alrededor. Los laterales de la casita estaban forrados de estanterías, cada una llena de pequeños frascos de polvos, hojas o pétalos. El olor de las hierbas se mezclaba con el de la chimenea, produciendo un aroma extrañamente atractivo. Aunque el interior estaba bastante oscuro, Caitlin vio que estaba limpio y bien mantenido.

Observó cómo la mujer se agachaba y colgaba una tetera en un gancho de hierro encima del fuego.

Luego vino a colocarse junto a Caitlin. —¿Qué necesita? —preguntó con voz suave, casi musical.

—Hinojo, —dijo Caitlin, moviendo la mirada por los estantes. Reconoció algunas de las hierbas, pero no todas—, geranio perfumado, ajedrea y mejorana. Y algunos pétalos de rosa, —añadió.

Leana Ferguson asintió y sacó eficientemente varios frasquitos de su alijo y los colocó cuidadosamente sobre la mesa.

—Por favor, siéntese conmigo, —dijo Caitlin, sabiendo que su título impedía a la mujer sentarse en su propia casa sin permiso.

Leana asintió y la miró fijamente, pero sin la curiosidad que Caitlin sabía que ella misma debía estar mostrando.

—¿Vive aquí sola?

—Sí, excepto por Catherine.

—¿Catherine? —Caitlin miró a su alrededor, esperando que alguna carita apareciera de entre las sombras.

—Mi gata, —explicó Leana—. A ella no le gustan los extraños. Se ha ido a su escondite.

—Ojalá yo pudiera hacer eso, —dijo Caitlin con nostalgia.

—¿Echa de menos su hogar?

—Sí, y a mi familia.

Leana no hizo preguntas, pero sus ojos grises parecían alentar confidencias. Qué extraño era estar sentada en una habitación con la amante de su marido. Por supuesto, a ella no le importaba nada de él, menos que nada. Estaba agradecida de que aquella mujer se ocupara de sus necesidades para no tener que hacerlo ella.

¿Por qué, entonces, sintió una oleada de celos? ¿Había esperado encontrarle aquí?

Y, sin embargo, no había ni rastro de él. Ni caballo, ni ropa.

Al parecer, Leana Ferguson la vio mirar a su alrededor. —No está aquí, —dijo en voz baja.

Caitlin se sonrojó, luego se levantó. —Lo siento. No debería haber venido, pero…

—Se siente sola.

Algo en la voz de Leana Ferguson la detuvo, ¿comprensión, empatía? De nuevo, Caitlin se preguntó por el atractivo de la mujer para su marido, un atractivo lo bastante fuerte como para que él hubiera rehuido el lecho de su esposa incluso bajo las órdenes de Cumberland. Era una lealtad que rara vez había visto entre un hombre y una mujer, incluso estando casados como estaban. Y totalmente inesperada en un hombre al que todos consideraban un libertino, tonto y dandi.

Caitlin hizo un movimiento hacia la puerta. —Debo irme. Siento importunar.

—No lo sienta. Agradezco la compañía, recibo pocas visitas.

Excepto el marqués. —¿Cuánto cuestan las hierbas?

La mujer se encogió de hombros con gracia. —Dos peniques.

—Haré que me las envíen.

—Perfecto.

Caitlin descubrió que le gustaba la mujer, que le gustaba la forma fácil y cómoda que tenía, a pesar de las circunstancias incómodas. —Debo irme.

—No ha tomado su té.

Caitlin vaciló, luego sonrió. —Jamie creerá que me ha cocinado.

Leana pareció de repente melancólica. —Sí, soy una bruja.

Hubo un destello de movimiento detrás de ella, luego algo peludo rozó el tobillo de Caitlin.

—Catherine, —dijo Leana, con un tono de conmoción evidente en su voz—. Ella nunca hace eso.

—Quizá me huele a Jack.

Los ojos de la mujer parecieron entrecerrarse. —¿Jack?

—Jack el negro, un cachorro. El mozo de cuadra iba a ahogarlo.

—Entonces él y Catherine tienen algo en común, —dijo Leana, pero su cuerpo estaba rígido por la alarma al oír el nombre—. ¿Por qué le puso Jack el negro?

Caitlin no podía decírselo. Leana Ferguson era la amante de su marido, por muy amable que pareciera. El marqués no debía enterarse de que ella buscaba al Rey negro, no debía saber que ella tenía algún interés en él.

—Porque es pequeño y negro, —dijo finalmente.

Leana se acercó a la tetera y vertió una porción en una taza blanca lisa, y el resto en una segunda taza. Miró expectante a Caitlin, que bebió varios sorbos y luego se puso en pie.

—Por favor, quédese un rato.

Caitlin se sintió atraída por la agradable calidez en la voz de la mujer. Se sentía más cómoda en esta humilde habitación de lo que nunca se había sentido en Lockhart. De repente sintió mucha envidia de una mujer que aparentemente era libre de amar a quien quisiera, y que tenía una libertad que Caitlin nunca podría tener.

—Hoy no puedo, —dijo—, pero se lo agradezco. —Vaciló—. Vi un camino que subía. ¿Vive alguien más arriba en el bosque?

La calidez en los ojos de la mujer se desvaneció. —No, —dijo ella—. Sólo subo andando por ahí hacia el bosque.

La habitación pareció enfriarse y Caitlin se envolvió en su capa con más fuerza. —Le agradezco el té.

La mujer se limitó a asentir.

Caitlin se escapó, preguntándose por qué su comentario sobre el camino de arriba pareció disgustar a Leana Ferguson cuando no lo hizo la inesperada visita de la esposa de su amante.

Liam intentó convertir el paseo en un juego mientras empezaba a llover. La lluvia era incómoda y hacía frio, pero esperaba que mantuviera a los soldados de Cumberland en sus asentamientos al lado del fuego. Habían pasado por campos en ruinas, por crofts quemados, manteniéndose

siempre alejados de los caminos. Timothy corría delante, retrocedía de vez en cuando y dejaba marcas para señalar el camino seguro, y dos de los niños mayores corrían delante intentando encontrarlas.

Timothy era sin duda un buen explorador. Llegaron a la costa no mucho después del anochecer, sin embargo, aún les quedaban dos kilómetros por recorrer antes de llegar al punto elegido por el capitán francés. Liam sólo podía esperar que Ogilvy también fuera capaz de evitar cualquier patrulla inglesa con la que se pudiera cruzar.

Los niños se turnaron para montar a caballo mientras avanzaban hacia el mar, llegando finalmente allí después de varias horas. Liam llevaba en brazos a una niña pequeña, al igual que una de las mujeres. Caminaron por las grandes dunas hasta la playa y luego continuaron hacia el lugar de encuentro.

Rezó para que Ogilvy también hubiera llegado al lugar con los demás refugiados.

Ya no les quedaba mucho tiempo.

La lluvia había cesado y un trozo de luna emergía ocasionalmente de detrás de las nubes. Proporcionaba la luz justa para que pudieran ver y mantener a los niños juntos.

Oyó el silbido de un pájaro, era Ogilvy. Habían practicado varias llamadas mientras cabalgaban desde la cabaña hasta la cueva. El joven noble apareció de repente como salido de la nada e iba a pie.

—Hay una patrulla inglesa, —dijo, con su voz amortiguada por el sonido del océano—, justo detrás de mí.

Liam se volvió hacia las mujeres. —Lleven a los niños a las dunas, —dijo. Ogilvy cogió a varios de los niños y Liam subió su caballo por encima de las dunas. Los niños se acurrucaron mientras Liam ponía las manos sobre la boca del caballo para tranquilizarlo. Minutos después, oyó el ruido de cascos repiqueteando sobre la arena, el sonido de espuelas tintineantes. Venían de la dirección en la que se dirigían Liam y su pequeño grupo.

Contuvieron la respiración mientras la tropa continuaba por la playa, dando gracias a Dios una vez más por una noche oscura. Sólo esperaba que el capitán francés fuera tan hábil navegante como afirmaba Helen.

Después de que se desvaneciera el último sonido de los caballos, intentó que su pequeño grupo se pusiera de nuevo en marcha. Su terror era más que palpable. Alborotó el pelo mojado de uno de los muchachos.

—Eres muy valiente, —dijo con aprobación tuteándolo para mostrar más cercanía, y luego se volvió hacia una niña que gemía en voz muy baja—. Pronto tendréis mantas y comida caliente, —prometió—. No tardaremos mucho.

Ogilvy estaba tranquilizando a otra niña. Miró hacia Liam. —Los demás están escondidos en las dunas cerca del punto de encuentro, —dijo—. Bajé para reunirme con ustedes, y oí a la patrulla.

Ogilvy, pensó Liam, había merecido la pena ser salvado después de todo. —Mi agradecimiento, —le dijo.

—No, el mío, —dijo Ogilvy en voz baja.

Ogilvy lideró el camino esta vez, Liam ocupando la retaguardia. Pasó una hora y llegaron a un gran acantilado que sobresalía en el Mar del Norte. Debían esperar en el lado sur.

Ogilvy desapareció, y luego reapareció con los otros que había reunido. Nadie dijo nada, aunque los hombres cogieron a los niños en brazos, compartiendo con ellos los plaids para darles calor. Pasó una hora, y luego otra. Nadie dijo nada, aunque una mujer cantó una suave nana a los niños.

Entonces oyeron el sonido de remos, un silbido bajo. Liam cargó con dos de los niños más pequeños y los demás corrieron hacia el mar. Una larga barca bailaba sobre la marea creciente, y dos grandes marineros saltaron de ella y la subieron casi hasta la playa. Uno sujetaba la cuerda mientras el otro empezaba a ayudar a los pasajeros a entrar.

—Demasiados, —dijo uno de los hombres—. Nos dijeron catorce.

—Dígale a su capitán que lo arreglaré con él más tarde, —dijo Liam.

El marinero vaciló.

—Ocho de los niños hacen como cuatro adultos.

El marinero aún vacilaba.

—¿Desea arrojarlos al mar? Más les valdría, a cambio del futuro que tendrán si los deja en esta playa.

El hombre se encogió de hombros de forma apenas visible, esperó a que se sentaran los últimos pasajeros y subió a la barca, tirando de la cuerda tras él. Los remeros tiraron de sus remos y la barca desapareció bajo la lluvia, dejando a Liam solo.

Sintiéndose como si se hubiera quitado un tremendo peso de encima, se dirigió hacia donde le esperaba su cansado caballo. Cabalgaría a lo largo de la costa hasta encontrar un pueblo, y luego descansarían tanto el caballo como él mismo. Mañana volvería a casa.

A casa. Por primera vez, la palabra parecía tener sentido. Sintió un ansia que nunca antes había conocido. No quería pensar que fuera causado por la mujer que tan a su pesar vivía allí.

Más de una semana, el marqués había estado fuera más de una semana. Casi nueve días, de hecho. Su ausencia era más larga que cualquier otra desde su matrimonio, dos meses antes. Caitlin frunció el ceño al pensar en ello mientras observaba a dos criadas recién contratadas pulir la plata que estaba negra de deslustre. Con su ayuda, habían sacudido el polvo de los tapices y desempolvado los enormes cuadros de generaciones de la familia MacTavish, con sus ojos oscuros y brillantes que parecían seguirla allá donde iba.

Era extraño que todos tuvieran ojos oscuros. El marqués tenía ojos avellana, ojos que cambiaban de tonalidad. Unos ojos bastante notables, la verdad, unos ojos sorprendentes. Pero debería tener los ojos apagados y sin vida de un derrochador, de un hombre que bebe demasiado. En lugar de eso... a veces brillaban con inteligencia y... secretos.

Tonterías.

Ya llevaba dos meses como esposa y había pasado dos días con el hombre al que llamaba marido.

—Mejor, —se dijo a sí misma.

Había aprovechado bien la última semana. Jamie tenía ahora un nuevo par de pantalones y una nueva camisa, así como un par de zapatos. Su padre había fruncido el ceño al principio, pero ella le había dicho que se estaban haciendo camisas nuevas para todos los que trabajaban en la casa de la torre y en los establos, y su ceño se había desvanecido. Una camisa nueva era un premio de gran valor.

Se había llevado la ropa vieja de Jamie, diciendo que la remendarían. Ella las daría a la iglesia para los pobres. Y lo haría, pero más tarde. Mucho, mucho más tarde.

Las lavó tarde una noche, después de que Effie se hubiera ido a la cama, y las había extendido delante del fuego para que se secaran. Luego las había doblado y guardado en un cajón. Representaban una vía de escape, aunque ella aún no había determinado exactamente cómo ni cuándo.

Jamie y su padre dormían en la parte trasera del establo, listos para recoger los caballos de cualquier huésped que llegara tarde o temprano. Inmediatamente echarían de menos a uno de los ejemplares. Tenía que encontrar otro caballo, comprar uno y guardarlo en otro lugar, ¿pero cómo? Sus pequeñas ganancias de su juego con el marqués no alcanzarían para comprar una montura y aperos útiles. Aun así, no tenía intención de rendirse.

Debatió consigo misma algo en lo que había pensado durante varios días. La casa de la torre era cada vez más respetable, pero ¿y la habitación del marqués? ¿Qué podría averiguar de él allí?

Invadir su intimidad, o la de cualquier otra persona, le resultaba aborrecible. Aun así, la habitación necesitaba una limpieza. Se había dado cuenta la otra noche, cuando fue a jugar a las cartas. Estaba ordenada, mucho más de lo que ella hubiera esperado, pero los suelos estaban polvorientos y las ventanas tan sucias como las del gran salón. No era de extrañar que aparentemente no se diera cuenta, rara vez estaba allí.

También se preguntó por la elección de su habitación. Era pequeña, ni de lejos tan grande como la enorme habitación que había al fondo del pasillo, la cual, evidentemente, había pertenecido al antiguo marqués y estaba sin utilizar en ese momento. Cumberland se había alojado allí cuando se casaron, pero su marido nunca se había movido de la que aparentemente era su antigua habitación. Tampoco tenía un sirviente personal que se ocupara de él.

Otra paradoja. Para un hombre que decía amar el lujo y la ropa elaborada, su propia habitación tenía pocos adornos de privilegio. ¿Era sólo pereza?

Nada de eso tenía sentido para ella.

Tal vez, a cambio de que él le diera cierta libertad y el poder de dirigir la casa, ella limpiaría la habitación, tal vez incluso cogería una alfombra de otra habitación y la utilizaría para sustituir la tela gastada y raída que ahora cubría el suelo.

Al transformar la habitación, tal vez aprendiera algo más sobre su escurridizo marido.

Con renovado interés, subió las escaleras de piedra, con el perro pisándole los talones. El pequeño Jack la seguía ahora a todas partes. Ya podía subir las escaleras, aunque le costaba un

poco de esfuerzo. Ella miró hacia abajo mientras él lanzaba un aullido indignado cuando ella iba demasiado rápido para él. Aminoró la marcha, esperó a que él subiera los escalones de piedra y se dirigió a la cámara del marqués. Abrió la puerta. Sobre una mesa había una botella de licor y un vaso vacío.

Ella recordaba aquella mesa. Recordó la crepitante atracción que había titilado entre ellos. Ahora la sentía, y una calidez invadió sus partes inferiores al pensar en su tacto.

¿Cómo podía?

Era su marido.

Y era un traidor y un derrochador.

Se apoyó en la pared de la habitación, consciente de que su respiración se aceleraba. Sus ojos se dirigieron al armario situado en la esquina. Dudó un momento y luego, como si el impulso se hubiera apoderado de su cuerpo, lo abrió.

Un llamativo desfile de colores se encontró con sus ojos. Chalecos de los mejores materiales, camisas de seda, trews de vivos colores hechos de la lana más fina. Un atril sostenía varias pelucas, cada una de ellas más elaborada que la anterior. Ella se encontró buscando algo más. En su mente seguía viéndole aquella noche que habían jugado a las cartas. Llevaba una camisa blanca abierta por el cuello y unos pantalones de piel de ciervo que le quedaban muy bien. Tenía unas piernas finas, incluso con esos espantosos trews.

Su rostro se encendió al pensarlo, al sentir el calor acumularse en su vientre.

Tocó una de las camisas y sintió algo duro bajo ella. La levantó y encontró varias barajas de cartas. Las herramientas de un jugador.

—¿Marquesa?

Se dio la vuelta y vio al objeto de sus cavilaciones de pie en la puerta, con una mirada inquisitiva en el rostro.

Iba vestido con un chaleco verde brillante, trews morados y amarillos y una peluca ligeramente ladeada. Sus ojos se entrecerraron mientras su mirada la recorría de arriba abajo, para luego posarse en su rostro.

—No sabía que había vuelto.

—Obviamente, —dijo con pereza.

—Pensé en limpiar aquí dentro.

—¿Entre mis ropas?

—Para ver si alguna necesitaba limpieza o reparación. ¿No es ese el deber de una esposa?

—Creo que preferiría que tuvieras otros deberes si crees sinceramente en cumplir la función de una esposa. —Su voz era sedosa, sus labios vueltos hacia arriba en una sugerente sonrisa. Ella vio una repentina crueldad en esa sonrisa. Una calculada crueldad.

—No dijo que no podía entrar en su habitación, —dijo ella, cerrando la puerta del armario.

—No, —aceptó agradablemente—. No lo hice.

Parecía estar mirándola como una araña podría ojear a su presa atrapada en la tela. —

Estuvo fuera mucho tiempo. Realmente pensé que su habitación necesitaría una limpieza a fondo. —Se dio cuenta de que se estaba repitiendo, incluso balbuceando.

La comisura de su boca se torció. —Mucho tiempo, —repitió—. ¿Me has echado de menos, entonces?

—No. —Le hizo falta todo su valor para no salir corriendo hacia la puerta. No le gustaba la extraña especulación de su rostro.

—¿Simplemente tuviste un repentino deseo de limpiar mi habitación?

—Me preguntaba por qué no se mudaba a la habitación del marqués.

—Esta es la habitación del marqués, —dijo secamente.

—Quiero decir... —Ella se mordió el labio.

—Ah, la habitación del viejo marqués.

—Sí, —dijo ella.

—Entonces no has oído los rumores.

Ella le miró con curiosidad.

—Mi padre no se preocupaba mucho por mí. De hecho, no creía que yo fuera su hijo. Me odiaba y, francamente, sentía lo mismo. No tengo ningún deseo de vivir en su habitación. —Su voz era repentinamente dura, fría.

Effie le había dicho que su padre y él no se habían tenido afecto. No había soñado, sin embargo, que la enemistad hubiera sido tan profunda. Recordó a su propia madre y a su propio padre, el amor que habían derramado sobre ella. Sintió una simpatía instantánea por el marqués, por el hombre que era su marido.

—¿Y su madre?

Emitió una risa corta, más parecida a un ladrido. —Ella hizo de su vida un infierno tanto como él hizo de la suya.

—¿Y usted?

Se encogió de hombros. —No importa, ella murió hace años. Fue una desgracia que mi padre no tuviera tiempo de repudiarme después de que mi... hermano muriera en Culloden. Estoy seguro de que se revuelve en su tumba de que ahora yo sea el dueño de Brae-moor. —Sonrió, pero no había humor en el irónico gesto de su boca—. Y de que una jacobita sea la marquesa.

Ella sintió un repentino escalofrío. Había pensado que él era un esposo tan reacio como ella una esposa. Ahora se preguntaba si no sería ésta su última venganza contra su padre, y esa idea no le atraía.

—Debe haber tenido un largo viaje si ha venido de Edimburgo, —le dijo—. Haré que le envíen agua y algo de comida.

—Creo que preferiría comer en el gran salón con mi esposa a mi lado.

Ella le miró a la cara. —¿Por qué?

—No quiero que corra ningún rumor de que no… nos convenga.

—Yo creo que sus ausencias lo dejan claro.

—Negocios, muchacha. Llevé un barril de fino brandy francés a Cumberland, entre otras cosas. Me preguntó cómo estabas.

Ella se puso rígida. —¿Dijo algo sobre mi hermano?

—No.

Ella se mordió el labio un momento. Parecía estar de buen humor, por alguna razón. No sabía, sin embargo, si eso le auguraba algo bueno o malo, pero intentaría aprovecharlo.

—Me gustaría enviarle una carta a mi hermano, pero no sé si Lord Creighton se la dará.

—Escríbela y yo intentaré hacérsela llegar, —dijo él inesperadamente. Ella buscó en su rostro, pero la máscara estaba en su sitio, no reveló nada.

—¿Por qué haría eso?

—Eres mi esposa, —dijo él con ligereza—. Y estoy impresionado. Lockhart ha mejorado considerablemente desde que eres la marquesa. Y ahora, si no te importa, me gustaría bañarme. ¿Pedirás agua caliente? Puedes quedarte y frotarme si lo deseas.

Su rostro enrojeció de nuevo y le mortificó que él viera su confusión. Ella nunca sabía exactamente lo que él pretendía con sus palabras.

—O no, —dijo él piadosamente—. Iré a tu habitación cuando estés lista para cenar.

Ella se marchó rápidamente, sin querer correr el riesgo de que él cambiara de opinión y deseara que ella le atendiera durante su baño.

Sin embargo, incluso mientras se apresuraba hacia su habitación, hacia un lugar seguro, intentaba comprender por qué le hormigueaban los nervios al pensar en él desnudo.

O por qué siempre se sentía tan confusa después de cada uno de sus encuentros.

O por qué sentía que él quería algo no dicho de ella. Y, que Dios la ayudara, por qué sentía que necesitaba algo de él.

Sólo que ella no sabía qué era.

13

Liam sabía que tendría que tener más cuidado. Casi le había quitado un mechón de pelo de la frente, casi la había besado.

Maldita sea, pero la muchacha hizo que sus sentidos se agitaran.

Se sirvió una copa de brandy, agradeciendo el calor mientras se deslizaba por su garganta. Por Dios que estaba cansado. Aún sentía el frío de cabalgar días enteros bajo la fría lluvia. Había parado en casa de Leana, y allí se había cambiado el uniforme por un chaleco brillante, se había quitado el bigote de la cara y se había cambiado las botas salpicadas de barro por unos zapatos casi inservibles que eran poco más que zapatitos.

Leana le había hablado de la visita de Caitlin, de su petición de hierbas que parecía poco más que una excusa. Su verdadera intención, había supuesto Leana, había sido aprender más sobre el marqués.

—Es astuta, —dijo Leana—. Creo que se puede confiar en ella.

—¿Qué habrías hecho para salvar a tu madre? —preguntó Liam—, ¿Qué habrías hecho para salvar a tu hijo?

Sus ojos se encontraron con los de él, y no respondió.

—Su hermano es su último pariente vivo. Ella no tiene motivos para tenerme lealtad.

—No creo que ella traicionara al Rey negro, —dijo ella.

—Puede que no lo haga a propósito, —replicó Liam—, pero no atraeré a más gente a este círculo. Es peligroso no sólo para mí sino también para ti y Gavin.

—Se siente sola, milord. Y desesperada, pude verlo en sus ojos. Bien podría hacer algo... imprudente por su cuenta.

—Intentaré darle esperanzas, entonces, sin ser específico. —Y con eso daba por terminada la discusión. Aun así a Liam no le gustaba la idea de que su nueva esposa estuviera indagando en asuntos que él prefería que fueran sólo suyos.

Como, al parecer, había estado rebuscando entre sus pertenencias.

Liam miró alrededor de la habitación. Sí que necesitaba cuidados, pero la usaba tan pocas veces que se había preocupado poco de su mantenimiento.

Había rechazado la oferta de Malcom de un criado. No quería a nadie husmeando entre sus pertenencias, a nadie al tanto de sus idas y venidas.

Ese pensamiento le hizo revisar el armario donde la muchacha había estado mirando. Miró debajo de las camisas. Las barajas seguían allí. Era poco probable que ella las hubiera

revisado y encontrara que a la mayoría les faltaba la jota de picas. Esta noche se desharía en el fuego de la chimenea de las cartas que quedaban. Debería haberlo hecho antes.

Se quitó la pesada y empapada peluca, luego se quitó el chaleco y se aflojó la camisa por el cuello. Liam comprobó entonces la chimenea. Había traído una vela del piso de abajo para encender el fuego, pero no había leña. Maldijo no tener un mayordomo. Estaba demasiado condenadamente cansado para hacer algo más que despatarrarse en la silla y pensar de nuevo en su pequeño grupo de refugiados a bordo del barco francés.

Habían pasado ya tres meses desde la batalla de Culloden Moor. Algunas de las familias que habían luchado con Cumberland estaban cada vez más molestas por sus excesos. Le llamaban el carnicero y, obviamente, alguien, más de uno o dos, estaba ayudando al príncipe Charles que, a pesar de la recompensa de treinta mil libras, seguía en libertad.

También se quejaban ahora de los hombres y las mujeres asesinados, transportados o empujados a las cárceles, desafiando de plano el Acta de Unión que garantizaba la integridad de los tribunales de justicia escoceses. Aun así, la devastación de las Highland fue tolerada, incluso aplaudida, por una serie de escoceses presbiterianos que odiaban a los habitantes de las mismas, más por su obstinada adhesión a la fe católica romana que por su lealtad a los Stewart. La caldera seguiría hirviendo durante años, especialmente con los nuevos edictos de Cumberland que prohibían llevar tartanes y kilts, tocar la gaita y poseer armas, hasta incluso se prohibió hablar gaélico.

Por mucho que a veces deseara una existencia más pacífica, sabía que aún quedaban clanes jacobitas marcados por Cumberland, y cualquiera de sus miembros que siguiera en Escocia seguiría corriendo peligro. Y por mucho que despreciara cualquier insinuación de que sus pequeños esfuerzos eran algo más que un juego para él, sabía que si el Rey negro era llamado, él respondería. Su culpa por Culloden era demasiado abrumadora como para hacer otra cosa.

—Maldita sea, —murmuró para sí justo cuando llamaron a la puerta y entraron varios sirvientes con una tina y cubos de agua caliente.

Pidió que le prepararan la chimenea, y pronto unas pequeñas llamas se comían un gran tronco de roble. Una muchacha, que traía varios cubos más de agua, le dirigió una mirada interesada y se quedó cuando los demás se fueron.

—¿Os gustaría que os atendiera?

Por extraño que parezca, la idea de que la muchacha MacFarlane le atendiera le atraía mucho, pero la oferta de esta muchacha no, aunque era lo bastante bonita. Siempre le habían gustado las caras bonitas y los cuerpos atractivos. ¿Qué demonios le estaba pasando? ¿Por qué sentía la necesidad de ser fiel a una mujer que sólo era su esposa de nombre y, esperaba, no por mucho tiempo?

Se retorció incómodo al pensar en ello, despidió a la chica y se hundió agradecido en la estrecha bañera.

Pensó en Caitlin, a sólo unas puertas de distancia, pensó en lo atractiva que había estado, de pie en su habitación, y pensó en la forma en que su corazón había latido más rápido cuando, por un segundo, sintió como si ella estuviera allí para darle la bienvenida, que ella realmente había querido remendar sus camisas, y hacer de esta húmeda y fría casa torre un hogar. Un hogar

que nunca había tenido. Algo que ni siquiera se había planteado tener.

Pero entonces él había visto la culpa en su rostro y supo que ella no estaba allí en un papel de esposa. Eso fue como un cubo de agua fría.

¿Qué demonios había esperado? Estaba aquí como prisionera. Su trato había sido frío y vacío.

Se tragó el resto del brandy.

Luego se lavó a conciencia. Sabía que los demás en la casa pensaban que estaba enfermo por pedir un baño tan a menudo. Era bien sabido que demasiados baños provocaban enfermedades, y era un indicio de su popularidad, o más bien falta de ella, que nadie le recordara ese triste hecho.

Se lavó el pelo y, finalmente, se levantó y se vistió. Se había afeitado en la casa de campo de Leana, y ahora sólo tenía que vestirse. La idea le deprimió. Añoraba prendas sencillas: un par de pantalones y una camisa cómoda.

Un maldito oficio. Una vez le había dicho a su padre que quería ir a la Universidad de Edimburgo, donde podría estudiar derecho o hacerse médico, pero su padre se había limitado a rugir de risa ante la idea. No gastaría ni un penique en un bastardo. Y en cualquier caso, Liam era demasiado estúpido para hacer otra cosa que no fuera ser mozo de cuadra. Su único valor para Lockhart sería el matrimonio, para conseguir una alianza ventajosa.

Liam no sabía por qué había vuelto a Lockhart cuando su padre le había llamado para luchar con Cumberland. Tal vez había sido la necesidad de aceptación de un niño, una necesidad que nunca había muerto del todo. Y así había hecho lo que normalmente nunca habría hecho, había matado a hombres buenos.

Maldijo para sus adentros, luego eligió un chaleco y unas correas particularmente horribles y se vistió apresuradamente. Si no podía mantenerse alejado de su esposa, entonces tendría que hacerse lo menos atractivo posible.

Pero antes de salir, avivó el fuego con las barajas a las que les faltaba una jota.



Caitlin se vistió con la ayuda de Effie. Había elegido un vestido de terciopelo azul oscuro, recién hecho. Intentó decirse a sí misma que no importaba, pero sabía que el vestido iluminaba sus ojos, su único rasgo bueno, de la mejor manera posible.

Quizá el marqués había aprendido algo durante sus viajes, puede que hubiera oído algo sobre el Rey negro, o sobre el príncipe, que había desaparecido. Y, lo que era más importante, dijo que la ayudaría con su hermano.

Ella se aferró a eso. Se aferró a ello con todas sus fuerzas. Miles, te sacaré de ahí, te lo juro.

Effie le arregló el pelo, peinándoselo hacia atrás y sujetándoselo con broches de plata. Caitlin deseaba tener uno de esos rostros elegantes que se veían realmente maravillosos cuando

uno se recogía el pelo. Pero su rostro no tenía elegancia, sobre todo con las pecas que le llenaban la nariz. Su madre había probado cualquier cantidad de brebajes para hacerlas desaparecer, pero nada había funcionado, y Caitlin se negaba a ocultarlas bajo capas de polvos.

Totalmente insatisfecha con su aspecto, y confusa en cuanto a por qué le importaba siquiera, despidió a Effie. Se sentó a esperar al hombre que el rey llamaba su marido. ¿Acaso Dios también lo creía, aunque los hubiera casado un vicario protestante en lugar de un cura católico?

Se acercó a la estrecha ventana y miró hacia las colinas y el bosque que había más allá, el bosque donde vivía la amante de su marido. Caía una bruma que teñía las colinas de un suave verde. Parecía tranquilo, tan alejado de lo que ella sabía que estaba ocurriendo al otro lado de las Highland. El pensamiento la entristeció, y se secó de los ojos una lágrima.

Ella no podía traer de vuelta a su familia. Sólo podía intentar salvar a Miles.

Entonces fue repentinamente consciente de otra presencia. Había estado tan sumida en su propia miseria que no le había oído. No se volvió, no quería que él viera sus lágrimas. Era una MacFarlane, orgullosa y fuerte.

La alfombra cubría sus pisadas. Supo que se había acercado sólo por el olor a jabón. Caitlin tragó hondo, intentando tragarse las lágrimas que querían brotar de sus ojos.

—¿Milady?

Se volvió, esperando que sus ojos no estuvieran enrojecidos. Supo que había fallado cuando vio que algo parpadeaba en sus ojos. ¿Simpatía? Podría ser, pero Caitlin no la deseaba. Él había luchado junto a Cumberland en Culloden, e incluso podría haber matado a uno de sus hermanos. Era un traidor escocés, un renegado. Y sin embargo, a pesar de todas esas cosas que se decía a sí misma, no podía apartar su mirada de la de él.

Sus ojos eran hipnotizantes. Tenían profundidad, igual que él tenía capas. Capas que ella no comprendía. Sólo sabía que existían. Ella no sabía por qué él se hacía el tonto tantas veces, pero mirando en esos ojos, ella sabía que él no era tonto.

—¿Estás lista, muchacha? —Sacó un pañuelo de encaje de su bolsillo y le secó la cara—. Algo de lluvia debe haberse colado dentro.

Las palabras fueron extraordinariamente amables y gentiles, y no sirvieron para detener las lágrimas sino para espolearlas. No había tenido consuelo desde que se enteró de la muerte de sus hermanos, el mismo día en que las fuerzas de Cumberland tomaron las tierras de MacFarlane y se llevaron a Miles y a ella. No había tenido brazos a su alrededor, ni palabras de simpatía, ni amabilidad. Y ésa había sido su fuerza.

Ahora una palabra amable la hacía lloriquear como una niña. Y para colmo, una palabra amable de un enemigo.

Forzando su mirada lejos de la de él, se apartó de él de nuevo. Pero no sirvió de nada, era muy consciente de su presencia. El calor los envolvía como un manto invisible, y cada nervio de su cuerpo era consciente de él. El aire zumbaba como el persistente sonido de un arpa.

No podía ser. No podía sentirse atraída por su marido, por un hombre al que había odiado. Un miembro de un clan que se había levantado en armas contra sus propios compatriotas, que mantenía la vida de su hermano como rehén para mantener a raya su propio

comportamiento.

—Tu hermano estará a salvo.

Era como si conociera cada uno de sus pensamientos. Era... inquietante, desconcertante.

Ella levantó la mano y se secó la humedad de los ojos.

Él guardó silencio, tanto que si no hubiera sido por el persistente olor a jabón, ella podría haber creído que se había ido, pero no. Aunque no hubo más palabras, ni un pañuelo enjugándole los ojos, y sin embargo ella sintió fuerzas.

Se volvió lentamente. Él también lo hizo, pero no antes de que ella viera su cara, viera algo parpadear de nuevo en sus ojos, viera un músculo apretarse en su mejilla.

—Será mejor que bajemos a cenar, milady. Mi primo ya estará allí junto con algunos de nuestros jornaleros, —dijo, y luego le entregó una caja en la que ella no había reparado antes.

Ella la miró fijamente.

—Cógela, —le ordenó con voz arrogante.

Caitlin abrió lentamente el paquete. Un reluciente collar de zafiro y diamantes yacía sobre un fondo de terciopelo. Era una de las piezas de joyería más hermosas que había visto nunca.

—Hace juego con tu vestido, —dijo—, y tus ojos. —Ella no pudo hacer otra cosa que mirarlo.

—Yo... no...

—Perteneció a la anterior marquesa. Sería de esperar que lo tuvieras.

—¿Su madre? —preguntó ella, asombrada por la descripción distante y desapasionada.

—Ella se llamaba así, —dijo su marido. La amargura acentuó las palabras.

Caitlin seguía sin aceptarlo, no quería nada del enemigo, no quería nada de lo que parecía hacer que este matrimonio fuera real e inquebrantable.

Él le cogió el collar y se colocó a su espalda, poniéndoselo alrededor del cuello. Ella sintió sus dedos contra su piel, contrastando con el frío del metal. Por un momento, vacilaron, pero luego ella sintió el broche cerrarse y el collar colgó pesadamente de su cuello. Una argolla, una argolla preciosa, pero una argolla al fin y al cabo. Un temblor la recorrió y las manos de él se movieron hacia sus hombros.

Le gustó sentirlas. Sorprendentemente, eran duras, callosas, y se sentían bien.

Luego la abandonaron, y ya solamente sintió el peso del collar. Llevaba consigo el legado de los MacTavish, una familia que creía traidora, pero también sabía que con el collar, Liam MacTavish declaraba la autoridad que ella tenía sobre Lockhart. Sospechaba que él sabía que ella lo estaba pasando mal en Lockhart tanto por ser quien era como por sus propias negligencias. Este collar, y la cena de esta noche, pretendían afirmar su autoridad. Ya no era una prisionera sino la marquesa de Lockhart, un título de dudoso honor.

Aun así, significaría más libertad para ella. —Gracias, —dijo entre dientes.

—He oído palabras dichas con más emoción.

—¿De prisioneros?

—Ya no eres una prisionera. Y bien, ¿estás preparada?

Ella asintió. No lo estaba, pero no se lo haría saber. Odiaba comer en el gran salón. Normalmente había más de unos cuantos soldados ingleses que se pasaban por la hospitalidad de los MacTavish.

No dijo nada más, hasta que Jack aulló cuando el cachorro se dio cuenta de repente de que iba a quedarse atrás. Gruñó y corrió hacia el marqués, mordiéndole el tobillo. Su corazón se detuvo, sabía que había tolerado al cachorro, pero nunca antes había ido tras él.

El marqués se inclinó y la peluca cayó al suelo. El cachorro la agarró, enganchó uno de los grandes rizos en unos afilados dientecillos de cachorro e intentó arrastrar la peluca hasta la cama. Al no conseguirlo, se revolvió en medio de ella, gruñendo y atacándola, tropezando con ella, cayendo al engancharse las patitas en los rizos.

—Jack, —dijo ella, horrorizada.

El marqués se había vuelto para observar las contorsiones del cachorro. Caitlin vio como sus hombros empezaban a temblar. Temió que fuera de rabia, pero entonces oyó las risitas, que pasaron a carcajadas y se convirtieron en grandes estallidos de risa.

Caitlin se quedó allí de pie, mirándole atónita. Nunca antes le había oído reír. Ni siquiera había visto una sonrisa. Había habido un giro arrogante de sus labios, pero no realmente una sonrisa, y esta nunca, nunca había llegado a sus ojos. Ahora parecían bailar de alegría.

Su peluca, su muy, muy cara peluca. Soltó una risita mientras el cachorro se enredaba más y más en el pelo y el polvo lo volvía parcialmente blanco.

—Lo... siento, —consiguió decir Caitlin entre risitas, contagiada por la alegría.

Se inclinó, desenredó al cachorro de la peluca y recogió el postizo, que estaba totalmente destrozado. Lo miró con pesar.

—Me gusta más sin ella, —dijo, rompiendo su reserva con él.

—Ah, pero mi primo y sus amigos esperan mis... excesos. No me gustaría decepcionarlos.

Ella se había resistido minutos antes a apartar su mirada de él. Ahora era imposible. Su pelo oscuro estaba despeinado y sus ojos color avellana brillaban divertidos. Sin la peluca, su rostro parecía más afilado.

Aquella imagen de fuerza, otra vez.

¿Cómo había podido pensar que era un debilucho?

Por alguna razón, él deseaba que los demás le creyeran un tonto, un idiota, un dandi. Ahora recordaba lo extraña que le había parecido su amistad con un herrero, y más extraño aún era que fuera fiel a una aldeana.

Pensó en la serenidad de la muchacha, en su tranquila competencia, y ahora comprendía mejor el aparente compromiso entre ellos. Sin embargo, la envidia la mordisqueó, más bien le dio un gran mordisco. Ahora no entendía nada, salvo la atracción que sentía hacia Liam MacTavish, el marqués de Lockhart.

—Me siento desnudo, —dijo—. Debo volver a mi habitación y buscar otra peluca.

—¿Por qué?

Levantó una ceja.

—¿Por qué finge ser algo que no es?

—¿Y tú sabes lo que soy?

—Sé que no eres tonto.

—No aceptaría una apuesta sobre eso, milady.

—No me ha respondido. Le he visto lo suficiente como para saber...

Él esperó, con la boca curvada en esa sonrisa arrogante que a ella le disgustaba, pero ahora ella sabía que había algo bajo ella. —¿Saber qué, mi amor?

—Que tienes honor.

—Me halaga, milady. No me importa nada el honor. Es sólo una palabra que los hombres lanzan para impresionar a sus damas, y yo no quiero nada de eso. Soy un jugador que tomaría la mano del diablo para ganar una apuesta.

Su voz era fría, aunque ella vio el persistente destello de deseo en sus ojos.

—Su ropa no... le sienta bien.

—Esa es tu opinión, muchacha. Yo creo que me sienta muy bien.

—¿Por qué?

—Ahora ya sabes algo de mi familia. Mi padre legal nunca quiso gastar un penique en mí, y yo disfruto bastante pellizcando su memoria.

—Ya lo ha dicho antes. ¿Vive sólo para vengarse de él?

—Sí. Es una razón tan buena como cualquier otra.

Por muy a la ligera que se dijeran las palabras, conllevaban amargura e incluso una extraña falta de sinceridad. Sin embargo, ella sabía que no iba a obtener nada más de él y se encaró hacia la puerta.

La mano de él la cogió del brazo. —Eres muy bonita, —le dijo—. Enorgulleces a Lockhart.

A ella no le importaba si enorgullecía a Lockhart o no. Sin embargo, era el primer cumplido que recibía de él y se sonrojó. También se sintió desmesuradamente complacida, mucho más complacida de lo que debería. Se recordó a sí misma que, tonto o no, él seguía siendo el enemigo. Había luchado con Cumberland contra sus hermanos, contra su prometido, contra sus amigos y contra los amigos de su familia.

Sus dedos parecían quemarla y, aunque quería apartarse del calor abrasador de su tacto, parecía incapaz de moverse. Sus piernas simplemente no funcionaban.

Él bajó la cabeza, y ella sintió el suave suspiro de su aliento cuando sus labios, ya no altivos sino tentadores al curvarse en una sensual sonrisa, tocaron los de ella. El beso no fue violento, sino explorador, incluso tierno. La sensación la inundó y su cuerpo se apretó contra el de él, reaccionando a su duro cuerpo. El calor se irradiaba entre ellos, y ella lo sintió hasta la

esencia de su alma, surgiendo desde lo más profundo y privado de ella. Todo su cuerpo se sentía abrasador.

Su beso se hizo más profundo. Ya no era exploratorio, sus labios no sólo buscaban, también exigían. Y ella se sintió responder, sus labios se apareaban con los de él tan fervientemente como los de él con los de ella.

Entonces, de repente, él la soltó y ella le oyó maldecir en voz baja. Se le hizo un nudo en el estómago, él no la deseaba, y que Dios la ayudara, ella lo deseaba a él, a un enemigo.

Retrocedió, tropezando con el pequeño Jack.

Él chilló, y ella empezó a caer, su cuerpo retorciéndose en un esfuerzo por protegerse. Los brazos de su marido la atraparon, enderezándola con fácil fuerza, pero la caída parecía continuar. Sintió como si se resbalara en algún agujero hacia el desastre. Sus sentidos se arremolinaban y se sentía a la vez protegida y amenazada.

—Caitlin. —Era la primera vez que pronunciaba su nombre, y sonaba extraño en sus labios. Siempre había sido milady para él, o marquesa o alguna palabra destinada a mantener las distancias, pero ahora la intimidad bailaba entre ellos como las llamas.

—¿Está bien? —le preguntó, con la voz más ronca de lo habitual. ¿O era su imaginación?

—Sí. —Su voz era más baja de lo habitual, incluso entrecortada.

La mirada de él sostuvo la de ella, y de nuevo ella vio las profundidades que él normalmente intentaba ocultar con tanto éxito. —Soy tu enemigo, —dijo de mala gana, como si sintiera la necesidad de recordárselo.

—Sí.

—Amo a otra.

—Sí.

Él seguía sin irse, ni apartó la mano del brazo de ella. —No he cambiado.

—No.

—Ni lo haré.

Estaba recitando una lista de razones para que ambos se marcharan y, sin embargo, ninguno hizo el menor movimiento para hacerlo. La habitación era aún más cálida, más acogedora, empujándolos a estar más juntos.

—Eres mi esposa.

—Sí.

Entonces sonrió. —No sabía que fueras tan agradable.

—Yo tampoco.

—Ah, muchacha, estoy muy tentado de tomar lo que debería ser mío.

Ella no dijo nada, oía el rechazo en las palabras. Se mordió el labio inferior. Menos mal, intentó decirse a sí misma, él era de hecho el enemigo. Para ella y para Escocia.

—Le estarán esperando, —dijo, intentando mantener la voz bajo control—. No pueden comer hasta que usted llegue.

—Están acostumbrados a esperarme.

—¿Y eso es admirable?

Otra ceja levantada. —¿Te importan los sentimientos de los MacTavish?

—La ley dice que ahora son mi pueblo.

—¿Me estás instruyendo sobre mi deber? —preguntó, divertido en su voz.

—Sí.

—Otra vez esa afabilidad infernal. Creo que prefiero la lengua del áspid. —La habitación se enfriaba, un poco.

Sin embargo, seguían unidos por una extraña magia. Ella trató de romperla. —¿Cómo está su brazo?

—Bastante bien.

—¿Y su amante?

Sonrió lentamente. —También bastante bien. Dijo que pasaste a verla.

—Necesitaba hierbas.

—¿Effie no podía traerlas?

—Quería ver lo que tenía, —dijo desafiante. En realidad, ni ella misma sabía por qué había visitado aquella casa de campo.

—¿Tu curiosidad fue satisfecha?

—Sí. —Vio que la diversión parpadeaba de nuevo en su rostro y sintió el extraño deseo de besarle, de tocarle la cara y tomarle la medida.

—Sí, —se burló él, y su dedo le tocó la mejilla, como si le hubiera leído la mente. Ella sintió que el aliento de sus pulmones los abandonaba mientras los dedos trazaban un rastro por su cara. Entonces él soltó la mano con evidente desgana y dio los varios pasos hasta la puerta, la abrió y extendió el brazo para que ella fuera primero. Se detuvo en su habitación, se puso una peluca nueva y volvió a su lado.

Ella arrancó hacia la escalera, deteniéndose sólo cuando él dijo: —Preferiría, milady, que no volviera a la casita de Leana.

Ella se volvió. —¿Es una orden?

—Sí.

La magia desapareció, pero no así el dolor de su interior cuando permitió que él la condujera escaleras abajo para cenar con los MacTavish.

Estuvo a punto de llevarla a su cama. Estaban casados; no había más impedimento que su propia conciencia, y hacía mucho tiempo que su conciencia no guiaba sus actos. Se negaba a creer que sus acciones actuales en favor de los jacobitas tuvieran algo que ver con la conciencia. Culpa, tal vez. Conciencia, no. Uno era un motivo de conveniencia, el otro de nobleza, y bien sabía Dios que ésa era la última cualidad que deseaba reivindicar.

Había sido perfectamente sincero con la muchacha cuando le había dicho que el honor no era más que una palabra sin significado. Había oído hablar de esa palabra antes de Culloden, y

luego había presenciado la peor clase de asesinatos, saqueos e inhumanidad que le siguieron. No, no le servían de nada las supuestas virtudes.

Pero se tuvo que decir a sí mismo que acostarse con la muchacha no significaría más que problemas. Una nueva y... afectuosa relación entre ambos causaría sin duda comentarios, y él perdería su excusa para visitar a Leana, y la casa de campo era vital para sus diversas funciones.

Sin embargo, había revelado mucho más de lo que pretendía, y ahora tendría que darle una razón, una que ella pudiera creer, para hacerse el tonto.

Le puso la mano encima mientras entraban en el gran salón. El sonido de las risas cesó cuando entró, y se preguntó si la charla había sido sobre él.

Sin embargo, todos se levantaron mientras él conducía a su esposa a la mesa principal, donde Malcom ya había elegido sitio. Él también permaneció de pie hasta que Caitlin se sentó.

Liam permaneció de pie, observando todos los rostros curiosos. Muchos de ellos eran hostiles, algunos sospechosos, pero saludó con lo que esperaba fuera una arrogante pose de gentileza, y se sentó.

—No se nos agracia a menudo con su presencia, —observó Malcom secamente mientras alcanzaba una paloma de una bandeja que llevaba un criado—. ¿Puedo preguntarle dónde ha estado?

—En Edimburgo, —dijo Liam con ligereza—, y en algunos otros lugares.

—Me gustaría pasar varias horas con usted mañana. Hay que tomar decisiones sobre algunas tierras.

—Haga lo que crea que es mejor, —dijo Liam—. No tengo cabeza para esos asuntos.

Vio varios ceños fruncidos de los hombres sentados más cerca de él. En realidad, tenía fe en Malcom en lo que respecta a la gestión de la propiedad. Obviamente, su primo había intentado proteger a los tacksmen que arrendaban tierras al lord y luego las subarrendaban a granjeros más pequeños. Liam estaba de acuerdo con el intento de Malcom de ayudar a los arrendatarios, la mayoría de los cuales eran miembros del clan, en lugar de simplemente desalojarlos y convertir la tierra en pasto para ovejas como estaban haciendo tantos otros terratenientes.

Pero no tenía especial deseo en comunicar esa preocupación, o interés. No cuando Malcom se ocupaba de ello. Vio, sin embargo, que los ojos azules de su esposa se oscurecían con desaprobación. Obviamente, ella quería que él se preocupara más por las personas que eran, en muchos sentidos, su responsabilidad.

Eso se lo dejaría a ella y a Malcom. Ella ya se estaba ganando unos cuantos corazones en Lockhart, eso era evidente. Era él quien les desagradaba, y eso también le convenía.

Dio un largo sorbo a la cerveza fuerte que le habían servido en la jarra y se inclinó y besó a su esposa. Sus labios no tenían nada de la delicadeza de su anterior beso espontáneo; éste fue planeado, deliberado, una declaración abierta de propiedad. Y donde antes ella se había derretido en sus brazos, él vio sorpresa, disgusto, indignación por su asalto público.

—¿Qué le parece mi mujer, Malcom? —dijo cuando terminó, sacando un pañuelo de encaje y secándose la boca.

Malcom frunció el ceño, evidentemente incómodo por el comportamiento de su lord. —

Es afortunado, —dijo en tono frío.

—Sí, lo soy. Sólo me falta un bairn, pero eso debería remediarse pronto. —Su tono no dejaba lugar a dudas sobre lo que quería exactamente decir, y vio palidecer el rostro de Caitlin. La suavidad que había visto antes en sus ojos había desaparecido. La repugnancia, incluso el horror, la habían sustituido. ¿No era eso lo que él quería? Por el bien de ambos.

Miró lascivamente a su mujer, lo que, por desgracia, no fue nada difícil. Los ojos de ella se abrieron de par en par y su espalda se puso rígida de indignación.

La ignoró y bebió un poco más, comiendo copiosamente de la comida que había en la mesa. Estaba mucho más rica de lo que hasta ahora había estado, mucho mejor. Obviamente, estaba sacando lo mejor de una situación muy mala.

Liam odiaba lo que estaba haciendo, pero un marido cariñoso no se ajustaba a sus necesidades en ese momento, y menos aún la apariencia de uno casto. No dudó ni por un momento de que Cumberland tuviera un espía en alguna parte, y Liam había sido advertido de la necesidad de un heredero. Aún se preguntaba por qué Caitlin significaba tanto para alguien, pero el marqués de Lockhart nunca indagaría en tales asuntos.

La comida le parecía interminable. El papel de tonto le había atraído en otro tiempo, pero ya no lo hacía. Y la razón estaba sentada a su lado, rígida y retraída. Apenas había tocado su comida mientras él se había sentado a la cabecera de la mesa, sonriendo como un tonto de medio pelo. Por primera vez, no disfrutaba de su papel. No le gustaba su juego. Por primera vez, quería ser... respetado.

Infierno y condenación. Le tenía hecho un nudo. Se tomó otro largo trago y luego apartó su silla. —Es hora de que mi mujer y yo nos retiremos.

Señaló con la cabeza a los hombres y a las dos damas sentados a la mesa. Todos se levantaron como él. Sintió sus ojos clavados en él mientras cogía el brazo de Caitlin y la conducía fuera de la sala hacia las escaleras. Ella no dijo nada mientras las subían, pero entonces, en la puerta de la habitación, se detuvo, con unos ojos tan furiosos como ninguno que él hubiera visto jamás.

Sin previo aviso, levantó la mano y la conectó con su mejilla en un sonoro crujido. Demonios, le dolió. Le escocía la cara. Dio un paso atrás y la miró con cautela. Subió una mano y se tocó la mejilla, le dolía hasta la mandíbula.

—Deberías haber estado en Culloden, —dijo.

No era lo correcto y se arrepintió en cuanto las palabras salieron de su boca. Estaba acostumbrado a hacer réplicas bruscas, sobre todo cuando se le atacaba.

Su rostro se nubló, y él vio el daño que acababa de imponer. —Lo siento, milady. No debería haber dicho eso.

Ella se puso aún más rígida. Era como si le hubieran insertado una barra de acero en la espalda. —Me ha humillado a propósito, —dijo ella.

Él no tenía respuesta para eso, ninguna explicación.

La vio tragar saliva como si tuviera una piedra atrapada en la garganta. —Me equivoqué antes, cuando pensé...

—No entiendo lo que quieres decir.

—Pensé que en realidad eras humano. —Se dio la vuelta y abrió la puerta, dando un portazo tras ella.

Pero él la detuvo. —Oh, no, milady. Eso no servirá, eso no servirá en absoluto.

14

Ella le despreciaba, había bajado la guardia y él se había abalanzado con su espada y la había clavado en un lugar vulnerable.

Nunca había estado tan enfadada.

De hecho, temblaba de rabia, y odiaba eso aún más. No quería que él la viera, no podía impedirle que entrara en su habitación, pero desde luego podía hacérselo desagradable.

—¿Planea romper su promesa?

—Era un trato, no una promesa.

—Juegas con las palabras como juegas con las cartas, —dijo ella amargamente—. Las vidas no significan para ti más que la próxima apuesta.

—Tienes razón, mi marquesa. Sin embargo, debo advertirte que Cumberland quiere un bebé, y la vida de tu hermano podría depender de si cree o no que se está gestando uno.

Ella le miró horrorizada. —¿Qué quieres decir?

—Seguramente habrás sospechado que tenía en mente algo más que un simple matrimonio. ¿Por qué cree que quería una prueba de consumación? Su objetivo siempre ha sido un bairn, un niño, y lo está esperando con impaciencia, —le dijo, con la mirada clavada en ella —. Me lo recalcó hace días cuando le entregué el barril. Le dije que estaba muy satisfecho con mi esposa.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

Se encogió de hombros. —No deseaba estropear mi regreso a casa.

—Es un ser verdaderamente repugnante, —dijo ella, con la voz ligeramente quebrada.

—Ése es probablemente uno de los adjetivos más suaves que se me pueden aplicar, —replicó él con suavidad.

—¿Qué es lo que quiere? Dígamelo y acabe con el tormento.

—¿El matrimonio conmigo es un tormento?

—Sus incesantes juegos lo son.

Hizo una reverencia. —Entonces te pido disculpas.

Entró y cerró la puerta tras de sí. Jack se removió de su cesta a donde había arrastrado la peluca y hecho un nido con ella. Corrió hacia ella y empezó a mordisquearle los zapatos, pidiendo que lo cogiera.

El marqués miró la peluca con pesar. —Puede quedársela, —le dijo servicialmente—. Ha

tomado posesión y eso le da derecho legal a ella.

A ella le fascinaban esos fugaces instantes de capricho que él se permitía. Pero siempre eran muy fugaces.

—¿Le importa la legalidad?

—Cuando no tengo nada en juego. —Dio un paso hacia ella.

Se inclinó y cogió a Jack, utilizando al cachorro negro que se retorcía como escudo.

—No funcionará, Caitlin. —Él dio un paso hacia ella.

—No entiendo lo que quiere decir.

—La distracción. No deseo que me distraigan.

Ella retrocedió, insegura. Él tenía un extraño brillo en los ojos y olía fuerte a cerveza. Y sin embargo... sin embargo parecía tener un control total de sus acciones.

—¿Qué quiere?

—Quiero que los MacTavish vean a un marido y una mujer juntos, haciendo lo que Dios quiso que se hiciera, creando una nueva vida.

—No entiendo por qué eso es tan importante para usted.

—Podría significar tanto mi cuello como el tuyo y el de tu hermano.

—No lo entiendo.

—Cumberland sólo acata órdenes de una persona, Caitlin, y ese es el rey. No creo que Cumberland tenga un interés personal en ti, lo que significa que el rey sí lo tiene. ¿Sabes por qué?

Caitlin tomó aire. Definitivamente, su marido no parecía tan tonto ahora. Recordó las palabras de Cumberland cuando la había presionado para que se casara: “tienes un amigo en la corte que me pidió que cuidara de ti”.

Ella no, era su madre. Había nacido en el lado inglés de la frontera, y había sido muy hermosa. Caitlin había oído que había sido prometida a un lord inglés de alto rango, antes que su padre hubiera conquistado su corazón y la hubiera llevado a Escocia. Siempre le había parecido un cuento muy romántico, pero ahora tenía curiosidad. Nunca había conocido a su familia materna; su madre había sido repudiada cuando se había casado con un Highlander católico, y nunca hablaba de su familia, pero Caitlin conocía el nombre.

Sin embargo, era reacia a hablar de ello con un hombre en el que no confiaba. De hecho, ella había desestimado la referencia de Cumberland cuando él la había dicho. Su pena, su desesperación, habían sido demasiado grandes para preguntarse exactamente por qué había sido señalada entre otras mujeres arrancadas de sus hogares y a menudo encarceladas por las lealtades de su familia.

El marqués la observaba atentamente. ¿Le importaba sólo con tal de recibir las tierras que había deseado?

—¿Por qué siempre se hace el tonto? —dijo ella, decidiendo que el ataque era la mejor defensa.

—Me gustan las expectativas bajas, —respondió él.

—¿Y así no decepcionará a nadie, como cree que hizo de niño?

Su mirada se hizo más aguda. —Una teoría astuta.

—¿Pero falsa?

Se encogió de hombros. —Puedes pensar lo que quieras.

Ella intentó mirar dentro de él, ir más allá de las diversas máscaras que llevaba.

Cada vez que creía que se ocultaba tras una, aparecía otra.

¿Era la causa realmente tan superficial como no querer expectativas? ¿Sería indiferencia? ¿O una razón para no implicarse en el difícil asunto de dirigir una finca?

Las contradicciones seguían amontonándose, una sobre otra. Había luchado en Culloden. Se decía que era un buen espadachín, pero al parecer había abandonado el campo de batalla antes del final. Ella había oído susurrar cobarde y había oído los cotilleos.

¿Por qué no lo creía? Aunque él la amenazara de diversas maneras, ella nunca le había temido realmente. Tampoco podía pensar en él como un cobarde. O tal vez, a pesar de sus protestas, tenía algo de honor. Tal vez no podía soportar la carnicería que Cumberland había ordenado.

Si era así, ella podría tener un aliado. ¿Debería atreverse a tener esperanzas? —¿Desea volver a jugar a las cartas, milord?

Sus ojos se entrecerraron, luego pareció relajarse. —¿Todavía tienes las que te di la otra noche?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no? —preguntó despreocupado.

Aliviada de que hubiera dejado el tema del niño, aunque fuera temporalmente, de lado, ella cogió rápidamente la baraja de cartas mientras él acercaba una segunda silla a la mesa. Ella le estudió mientras barajaba las cartas con extraordinaria destreza.

Creyó que ahora empezaba a entender algo de él. Aunque sólo un poco. Era un maestro en mantener a la gente a distancia, en evitar que le conocieran o supieran algo de él. Por muy enfadada que se hubiera sentido por su comportamiento en la cena, ahora se daba cuenta de que había un propósito detrás. Al igual que ella intuía que había un propósito detrás de muchas cosas que él hacía.

Ahora que su temperamento se había disuelto bajo el irónico buen humor de él, recordó qué era lo que esa tarde la había atraído tanto hacia él.

Le miró con curiosidad. —¿De verdad le gusta tanto el juego?

Él se encogió de hombros. —Mi padre me envió de acogida con una familia inglesa. No incluía fondos, y aprendí a jugar para comprar armas y descubrí que era uno de mis raros talentos. Luego fui queriendo otras cosas. Sabía... pensaba... que nunca heredaría ni un penique de mi padre. El juego era una forma tan buena como cualquier otra de ganarme la vida.

—¿No había nada que quisiera hacer?

—En una época, pensé... que podría disfrutar con el estudio de la medicina, pero mi padre, tal como era, tenía razón. No tenía temperamento para ello.

—No estoy de acuerdo.

—Sólo porque quieres ganar esta partida.

—Tengo una buena jugada, —dijo ella, proclamando su victoria al reclamar todas las cartas de la mesa.

—¿Haces trampas? —El marqués enarcó una ceja al formular la pregunta.

Jack el negro gimoteó.

—No lo puede demostrar, —se defendió ella, sus labios curvándose en un pequeño trozo de sonrisa.

El marqués se levantó y se quitó la chaqueta, pero se dejó la peluca puesta. A ella le dolían las ganas de quitársela. Quería acercarse y tocarle, quiso oír esa risita rara y llena de alegría.

Él ganó la siguiente partida, y eso la alegró. No quería que nadie fingiera perder por su bien.

Levantó la vista y sus ojos se encontraron con los de ella. —¿Por qué no se quita esa peluca? —dijo ella.

—¿No lo sabes? Tu pequeño protector podría apropiársela también.

Después de jugar contigo, no puedo permitirme perder otra.

—Está ganando también.

—Sí, pero tienes una mente demasiado rápida.

Por primera vez en meses, Caitlin sintió una oleada de placer. Había amado a sus hermanos; habían sido su vida tras la muerte de su madre, y de su padre meses después, pero no habían visto ninguna razón para que aprendiera a jugar, se habían burlado de ella por la forma en que había rogado a su tutor que le enseñara. Las chicas, habían dicho, no tenían necesidad de aprender esas cosas.

Nunca la habían alabado por su ingenio o su mente. Se sentía muy, muy bien. El juego continuó. Como antes, la habitación se hizo más pequeña, más cercana, más caliente, a pesar del viento frío que soplaba fuera de la casa torre y del aire húmedo y fresco que penetraba en ella. Y entonces, cuando recogió las cartas, su mano tocó la de ella. Ella sintió como si su piel chisporroteara.

Su mirada se encontró con la de él. Sus ojos color avellana brillaban con algo que ella creyó que era deseo. El calor le recorrió el cuerpo y se alojó en su interior.

Él se levantó, apartando la silla con una violencia que antes la habría estremecido. —Todo Lockhart estará durmiendo. Es hora de que regrese a mi habitación, muchacha, antes de que rompa mi trato.

Ella supo entonces con certeza, que toda su provocación anterior había sido en realidad para ensanchar el abismo entre ellos, no para estrecharlo. Él la había querido enfadada. Había querido perforar esa frágil intimidad que antes había tejido como una telaraña a su alrededor. Pero a ella ya no le importaba lo que él quisiera. Sólo sabía que necesitaba volver a sentir sus labios. No aquel beso burlón y descuidado de la cena, sino el tierno roce anterior.

Seguía siendo el hombre de Cumberland, y podría haber matado a uno de sus hermanos. Es un jugador al que no le importa la gente que depende de él. Ella pensó todo eso y más. Sólo porque haya mantenido un trato no cambia eso. Sólo porque tenga una amante a la que prefiere...

Cerró los dedos en un puño. Por unos momentos, unas horas, no se había sentido tan sola.

No te olvides de Miles, te necesita. Prometiste sacarlo de Escocia, y tienes que mantener la cordura para ello.

—Mi hermano, —dijo ella—. Dijo que podría contactarle.

—Escribe tu carta, milady, —dijo él, y sólo esa última palabra restableció la distancia que había mantenido entre ellos—, y yo se la haré llegar.

—Gracias.

Vaciló, luego alargó la mano y le tocó la mejilla. Un dulce dolor se filtró a través de ella.

Maldijo en voz baja. Tras un largo segundo, se inclinó hacia ella. Sus labios se encontraron con los de ella con un anhelo hambriento que ella sintió hasta la médula de sus huesos.

Un susurro en el fondo de su mente le advirtió que él seguía siendo muchas cosas que le desagradaban, pero era como paja en una furiosa tormenta de tantos otros sentimientos. Se sintió estremecida y sacudida y totalmente confusa ante la atracción que había entre ellos, un deseo que incluso ahora parecía arder sin control.

Sus labios se movían sobre los de ella, buscando, burlándose. Remolinos de sensaciones la envolvían, haciéndola caer en un vórtice que eclipsaba toda precaución, toda advertencia. Quería tocar, sentir, explorar al hombre que se ocultaba tras las múltiples máscaras. Quería sentirlo cerca de ella. Quería prolongar las vertiginosas y cálidas sensaciones que sacudían su práctico mundo.

El beso se hizo más profundo, sus labios duros y exigentes. Sus brazos la apretaron contra él hasta que sintió el duro cambio de su cuerpo. Nunca había sentido nada parecido, y se quedó atónita ante la respuesta de su propio cuerpo. Se encontró a sí misma moviéndose hacia él, deseando más de aquellas extrañas, irresistibles y gloriosas sensaciones que parecían surgir de su cuerpo.

Sus brazos lo rodearon, sus dedos juguetearon en su pelo y a lo largo de su cuello con un instinto que nunca se había dado cuenta de que tenía. Su cuerpo, sus manos, su boca reaccionaban completamente solos. Sensaciones cálidas e irresistibles fluían por su cuerpo como una marea. Se hinchaba y refluía, y luego volvía a hincharse con renovada energía.

Y sintió que la mayor ola estaba aún por llegar.

Sintió la tensión en su cuerpo y la pasión apenas contenida en sus manos, que empezaron a moverse en la parte baja de su espalda, cada sutil roce encendiendo nuevos fuegos. Sus labios soltaron los de ella y se movieron suave y seductoramente por la línea de su mejilla, hasta su garganta, donde permanecieron. Pensó que podría explotar de la creciente necesidad que sentía en su interior. Al mismo tiempo, reconoció su habilidad, su experiencia, y recordó su reputación, y que tenía una amante.

Sin embargo, había tanto deseo, tanto sentimiento, y tanta necesidad. Sentía un dolor desconcertante, un anhelo de algo que no comprendía. La fuerza de esa necesidad la aterrorizaba.

Tembló con el torrente de emociones desconocidas. Oyó un pequeño grito arrancarse de su garganta, y sus manos cayeron de alrededor de su cuello.

Él vaciló, y su cuerpo se quedó inmóvil, después levantó una de sus manos y se la llevó a la boca, besando cada dedo. Ella no había pensado que tales gestos pudieran provocar tales estragos, que pudieran hacerla olvidar todo el dolor, la pérdida y la ira del último año, pero había una gentileza, una ternura en el gesto que hizo que le doliera el corazón.

Sí que la hizo olvidar las penas.

Se puso de puntillas, y esta vez fue ella la promotora. Sus labios se apretaron contra los de él y se estrecharon, saboreando la intimidad del calor y la pertenencia, su cuerpo fundiéndose de nuevo con el de él. Ella abrió su boca a la de él con un anhelo propio. Las manos de él se movían sobre el cuerpo de ella con una lentitud conmovedora, como si explorara, y memorizara, cada momento.

—Bonny lass, —susurró mientras sus manos acariciaban y excitaban su suavidad sensual e invitadora. La magia las envolvía, una hechicería seductora y narcotizante. Su corazón rebotó en su pecho, y su cuerpo hormigueó de anticipación, la necesidad en su interior creciendo a medida que las manos de él calentaban cada centímetro que tocaban.

Entonces sus manos se dirigieron a los cordones de la parte delantera de su vestido. Tantearon, y ella sintió que aquello era inusual. Su mirada se encontró con la de él, y el oro verdoso de sus ojos era tan tumultuoso, tan turbulento que le recordaron a los mares agitados no muy lejos de casa. Sus dedos subieron hasta la cara de él, tocaron la pequeña hendidura de su barbilla y observaron cómo su boca se ensanchaba, y las comisuras se volvían hacia arriba. Entonces sus manos le quitaron la peluca de la cabeza y su mano se enredó en los cortos y gruesos mechones de su oscuro cabello.

Él se quedó quieto, como congelado, y luego, con un gemido, sus labios volvieron a apoderarse de los de ella. Esta vez no hubo vacilación, ni contención. Esta vez sus labios se encontraron en una explosión tan brillante como un relámpago golpeando la tierra.

Era una locura, peligrosa y destructiva. Liam lo sabía todo y, sin embargo, no podía apartar las manos de ella. Los ojos de ella, que antes le habían mirado con desprecio, eran suaves y melancólicos y anhelantes. Ella necesitaba ese... afecto tanto como él. Él no quería, no podía, llamarlo amor. Amor era una palabra demasiado peligrosa, una emoción demasiado precaria.

Estaban casados. Eran marido y mujer a los ojos de Dios. No, se corrigió, no a los ojos de Dios. No después de los últimos meses. Pero también estaban casados a la vista de la Iglesia y del Estado.

Ella había sido una buena fachada para sus actividades. Ella era, después de todo, la elección del rey para él, y él había cooperado. Pero ahora se arrepentía de su conformidad. ¿O no?

Ese era el infierno. Estaba a un pie de la horca. O de algo peor.

—¿Liam?

Era la primera vez que pronunciaba su nombre. No era más que un ronco susurro, pero resonó en su interior. ¿Qué demonios estaba haciendo?

No podía detenerse. Sus ojos eran tan azules, tan serios, tan llenos de emociones

agitadas... Vio incertidumbre, pero también vio deseo. Un deseo que coincidía con el suyo. Se inclinó hacia ella y le besó la punta de la nariz, esas pecas que le divertían y deleitaban y le intrigaban. Realmente no comprendía lo atractiva que era, y eso era un afrodisíaco. Era valiente y testaruda y, sin embargo, tenía un corazón fuerte y generoso.

No pudo evitarlo. Su mano subió hasta la mejilla de ella, tocándola suavemente con una ternura que no sabía que tenía. Quería conocer sus pensamientos, su alma misma. Apartó un rizo que le había caído sobre el ojo derecho, y acarició su tacto sedoso. No más ira en sus ojos ni más miedo, sólo asombro. Un asombro más seductor que las artimañas consumadas de una cortesana.

Liam saboreó ese asombro. Él mismo lo sintió. Por primera vez en su vida, no sintió amargura, ni ira. Sintió que no necesitaba ser nadie más que él mismo, porque sabía que era a Liam MacTavish a quien ella quería, no al marqués de Lockhart. Ella ya había intuido más de él que nadie, incluidos Gavin y Helen. Él había visto ese conocimiento en sus ojos.

Entonces no tuvo más tiempo para pensar, porque su boca se movía hacia ella, sus labios se acercaban a los de ella.

Se tocaron, suavemente al principio, luego con feroz necesidad. Hizo caso omiso de la llamada familiar de la cautela. Sólo oyó su corazón, ávido de lo que ella le ofrecía. Su cuerpo se calentó, su sangre se calentó y su corazón latió rápidamente.

—Esto no es prudente, muchacha. —Su voz era un ronco susurro.

—Estamos casados.

Era su acuerdo, simple y llanamente. ¿Cómo podía no aceptar algo que se le ofrecía tan dulcemente?

—¿Estás segura? Luché con tus enemigos.

Ella se puso ligeramente rígida. —Dicen que abandonaste el campo de batalla.

—Dicen que soy un cobarde.

—No lo creo.

—Cuanta fe, —susurró él. Sus brazos la envolvieron, fundiendo su cuerpo con el suyo, explorando cada curva, sintiendo el calor irradiar entre ellos. Luego la levantó y la llevó a la cama. Se inclinó sobre ella, e impaciente pero con delicadeza, le quitó la ropa: primero el vestido, luego la enagua, después sus zapatos de cordones, y por último sus medias sujetas por ligueros de seda.

Estaba preciosa a la luz de la vela, que parpadeaba sobre su rostro, proyectando un resplandor sobre su cabello oscuro, y se dio cuenta de que nunca había deseado tanto a una mujer como deseaba a ésta.

Caitlin sintió una extraña sensación de libertad mientras él la despojaba, pieza a pieza, de sus ropas. Debería sentirse avergonzada, lo sabía, pero no sintió tal cosa. En lugar de eso, su cuerpo temblaba de expectación.

Él se inclinó y la besó. Ella sintió el anhelo de sus labios, la búsqueda silenciosa, y su corazón martilleó, su respiración se volvió agitada. Su mano cubrió la parte baja de su vientre, con sus dedos acariciándola. Sus labios bajaron hasta uno de sus pechos, con su lengua haciendo círculos y dejando estelas calientes a su paso.

Hechicería. No podía ser otra cosa que brujería. Su cuerpo temblaba y estaba sintiendo sensaciones que ni siquiera había imaginado.

No sabía cómo había sucedido, pero sus trews habían desaparecido y estaba desnudo salvo por su camisa de lino. Caitlin se encontró a sí misma acercándose descaradamente a él, pasando los dedos por la fina simetría de su pecho y luego por su vientre plano. Era muy musculoso, algo que ella no había notado bajo las capas de ropa ostentosa. Una vez más, se preguntó por qué las usaba tanto cuando estaría tan bien con unos simples pantalones y una camisa, o a cuadros.

Sus manos le acariciaron, tímidamente al principio, luego con más agresividad.

En represalia, él le besó el cuello y ella se vio inmediatamente envuelta en un torbellino. Justo cuando ella pensaba que iba a explotar de delicioso calor, él lamió la sensible piel de su pecho izquierdo, y luego su tenso pezón. Su lengua jugó con él, creando una cadena de fuegos que recorrió su cuerpo como un relámpago.

Se quitó la camiseta y ella le miró maravillada. Era hermoso. La cicatriz de su brazo era nueva y cruda y fea, y había varias otras cicatrices finas, pero su cuerpo era todo ángulos duros y bultos intrigantes. Sintió cómo subía el calor en su interior.

La besó de nuevo, y su lengua se movía dentro de su boca, acariciando y amando, despertando cada nervio sensible. Luego, con sus labios aún sobre los de ella, se arqueó sobre ella, con su cuerpo tocándola y provocándola.

Por un momento, sintió miedo, pero luego sólo oyó su corazón, ávido de lo que él le ofrecía, una dulzura que convertía su sangre en miel, una necesidad que hacía que su cuerpo hormigueara y cobrara vida de las formas más maravillosas.

Su beso se hizo más profundo, se volvió voraz. Caitlin nunca había sabido que un beso pudiera tener tanto poder, que pudiera derretirla hasta los huesos. Una fuerza elemental rugía ahora entre ellos... tan primitiva y potente como el mar golpeando contra los acantilados. Exploró sin pudor su cuerpo tenso, sus dedos se demoraron en lugares prohibidos, y luego le guiaron instintivamente hacia ella.

Aun así, vaciló. Sus labios abandonaron los de ella y su mirada la estudió. —¿Estás segura, marquesa?

Ella no estaba segura en absoluto. Aún sabía poco de este hombre que era su marido, pero le necesitaba más de lo que nunca había necesitado nada en su vida. Estaba ardiendo y sabía que él era el único que podía apagar las llamas.

Asintió, incapaz de hablar, de pronunciar las palabras.

Él bajó y ella sintió una extraña sensación cuando empezó a penetrarla, luego un dolor agudo. Ella no pudo evitar gritar, y él se aquietó de inmediato. Ella sintió el tenso control de su cuerpo, vio cómo un músculo se movía en su mejilla.

Entonces, lentamente, el inesperado dolor retrocedió, y el hambre la llenó. Lo rodeó con los brazos.

—Caitlin.

En respuesta, sus manos le instaron a seguir, y él volvió a penetrarla, despacio, moviéndose sin prisas, permitiéndole adaptarse a él, a las nuevas sensaciones que la

deslumbraban. Con su primer movimiento compulsivo e incierto, él profundizó más en su interior, moviéndose sin prisas pero con un propósito evidente. Ella sintió la primera sacudida de placer, y su propio cuerpo se movió contra el de él, buscando algo más que la insinuación del éxtasis. Él se movió más deprisa, rítmicamente, empujando cada vez más hondo.

Caitlin sintió una conflagración gloriosa, un esplendor que eclipsaba toda sensación anterior, todo lo que había conocido o creído conocer. Un profundo placer creció y creció y creció hasta que pensó que no podría aguantar más.

Y pudo. Cada sensación se intensificó, arremolinándola en algo espléndido e indescriptible, un mundo vertiginoso y deslumbrante de sensaciones exquisitas.

Caitlin se aferró a él, saboreando la intimidad, las cálidas réplicas que seguían trayendo ráfagas de placer, de satisfacción.

Él se quedó quieto, luego rodó sobre sí mismo, llevándola consigo. La miró a través de unos ojos perezosos de satisfacción. Su mano tomó la de ella y sus dedos jugaron a lo largo de su palma.

—Eres... preciosa, —dijo.

No sólo preciosa, encantadora. Y así se sintió ella. Se sintió encantadora y amada y apreciada y maravillosamente satisfecha.

Se acurrucó en sus brazos y se sintió segura por primera vez en mucho tiempo.

15

Caitlin se despertó con un golpeteo suave pero persistente. Tardó un minuto en comprender dónde estaba. Se sentía diferente. Dolorida, pero completa de una forma que nunca antes había conocido.

El sol entraba a raudales en su habitación y oyó los gritos lastimeros del pequeño terrier negro.

Volvieron a llamar a la puerta y se volvió a oír un ladrido agudo de cachorro. Miró a su alrededor, tratando de encontrar indicios de su marido, que anoche se había quedado dormido en sus brazos.

Él no estaba en la habitación, y no había llamado a la puerta en toda la mañana.

Se preguntó qué hora sería. Mucho después de su hora habitual de levantarse, pensó.

Miró hacia abajo y vio las garras de Jack el negro que estaban enredadas en la peluca. Sonrió al ver los grandes rizos desordenados. —¿Adónde ha ido? —le preguntó—. ¿Y cuándo?

Su melancólica pregunta no obtuvo respuesta. De mala gana abandonó la cama y el persistente olor de su marido. Entonces miró hacia abajo y vio una mancha roja en la ropa de cama. De alguna manera tendría que ocultarla, pues esa mancha supuestamente ya había ocurrido con anterioridad.

Empujó la colcha sobre ella y luego miró alrededor de la habitación. No quedaba ninguna señal de Liam MacTavish, aparte de la posesión de Jack. La otra peluca había desaparecido, así como el chaleco y la camisa… y las piernas. Era como si nunca hubiera estado allí. Excepto por la sangre en la cama.

Como siempre, Jack no tenía respuestas, y la miró con una expresión tan desconcertada como ella se sentía.

¿Por qué se sentía tan decepcionada? ¿Por qué le echaba tanto de menos?

Debería estar pensando en su hermano, en alejarlo de Cumberland y sus secuaces.

La vergüenza y el autodesprecio la invadieron. Sin embargo, también había allí un atisbo de gloria que apartaba esos otros sentimientos.

Sintiéndose un poco perdida e insegura, abandonó la cama, desenredó al cachorro de la peluca, se envolvió en una bata y se dirigió a la puerta.

Effie estaba allí, cargada con una bandeja de chocolate caliente y pasteles. —El marqués dijo que os subiera esto, —dijo, con los ojos brillantes de inquisitivo interés.

—¿Dónde está?

—Recibió un mensaje y se marchó bruscamente.

La decepción era como una espada que la partía en dos. Tampoco podía creer que hubiera dormido tanto tiempo.

—¿Hace cuánto?

—No hace mucho.

—¿Y no dijo cuánto tardaría?

—No.

Caitlin erizó el pelaje del pequeño terrier mientras sus pensamientos saqueaban cualquier resto de placer que quedara de la noche anterior.

¿Por qué había esperado más de un hombre así? ¿Por qué había esperado que la magia durara?

Él nunca había dicho que la amaba, ni siquiera que se preocupaba por ella. De hecho, incluso mientras ella se entregaba a él tan deliberadamente, ella sabía que él tenía una amante. Él nunca lo había negado, nunca intentó ocultarlo. ¿Había ido a verla esta mañana? ¿Había mandado a buscarle la mujer del bosque? Eso dolía más de lo soportable.

Effie dejó la bandeja sobre la mesa, la mesa donde quedaba una baraja de cartas. Así que quedaba algo físico de su presencia. Dio la vuelta a una. La jota de picas.

Se mordió una exclamación. Era como si algún fantasma intentara recordárselo. Incluso si el marqués se preocupaba por ella, lo que en ese momento parecía improbable ya que ni siquiera se había molestado en darle los buenos días, ¿cómo podía haber olvidado a su hermano, ni siquiera un momento?

—Volveré con agua, —dijo Effie, observándola con expresión extraña.

—Sí, —dijo ella en voz baja. Se sentó a la mesa y miró los pasteles. Nunca había tenido menos ganas de comer que ahora. Arrancó un trocito y se lo dio a Jack, que lo miró con suspicacia antes de cogerlo delicadamente con los dientes.

Miró al otro lado de la mesa, viendo en su mente al marqués que había curvado los labios en una sonrisa inesperadamente caprichosa. ¿Por qué se había empeñado en ver en él más de lo que probablemente existía? ¿Sólo porque veía humor en un perro pequeño?

¿Sólo porque sus manos expertas habían sido suaves?

Se mordió el labio inferior, deseando haber sido más fuerte anoche, haber permanecido fría y distante. Había dicho que Cumberland había querido tener un hijo. ¿Era por eso por lo que había acudido a ella anoche? ¿Por qué la había seducido?

¿O ella le había seducido a él?

Podría haberla tomado sin más, pero el marqués era un hombre al que le gustaban los juegos, que disfrutaba jugando con la vida de la gente. Lo había dicho anoche.

¿Por qué, entonces, le había permitido entrar en su cama y en su corazón?

Le dio otro trocito al perro y luego tomó un sorbo del chocolate. Luego, con renovada determinación, se levantó y recogió la sábana bajera de la cama, doblándola lo más pequeña que pudo, y la colocó en el fondo del armario. Effie no preguntaría por ello. Effie preguntaba por

pocas cosas.

Al guardarla, tocó los pantalones y la camisa rotos que había recogido del mozo de cuadra. Quizá esta noche les daría uso. Intentaría encontrar al Rey negro, y si no podía encontrarlo, ella misma se convertiría en él.

Después de lo de anoche, sabía que no podía demorarse.



Liam cabalgaba como si el diablo le persiguiera. De hecho, ya había decidido que ese demonio en particular sí que cabalgaba sobre sus hombros.

Nunca se había tenido mucho respeto a sí mismo, nunca se le había elogiado por su honor o valor o fuerza de voluntad.

Pero anoche se había fallado miserablemente y, que Dios le ayudara, a Caitlin. No había tenido derecho a hacer lo que había hecho. Al llevársela a la cama, había hecho promesas que no tenía derecho a hacer, y la había puesto en peligro. Se había asegurado de que, de un modo u otro, la traicionaría. Ella ya había tenido suficientes tragedias en su vida y no necesitaba más.

Había permanecido despierto la mayor parte de la noche, con sus brazos alrededor de ella, y había determinado que podía hacer una cosa más por ella. Recuperar a su hermano y sacar a los dos fuera de Escocia lo antes posible, sin importar lo que le ocurriera a él.

Pero recuperar a su hermano sería peligroso, y él no despertaría sus esperanzas.

Había abandonado la cama al amanecer, temiendo que verla por la mañana pudiera erosionar aún más la poca voluntad que tenía. Entonces había recibido un mensaje de Gavin diciendo que le necesitaban inmediatamente.

Estuvo a punto de no ir, no quería que se despertara creyendo que no se había preocupado por ella, pero tampoco podía crearle falsas esperanzas y dejarla pensar que él era alguien con quien podría construir una vida. No podía agravar el daño que acababa de infligir.

Llegó a la casa de campo de Leana, el lugar donde él y Gavin solían reunirse ya que su propia casa y su herrería eran demasiado visibles, y su amistad siempre había sido privada.

No había caballos frente a la cabaña de Leana, lo que significaba que Gavin aún no había llegado o había escondido su caballo en algún lugar del bosque. Liam desmontó rápidamente y ató su caballo frente a la casita, deseando en su fuero interno que su esposa nunca se enterara de que había visitado a Leana la mañana después de acostarse con ella.

Aunque tal vez fuera lo mejor, Caitlin debía pensar lo peor de él.

Llamó a la puerta. Leana le abrió la puerta y luego la cerró bruscamente tras él.

—James Drummond está cerca de Buckie intentando encontrar un barco, y los ingleses lo saben. Están planeando una trampa, pasando la voz de que cierto pescador podría estar de acuerdo en sacar de contrabando a un jacobita. Una camarera escuchó la planificación y se pasó la voz.

—¿Y Gavin?

—Fue hasta allí para tratar de encontrarlo y advertirle.

—Bien podría ser también una trampa para el Rey negro, —dijo Liam—. Sería muy del estilo de los taimados ingleses: Poner una trampa y permitir que se filtre la información, para luego preparar otra totalmente diferente.

—Él también ha pensado en eso y tendrá cuidado.

—Pasará por la Dama Errante, entonces, —dijo Liam. Era una taberna cerca de Buckie que habían visitado juntos. El propietario simpatizaba con los jacobitas y ya había pasado información a Liam por diversas vías. Liam había estado allí, había juzgado al hombre antes de confiar en sus palabras, pero el tabernero no había reconocido al anciano caballero inglés de aire altivo.

—Dijo que se reuniría con usted allí.

—El pescador traidor. ¿Sabemos quién es?

—Sí. Se dice que traicionaría a su propia madre por medio penique.

—Y lo más probable es que Drummond sea demasiado joven para saberlo.

—O esté demasiado desesperado.

Liam sabía mucho sobre la desesperación. Había visto bastante de ella estos últimos meses. Los Highlanders eran bravos y valientes en la batalla, pero no tenían astucia. Tenían poca paciencia con el sigilo y las precauciones.

Ella asintió, con miedo en los ojos.

Él le tocó la mejilla. —Gavin estará bien. Es escurridizo como una anguila. —Ella no contestó, pero sus ojos seguían preocupados.

—Le traeré a casa, —dijo Liam, intentando pensar qué sería lo mejor. ¿Debía ir como él mismo, o con algún otro disfraz? Necesitaba cabalgar rápido, lo que significaba que debía disfrazarse de nuevo de oficial inglés. Le disgustaba utilizar el mismo disfraz dos veces seguidas, pero tenía pocas opciones.

—¿El uniforme inglés? —Miró a Leana con una pregunta en la voz.

—Lo limpié lo mejor que pude, ya está seco.

Asintió con la cabeza. —Me llevaré el negro y dejaré mi caballo aquí. Si pasa alguien, estoy en el bosque cazando y no volveré hasta tarde.

—¿Incluida la marquesa?

—Sí.

—Alguien podría ver tu caballo aquí.

—Lo más probable.

—¿Ella no pondrá objeciones?

—No le corresponde a ella oponerse. —Su voz era dura, más dura de lo que pretendía. Él no quería esto, pero tampoco quería que nadie supiera que tanto él como el herrero se habían ido de la zona al mismo tiempo. Mucho mejor que pensaran que había vuelto con su amante.

¿Mucho mejor para quién? susurró el demonio en su cabeza.

No perdió más tiempo. Cogió lo que necesitaba del compartimento oculto bajo el suelo de la cabaña y lo dobló en una manta. Demasiada gente le conocía por aquí. Esperaría a cambiarse hasta que fuera poco probable que alguien le reconociera.

—No te preocupes, —dijo—. Enviaré a Gavin de vuelta en cuanto lo encuentre.



Los rumores abundaban en la casa de la torre. Tantos, de hecho, que Caitlin se preguntó si había sido ella la destinada a oírlos.

Susurros, susurros, susurros.

—El marqués está en la casita de la bruja.

—Lleva allí dos días.

—El muchacho Drummond está huyendo.

—Dicen que es una trampa para el Rey negro.

El Rey negro y la amante del marqués. Cada vez que se acercaba a una puerta, se cruzaba con los criados en el vestíbulo o pasaba por el gran salón a la hora de la cena, oía las voces detenerse, pero sus ecos le comían un agujero en el alma.

Una trampa.

El marqués y su amante.

Una trampa para el Rey negro.

Ella no podía permitirlo, era su única esperanza de salvar a Miles.

Y a ella misma.

Ella tenía que advertirle.

Buckie. Los susurros decían que la trampa estaba siendo tendida en Buckie. Estaba a muchas millas de distancia. ¿Cómo podría llegar a tiempo? ¿Cómo podría encontrarlo?

¿Cuándo regresaría su marido?

Sus frecuentes ausencias casi siempre duraban al menos dos o tres días y a menudo una semana o más.

Caitlin recordaba el calor que había sentido en sus brazos, la pasión, incluso la dulzura. Ahora se había ido a casa de su amante. ¿Para reírse de cómo había seducido a su mujer, de cómo la había encantado y embaucado?

¿Cómo había podido dejarse engañar tanto por aquel hombre? Había saltado de su cama a la de una mujer suelta. ¿Tan inadecuada había sido, tan poco atractiva?

Sentía el corazón hueco y la garganta espesa.

Entró en la habitación de Liam, cerró la puerta firmemente tras de sí y se colocó de modo que pudiera registrar su armario además de vigilar la puerta, esta vez no se dejaría sorprender.

Buscó la baraja de cartas. Seguramente no echaría en falta ni una ni dos.

Pero habían desaparecido, todas.

Tenía una única jota de la baraja que él le había dado y ninguna más.

Le había dado permiso para cabalgar sola, pero si cogía un caballo y no lo devolvía antes del anochecer, estaba segura de que se daría la alarma. Se decía que el Rey negro era ladrón de caballos además de jacobita, podría robar un caballo.

¿Qué le pasaría a Miles si la atraparan? El pensamiento le hizo sentir escalofríos de terror, pero tenía que hacer algo.

¿Podría confiar en Effie?

Su mente saltaba de un tema a otro. ¿Se atrevería a arriesgarse?

El Rey negro había arriesgado repetidamente su vida por sus amigos, por los patriotas de Escocia. ¿Cómo podía ella hacer menos por él?

Cerró el armario del marqués y abandonó su austera habitación. Era mediodía.

Caitlin se fue a su habitación, Jack el negro la seguía ansiosamente. Gimoteaba como si supiera lo que ella estaba pensando.

Se miró la cara detenidamente en el espejo. Estaba pálida, pero no lo suficiente. Quizá sería más fácil si se pone un color poco saludable, muy poco saludable.

Pero, ¿qué tipo de enfermedad mantendría a la gente alejada, reacia a entrar en su habitación? ¿La viruela? Eso aterrorizaría a todo el mundo, pero también atraería la atención hacia Lockhart. Eso no serviría.

¿Desmayos? Todos sospecharían de un niño. Habían pasado tres meses desde su boda.

Eso era, podría recluirse. Recordaba haber oído historias de mujeres que se desmayaban cuando estaban embarazadas, que enfermaban de muerte. Su madre, que tuvo siete hijos, cuatro de los cuales sobrevivieron al parto, siempre había manifestado su desprecio por ese comportamiento, a una mujer le correspondía parir con dignidad.

¿Cooperaría Effie? ¿Se arriesgaría a la ira del marqués.

Le diría a Effie que estaba débil y enferma del estómago, que no se encontraba lo bastante bien como para ver a nadie. Ellos ya sacarían sus propias conclusiones. Entonces se escabulliría esta noche, dejando una nota para Effie, diciéndole que tenía que asegurarse de que su hermano estaba a salvo, que había oído que no lo estaba. ¿Podría decirle a todo el mundo que la marquesa seguía siendo frágil? ¿Culparían a Effie si se descubre todo?

Inmediatamente descartó ese plan debido al último factor. Ella no podía ser responsable de que Effie fuera pillada en semejante mentira.

Tal vez la vía directa fuera la mejor. El marqués le había dado libertad para cabalgar. Había dejado su cama y se había ido con su amante. Ella simplemente cogería un caballo y se marcharía, dejándole una nota a él o a cualquiera que preguntara de que iba a visitar a su hermano. Ella había prometido no abandonar el matrimonio, pero no había prometido que no intentaría visitar a su hermano.

Podían ocurrir muchas cosas en el trayecto. Podía tomar el camino equivocado y perderse

durante días.

Estaba segura de que tendría que pagar un precio, pero si era capaz de advertir al Rey negro no importaba. Sobre todo si con eso podía ganarse su gratitud y su ayuda.

Y si su marido estaba consternado, ella podría contrarrestar acusación con acusación. Su marido había abandonado su lecho sin decir ni una palabra. Probablemente por la cama de su amante. Su ira no podía ser mayor que la de ella.

Caitlin planeó cuidadosamente su huida. Tenía que marcharse durante las horas diurnas o habría preguntas. Sabía que el padre de Jamie se quedaba en el establo por la noche y bien cuestionaría un paseo a medianoche.

Se vistió con su traje de montar y luego envolvió cuidadosamente la ropa vieja de Jamie junto con una cofia en un trozo de tela. Pensaba decir, si alguien preguntaba, que llevaba la tela para que le hicieran una camisa a su marido. Como idea de último momento, sacó el collar que le había regalado su marido, podría necesitar un soborno. Había tenido algún significado para ella durante una fracción de tiempo, pero ahora no tenía ninguno.

Lo cosió con cuidado dentro de una de las perneras del pantalón y luego cosió otro trozo de tela sobre él. Sería incómodo y complicaría su forma de andar, pero bien podía ser necesario. Le dio un poco de satisfacción que pudiera utilizar su regalo para frustrar a quien se lo regaló.

Después escribió una nota diciendo que había ido a ver a su hermano. Con suerte, a Malcom no le importaría lo suficiente como para enviar a alguien tras ella, sobre todo sin órdenes del marqués.

Caitlin planeaba perderse por el camino. Tomaría el camino de Rosemeare, donde su hermano estaba encarcelado, y luego atajaría hacia Buckie, en la costa. Sería algo de lo más inusual que una mujer hiciera semejante viaje sin escolta, pero después de todo, era una jacobita. Si su marido podía desaparecer durante días, no sabía por qué ella no.

Y lo que era más importante, estaría actuando, convirtiéndose en parte de los acontecimientos que la afectaban, y no sólo ser un peón en el juego de otro, o más bien de otros, el de Cumberland y el de su marido.

Ninguno se preocupaba por ella ni por Miles.

Nunca se había sentido tan sola. Y, sin embargo, también sintió un propósito.

Caitlin se apresuró a bajar las escaleras. Malcom y algunos de sus hombres estaban fuera buscando al joven Ogilvy y ahora probablemente a Drummond, y a cualquier otro jacobita que pudieran localizar. Volverían esta noche y lo único que les importaría serían los barriles de vino y la comida caliente.

Jamie estaba en el establo y ensilló su caballo. Le pidió acompañarla, pero ella le dijo que ya conocía el camino y que estaría segura sola. La miró dubitativo, pero entonces entró su padre y le dijo que le hiciera caso a la dama.

Era obvio que nadie excepto Jamie se preocupaba realmente por su seguridad.

Ella montó con su ayuda, y luego paseó la yegua por el sendero, fuera de la vista de la casa de la torre. Luego Caitlin impulsó a la yegua al galope hasta que llegaron a un cruce de caminos. Tomó el camino que conducía a las montañas y a la costa, el que la alejaba de lord Creighton y de su hermano.

Era libre.



El rumor era, en efecto, una trampa para el Rey negro y no para Drummond. Sin embargo, si Drummond también era apresado, tanto mejor.

Liam descubrió ese hecho muy pronto.

Su uniforme le valió la entrada a una taberna frecuentada por oficiales ingleses. Afortunadamente, estaban hasta arriba de copas y le aceptaron sin rechistar, sobre todo porque parecía tan borracho como ellos.

No eran discretos. Varios de ellos acababan de llegar de patrullar. Cada aproximación a la casa del pescador estaba bien vigilada. Cualquier extraño, no importaba la edad o el sexo, era detenido. Drummond probablemente oiría hablar del pescador en breve y se dirigiría hacia él.

Sin duda, el Rey negro tendría que salvarlo de su propia insensatez.

Los ingleses no sabían exactamente dónde se encontraba Drummond, pero creían que se ocultaba fuera del país. Lo habían avistado cerca de un pueblo y más tarde habían oído a un muchacho del pueblo que lo vio preguntar si alguien conocía a un pescador dispuesto a arriesgarse a embarcarlo hacia el sur, hasta un puerto donde pudiera encontrar pasaje para salir del país, y que pagaría bien.

Se corrió la voz de que un tal Geordie Grant estaría interesado. Se decía que Geordie haría cualquier cosa por una moneda o un barril de cerveza. Se esperaba que Drummond se acercara a él esta noche o la siguiente. Al parecer, los soldados formaban parte de la patrulla que vigilaba la casa del pescador desde hacía dos días y estaban cansados de la inacción. También estaban cansados de la incesante lluvia fría, y se quejaban amargamente de que el clima escocés era tan frío y traicionero como muchos de los habitantes del país.

Aun así, la idea de atrapar al Rey negro era tentadora, y la recompensa, cuantiosa.

Liam puso su mejor acento inglés. Como había convivido con una familia inglesa, podía hablar de casi todo con cierto conocimiento. Pronto hizo rugir de risa a sus compañeros con imitaciones de varios altos cargos del gobierno del rey George. Luego, completamente aceptado, se sentó con un brandy, fingió una borrachera y escuchó mientras un plan fermentaba en su mente.

Lo siguiente que tendría que hacer era encontrar a Gavin o asegurarse de que las advertencias habían sido entregadas. Sospechaba que Gavin podría haber encontrado ya a Drummond. Su amigo había construido varias redes sólidas de espías, utilizando la información de aquellos a los que ya habían ayudado. Espoleado por su propia infancia funesta, Gavin se había convertido de forma bastante activa y entusiasta en un protector de los débiles y los perseguidos. Tenía, de hecho, un don para los nombres y la organización.

Liam deseó suerte a los demás oficiales en la búsqueda del villano de corazón negro que los había puesto en ridículo, aunque esa última parte de la frase no la dijo en voz alta y se dirigió inseguro hacia la puerta y hacia su caballo.

Quince minutos más tarde se acercó a la Dama Errante. Era una taberna frecuentada por los pescadores locales, muchos de los cuales odiaban a los ingleses, y era por lo tanto evitada por los soldados de la corona. Liam sería completamente odioso, lo suficiente como para llamar la atención.

Los escoceses se apiñaban alrededor de las mesas en un silencio sombrío y hosco, con expresiones amargas y hostiles en los rostros cuando él entró en la sala. Su pesca había sido restringida en gran medida por los ingleses, preocupados por la fuga de jacobitas. Los barcos eran repetidamente registrados y a menudo confiscados por los ingleses que alegaban que sus propietarios eran simpatizantes jacobitas.

Un hombre se le acercó, un individuo corpulento con el ceño profundamente fruncido.

—Creo que se equivoca de lugar, —le dijo.

—Creo que no, —dijo Liam y tomó una silla—. Tomaré su mejor brandy. —Momentos después estaba bebiendo lo que debía ser el peor brandy de toda Escocia.

Todos los ojos estaban puestos en él. Los ignoró, levantó los pies sobre la mesa y se reclinó cómodamente en la silla y miró a los demás con ecuanimidad. Pasó una hora, luego otra.

Sus compañeros de taberna murmuraron. Él les sonrió.

Uno a uno se fueron marchando, dejando al dueño mirándole con el ceño fruncido. —Hora de cerrar, —dijo.

—Esperaba una partida amistosa de cartas.

El tabernero le miró como si le hubieran crecido unos colmillos y estuviera exhalando fuego. Sabía que no podía obligar a un oficial inglés a marcharse.

—Siéntese y juegue conmigo, —le dijo Liam. El hombre frunció el ceño.

Liam no prestó atención al ceño fruncido. En su lugar, sacó una baraja de cartas y las barajó con facilidad. Luego partió la baraja y dio la vuelta a una carta para obtener una jota negra.

El ceño del tabernero se frunció aún más. Se dio la vuelta y empezó a alejarse. —Kenneth dijo que se podía confiar en usted. —Kenneth era el nombre que Gavin utilizaba en sus viajes.

El hombre se detuvo.

—¿Cómo está el Sr. Kenneth?

—Alma enferma.

La mirada del tabernero se clavó en él, aceptando las palabras acordadas con una duda persistente. Seguía siendo cauto, y Liam lo aprobaba.

—¿Qué quiere?

—¿Ha estado Kenneth aquí?

—Lo ha hecho.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. —El tabernero siguió mirándole con suspicacia—. Dejó un aviso.

—¿Para Drummond?

—Sí, —dijo el hombre con cautela.

—¿Sabe dónde está, entonces?

—Tal vez. —Volvió a mirar la carta—. Cualquiera podría tener esa carta.

Liam levantó los pies de la mesa. —Cierto, —dijo amablemente—, pero necesitábamos algo en lo que la gente pudiera confiar.

—Bien podría haberlo impostado, aunque también conocía las palabras. —Los ojos del tabernero se entrecerraron—. ¿Es usted él? ¿El Rey?

—No, soy sólo un mensajero.

El hombre no parecía creer a Liam, pero parecía un hombre desconfiado por naturaleza. Liam también lo aprobó.

—Debo ponerme en contacto con Drummond.

Unos fríos ojos azules le evaluaron. —Parece y habla como un oficial inglés.

—A veces es útil.

—Sí, —dijo el hombre a regañadientes—. Puedo recibir un mensaje. —Se erizó—. ¿O no soy de confianza?

—No estaría aquí si no lo fuera. —Liam dejó de lado el acento inglés—. Pero Drummond es testarudo y puede que no le crea.

El posadero vaciló, luego cedió lentamente.

—Os llevaré ante él. Pensaba llevarle el mensaje de Kenneth esta misma noche. Primero tendré que conseguir que mi hermano se haga cargo de la posada.

—¿Tiene otra ropa? Este uniforme es bastante llamativo, y no me apetece que me fusilen como a un inglés.

El posadero finalmente sonrió.

—Puede que nuestro Padre no os deje entrar por sus puertas.

—Eso espero, —estuvo de acuerdo Liam—. Él ve nuestros negros corazones.

—Sí, —dijo.

De repente se sintió aceptado. No sabía por qué ni cómo, pero el hombre le hizo un gesto para que subiera unos estrechos escalones y abrió una puerta para introducirle al interior.

En unos instantes, Liam se vistió con unos simples calzones harapientos hechos de drugget. Eran bastos y sin teñir, exactamente lo que necesitaba. Seleccionó una camisa usada y algo maloliente de un material igualmente áspero, y luego unos zapatos con una suela fina casi desgastada. El posadero añadió una chaqueta gastada.

El hombre observó con curiosidad cómo Liam se despojaba del bigote bien cuidado de encima de los labios. Estaba, Liam lo sabía, reconsiderando la negación de Liam de que él fuera el Rey negro. Pero Liam no tenía intención de debatir, y dejó que se lo siguiera preguntando.

Se metió un poco de algodón en las mejillas y luego se oscureció los dientes con una sustancia que le había dado Helen. El algodón también le cambió la voz.

El posadero lo miró con asombro.

—Nunca lo hubiera creído. —Extendió la mano—. Soy Kerry.

Liam le dedicó una sonrisa torcida y dentada.

—Lo sé.

16

A Caitlin le dolía cada hueso del cuerpo. Cada músculo, cada parte de su cuerpo. El frío se colaba dentro de la fina ropa que llevaba, y el viento azotaba la desgastada cofia. Rezó para que el bonete demasiado grande mantuviera su pelo dentro. Se lo había disciplinado en una trenza apretada y se lo había sujetado fuertemente a la nuca.

También se había atado los pechos con un trozo arrancado de una sábana. El problema era, por supuesto, el caballo. Era demasiado fino para alguien de la evidente condición de un muchacho. Sin embargo, ella lo necesitaba para llegar a Buckie a tiempo de avisar a los destinatarios de la trampa inglesa.

Así que cabalgó a través de bosques y campos y los Grampians. Por la noche se arriesgaba por los caminos, escuchando atentamente el sonido de los cascos y metiéndose en las sombras ante cualquier ruido.

¿Había sido una completa tonta? Empezaba a pensar que sí.

Effie ya la estaría echando de menos. ¿Haría sonar la alarma o simplemente creería que estaba con el marqués? Podrían estar buscándola en este mismo momento. Quizá el marqués había llegado a casa. Ella había probado su cinismo, su irritación, pero no su ira. ¿Qué haría él?

Pensó en Jack el negro en su cesta de Lockhart. Effie se ocuparía de él, Caitlin lo sabía. La criada estaba tan cautivada con el cachorro como ella. ¿Y qué podía hacer ella realmente? Había pensado en intentar convertirse en el Rey negro, pero ¿quién creería que un muchacho tan escuálido podría ser el valiente e intrépido héroe? Maestro de los disfraces o no, nunca cabría en una forma tan pequeña como la suya.

Sintiéndose cada vez más inútil, no obstante siguió cabalgando durante la noche hasta llegar a las tierras de los Innes. El clan Innes siempre había sido jacobita, y sus tierras no estaban lejos de Buckie. Ella había ido allí varias veces con sus hermanos. Uno de sus hermanos, de hecho, había cortejado a Anne Innes.

¿Había sobrevivido alguno de ellos al baño de sangre? Su rama del clan era pequeña, sin ningún título, sólo un laird. ¿Habrían conseguido conservar alguna de sus propiedades? Recordó a uno de los herederos, que había coqueteado abiertamente con ella. Eso había sido hacía sólo dieciocho meses y parecía toda una vida.

Pensó en la fiesta en la casa a la que había asistido, el baile y la alegría. La mayoría de los invitados habían muerto ya. Su prometido, Magnus, había estado allí, al igual que sus dos hermanos. No habían hablado de otra cosa que de la inminente llegada del príncipe Charles y de cómo echarían a los británicos de Escocia de una vez por todas. Habían fanfarroneado, bebido y bailado y habían sido muy jóvenes. Se mordió el labio para evitar que le brotaran las lágrimas, para contener el sentimiento de pérdida y vacío.

Ahora todos se habían ido, todos ellos.

Y se habían ido por una causa que en realidad nunca tuvo una oportunidad. Ella lo sabía ahora. Sabía de los clanes que habían abandonado al príncipe, de los errores y de todas las advertencias que había desoído. Y aun así, ella, como tantos escoceses, le deseaban un viaje rápido y seguro a Francia.

Nunca habría otro levantamiento. Cumberland había hecho bien su trabajo.

Casi entumecida por el frío y los ecos de un pasado que nunca podría renacer, ató su caballo a un arbusto y se acercó a la casa torre donde una vez había bailado tan alegremente. Los primeros destellos grises del amanecer aparecían sobre las colinas. Se acercaría primero al establo e intentaría averiguar si Anne Innes seguía residiendo allí. Tal vez Anne pudiera encontrarle un caballo menos llamativo.

La puerta del establo estaba cerrada. La abrió y se deslizó dentro. Hacía sólo un poco más de calor que fuera y se estremeció. Se quedó quieta hasta que sus ojos se adaptaron gradualmente a la oscuridad. La primera luz de la mañana se coló, permitiéndole ver primero los objetos y luego los animales.

Uno de los caballos relinchó, luego varios otros se unieron al coro. No supo si expresaban desaprobación por ser molestados o la esperanza de que llegara la comida. Contó sólo cinco; los Inneses tuvieron una vez uno de los establos más grandes y elegantes de las Highland.

Miró si había alguien dentro del establo como hacían John y Jamie en Lockhart, pero no había nadie.

Caitlin se puso a estudiar los caballos, pues el suyo estaba muy cansado. Si Anne estaba en la residencia, o alguien de su familia, estaba segura de que podría pedir prestada una montura. Uno de ellos, una yegua mayor, parecía una buena posibilidad.

Consideró el acercarse a la puerta trasera como una mendiga, pero mejor aún, pensó, esperaría aquí y vería si aparecía el mismo mozo que había conocido meses atrás. Podría descubrir de él el destino de Anne y su familia. En virtud del hecho de que su padre había sido demasiado viejo para unirse a la rebelión y Anne no tenía hermanos, tal vez hubieran escapado del destino de tantas otras familias jacobitas. Y tal vez habrían oído algo del Rey negro.

Entró en un establo vacío. El heno limpio absorbía el frío del suelo de tierra. Se hizo un ovillo, dormiría unos instantes, sólo unos ...

Caitlin se despertó con una fuerte patada en el pecho.

La consciencia fue rápida y dolorosa. También lo fue la comprensión inmediata. Agarró su cofia, asegurándose de que se había quedado en su sitio, y luego miró fijamente a su atacante.

No era el pretendiente que había visto meses atrás.

—Los mendigos van a la parte trasera de la casa de la torre, —dijo el hombre.

Caitlin intentó incorporarse, pero le dolía el pecho. Miró fijamente al hombre, intentando recordar cómo hablar. —No tenías necesidad de hacer eso. No hice daño a nadie.

—¿Qué quieres?

—A lady Innes. Quería ver a lady Innes.

El hombre la miró con suspicacia. —¿Qué quieres con ella?

Eso significaba que ella estaba aquí. Caitlin rezó en silencio una oración de agradecimiento. —Dijo que me echaría una mano.

—¿Entonces por qué no fuiste a la casa?

—No quería despertar a nadie, —dijo indignada.

—No pareces gran cosa.

Caitlin le dirigió una mirada indignada.

Él la miró con el ceño fruncido. —Lady Anne no se levantará tan temprano.

Ella le miró socarronamente. —Puedo ayudar con los caballos mientras espero.

Algo de su truculencia se desvaneció. Asintió secamente.

Caitlin limpió un puesto y luego ayudó con otro. Cuando terminó, volvía a estar olorosa, dolorida y cansada. Y aún le dolía el pecho por el golpe del mozo de cuadra, pero había conseguido entablar conversación con el hombre.

—Dicen que el Rey negro ha estado por aquí, —dijo mientras limpiaban juntos un establo.

El hombre se encogió de hombros. —No es asunto mío, salvo que no me importaría recibir algo de esa recompensa por su cabeza.

Caitlin le miró con horror. —¿Lo entregaría?

—No es nada bueno para mí. Problemas, eso es todo lo que es.

Ella se mordió la lengua. No podía traicionar su interés. —¿Se ha casado milady?

—No. Su padre está enfermo, y se dice que el hombre con el que iba a casarse murió en Culloden.

Su hermano. Así que Anne le había sido leal incluso después de muerto. —¿El laird está enfermo?

—Sí. El carnicero de Cumberland se llevó su ganado y ovejas, incluso sus mejores caballos.

Así que Anne también había conocido los malos tiempos. Al menos, sin embargo, no se había visto obligada a contraer un matrimonio detestable. Sintió que la sangre le subía a la cara al pensar en Liam MacTavish, en cómo había respondido a él, a aquellos momentos de ternura. Todos habían formado parte de algún juego o, peor aún, de una estratagema para dejarla embarazada. Podía haberla tomado desde el principio, por supuesto, estaba en su derecho. Ahora casi deseaba que lo hubiera hecho. Habría sido preferible a ser tomada tan a la ligera, a ser utilizada de una manera tan descabellada.

Su rudo compañero terminó de limpiar el último establo y dijo: —Iré a decirle a milady que está usted aquí. —Vaciló—. Le diré que eres un buen trabajador. —Se detuvo en la puerta —. Me llamo John. ¿Y tú te llamas...?

Caitlin no había pensado en eso, pero de golpe se le ocurrió el nombre de su hermano, el prometido de Anne: Coinneach, Kenneth en gaélico. —Kenny, —dijo tras una breve pausa—. Me dijo hace más de un año que si alguna vez necesitaba un puesto...

John la miró con extrañeza. —Hace un año.

—O más, —añadió servicial.

Fue hacia la puerta, luego miró hacia atrás. —Milady no va a aceptar nada.

Caitlin sacudió la cabeza tan seriamente como pudo. —Sirrah, —dijo—. El muchacho que trabajaba aquí... ¿sabes algo de él?

John se encogió de hombros. —Se unió al Príncipe y nunca se le volvió a ver.

La carga en el corazón de Caitlin se hizo más pesada. ¿Cuántos más se habían ido? Suspiró cuando el mozo salió del granero y se dirigió a la puerta.

¿Lo entendería Anne? ¿Saldría o pediría ver al muchacho harapiento? Caitlin podría haber ido a la puerta nada más llegar, y probablemente lo habría hecho, de no ser por lo temprano que era. Dependía de la curiosidad de Anne, si no la reconocía de inmediato.

Pasaron los minutos. No sabía cuántos, y su ansiedad aumentaba. Entonces vio a Anne en la puerta, y el mozo volvió trotando al granero. —Ella os recibirá, —dijo, mirándola con nuevo respeto.

Caitlin salió por la puerta con lo que esperaba que fuera la arrogancia de un muchacho de la calle.

Cuando llegó a los escalones de la puerta de la casa torre, los ojos de Anne se agrandaron cada vez más. Sin embargo, no dijo nada hasta que Caitlin estuvo a varios metros de ella.

—¿Caitlin?

Caitlin sonrió. —Sí, pero espero que nadie más me conozca bajo esta suciedad.

Anne apartó la mirada de ella. El chico las observaba. Se volvió, abrió la puerta y entró, indicando a Caitlin que la siguiera. Una vez cerrada la puerta, se volvió hacia Caitlin y la abrazó. —Santa Madre, Caitlin. —Apretó su mano—. Me he preocupado mucho por ti, y ahora apareces con este aspecto. ¿Qué está pasando?

—El Rey negro está cayendo en una trampa. Tenía que encontrar a alguien que pudiera llegar hasta él.

La nariz de Anne se arrugó. —Creía que te habías casado...

—El carnicero me obligó a casarme con el marqués de Lockhart. Cumberland tiene a Miles como rehén de mi obediencia.

—¿Entonces no era nada de lo que querías?

—Es lo último que quería. Es un... derrochador, un traidor, y le desprecio.

—¿Él te permitió venir aquí?

—No. Está fuera, probablemente con su amante. Le dejé una nota diciéndole que iba a ver a Miles. Lord Creighton lo retiene en Rosemeare.

Un escalofrío la sacudió de repente, y Anne miró su ropa húmeda con preocupación. —Deberías llevar ropa más abrigada.

—Tengo que ir a Buckie vestida así, un muchacho puede visitar las tabernas y tal vez oiga algo del Rey negro. Tú no has oído nada, ¿verdad? —preguntó esperanzada.

—No, pero te deseo buena suerte.

—Necesito un caballo, Anne. Cogí uno del establo de Lockhart, pero es demasiado fino para alguien vestida como yo. Esperaba que pudieras proporcionarme un animal menos llamativo.

Ana vaciló. —Hay una yegua vieja... ahora es más bien una mascota.

—Cuidaría muy bien de ella.

Anne la miró con nostalgia. —Ojalá pudiera ir, pero padre...

—John me dijo que estaba enfermo.

—Se le rompió el corazón cuando Cumberland se llevó nuestras ovejas y ganado. Ahora no tenemos forma de alimentar a nuestra gente. Algunos ya se han ido para intentar encontrar trabajo en Glasgow o Edimburgo. Creo que se está dejando morir.

—Tal vez yo pueda ayudar.

—Siempre fuiste una de sus favoritas, —dijo Anne—, pero no puedes verle así y si te cambias de ropa, alguien podría reconocerte.

Caitlin se inclinó hacia ella y la abrazó. —Y entonces podrían culparte. Intentaré volver pronto.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Anne. —Nunca dejaré de echar de menos a tu hermano. —Hizo una pausa, luego se dirigió a un escritorio y se sentó, cogiendo una pluma y papel. Rápidamente escribió algo, garabateó un nombre en ella y la selló.

—Es una carta para mi hermana, invitándola a visitarme, —dijo—. Si alguien te detiene, dile que trabajas para mí y que llevas una carta para Jane Grant. Te dará una razón para tener un caballo.

—Gracias, —dijo Caitlin agradecida—. Ahora debo irme. Puede que ya sea demasiado tarde.

Anne asintió. En unos minutos había encontrado una chaqueta desgastada que Caitlin podía ponerse sobre su ropa aún húmeda, y luego caminó con ella hasta los establos.

Una vez allí, se enfrentó a John. —Ensilla a Sadie. El muchacho va a llevar un mensaje a mi hermana.

John pareció sorprendido pero obedeció rápidamente; más rápido, de hecho, de lo que Caitlin hubiera creído. Recordó el comentario de Anne de que muchos de los suyos habían tenido que marcharse. ¿Por qué se había quedado él? ¿Lealtad a Anne o a otra persona?

Caitlin montó con facilidad, notando de nuevo lo muchísimo más fácil que era montar la silla de un hombre en lugar de la silla de montar lateral a la que estaba acostumbrada. Anne salió con ella y, fuera de la vista del mozo de cuadra, le cogió la mano y se la estrechó con fuerza. —Buena suerte, —le dijo.

—Mi caballo está justo más allá de esa colina. Podrías dar una vuelta por allí y encontrarlo.

—Sí, eso haré, y te lo guardaré.

—Gracias.

—No es necesario. Sólo ten mucho cuidado, no deseo perder a otro MacFarlane a manos

del carnicero.

Caitlin llegó a Buckie a última hora de la tarde. Temerosa de que alguien pudiera verla a través de su disfraz, evitó una taberna que parecía albergar a numerosos soldados ingleses, y se detuvo en una pequeña cervecería. Entró de reojo, encontró un asiento en las sombras donde podía escuchar sin llamar la atención. Vacilante, gastó una moneda en un vaso de cerveza, que apenas sorbió, y escuchó.

Las monedas procedían de sus apuestas con el marqués. Había vuelto a pensar en él de ese modo, pues era demasiado inquietante pensar en él como su marido.

Desechó los pensamientos sobre él y en su lugar trató de escuchar las diversas conversaciones que estaban teniendo lugar, pero tras varias miradas recelosas hacia ella, la conversación se centró en la pesca y en la intromisión de los ingleses. Empezando a sentir que su misión era inútil, abandonó la taberna.

Caitlin se dirigió hacia donde había dejado a la yegua. Se había enterado de la existencia de otra taberna, una conectada a una posada. Allí podría estabular a Sadie y alimentarla. Luego decidiría qué hacer a continuación.

Condujo a la cansada yegua calle abajo, metiéndose entre las sombras cuando oyó que un destacamento de soldados bajaba por el camino, deteniéndose en la taberna anterior que atendía a los ingleses. Dos entraron, al parecer buscando a uno de sus miembros.

—Maldita sea si sé a dónde ha ido Robbie, —dijo uno de los hombres que quedaban en la calle.

—El coronel lo va a desollar. Quiere a todos los hombres de esas colinas.

Caitlin puso la mano sobre la boca de la yegua, instándola a guardar silencio mientras intentaba escabullirse cada vez más entre las sombras.

Se esforzaba por oír retazos de conversación.

—Maldita sea, pero parece que el plan del coronel funcionó.

—Si pueden seguirles el ritmo…

No oyó la respuesta, pero sí otra voz. —Al menos sabemos que el posadero y otro hombre subieron al bosque para encontrarse con Drummond, sin duda. El coronel está bloqueando todos los caminos, y usando todos los hombres de la zona.

—¿Y si no es el rey?

—Mejor no le sugiera eso al coronel. Está convencido de que la Dama Errante es un nido de traidores. Hace días que los tiene vigilados y dos hombres se escabulleron antes del amanecer. No hay duda de que es el Rey.

—¿Y por qué no los detienen?

—El coronel también quiere a Drummond. Eso sería bueno para un ascenso.

—Y la recompensa tampoco la compartirá.

—¿Y Geordie? —dijo otra voz, pero ahora se alejaban más y ella apenas podía oír.

—Fue un tonto al creer que alguna vez conseguiría sus treinta piezas de plata. —Sus voces se alejaron por completo a medida que avanzaban por el carril.

Geordie, debe de ser el pescador dispuesto a traicionar al Rey negro. Un nombre, ya tenía un nombre. Debería valer para algo.

Pero, ¿y ahora cómo podía advertir al Rey negro? Los caminos estaban obviamente vigilados por los ingleses, y ella no tenía ni idea de dónde estaban.

Una idea empezó a formarse en su cabeza. Si pensaban que el Rey negro estaba en otra parte. Si pensaban que estaba a punto de sacar a Drummond de Escocia, entonces abandonarían las colinas.

Pero, ¿cómo iba alguien a confundirla con el Rey negro, el gigante alto montado en un caballo negro, o con una anciana, disfraz que se rumoreaba que adoptaba? ¿O incluso con un anciano?

Necesitaba ayuda y había que avisar a la gente de la Dama Errante. Todos serían ahorcados si se demostraba que alguno había ayudado al Rey negro.

La Dama Errante.

Condujo su yegua a campo abierto y se alejó de los soldados.

Vio a un muchacho escupir hacia donde habían caminado, y se acercó a él.

—¿Puedes decirme dónde está la Dama Errante?

—Sí, está abajo, en el paseo marítimo. Toma el camino hacia el mar, puedes verla desde allí. —Miró a Caitlin con curiosidad—. ¿Tienes negocios allí?

—No. Me dijeron que podía descansar y dar de comer a mi montura.

—Yo iría a otro sitio. Los ingleses tienen espías vigilando.

—No tengo dinero, y se dice que el dueño es amable con el pienso.

Se encogió de hombros. —Es tu cuello, no el mío.

Caitlin condujo a la yegua por el camino hacia el mar. Ya había anochecido, pero la lluvia había cesado, una luna brillante iluminaba el cielo, aunque una pesada nube ocasional lo emborronaba. Miró primero en una dirección y luego en otra. Vio un cartel golpeado por la intemperie que crujía con el viento, era la silueta de un barco posada sobre letras talladas.

Así que la posada había recibido el nombre de un barco. Miró a su alrededor. Si quedaban soldados ingleses espiando, ella no veía a ninguno, pero el soldado había dicho que todos los hombres habían sido enviados a peinar los caminos y senderos que bajaban del bosque. Sólo le quedaba esperar.

Caitlin buscó la baraja de cartas oculta entre sus ropas. El rey estaba en la parte superior. Después se acercó a la puerta, donde ningún sonido provenía del interior, ningún ruido estridente como el que había habido en los otros dos establecimientos. Empujó la puerta, estaba abierta y decidió entrar.

Había un hombre dentro, sentado desoladamente en una silla. Era de talla enorme.

La mitad de su cara estaba sepultada por una barba roja e indómita. —Está cerrado, muchacho, —dijo.

—La puerta estaba abierta.

—Siempre está abierta, pero ahora no es prudente estar aquí.

Ella se puso en marcha. —¿Entonces ya lo sabes todo?

Él se levantó con sorprendente rapidez y, en tres grandes pasos, se colocó junto a ella, agarrándole fuertemente el brazo. —¿Qué quieres decir?

Caitlin extendió la jota de picas con la mano libre y la colocó sobre la mesa junto a ellos.

Su barba se retorció y sus ojos se entrecerraron. —¿Qué sabe un muchacho de cartas?

Ella se irguió hasta su plena estatura, haciendo caso omiso del dolor que le producía su agarre.

—Ya sabes que el... rey tiene muchos disfraces.

La cabeza del hombre se echó hacia atrás. —¿A qué juegas, muchacho?

La presión sobre su brazo era como un tornillo de banco y ahora mismo utilizaba toda su fuerza de voluntad para no gritar.

—¿Eres el posadero?

—Mi hermano lo es. Me pidió que me quedara aquí por él.

—Está en peligro. Los ingleses saben que se ha ido con otro hombre, uno que sospechan que es el Rey.

—Pero él no lo es, porque lo eres tú, —replicó el hombre sarcásticamente—. Pregunto de nuevo, ¿a qué juego juegas?

—No juego a ninguno, —dijo, y supo que su acento se había deslizado de mozo de cuadra a la dicción más precisa de la realeza.

—¿Cuáles son las palabras?

Ella cerró los ojos, no conocía ninguna palabra. Caitlin se sintió enferma. ¿Cómo pudo pensar que podría engañar a alguien?

—No soy el Rey, —admitió.

—Obviamente, —murmuró el hombre.

—Soy un amigo que necesita desesperadamente sus servicios. Le estaba buscando cuando oí por casualidad a unos soldados británicos decir que habían estado vigilando la posada y que dos hombres salieron esta mañana temprano. Les siguieron hasta el bosque y luego desaparecieron, pero los ingleses tienen todos los caminos cubiertos—. Hizo una pausa. —Y cualquiera que venga aquí está en peligro.

Sus profundos ojos hundidos adquirieron una mirada feroz. —Creo que vosotros sois el peligro. ¿Cuánto os pagan los ingleses por fisgonear? —Sus manos no soltaron su agarre—. Creo que debería ahogaros.

—Entonces todos morirán, —dijo ella desafiante, mirándole fijamente—. ¿No lo ves? El Rey negro tiene que aparecer en otro lugar, en casa de Geordie.

Su ceño se frunció.

Caitlin se apresuró ante su vacilación. —Es una doble trampa. Los ingleses hicieron saber que un hombre llamado Geordie, no sé el apellido, embarcaría a Drummond hacia el sur, pero en realidad quieren al Rey negro. Creen que si el Rey se enterara de la trampa, intentaría llegar a Drummond. Deben haber sospechado de su... posada.

—Los ingleses no son tan listos, —replicó con suspicacia.

—Son astutos. —Dio un pisotón ansioso—. No hay tiempo que perder. Otro Rey negro debe visitar a Geordie, convencerle de que su vida no vale ni un penique si sigue cumpliendo las órdenes de la corona, y luego tomar su barco. Él irá corriendo a los ingleses, y ellos enviarán a sus hombres a vigilar las playas en su lugar.

—¿Estás seguro de eso?

—No, —admitió—. Pero era lo único que se me ocurría. Creerán entonces que tu hermano fue a algún otro recado, que no tenía nada que ver con el Rey negro.

El hombre soltó su agarre del brazo de ella y se rascó la barba con la otra mano. —¿Qué quieres de mí?

—Algunos hombres de su confianza. Es obvio que los ingleses creen que los dos hombres están en los Grampians, no en la costa. La mayoría de las patrullas han sido enviadas a las montañas. Geordie estará poco vigilado. Nosotros, o más bien tú, puedes cogerlo fácilmente. Y su barco. —Quería que empezara a pensar que había sido idea suya.

Unos cansados y pálidos ojos azules la miraron fijamente. —Sólo me queda mi hermano. Si lo traicionas, te mataré.

—Esta puede ser la única oportunidad que tengas de salvarlo.

—Puede que sea demasiado tarde, —dijo el posadero con abatimiento, obviamente reacio a poner su fe en un desliz de muchacho.

—El rey es cauteloso, —dijo—. Los británicos no lo atraparán fácilmente.

—¿Le conoces?

—Sí, —mintió ella.

—Le dije a mi hermano que no se involucrara, pero no me escuchó. —Por fin le soltó el brazo—. Hay algunos hombres en los que confío.

El alivio la inundó. Había ganado. —¿Tienes alguna ropa negra? ¿Algo que pueda usar para enmascarar mi rostro? Los demás también las necesitarán, pero ninguno debe hablar excepto yo. Sus voces podrían ser reconocidas.

Sus ojos eran dubitativos mientras miraba su cuerpo de arriba abajo, pero entonces pareció tomar una decisión. —Mi hermano tiene como una capa negra. Podría hacerte parecer más... —Se detuvo, obviamente sopesando que decir.

—¿Sustancial? —Preguntó servicialmente.

—Sí, —dijo él—. ¿Cuántos años tienes, muchacho?

—La suficiente para haber perdido a toda mi familia. —Frunció el ceño.

—No puedo confiar...

—No tienes elección. Es la única esperanza de tu hermano. —El hombre murmuró que todos estaban condenados.

Ella esperó, con un nudo en la garganta.

—¿Seguro que no hay espías fuera?

—No vi ninguno, y miré.

Parecía estar librando una batalla interna, luego frunció la boca. —De acuerdo, —dijo finalmente—. Pero si me estás mintiendo...

Lo estaba haciendo, pero sólo en parte. Y todo por una buena causa. Rezó en silencio una plegaria de perdón a la Santa Madre.

—Te conseguiré una capa. Quédate aquí hasta que encuentre algunos hombres que te ayuden, pero no sé si os seguirán.

—A ti sí te seguirán, —dijo ella.

Su rostro se aclaró ligeramente. Obviamente se sentía más cómodo poniendo su destino en sus propias manos que en las de “un joven” desconocido.

Le dijo dónde encontrar la capa y el material negro para las máscaras, y tras eso se escabulló por la puerta.



—Maldita sea. —El juramento salió a borbotones de los labios de Liam MacTavish.

Había tenido un plan.

Siempre tenía un plan.

Sólo que no siempre funcionaba. Y ésta, aparentemente, era una de esas veces.

Eso era exactamente lo que le pasaba por intentar ser inteligente.

Llevaban aquí dos días, encerrados en una cueva húmeda y fría como gallinas esperando al zorro.

Había doblado la marcha en la subida a las colinas boscosas y había visto que alguien les seguía. Él y Kerry, que era medio irlandés y sentía un odio por los ingleses mayor que cualquier escocés de pura cepa, habían conseguido perder a los hombres que les seguían. Llegaron a Drummond, que estaba en una cueva bien escondida, justo después del amanecer.

Cuando Liam había explorado la zona varias horas después, había descubierto soldados ingleses por todas partes, y a duras penas había logrado regresar. Ahora estaban atrapados con muy poca comida y aún menos agua.

Liam sabía dónde había cometido su error. Al parecer, no había visto a los espías que habían vigilado la taberna. No se había esperado que la Dama Errante fuera sospechosa.

Nunca volvería a ser tan descuidado. Si acaso volvía a tener la oportunidad.

Lo que más lamentaba era haber podido dañar irreparablemente a Kerry. La vida del

posadero estaba tan en peligro como la del joven Drummond. Ante ese pensamiento, volvió a centrar su atención en el joven lord. Drummond temblaba en un rincón con una fiebre que procedía, sospechaba Liam, tanto de la falta de comida como del frío. Tenían que ponerlo a salvo si querían que viviera.

Ni siquiera podían encender un fuego por miedo a que el olor del humo llegara hasta los buscadores. Tanto él como Kerry le habían dado sus capas, pero aun así temblaba y todavía le ardía la cara de calor. En las últimas horas, había ido empeorando progresivamente.

Se volvió hacia Kerry. —Si conseguimos pasarlos, siempre podremos decir que acudí a usted como guía, que quería cazar al Rey negro, para ganarme las cinco mil libras. Es una suma principesca.

—Podría ser tarde para eso.

Podría serlo, en efecto, y podría enviarlos a ambos a la horca. Y, sin embargo, era el comienzo de una historia plausible. Eso dependía, sin embargo, de sacar a Drummond de aquí y subirlo a un barco. Si lo encontraban con él, los tres se columpiarían en la soga, y hasta podrían tener el placer añadido de ser arrastrado y descuartizado por cometer traición.

Sin embargo, nunca abandonaría a Drummond. Como tampoco, intuyó, lo haría Kerry, ese hombre prosperaba con el odio.

Para salvar a Kerry, tenía que salvar a Drummond, y ahora mismo no tenía la menor idea de cómo hacerlo. Los ingleses, como la maleza, estaban por todos lados.

Liam sabía que esta vez necesitaba un milagro. Se volvió hacia Kerry, que apenas era visible en la oscura cueva. —Siento haberle involucrado.

—Nadie me obligó, —dijo Kerry bruscamente—. Me llevaré a algunos de esos bastardos con nosotros si fuera necesario. —Palmeó la pistola que tenía a su lado. Un cuchillo de aspecto mortífero colgaba de su cinturón, y Liam sabía que llevaba otro atado a la pierna por dentro del pantalón.

Drummond, que no tendría más de veinte años, tosió, en una sucesión de espasmos que alarmó a Liam. El sonido podía alertar a cualquier soldado cercano.

Cogió su petaca y ofreció al muchacho lo que le quedaba de agua. Drummond la tomó agradecido y luego volvió a hundirse en el suelo húmedo. Liam intercambió miradas de preocupación con Kerry.

—Saldré a comprobarlo de nuevo, —dijo Liam—. Quizá se hayan ido.

Kerry le miró dubitativo, pero no expresó lo que pensaba. Ninguno de los dos quería que Drummond supiera lo grave que era realmente la situación.

Liam se dirigió a la parte delantera de la cueva y escuchó durante unos instantes antes de retorcerse bajo la barrera que él y Kerry habían construido tras descubrir que les habían seguido parte del camino. Continuó arrastrándose por el suelo.

Estaba amaneciendo. El gris coloreaba el cielo, pero aún no había sol. El viento soplaba entre los árboles y el suelo estaba húmedo. Se había quitado el algodón de las mejillas cuando habían llegado, pero ahora su ropa estaba casi negra de barro seco. La nueva humedad se filtraba a través del barro seco y la tela y se pegaba endiabladamente a su piel.

También se había pegado un poco de barro en la cara para evitar que se le viera el blanco del rostro y llevaba un desgastado bonete oscuro sobre su cabello oscuro. Se escabulló como un cangrejo a cierta distancia de la cueva y luego, a la sombra de los árboles, intentó escuchar el sonido de las botas contra las hojas, el susurro de los cuerpos contra las ramas, o un vuelo de pájaros que se hubieran molestado.

Nada.

Bajó más por la colina hasta un lugar donde había oído, y visto los fuegos de un destacamento inglés horas antes. Nada. Siguió avanzando hasta llegar al campamento. Quedaban los restos de un fuego, pero las cenizas estaban frías.

El suelo parecía como si hubieran dormido aquí la noche anterior. ¿Cuándo se habían marchado? ¿Y por qué?

¿Otra trampa?

No volvería a subestimar a los ingleses. Siguió adelante hasta que encontró un lugar que daba a un sendero más abajo. Despejado. Volvió a escuchar con atención, todos sus sentidos estaban alerta. Ningún olor a fuego, ni ningún sonido discordante. Los pájaros cantaban su habitual saludo al amanecer. Las ardillas saltaban juguetonas de árbol en árbol, parloteando juguetonamente.

Se estremeció en el frío amanecer. ¿Adónde demonios se habían ido? ¿Y por qué?

Liam se puso en pie, intentando confundir su oscura figura con la de un gran roble. Todavía nada. Ningún uniforme rojo rompiendo el verde grisáceo y el marrón del bosque. Descendió a través del bosque, evitando el camino recorrido por numerosos cazadores. La mayor parte de la caza había desaparecido ya, abatida por los dos ejércitos que se habían reunido en Culloden Moor.

Los cazadores buscaban ahora presas humanas.

Nunca le había gustado cazar animales y había evitado las grandes partidas de caza que se celebraban cada otoño. Había matado por la carne, como se hacía para sobrevivir, pero nunca había pensado que debiera ser motivo de festividad. Ahora que sabía exactamente cómo se sentía la presa, sería mucho más respetuoso con la vida. Avanzó más de un kilómetro. En un momento dado vio a un grupo de ingleses cerca de él, pero se retiraban ordenadamente. Por alguna razón estaban abandonando la búsqueda. Esperarían hasta la noche e intentarían llegar a la costa. Kerry le había dicho que conocía a un pescador en el que podía confiar. El hombre vivía en la parte más alejada de Buckie, lejos del hombre que se decía que estaba involucrado con los británicos. Si el joven Drummond podía ser trasladado en barco al otro lado de Nairn, entonces podría quedarse con el mismo granjero que había ayudado a otros hasta que el marinero francés regresara el diez del mes siguiente.

Liam regresó con cuidado a la cueva. —Los soldados se han ido.

Kerry frunció las cejas con preocupación. —¿Está seguro?

—Sí. Nada en un kilómetro a la redonda. Vi a algunos soldados ingleses retrocediendo por el sendero. Se están retirando.

—¿Deberíamos bajar ahora?

Liam bajó la voz. —Creo que deberíamos esperar hasta el anochecer. Puede que

tengamos que cargar con Drummond parte del camino. ¿A qué distancia está su amigo?

—Podemos llegar antes del amanecer si salimos a última hora de la tarde.

—Volveré a mirar hacia el mediodía. Nos turnaremos para dormir. Usted primero.

Kerry empezó a protestar. —No ha dormido nada.

—Tendré toda la tarde. Es todo lo que necesito.

Kerry empezó a parecer que iba seguir protestando, pero miró al tembloroso Drummond. —¿Cree que podemos encender un fuego?

—Sí, —dijo Liam—. Lo encenderemos en el interior.

Kerry sonrió, una sonrisa perspicaz. —Seremos más listos que esos bastardos.

17

Caitlin nunca había estado tan asustada físicamente en su vida.

Había sentido miedo por sus hermanos cuando se unieron al ejército del príncipe Charlie, y sobre todo después de enterarse de la matanza, y había sentido miedo por sí misma cuando la casaron con un hombre al que no conocía, pero nunca había experimentado nada parecido a este latido en su corazón.

Por primera vez comprendió la predilección masculina por la batalla. Nunca había estado tan aterrorizada; tampoco se había sentido nunca tan viva.

Había tenido que ocultar bien su incertidumbre. Si hubiera mostrado por un segundo su miedo, habría perdido a cada uno de los miembros del pequeño grupo que había encontrado el hermano del posadero. Ya habían dudado bastante de su tamaño, pero su plan les había hecho cambiar de opinión. Era un buen plan, todos estaban de acuerdo. Un plan digno del Rey negro.

Todos querían también que Geordie Grant recibiera su merecido. Él les daba mala fama a todos. Asustarle, y además quitarle su barco, parecía una retribución adecuada, suficiente para atemorizar a otros posibles traidores.

Milagrosamente, todo había salido según lo planeado. Eran seis, todos enmascarados, incluida Caitlin. Los cinco hombres locales capturaron fácilmente a los tres soldados ingleses que aún vigilaban la pequeña casa de piedra de Geordie, mientras Caitlin permanecía en las sombras. Era importante que no la hirieran, ya que era la única que podía hablar, para evitar que reconocieran las voces de los demás.

Pesadas y oscuras nubes borraban cualquier luz de luna o estrellas, y una ligera niebla hacía imposible la visibilidad. Su corazón latía más deprisa que nunca, y en un momento dado, cuando oyó un gruñido y luego un fuerte golpe, se le atascó la respiración en la garganta. Todo su cuerpo se tensó y escalofríos de aprensión la recorrieron. ¿Qué derecho tenía ella a poner en peligro a esos hombres? ¿Ella, que no tenía ninguna habilidad para nada de esto?

Una gran forma corpulenta vestida con paño de aceite oscuro se materializó a su lado. —Ya está hecho, muchacho. Ninguno de ellos nos molestará esta noche.

Se acercaron a la casa y Caitlin, ataviada con la capa negra y un trozo de tela que le enmascaraba todo excepto los ojos, se estiró lo más que pudo y entró con el resto. Con las pistolas apuntando a Geordie Grant, Caitlin tiró el rey de picas y observó cómo el rostro del hombre palidecía de terror.

Con más confianza de la que creía poseer, le reprendió con voz ronca por haberse vuelto contra sus compatriotas. Luego le dijo que se llevaban su barca, y que Drummond esperaba fuera.

Observó cómo le ataban sin apretar, mientras otros tres hombres bajaban corriendo y empujaban su barca al mar, manteniéndola allí hasta que Caitlin hubo terminado su parte, haciéndole creer a Grant que, en efecto, estaba hablando con el Rey negro. Dejando la carta sobre la mesa, bajó corriendo a la playa con el hermano del posadero. Él la ayudó a subir al bote, y la pequeña embarcación se adentró en el mar al desplegar sus velas.

El mar la asustó mucho. El pequeño pesquero se hundía y se levantaba con el fuerte oleaje; ella estuvo a punto de caerse antes de aprender a mantenerse bien sujeta. El rocío empapó su gorro y su ropa. Un viento especialmente fuerte le agarró el gorro y salió volando. Una de sus trenzas se cayó de donde la había prendido, y primero un pescador, luego otro, se quedaron mirándola.

—Por Dios, —exclamó uno—. ¡Una muchacha!

—Maldita sea.

Sólo pudo quedarse allí, agarrada con fuerza al costado, mientras ceños fruncidos y cejas en alto la miraban con incredulidad.

—Maldita sea, pero hemos seguido a una lassie.

—Recuerda el cuento de que el Rey era una anciana.

Todos la miraron como si le hubiera crecido una segunda cabeza, incluso cuando la barca se hundió una vez más y luego pareció elevarse sobre una ola, cabalgando sobre ella mientras el agua la golpeaba.

Un hombre arrebató el timón a otro que permanecía atónito. —¿Es él?

—Ella no tenía las palabras, —les recordó el hermano del posadero—. El verdadero Rey negro está en el bosque con mi hermano.

—Aun así, es un plan digno de él, —dijo otro.

—Pero aún podría fracasar si no prestáis atención, —dijo ella bruscamente, con la mente agitada entre el viejo miedo, el nuevo y la indignación por que hablaran de ella como si no estuviera allí.

Sus miradas la abandonaron y ella se acurrucó en el suelo, empapada por la lluvia helada y agotada por la aventura, y aún sin saber si el plan funcionaría, si atraería a los ingleses de las colinas.

El resto del viaje transcurrió en silencio. Caitlin no supo cuánto duró, sólo sabía que se sentía desdichada y, sin embargo... había hecho algo. Para bien o para mal, había actuado para dejar que el destino la llevara de un lado a otro. Incluso si fracasaba, había actuado en nombre de sus compatriotas.

Desembarcaron al norte de otro pequeño grupo de viviendas. Arrastraron la barca hasta la orilla y luego utilizaron hachas para destruirla. Al fin y al cabo, la barca estaba destinada a traicionar a uno de los suyos. A un kilómetro y medio de la playa, un mozo les esperaba con su caballo, y tanto ella como el posadero lo montarían de vuelta a Buckie. Después intentaría encontrar a su hermano. Ella le devolvería el caballo a Anne, reclamaría el suyo y luego se apresuraría a volver a casa tan rápido como pudiera con algún cuento de que se había perdido o de que le había tendido una trampa un bandido.

Era poco después del amanecer cuando llegaron a la posada. Las calles estaban quietas, y el posadero les condujo por caminos secundarios. Ataron el caballo una calle más allá de la Dama Errante, y entró solo en la posada. Al no encontrar a nadie vigilando, se dirigió a la parte trasera donde ella esperaba y le hizo una señal para que entrara. Ella se cambió a las ropas harapientas que había llevado antes y cogió rápidamente la comida que él le ofrecía.

—Eres una muchacha valiente, —le dijo—. Y una escocesa muy valiente. —Sonrió, mostrando un agujero entre sus dientes bastante prominente—. ¿Quieres decirme tu nombre?

—Es mejor que no los intercambiemos.

—Alma enferma.

Ella le miró inquisitivamente.

—Son las palabras para identificar al Rey negro y a sus... mensajeros. Es lo que todos sentimos por Escocia y lo que está pasando. Puede que lo necesites.

—¿Harías algo por mí?

—Claro, lass.

—Por favor, no le digas a nadie que soy una mujer y pide a los demás que hagan lo mismo.

—Sí, no pondrán objeciones. Ninguno dirá nada del trabajo de esta noche. Es demasiado peligroso.

Pensó en pedirle que le dijera al Rey negro que alguien le necesitaba, que Caitlin MacFarlane, ahora marquesa de Lockhart, le necesitaba, pero si el nombre caía en malas manos, su hermano podría sufrir por ello. Ella tendría que ocuparse de sus propias necesidades más tarde. Caitlin extendió la mano y se la cogió, apretando la suya, mucho más pequeña, en torno a ella. —Gracias.

—Si mi hermano sobrevive a esto, seremos nosotros quienes te lo agradezcamos. Vete ya, ambos tenemos viajes este día.

Varios minutos después, Caitlin montaba a Sadie fuera del pueblo, con su collar aún en la pernera izquierda de sus calzones. Todavía animada por la excitación de la noche, rechazó el cansancio que sentía. Tenía que volver a casa, aún tenía que llegar antes de que alguien alertara a Cumberland y éste utilizara a su hermano para castigarla.



Liam entró cabalgando en el patio de Lockhart.

Había pasado por casa de Leana y se había vuelto a poner el traje que llevaba la mañana que había salido de Lockhart. Ocho días. Había estado fuera ocho días, casi había perdido la vida. De no haber sido por la intromisión de un muchacho que se había hecho pasar por él, es muy posible que nunca hubiera vuelto a casa.

Quería darle las gracias al chico, pero nadie sabía su nombre ni de dónde había venido. Nadie sabía nada de él.

El hermano de Kerry se había encontrado con ellos a mitad del camino y les había contado lo que había sucedido. Juntos habían urdido la historia de que Kerry había sido contratado por un mercenario para que le llevara a lo alto de los Grampians para intentar encontrar al Rey negro. No habían encontrado nada y el hombre ni siquiera le había pagado. Era una historia bastante buena, ya que se sabía que se había adentrado en las montañas cuando el Rey negro atacó a Geordie Grant.

Los ingleses habían quedado como tontos, lo que no había mejorado su temperamento.

Ahora lo único que quería era volver a casa con Caitlin, con su esposa. La había deseado cada segundo de cada minuto de cada día, y particularmente cuando estaba en aquella maldita cueva.

Drummond estaba a salvo ahora con la misma familia que anteriormente había acogido a otros refugiados. Debería estar a salvo hasta que llegara el barco francés, y con suerte para ese entonces él tendría también al hermano de Caitlin.

No se había dado cuenta hasta el último viaje de cómo había estado cortejando el desastre, y ahora se lo debía a Caitlin debía sacarla tanto a ella como a su hermano de Escocia, y entonces él también huiría de un país que corría rojo de sangre.

Tendría que planearlo bien. Incluso podría decirle a Cumberland que su esposa estaba embarazada, ya establecida, y que les gustaría que su hermano fuera a vivir con ellos. Si Cumberland creía que ya no había posibilidad de que huyera...

Pero primero necesitaba dormir, y mucho. Ya no confiaba en su juicio. Una de las razones por las que no había notado a los espías en la Dama Errante era el hecho de que había estado tan malditamente cansado. Había cometido errores que nunca antes había cometido.

Intentó poner un poco de alegría en su rostro mientras se acercaba al establo y lanzaba las riendas al joven Jamie. Se deslizó del caballo, esperando escapar de los ojos demasiado agudos de su primo. Unas horas de sueño y estaría listo para enfrentarse tanto a Malcom como a Caitlin.

Pero no fue así. Al parecer, alguien había alertado a Malcom, porque se encontró con Liam justo al otro lado de la puerta. Los hombros de su primo estaban rígidos y sus ojos fríos. Más fríos, de hecho, de lo que Liam los había visto nunca.

—La marquesa está enferma, —dijo bruscamente—. Desapareció durante cinco días, luego reapareció, diciendo que había ido a ver a su hermano pero que el caballo se desbocó y ella se perdió y algunas otras historias absurdas. Ella no ha traído a su caballo de vuelta.

Pero él no oyó más que las primeras palabras. Enferma, y el corazón casi se le paró y la respiración se le atascó en la garganta. —¿Qué le pasa?

—Effie dice que tiene fiebre.

Liam frunció el ceño. —¿Qué tan grave es la fiebre?

Malcom se encogió de hombros. —Effie dice que no le parece grave.

Liam se obligó a relajarse lentamente. Aun así, la ansiedad lo carcomía, pero no deseaba mostrarla. No a Malcom. —¿Cumberland sabe de su ausencia?

La mandíbula de Malcom sobresalió. —Yo no cuento cuentos, Liam. Es asunto suyo, pero le aconsejaría que se quedara más tiempo aquí y domara a su mujer. Si Cumberland se

entera de esto, habrá un infierno que apagar.

—Se enterará de que le di permiso para irse, —dijo Liam—. Debería haber dejado claro que debía llevar escolta, pero imagino que estaba ansiosa por ver a su hermano.

Nada de la desaprobación desapareció del rostro de Malcom.

En lugar de eso, se dio la vuelta y desapareció en el interior.

Cinco días. ¿Adónde había ido? Debería haberse dado cuenta de que ella estaría inquieta. Sobre todo después de cómo la había dejado aquella mañana.

Enferma.

Desaparecido todo su cansancio, subió los escalones de dos en dos.

Se detuvo ante la puerta de su habitación y llamó, luego entró impaciente sin esperar respuesta.

Ella estaba en la enorme cama, con aspecto delgado y pequeño, apenas un pequeño bulto bajo el edredón de plumas. Jack, el cachorro, estaba acurrucado junto a ella.

El rostro de Caitlin estaba sonrojado. Tenía el pelo suelto, fluyendo sobre la almohada como una cascada. Los rayos de luz que se filtraban por las ventanas enviaban cintas de color vino a través de las hebras. Parecía vulnerable y joven, y sin embargo sus ojos destellaban fuego.

La ira y la actitud defensiva batallaban en sus ojos. Una mano se enroscó alrededor del perro; la otra salió de debajo de la manta, y él vio cómo sus dedos se anudaban en un puño.

—He oído que estabas enferma, —dijo, acercándose a la cama. Le puso una mano en la frente. Estaba caliente, pero no peligrosamente. Aun así, parecía cansada, muy agotada.

—Me sorprende que le importe.

La réplica picó. Principalmente porque se la merecía. Y mucho más. No había tenido tiempo de verla antes de marcharse, o al menos eso se había dicho a sí mismo. En realidad, el alcance de sus sentimientos por ella le había asombrado. Y le consternó más que un poco.

—Me llamaron...

—Su amante. —Ella se apartó de él—. ¿Quiere marcharse, por favor?

—Creo que no, —dijo él. Sabía que no lo estaba llevando bien, pero no tenía ninguna experiencia en este tipo de cosas. No sabía cómo actuaba un marido, ni siquiera alguien que se preocupaba por otra persona. Nunca había visto una relación feliz en Lockhart, ni en la casa inglesa donde él estaba de acogida. Había visto crueldad y brutalidad, mentiras y engaños, y había visto cómo eso envenenaba a todos y a todo lo que les rodeaba, incluido su hermano.

Nunca había querido ser cruel; sin embargo, para protegerla a ella, y a sí mismo, sabía que lo había sido. No sabía cómo remediar el asunto sin poner en peligro a ambos.

Así que respondió con la indiferencia e incluso la arrogancia que había perfeccionado para proteger un corazón herido demasiado a menudo. Incluso con Leana y Gavin, le costaba expresar sus sentimientos. Sólo podía esperar que supieran cómo se sentía, que supieran lo agradecido que estaba de recibir su amistad.

Había expresado sus sentimientos aquella noche que había pasado con su esposa. Había abierto su corazón por primera vez, y se había perdido en los sentimientos de calidez, afecto y

ternura, y le habían asustado muchísimo.

Igual que lo hacían ahora, mientras la veía hundirse más en la cama. La ira no podía ocultar el dolor en sus ojos, el agotamiento en su rostro. ¿Por su culpa?

—No estuve en casa de Leana, —dijo finalmente. Ella le miró fijamente, esperando.

—Tenía negocios en otro sitio, —intentó explicar. No estaba acostumbrado a dar explicaciones y no era muy hábil en ello. Incluso a él le pareció débil su explicación.

—Menos mal, —dijo finalmente.

—Tenía asuntos propios que me dijeron por la mañana.

—Supongo que sí, —dijo ella mientras se levantaba de la cama, sentándose de forma bastante regia pero asegurándose de estar bien cubierta. Su espalda era ahora todo desafío. Si él esperaba que ella le pidiera una explicación más allá de la que acababa de recibir, se dio cuenta de que ella no pretendía ninguna. Que él esperaba aprobación era bastante obvio, como también era bastante obvio que estaba dispuesta a enfrentarse a él.

—¿No viste a tu hermano? —preguntó incómodo.

—No.

—Te dije que le haría llegar una carta.

Ella le miró con los ojos entrecerrados. —Una carta no es ver con mis dos ojos que está bien.

—No, —convino él—. Pero es lo mejor que puedo hacer. Enviaré a Gavin. —Dudó y luego añadió—: Yo sugeriría dos cartas: una para inspección y otra que pueda ser más privada.

—¿Cómo sé que puedo confiar en usted?

—No lo sabes. Tienes que tomar esa decisión tú misma. Sólo te ofrezco una pequeña sugerencia.

—¿Podría Gavin hacerle llegar una carta en privado?

—Creo que sí.

—¿Por qué me hace ese ofrecimiento?

—Es hora de que haya un poco de confianza entre nosotros, milady, —dijo—. No tengo ningún interés en impedir que veas o te comuniques con tu hermano.

—¿Confianza?

—Un poquito, tal vez. Lo que me recuerda… Malcom dijo que perdiste un caballo.

Era una pregunta, no un comentario. ¿De eso se trataba su “confianza”? ¿En intentar desarmarla?

Su mandíbula se endureció obstinadamente. —Se lo devolveré.

—¿Y cómo lo harás?

—Le ganaré a las cartas. —Había humor en su voz. Sólo un poco, pero él se sintió animado.

En esos pocos momentos, la habitación se había caldeado del gélido frío que la

impregnaba cuando había llegado. —Yo no contaría con eso, —dijo con fingida competitividad.

Sus ojos parecieron flaquear un poco, desapareciendo parte de la ira de ellos. —¿Qué le dijo Malcom?

—Lo que tú le dijiste. No envió ningún mensaje a Cumberland. —Dijo esto último con sólo un poco del asombro que aún sentía. Había creído que Malcom haría cualquier cosa para ganar Lockhart. Poco a poco fue revisando su opinión sobre Malcom. Una vez libre del padre y del hermano de Liam, Malcom parecía administrar Lockhart con justicia y equidad, rechazando lo que hacían otros latifundios: echar a las familias que habían cultivado la tierra durante tanto tiempo. Si lo hubiera hecho, Liam habría intervenido y lo habría impedido, pero se dio cuenta de que dirigía la finca mucho mejor de lo que él jamás podría hacerlo. Malcom tenía un verdadero conocimiento tanto del clan como de la tierra, Liam no tenía ninguno.

Probablemente le hubiera gustado la agricultura, pero odiaba Lockhart, y sabía que nunca sentiría otra cosa. Para él representaba el rechazo, el odio y el fracaso. Lockhart nunca sería su hogar.

Sus ojos también se habían relajado. Al parecer, ella también había esperado que su primo huyera con el cuento a Cumberland.

Se acercó a la cama y se sentó. —Cuéntame qué ha pasado. ¿Hasta dónde has llegado?

—¿Desea informar directamente al carnicero?

Era la primera vez que utilizaba el término jacobita para referirse a Cumberland. Liam sabía que ya no pertenecía sólo a los jacobitas. Un número creciente de escoceses, incluso los que luchaban con él y ciertamente todos los que eran neutrales, se estaban indignando por sus excesos.

—Espero que no, —dijo suavemente.

—¿Por qué no? —desafió ella.

—Porque ahora eres asunto mío, no suyo.

Sus labios se afinaron. —No soy asunto de nadie más que mío.

Tuvo que sonreír. Admiraba su espíritu. Maldita sea, admiraba todo de ella. La forma en que le miraba a través de sus ojos intensamente azules, la forma en que su pelo caía a un lado de su cara, la salpicadura de pecas y su boca ancha que podía, en muy raras ocasiones, curvarse en una sonrisa cegadora.

—¿Qué te ha pasado? —volvió a preguntar.

—Me he perdido.

—Sólo hay dos caminos.

Ella se encogió ligeramente de hombros. —Tomé el equivocado. Sólo he viajado aquí una vez, para la boda. Cuando por cierto tampoco estabas, como siempre te vas.

—Esperaba que eso te complaciera.

—Lo estoy.

Se acercó y le cogió la mano, jugando con sus dedos, pasando el pulgar por la palma de su mano. Ella intentó tirar de ella hacia atrás pero él la aferró.

—¿Entonces qué? —Su mirada no se apartó de los ojos de ella mientras hacía la pregunta.

—No sé a qué se refiere.

—Estuviste fuera cinco días.

—La familia de un campesino me acogió después de que perdiera el caballo.

—¿Cómo lo perdiste?

—Me detuve en un arroyo para darle de beber. Oyó un búho y se soltó de un tirón. Empezó a llover, enfermé y una familia de crofter me acogió.

—¿Por qué no mandaste llamar a nadie?

—¿A quién? Se había ido. —Sus ojos se habían vuelto reservados, incluso cuando su tono contenía una nota de acusación.

Ella ocultaba algo. Eso estaba claro. De lo contrario, nunca habría mencionado su ausencia, nunca habría pasado tan claramente a la ofensiva.

—¿Cómo se llamaba la familia? Me gustaría darles las gracias.

—No lo recuerdo.

El calor momentáneo, que fluía entre ellos unos segundos antes, se desvaneció. Ella le estaba ocultando algo, algo importante.

¿Algo relacionado con su hermano?

Esa posibilidad le alarmó. Si ella intentaba atrapar a su hermano, bien podría estropear los planes del Rey, y hacer que la mataran.

Había querido tranquilizarla, decirle que todo estaba bien, que podía ir a donde quisiera y que nunca había querido hacerla prisionera, pero ahora no sabía qué haría ella a continuación.

Podía contarle la identidad del Rey negro. ¿Ella le creería ? ¿O diría algo que haría que los mataran a ambos?

—¿Eso es todo lo que dirás?

—Sí. Ya no me creía prisionera.

—Es tu seguridad lo que me preocupa.

—¿De verdad? ¿No son sus nuevas propiedades? ¿Su influencia? ¿Su propia libertad?

—Sí, todo eso también, —dijo él, con las tripas doliéndole al ver que sus ojos se volvían azul hielo.

—¿Va a encerrarme en la habitación?

—Sólo si es necesario. Mientras tanto, diré a los mozos de cuadra que no te permitan montar.

—Me gusta montar, —dijo rebelde—. ¿Va a quitarme mi único placer?

—Tú eres la responsable de eso, no yo.

—Yo no, —se burló ella—. Eres realmente despreciable. —Intentó una vez más desenredar su mano. Sin éxito. Él se aferró a ella.

—Ya has dicho eso antes.

—Dije que eras repugnante. Ahora eres despreciable.

—¿Eso es un paso hacia arriba o hacia abajo? —cuestionó.

Obviamente perpleja, Caitlin le fulminó con la mirada. Ahora estaba sentada erguida, sin reparar en que el edredón se le había caído de la parte superior del cuerpo. Un camisón de lino blanco perfilaba sus pechos. Necesitó de toda su voluntad para no besarla, para no permitir que sus labios dejaran un rastro de besos por su garganta.

—No es una bienvenida muy de esposa. —Estaba recurriendo de nuevo a su antigua armadura protectora. Acosando para provocar una respuesta, acosando para mantener el calor a distancia. Una coraza para no tomarla en sus brazos y decirle que su hermano pronto estaría a salvo.

—No ha sido muy esposo.

—Eso podría cambiar. —Pero su tono era astuto, desafiante, no conciliador.

Ella se retiró sutilmente. Aunque su mano permaneció en la de él por necesidad, ya que él no la soltó, ella sin embargo se alejó emocionalmente. Su mano se volvió fría a medida que todo el calor se filtraba de la habitación.

—Está en su derecho de tomarme cuando quiera.

—No tengo interés en una mujer fría.

—Eso es muy alentador, —dijo ella—. Creía que la sutileza estaba más allá de su capacidad.

Era exactamente lo que él había querido que ella pensara. Sólo que él no sabía que le dolería tanto. —Entonces te dejaré. Recuerda, sin embargo, lo que te he dicho. No debes montar a menos que yo esté contigo.

—Entonces no volveré a cabalgar.

—Que así sea, —dijo rotundamente—. Tendré guardias en el establo para asegurarme de que no lo hagas. —Su mano soltó la de ella—. Y veré si puedo encontrar a esa familia para darles mi agradecimiento. Hubiera pensado que desearías recompensarles.

—No les gusta su rama de los MacTavish.

—No obstante, veré lo que puedo hacer. —Le sorprendió el ramalazo de celos que le recorrió de repente. ¿Había estado con un hombre? ¿Alguien a quien conoció antes de Culloden? ¿Había intentado conseguir ayuda para rescatar a su hermano?

Ella se encogió de hombros. —Si así lo desea.

Él se volvió para marcharse.

—Mis cartas. —La voz de ella le detuvo.

—Enviaré a Gavin Graham cuando esté libre.

—¿Por qué Gavin? —Ya se lo había preguntado antes.

—Trabaja a menudo en esa zona, —dijo Liam—. Y Malcom se quejaría si enviara a uno de los suyos. Me gusta la paz. —Se dirigió a la puerta—. Tenlas listas esta tarde. Le pediré que

espere una respuesta.

—Gracias.

—De nada, milady.

Caitlin se acomodó de nuevo en la cama y suspiró pesadamente. Le había costado un esfuerzo sobre humano evitar que las lágrimas salieran de sus ojos y bajaran por sus mejillas. No quería que él la viera llorar.

Se había sentido inesperadamente contenta de verle, incluso después de todo lo que había pasado, incluso pensando que había pasado de su cama a la de su amante.

Aunque sus ojos habían estado cansados, había tenido un aspecto tan vibrante de pie en la puerta. Incluso con peluca, tenía una presencia, un carisma que la atraía hacia él. Su corazón había dado un vuelco cuando había visto la preocupación, la inquietud en su expresión. Y cuando él le había dicho que no había estado en casa de Leana, ella había sentido una extraña sensación de placer.

Había disfrutado de aquel brevísimo momento de humor, pero luego él se había vuelto tan odioso e insensible como cuando ella lo había conocido. La había interrogado y luego había dejado muy clara su posición. Volvía a ser una prisionera.

¿Cómo había podido pensar que bajo ese colorido exterior podría esconderse algo bastante bueno?

Y la carta. ¿Cómo podía atreverse a escribir algo que no fueran nimiedades a su hermano? El carnicero probablemente la leería. ¿Y por qué la quería enviar ahora? ¿Para poder enviar también un mensaje a Cumberland?

Una lágrima se abrió paso en su ojo izquierdo y la sintió resbalar por su mejilla.

Tenía razón, estaba sola. Total y absolutamente sola. Cualquier idea de que el marqués fuera otra cosa que lo que parecía había sido una tontería. Más que tontería, un peligro.

No volvería a cometer ese error y bajar la guardia.

18

Cumberland estaba de visita.

El mensajero llegó casi inmediatamente después de que Liam saliera de la habitación de Caitlin.

Liam se preguntó qué demonios quería ahora. Nada bueno, estaba seguro. Lo más probable era que quisiera ver si había una ligera hinchazón en el cuerpo de Caitlin, pero sin duda entorpecería los planes de Liam. Se preguntó cuánto tiempo se quedaría el bastardo.

Pensaba enviar mañana a Gavin con las cartas de Caitlin. Su amigo podría tratar de encontrar algunos puntos débiles en la seguridad de Creighton. Podría juzgar la salud y el bienestar del muchacho, y tal vez incluso hablar con él.

Sin embargo, la necesidad más inmediata de Liam era dormir. Dormir y más dormir.

Por Dios que estaba cansado. Nunca debería haber ido a su habitación estando tan cansado. Dijo cosas, y sintió cosas, que normalmente habría tenido bajo mejor control, pero se había preocupado mucho al enterarse de su enfermedad.

¿Dónde había estado?

No creyó su historia ni por un momento: era una amazona demasiado capaz para perder un caballo de esa forma, era demasiado inteligente para equivocarse de camino y era demasiado buena con la gente para no recordar un nombre.

Su primera inclinación fue creerla porque no parecía haber otra explicación, pero ella no había llegado a la tenencia de Creighton. Evidentemente no había tenido intención de ir allí. De lo contrario, ella y su hermano habrían desaparecido hacía tiempo. Los soldados estarían peinando cada centímetro de Lockhart. No, ella había tenido otro propósito en mente.

Sólo había otra explicación plausible. Un hombre. No un amante, si no alguien que pudiera ayudarla a rescatar a su hermano. Pero, ¿quién, qué y cuándo?

¿Hasta dónde podría haber viajado en aquellos días? ¿A quién podría haber conocido? Todos los jacobitas de Escocia estaban muertos o escondidos. Había unos pocos clanes que habían permanecido neutrales, pero habían sido desarmados y se les había prohibido vestir a cuadros.

Tal vez podría enterarse de algo por Cumberland, pero que Dios le ayudara, primero debía dormir un poco. Unas horas. Entonces podría descifrar mejor el peculiar comportamiento de su mujer, y sus objetivos últimos.

Minutos después, estaba despatarrado sobre la cama, con la peluca tirada sobre una mesa y los zapatos esparcidos por el suelo junto con su chaqueta púrpura con botones y ribetes dorados.

Liam durmió hasta bien entrada la noche. Cuando se despertó, sentía la cabeza floja y la boca seca. Sentía que podría haber dormido el resto de su vida.

Gruñó y, de mala gana, puso los dos pies en el suelo. El tronco de la chimenea estaba reducido a brasas y su habitación se estaba enfriando. Cogió una vela de al lado de su cama, la encendió con las pocas brasas incandescentes y la colocó en un soporte. Por último se acercó a una ventana y miró hacia fuera.

El patio estaba tranquilo ahora, pero por la mañana estaría abarrotado de caballos. Decidió salir a ver a Gavin esta noche, antes de que el duque de Cumberland llegara. A pesar de sentirse como drogado, se conocía lo suficientemente bien como para saber que no dormiría más esta noche.

Liam abrió la puerta, sorprendido al ver que alguien había colocado fuera una bandeja con comida y una jarra de cerveza. Eso sí que no había ocurrido nunca. La llevó a una mesa y consumió rápidamente el faisán frío y un trozo de pan fresco junto con algo de fruta. No se había dado cuenta de lo hambriento que había estado.

¿Había sido Caitlin, su mujer? Pero estaba enferma. Y ella no estaba contenta con él.

Aun así, era algo propio de una esposa, o al menos él pensaba que pudiera serlo. Su madre nunca había hecho eso por su marido.

Demonios, estaba divagando para sí mismo. Ella le había reducido a un pelele. Bajó de golpe el vaso de cerveza, ahora vacío.

Él era el Rey negro, el azote de los ingleses.

¿Por qué le confundía tanto una muchacha? ¿Sobre todo una arpía? Una irresistible arpía, y a sólo dos puertas de distancia.

Su mente volvía a divagar. ¿Dónde demonios había estado esos cinco días? ¿Y por qué le importaba tanto saberlo?

Se vistió con unos pantalones sencillos y una camisa blanca, y luego eligió una capa oscura. Serían pocos los que le verían esta noche, y él no estaba para sus habituales capas de ropa y pañuelos ajustados al cuello.

Liam salió de su habitación y vaciló un momento ante la puerta de Caitlin. Con toda seguridad estaría dormida. Estaba enferma y no debía ser molestada. Sin embargo, la vio con los ojos de su mente. Su cuerpo flexible, el cabello oscuro extendido sobre la almohada, los ojos azul oscuro que se profundizaban con la pasión.

¡Deja de divagar!

Se obligó a pasar la puerta de largo y bajar los escalones. Los criados estaban limpiando el vestíbulo en previsión de la visita de Cumberland. Liam se preguntó si Caitlin lo sabía o no, pero supuso que sí. Effie lo habría oído todo. Sabía que su esposa lo temería, ella despreciaba a ese hombre más, o eso esperaba él, de lo que despreciaba a su marido.

¿Por qué demonios invadía ella cada uno de sus pensamientos?

Pasó rápidamente por delante de las miradas curiosas, cruzó la puerta y se dirigió al establo. A pesar de lo avanzado de la hora, Jamie estaba limpiando los establos para la visita. No había ni rastro del padre del muchacho, probablemente estaría dormido.

Liam se hizo la promesa de que hablaría con el padre mañana.

—¿Necesita una silla de montar, milord?

—Ensillaré mi propio caballo, —dijo.

El labio inferior del muchacho tembló. —Soy muy bueno ensillando.

—Lo sé bien, Jamie. No es que crea que no lo harás bien, pero es tarde y deberías estar en la cama.

—Padre…

—Dile que he insistido. —Buscó en uno de sus bolsillos y encontró una corona. Le arrojó la moneda al muchacho—. Esto es para ti. No para tu padre. Guárdala en un lugar seguro por si alguna vez la necesitas.

Los ojos del muchacho se agrandaron mientras agarraba la moneda. —Sí, milord. Gracias. —El marqués de Lockhart probablemente nunca habría hecho eso, pero Liam estaba condenadamente cansado de ser un egoísta y arrogante patán. Lo cual era un sentimiento muy peligroso, de hecho.

—Ve, muchacho, —dijo. Mientras el chico salía por la puerta, Liam ensilló rápidamente su montura favorita, un llamativo pero firme caballo gris. Nunca lo llevaba a los recados del Rey negro; era demasiado memorable. Se apoyó en el estribo, se subió a la silla y cabalgó por el sendero.

La luna estaba alta y brillante. Esta noche no había niebla ni llovizna. Era más tarde de medianoche y no vio a ningún otro jinete. Debería estar cansado de cabalgar, pero ahora necesitaba estar lejos de Lockhart, lejos de los recuerdos pasados y presentes.

Pensó en marcharse de aquí, en dejar las fincas a Malcom, el heredero de pura sangre de Lockhart. Y ahora además Liam sabía que él sería un buen custodio. Era un pequeño legado que Liam podía dejar; había malgastado gran parte de su vida en el desprecio gratuito de los demás.

¿Y Caitlin?

Le había dado el collar con un propósito. Igual que le daría la mayoría de las joyas de los MacTavish. Debería bastarles a ella y a su hermano para empezar una vida en otra parte. Él buscaría la anulación o el divorcio para que ella pudiera encontrar a alguien de su elección. Si, en efecto, sobrevivía para escapar de Escocia. Si lo hacía, no tendría nada excepto su habilidad de jugador y ésa no era una ocupación demasiado estable, pero no quería ninguna de las joyas ni ninguna otra cosa que viniera de Lockhart.

Llegó a las dependencias de Gavin, detrás de su herrería. Su amigo se mostraría sin duda reticente ante su visita nocturna, pero en los últimos meses se había acostumbrado a los hábitos nocturnos de Liam.

Llamó a la puerta lo bastante fuerte como para despertar a los muertos, ya que Gavin dormía mucho mejor que él.

Un momento después, un gruñón Gavin abrió la puerta. —¿Es que nunca haces las cosas

como las personas normales?

Liam sonrió. Era bueno estar de nuevo con un amigo. —Veo que has vuelto de Buckie.

—¿Tenías alguna duda?

—No, pero me encontré con un pequeño problema.

Gavin enarcó una ceja.

—Recibiste la advertencia, pero me temo que no presté la suficiente atención. Al parecer alguien estaba vigilando la taberna. Nos siguieron hasta el escondite de Drummond. Había soldados por todas partes—.

Gavin le indicó que se acercara a una mesa y sirvió a ambos un poco de cerveza. —No me hagas esperar y cuéntame. Ya que estás aquí, intuyo que has vuelto a burlarles.

—Yo no. Un muchacho que se hizo pasar por mí.

—¿Quién?

Liam extendió las manos en señal de ignorancia. —Esperaba que tú lo supieras. Me gustaría darle las gracias.

—No conozco a ningún muchacho implicado.

Liam se encogió de hombros. —Hay varios misterios. Supongo que habrás oído que mi esposa desapareció.

—Sí. Se había ido cuando llegué. Iba a buscarla cuando apareció desaliñada, cansada y mojada. ¿Te contó lo que pasó?

—Una historia que no me creí, pero era un buen cuento. Casi tan bueno como alguno de los míos. Simplemente no es una mentirosa tan consumada.

—Elogio condenatorio. —Gavin bostezó—. Supongo que esta visita tiene un propósito.

—Sí. Creo que está tramando algo. Temo particularmente que ella pueda estar planeando secuestrar por sí misma a su hermano.

—Razón de más para decirle quién eres.

—No, —dijo Liam—. Hay muchas razones en contra. La primera es su falta de habilidad como mentirosa. Y Cumberland viene de visita mañana. Es demasiado astuto como para no detectar cambios en ella.

—¿Cumberland? ¿Aquí?

—Sí, recibimos un mensaje hoy.

—¿Podría saber algo?

—No, pero están cada vez más decididos a atrapar al Rey. Deberíamos estar pensando en dejar Escocia. Después de que llevemos a Caitlin y a su hermano a Francia.

Una de las cejas de Gavin se arqueó de nuevo. —¿Caitlin? ¿Le gustaría a ella ese plan?

—Yo tampoco siento amor por Francia. Llevan siglos jugando con Escocia, pero planeo ir a América. Quiero que tú y Leana vengáis conmigo. Tendré suficiente para el pasaje de los tres. Siempre se busca un herrero, y yo iré a donde me lleven las cartas.

Gavin le echó un vistazo. Había poca luz aparte de la de la chimenea que, como había sido la suya, no era demasiado brillante. —Seguirás casado.

—Conseguiré la anulación o el divorcio.

—Ella es católica.

—No nos casó un cura.

—Lo has pensado todo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y milady?

—Desapareció en algún lugar durante demasiados días. Sospecho...

—¿Un amante?

Eso no. Ella había sido virgen. Sin embargo, bien podía haber alguien en quien confiara, alguien a quien amara. Él se encogió de hombros. —Ella nunca quiso este matrimonio.

Gavin le miró atentamente. —Te preocupas por ella.

—No.

—¿Ahora quién no es un buen mentiroso?

—No esperaría que ella honrara algo que se le impuso, y no tengo nada que ofrecerle. Cuando me vaya, me iré sin nada más que dinero de paso.

Gavin suspiró. —Entonces, ¿qué deseas de mí?

—Quiero que mañana le lleves una carta a su hermano. Mira a tu alrededor, a ver si encuentras un punto débil del Rey negro.

—Se habla de mis ausencias.

—Es un recado ordenado por mí. De todos modos, todos me consideran un insensible.

—Tu problema, milord, es que sientes demasiado.

—Eso es una tontería. Sabes que disfruto con el juego. Usar el ingenio con Cumberland es supremamente satisfactorio. Es un imbécil arrogante. —Sonrió y le dio un último trago a la cerveza—. Casi tan arrogante como el marqués de Lockhart.

—Echará de menos los colores brillantes.

—Sí, como echo de menos un buen ribete en mis trews.

Gavin sonrió. —Prosperas en la incomodidad, milord, pero Escocia echará de menos al Rey negro.

—Creo que hemos hecho todo lo que hemos podido, se está volviendo demasiado peligroso para ti y Leana. Nunca me perdonaría que pagarais por mis acciones.

—Te columpiarías en la soga con nosotros, —dijo Gavin secamente—. No hay tiempo para arrepentirse, y ambos tomamos nuestras propias decisiones.

Liam sabía que él había influido en la decisión de Leana. —¿Puedes ir mañana?

—Sí. Si prometes no hacer más viajes durante una semana. Necesitas algo de descanso.

No pareces un marqués gordo y contento.

—¿Los marqueses están contentos alguna vez?

—Los medio tontos, sí, —dijo Gavin—. Al menos eso supongo, nunca he sido uno.

—¿Un medio tonto o un marqués?

Gavin se rio. —Te dejaré la duda, milord, y ahora necesito dormir si voy a hacer un viaje por la mañana.

—Tendré las cartas preparadas. Quiero que te vayas antes de que llegue Cumberland.

Gavin asintió.

Liam se dirigió a la puerta. —Mantente alerta por si un joven se hace pasar por mí. Es un poco insultante, a decir verdad.

—Es bien sabido que eres un maestro de los disfraces. Supongo que es mejor ser un muchacho que una vieja.

—Se puede envejecer, pero no se puede quitar volumen.

—No sabía que fueras tan vanidoso, milord.

Liam se rio. —Buenas noches, amigo mío.

Caitlin se despertó con una lengua húmeda pasándole la lengua por la cara. Bostezó. La cama se sentía bien, cálida, segura. Soltó una risita cuando Jack el negro le lamió las orejas. —Perro afortunado.

La profunda voz masculina la sobresaltó y se sentó de golpe, desparramando al cachorro en su regazo. Jack aulló en señal de protesta.

Estaba sentado en una de sus sillas, con las piernas estiradas hacia delante. Esta mañana iba sin peluca y estaba endemoniadamente guapo, pero esta vez no sería tan fácil engañarla. —¿Qué hace usted aquí?

—Visitando a mi mujer.

—¿Su amante no está disponible?

—Tienes una lengua afilada, muchacha.

—No hasta que le conocí.

Sus labios se torcieron en una leve sonrisa. —Lo dudo, pero estoy aquí como buen samaritano. Gavin llevará tus cartas a tu hermano, está ahora abajo en el patio.

—Ah. —¿Por qué siempre podía desarmarla tan fácilmente? Ella notó que su mirada bajaba y vio que su camisón se había abierto. La calidez comenzó en el punto donde cayó su mirada, y luego fluyó hacia el interior. Le dolían los hombros con una tensión que nunca antes habían sentido, y su corazón palpitó contra su pecho. Un relámpago saltó entre ellos, dentado y cegador, cubriéndolos con su intensidad. Una feroz urgencia la consumió.

¿Por qué la traicionaba su cuerpo?

¿Por qué sus pensamientos hacían lo mismo?

Él también se había puesto rígido, como si la misma urgencia se hubiera apoderado de él. Sus ojos color avellana tenían un brillo dorado: de fuego. ¿Por qué no llevaba esa peluca infernal? ¿Por qué parecía tan seguro y confiado y masculino holgazaneando con una camisa sencilla y unos calzones de cuero? ¿Por qué le estaba costando respirar al contemplarlo?

Pero también había un deje de incertidumbre en sus ojos.

Era esa incertidumbre que siempre se abría camino hasta su corazón.

Recuerda aquella noche. Se repitió esa advertencia una y otra vez. Recuerda la noche en que él te amó y luego se marchó sin siquiera darte un beso. ¿Recuerdas cómo te sentiste?

¿Por qué se desvanecía ese recuerdo cuando él estaba tan cerca de ella? —¿Tienes las cartas, milady?

—Sí, —dijo ella. Incluso ella sabía que su voz sonaba ronca—. Están en el libro que hay sobre la mesa. La que tiene su nombre completo está destinada a ser examinada, la otra está simplemente marcada como “Miles”. —Ninguna de las dos, de hecho, contenía nada perjudicial. No se fiaba mucho del marqués, pero la nota personal sí contenía algunas palabras que podrían tener un significado especial para su hermano.

Observó cómo él cogía el libro, estudiaba el título y lo dejaba después de coger las dos cartas y metérselas en la chaqueta. —Aceptaste mi oferta de visitar la biblioteca.

—Sí, —dijo ella con recelo.

—Me sorprende que tuvieras tiempo, con todas tus aventuras.

—No tengo nada más que tiempo, ya que se ha empeñado en encarcelarme de nuevo.

Sus ojos se entrecerraron. —Eso fue ayer.

—Parece una eternidad.

—Es por tu propio bien. No me gustaría volver a verte perder un caballo. Puede que la próxima vez no tengas tanta suerte.

—¿Tanto le importa?

—A Cumberland no le gustaría que desaparecieras. Lo que me recuerda que planea honrarnos con su visita hoy.

Ella sintió que se le iba el color de la cara.

—¿Por eso ha venido esta mañana? No para buscar una carta, sino para asegurarse de que estoy lo suficientemente bien para recibir a sus invitados.

—Su visita, en parte, es la responsable. Quiero las cartas en camino antes de que él lo prohíba. Creo que también sería bueno que llegaran cuando él no esté con Creighton.

Caitlin no esperaba aquella explicación. De hecho, no recordaba cuándo él se había explicado, y mucho menos disculpado, por algo. —¿Por qué?

—Cumberland podría interceptarlas.

—¿Por qué le importa?

—Me disgusta la falta de armonía. —Lo dijo con tal falta de sinceridad que ella tuvo que sonreír.

—Ya falta armonía.

Sus cejas se fruncieron. —No me había dado cuenta.

Caitlin no podía saber si hablaba en serio o no. Sus ojos centelleaban pero su tono era... untuoso. O estaba siendo muy encantador o muy odioso, y era desconcertante no saber cuál de las dos cosas era.

Se levantó con elegancia. Ella ya lo había notado antes, la gracia con la que se movía, tanto si caminaba como si cabalgaba. Estaba incluso en la forma en que se recostaba en una silla, o se estiraba, incluso en la forma perezosa y sensual en que había hecho el amor.

Deseó no haber pensado en eso. Deseó poder mirarle con la misma fría indiferencia con la que él parecía mirarla a ella.

Cumberland. Algo de su rabia había disminuido, pero nada de su determinación de hacer lo que pudiera para salvar a los demás de él.

Al menos ahora podía mirarle y saber que había hecho algo, que había actuado para frustrarle.

Y para frustrar a su marido.

Por desgracia, quería hacer algo más que frustrarle, y eso la avergonzaba.

—¿Va a leerlas?

—¿El qué?

—Mis cartas.

Su mirada de absoluto asombro la sorprendió. Era como si nunca se hubiera planteado tal cosa. Él ya la había sorprendido la primera noche en que no se había tomado sus derechos de marido. Ella había pensado entonces que era porque era indeseable, pero ahora ya no creía que eso fuera cierto. Había visto demasiado a menudo el interés en sus ojos. Calor, deseo, necesidad…

—No, milady. No tengo intención de leer tu correo personal.

—Usted sirve a Cumberland. Habría pensado que tal cosa era un pecado menor comparado con los mucho mayores suyos.

Sus ojos se volvieron fríos. —¿Mayores?

—Traición a Escocia. —Algún demonio la estaba espoleando. Siempre lo hacía con él. Quizá porque siempre la desequilibraba.

—¿No sabes que el vencedor siempre tiene razón, esposa? Son los perdedores los que son tachados de traidores.

Estaba abriendo la puerta, pero se volvió. —Espero que lleves tu mejor vestido. Deseo que el duque vea una pareja feliz.

Si hubiera tenido algo más que el cachorro en la mano, se lo habría lanzado. No podía entender por qué siempre reaccionaba ante él como lo hacía, por qué se dejaba atraer por él, por qué le desafiaba, ni por qué le importaba en absoluto lo que él pensara. Cada vez que parecía ser

amable, lo era por algún motivo oculto. Cumberland quería que tuvieran un hijo. Debían parecer felices, quería que viera un “hogar armonioso”.

Sin embargo, no podía apartar de su mente la imagen de él con esa sonrisa irónica y atractiva en los labios, y su cabello oscuro rebelde y sus ojos enigmáticos que cambiaban de color con tanta facilidad.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Jack el negro, que movió la cola en respuesta—. Eso no ayuda.

Ella lo dejó en el suelo y se levantó, acercándose a la ventana. Acababa de amanecer y los criados empezaban a despertarse. Miró hacia abajo y vio a Gavin. Estaba de pie junto a un caballo bayo.

Caitlin se acercó a la ventana. El marqués apareció a la vista, le dijo unas palabras y le entregó sus cartas selladas. No creyó que él hubiera tenido tiempo de leerlas, y eso la complació. Luego estudió a los dos hombres que estaban abajo, parecían cómodos el uno con el otro, el marqués y el herrero. Ya antes le había parecido extraño, pero observar su desenvoltura juntos no hizo sino aumentar su interés. Varios segundos después, el herrero montó en su caballo y bajó trotando hacia el sendero.

El marqués le siguió con la mirada y luego se volvió para mirar hacia su ventana. Ella se alejó rápidamente, no quería que él creyera que tenía más interés en él del que tenía. Todo era un cúmulo de contradicciones.

Aprovechó su ánimo y se sentó frente al espejo y empezó a cepillarse el pelo. Hoy haría su papel. Desarmaría tanto a Cumberland como a su marido, y luego se convertiría de nuevo en el Rey negro y rescataría a su hermano. Tal vez entonces podrían encontrar al verdadero Rey y salir de Escocia.

Y alejarse de la presencia extraordinariamente perturbadora del marqués.

19

-¿A qué debemos el placer de su visita, Excelencia? —preguntó Liam con voz congraciada. Vestía sus ropas más elaboradas: una chaqueta larga de color coral con numerosos botones y ribetes dorados sobre unas guirnaldas rojinegras de lana de la mejor calidad.

También llevaba su peluca más elaborada, cuyos rizos empolvados le caían sobre los hombros.

Su Excelencia, el duque de Cumberland, no parecía impresionado. Frunció el ceño. —¿Cómo está la marquesa?

—No se encuentra bien en estos momentos.

El rostro del duque se iluminó. —¿Podría estar embarazada?

—Es posible, —respondió Liam. Esperaba que su esposa se hubiera ido mucho antes de que tal jactancia pudiera ser refutada. Liam seguía perplejo ante el intenso interés del duque por esa parte concreta de su vida.

Cumberland asintió con aprobación. —Quiero que tenga los mejores cuidados. Mi propio médico la atenderá en el parto.

—No estoy seguro de que esté encinta.

—Rezaremos para que Dios la bendiga, —dijo Cumberland piadosamente—. Recibirán diez mil libras cuando se confirme que está encinta.

Liam no pudo ocultar su sorpresa.

—Creía que se alegraría.

—Lo estoy, pero no necesito ninguna recompensa adicional para servirle a usted o a la corona. —Podía ser tan obsequioso como cualquiera.

—Aun así, me han autorizado a decirle esto.

—Estoy agradecido, Excelencia.

—Como bien debería estarlo. Lo cual es mi segunda razón para venir. —Liam permaneció en silencio, esperando. No le gustaba como sonaba nada de esto.

—Este tipo el Rey negro… lo quiero. He duplicado la recompensa, y también estoy pidiendo a todas las familias leales que patrullen los caminos y traigan a cualquier hombre, o mujer, que no conozcan. No toleraré más la insolencia de este hombre. Haré lo que haya que hacer para llevarlo a la horca.

—Sí, Excelencia. Tendré hombres bloqueando los caminos alrededor de Lockhart. ¿Tiene una descripción mejor?

—Es tan escurridizo como una anguila. El último informe hablaba de un muchacho. Maldita sea, un muchacho. Algunos de mis hombres creen que es un demonio que puede transformarse a voluntad.

—¿Y usted qué cree?

—Creo que tiene secuaces, nada más. Pero las tropas están asustadas, y lo que es peor, los escoceses están haciendo de él una leyenda, un símbolo. Se está volviendo tan querido para ellos como su maldito príncipe. Hay que atraparlo de una vez.

—Haré lo que pueda.

—Puede convertirse en un hombre muy rico, Lockhart.

—Si está a menos de cincuenta millas de Lockhart, lo sabré, —respondió Liam.

Cumberland asintió. —Pasaré la noche aquí y me iré por la mañana. Tengo otros a los que visitar.

—Será un honor.

—¿Su esposa estará en la cena?

—Sí, Excelencia.

—Me retiraré a una habitación ahora.

—Le enviaré brandy.

—Ah, ese brandy francés. ¿Está haciendo contrabando, Lockhart?

—No, pero se lo compro a un contrabandista.

—No se haga el listo, Lockhart.

—Intento no ser listo en absoluto.

El duque no contestó.

—¿Quiere que le acompañe a su habitación? Es la que ocupó en la boda. Confío en que sea satisfactoria.

—Muy satisfactoria. —Cumberland se mostró repentinamente amable—. Y no necesita preocuparse, mi mayordomo se ocupará de todo.

La entrevista había terminado.

Liam se volvió y vio a Malcom en la puerta. Estaba mirando, pero se limitó a inclinarse cuando el duque pasó junto a él.

—¿Qué quería, Liam? —preguntó Malcom después de que Cumberland hubiera subido las escaleras.

—Quiere que detengamos a todos los viajeros en nuestros caminos y apresemos a cualquiera que no conozcamos.

—Lockhart no tiene hombres, tiene tierras que labrar.

Liam suspiró. —No podía negarme. ¿Alguna vez has intentado discutir con Cumberland?

—No puedo decir que haya tenido ese placer, —dijo Malcom secamente.

Liam fijó su mirada en Malcom. —Entonces recuerde esto: no puede enfrentarse a él, le aplastará a usted y a todos los de aquí.

—Usted y él parecen bastante amistosos. —El tono de Malcom era hostil, y eso sorprendió a Liam. Había pensado que Malcom era tolerante con Cumberland.

Liam se encogió de hombros. —Tengo algo que él quiere, pero desprecia a todos los escoceses, y le sugiero que lo recuerde.

Empezó a moverse, pero Malcom se le adelantó. —¿Por qué le importa lo que le pase a Lockhart, Liam? Parece decidido a jugárselo todo.

—No me importa nada Lockhart, y tengo razones para ello, —dijo Liam—, pero no le deseo mal a nadie de aquí.

—No le entiendo.

—Eso no es necesario. Sólo haga lo que Cumberland desea.

—¿Y usted? ¿Se marchará pronto de nuevo?

Liam sonrió. —¿Me echa de menos?

Malcom le lanzó una mirada de disgusto.

—Planeo estar aquí el tiempo suficiente para plantar una semilla. Son órdenes de Cumberland.

—Lástima que no las cumplieras en Culloden.

—¿Y así obtener el título a mi muerte? —Por alguna razón, Liam no pudo resistir el golpe. Aunque creía que Malcom era muy capaz de administrar Lockhart y sus propiedades, no podía olvidar aquellos años en que su primo fue aliado de Sean. Pensó que había superado ese dolor, pero, al parecer, no lo había hecho.

Malcom le envió una mirada cargada de odio, dio media vuelta y se retiró de nuevo.

Liam suspiró cuando una puerta se cerró tras él. No tardarás en conseguir lo que más deseas, Malcom. Sólo tengo que asegurarme de que estás vivo para disfrutarlo, de que no te culparán por los actos del Rey negro.

Caitlin no llevaba su mejor vestido, como se le había ordenado, pero tampoco era su peor. Estaba empezando a aprender que la miel podía ser mejor arma que el vinagre. Quería más libertad, debía tenerla para hacer lo que había que hacer, y la obediencia podría brindársela. Aun así, no había sido capaz de obligarse a ponerse el vestido que sabía que su marido prefería.

Effie terminó de arreglarle el pelo, recogiendo los laterales hacia atrás, sujetándolos con un broche enjoyado, y luego dejando que los rizos cayeran por su espalda. —¿Quiere unos polvos? —preguntó Effie.

Para las pecas, Caitlin lo sabía. Pero formaban parte de ella y no le importaba que las vieran ni Cumberland ni su marido. —No, Effie.

—¿Y el collar, milady?

—Creo que no, —dijo ella. Consideraba aquel collar como un símbolo de encarcelamiento.

En ese momento la puerta se abrió, sin que llamaran con anterioridad. El olor de un fuerte perfume la asaltó antes incluso de ver a su marido, avanzó y se colocó a su lado.

—Quiero que lleves el collar esta noche, —le dijo.

Era, pensó, casi como si él pudiera leerle la mente. —He decidido no hacerlo.

Sonrió lentamente y luego miró a Effie. —Puedes irte, muchacha.

Effie miró insegura de uno a otro, luego hizo una reverencia y se apresuró hacia la puerta.

—La asusta, —acusó Caitlin.

—No creo que la asuste, —dijo—. Ahora volvamos al collar, te lo pondrás. —Sacó una cajita de un bolsillo de su chaqueta, una chaqueta que era realmente escandalosa: un coral brillante con suficientes adornos de oro como para alimentar a una familia durante un año.

Como ella no hizo ningún esfuerzo por coger la caja, él la abrió. Un par de magníficos pendientes de esmeraldas yacían anidados en la caja.

—No noto ninguna gratitud, —dijo el marqués.

—Posiblemente porque estoy cegada por su chaqueta, milord. Es difícil ver otra cosa.

Se acicaló. —El color es el colmo de la moda.

—¿No piensa en nada más que en la moda y las cartas?

Levantó una ceja. —En dinero, milady. Y ese dinero reside en el hombre que está a punto de sentarse a nuestra mesa. Ahora el collar. ¿Dónde está?

Caitlin fue al armario y sacó una caja. La abrió y levantó las relucientes gemas. Dio gracias a sus estrellas celestiales por no haber tenido que trocar el collar.

—Te lo pondré.

—Puedo hacerlo yo misma.

—Sí, sé que puedes, pero prefiero hacerlo yo.

Era lo último que ella quería. No quería sus manos sobre ella, sabía cómo su cuerpo reaccionaba a su tacto.

Incluso ahora, mientras él estaba ante ella vestido con lo que parecía todo coral y oro, y envuelto en una espantosa peluca, sintió la respuesta de su cuerpo ante él. Se había calentado considerablemente.

Le quitó el collar de las manos. —Ahora sé una buena muchacha y date la vuelta.

Ella, en cambio, quiso darle un puñetazo. Buena muchacha, claro que sí. Sus ojos lo miraron con rabia mientras ella sofocaba su deseo de violencia. Libertad, se advirtió a sí misma, necesitas libertad.

Apretando los dientes, se dio la vuelta, aunque sabía que sus hombros estaban arqueados en señal de desafío.

Sintió las frías piedras contra su garganta desnuda, las manos de él en su nuca. Donde el collar era frío, las manos de él eran cálidas. Ella notó cuándo se cerraba el broche, pero los dedos de él no abandonaban su piel. Eran como brasas, abrasando su sangre. Sintió su aliento contra su pelo, y aunque el perfume que llevaba era recargado de más, su aliento era fresco y limpio contra su mejilla.

Tragó saliva con fuerza. ¿Cómo podía sentirse atraída por semejante dandi? Pero aun así no se apartó de las manos de él que amasaban su nuca, que caían y acariciaban sus hombros. Apenas podía mantenerse en pie bajo la embestida de tantas reacciones sensuales a su tacto. Sus rodillas se sentían débiles. Las sensaciones subían y bajaban por su espalda. El calor se encharcaba en el centro de ella. Maldito sea.

Entonces sus dedos la abandonaron.

—Ahora los pendientes, —dijo suavemente, como si fuera completamente inconsciente de todas las sensaciones que había iniciado—. Date la vuelta.

Una marioneta. Ella era una marioneta en sus manos. Ella se dio la vuelta, sabiendo que sus ojos le fulminaban. Él tenía un pendiente en la mano.

Ella dio un paso atrás. —Puedo ponérmelos yo misma.

—Por supuesto, pero tengo un gusto especial en estos asuntos. —Un brillo iluminó sus ojos y su boca se torció en una media sonrisa.

Por un momento casi sucumbió a un encanto que no estaba totalmente eclipsado por sus extravagantes adornos.

—Sí, ya veo que sí, —dijo ella, con un escalofrío ribeteando las palabras.

Al parecer, él lo tomó como un consentimiento, porque sus dedos se dirigieron a los lóbulos de sus orejas y, con una delicadeza que ella había experimentado la noche en que habían consumado su matrimonio, fijó primero un pendiente, y luego el otro, en su sitio, con sus dedos aún demorándose en el acto.

El núcleo de calidez que había en su interior ardió hasta convertirse en un calor intenso. Se sintió temblar. Hizo falta toda la voluntad que llevaba dentro para apartarse.

—Tienes mucho aspecto de marquesa, —dijo él—. Haces honor a las gemas.

Lo dijo de forma bonita, pero ella sólo sintió humillación por la forma en que sus emociones habían rebotado de forma tan descontrolada, por la forma en que respondió a un hombre que era todo lo que ella despreciaba.

Le miró fijamente. —Es una pena que no haga honor a nadie ni a nada.

—Lo es, —dijo él afablemente—, es un gran defecto en mi carácter. Ahora vamos, milady, y dejemos encantado al duque de Cumberland.



En realidad, no había mentido. Tenía algunos defectos de carácter muy graves. Siempre lo había sabido, por supuesto. Se lo habían dicho a menudo.

Pero nunca había sido tan consciente de ellos como cuando la había tocado. No había sido su intención. Sólo había pretendido que ella llevara las joyas y recibiera su pequeño regalo, que la ayudaría más tarde a escapar, pero cualquier buena intención de no tocarla se desvaneció cuando la vio.

Es cierto que su vestido era sencillo, pero le sentaba bien. Era de un gris pálido que hacía que sus ojos parecieran aún más azules, y su pelo lucía realmente encantador cayendo sobre la seda. Pero aún más atractiva era la desnuda perfección de su cuello. El vestido era lo suficientemente modesto, pero aun así revelaba lo suficiente como para hacer que sus trews estuvieran más ceñidos de lo debido.

Así que había utilizado la detestabilidad como arma de la forma en que siempre lo había hecho. No había podido evitar tocarla, pero podía asegurarse de que ella se apartara de él.

La deseaba con todas sus fuerzas. Le dolía. Le dolía no abrazarla y no hacerle el amor. Le dolía no quitarle la soledad de los ojos, y no convertir el desafío en pasión. Ansiaba que ella le tocara como él disfrutaba tocándola.

Y Cumberland les estaba esperando abajo.

La cogió del brazo, sintiendo su reticencia, conociendo su odio por el hombre que había destruido todo lo que ella apreciaba. Tenía una gracilidad que él envidiaba.

Bajaron juntos los escalones. Él buscó su mano y la cogió. La sintió pequeña en la suya y, sin embargo, había fuerza en ella.

La sala estaba llena. Todos los lords de las propiedades de los alrededores habían sido invitados, por Malcom sin duda. Otro destello de la habilidad de Malcom.

Todas las miradas se volvieron hacia ellos y todos los hombres y las mujeres allí presentes se pusieron de pie mientras entraban. Todos excepto Cumberland, que se sentó a la cabecera de la mesa, pero que cuando se acercaron a él, se puso en pie. —El matrimonio os sienta bien, milady, —le dijo a Caitlin.

Su esposa hizo una bonita reverencia. —Gracias, Excelencia.

Liam, que a estas alturas conocía bien a su esposa, sabía detectar la ironía en su voz.

Se sentó y bebió un sorbo de vino.

Cumberland se inclinó hacia ella y la miró fijamente. —He oído que no se encontraba bien. Nada grave, espero.

—Qué amable de su parte preocuparse, —dijo ella—. Me reconfortaría mucho la presencia de mi hermano.

—Creo que está bastante contento con Creighton, —dijo Cumberland.

Liam dio un profundo trago a su vino mientras escuchaba el duelo entre ellos. Se alegró de no ser, por una vez, participante y destinatario de la lengua a menudo afilada de Caitlin. Sólo esperaba que su esposa fuera prudente.

—¿Entonces no se opondría si le hiciera una visita?

—Creo que tu marido podría oponerse, —respondió Cumberland.

Ella se volvió hacia él. —¿Usted se opondría, milord?

—Tendría que pensarlo, —dijo él.

La decepción en sus ojos dolió mucho más de lo que debería.

—Tienes deberes aquí, —dijo Liam—. Y hay que tener en cuenta tu salud.

Su rostro cayó, sus ojos se apagaron. Sabía que le había fallado una vez más, pero no podía arriesgarse a provocar el disgusto de Cumberland, y menos esta noche.

Cumberland asintió en señal de aprobación. —Una esposa debe estar en casa de su marido. Tu hermano está a salvo y feliz. —Bajó la mirada hacia su vientre—. Y puede que pronto tengas hijos propios a los que cuidar.

Su rostro enrojeció. Ella mostraba a menudo sus sentimientos, sin duda más de lo que le gustaría. A Liam le había sorprendido que hubiera sido tan cordial como lo había sido con su invitado real.

—Esperamos hacer pronto un feliz anuncio, Excelencia, —dijo, y su esposa le dio una patada por debajo de la mesa.

Él se volvió y la advirtió con una mirada.

Sin embargo, como Cumberland estaba de un humor tan expansivo, decidió arriesgarse a hacer una sugerencia. —A mi esposa y a mí nos gustaría que el muchacho viniera de visita.

—Me temo que eso es imposible, —dijo Cumberland—. Ya está bien instalado y no sería conveniente molestarle. Ahora bien, si supiera con seguridad que está embarazada, podríamos hacer una excepción. Tal vez mi médico debería pasar por aquí.

Cumberland parecía engreído.

Otro soborno. El dinero para él y el muchacho para Caitlin. Maldita sea, ¿por qué? Liam decidió cambiar de tema. —Enviaremos hombres esta noche, Su Excelencia. Ni un alma pasará desapercibida en el camino.

Caitlin se tensó y su mano se inquietó. —¿Por qué? —dijo.

—He aumentado la recompensa por ese bandido, —dijo Cumberland—. Espero que esté en nuestras manos dentro de una semana.

—¿Le gustaría hacer una apuesta sobre eso, Excelencia? —La voz de Caitlin era sedosamente cortés.

Cumberland la miró con desaprobación y luego se volvió hacia Liam. —Tu esposa necesita algo de disciplina.

—Fue mi marido quien me enseñó el valor de una apuesta, —dijo impúdicamente Caitlin.

Liam apenas pudo contener una sonrisa. En efecto, tenía valor. Sentido común no, pero sí valor. —Sí, Excelencia. Me ocuparé de ello, y también del otro asunto.

Cumberland asintió, luego volvió su atención a la comida y la bebida. Caitlin se quedó sentada mirándolo con desaprobación. Liam frunció el ceño, tratando de advertirle que no presionara demasiado a Cumberland, pero ella lo evitó estudiadamente.

—Espero que disfrute de la comida, —dijo, intentando distraer al duque—. Es obra de mi esposa. Ella también lleva las cuentas y supervisa la limpieza de Lockhart.

Cumberland gruñó. Seguía evidentemente descontento con el desafío de Caitlin. Su

atención se centró en las joyas que llevaba puestas. —Las joyas MacTavish, —comentó—. Te favorecen, marquesa.

Luego se volvió hacia Malcom, que estaba sentado a su izquierda, para pedirle detalles sobre el número de hombres que utilizaría para patrullar los caminos y las callejuelas. Caitlin tenía la espalda rígida por la indignación, pero tuvo la sensatez de no decir nada más.

Al primer plato de cordero, ternera y solomillo de buey le siguieron pudin de ciruelas al horno y fricasé de cordero, acompañado con un flan caliente de pollo y espinacas. Un tercer plato ofreció lenguado frito, ave asada y mollejas junto con guisantes verdes y alcachofas. Un flan de almendra y tartas de cereza concluyeron la comida. Las jarras de vino fino se rellenaban constantemente. Liam observó cómo el duque centraba su atención en la comida, saliendo de su limbo sólo una vez para comentar: —Su mesa ha mejorado.

Era, pensó Liam, suficiente para alimentar a todo un pueblo. Pero Cumberland tenía razón. La comida era mucho mejor desde que Caitlin se había unido a la casa. —Como he dicho, mi esposa es la responsable, —dijo—. Es competente en muchos aspectos. La nuestra es una unión muy feliz. —Su expresión no dejaba lugar a dudas sobre cuál era una de esas maneras. Caitlin le dio otra patada, le iban a doler mucho las piernas.

—Te dije que sería un matrimonio adecuado, —dijo Cumberland—. ¿O no lo hice?

—Sí, Excelencia.

Liam se inclinó y besó a su esposa, haciendo caso omiso de su evidente disgusto. Lo hizo con fuerza y exigencia, atrayendo los vítores de los hombres de la mesa. Por un momento ella se resistió, pero pareció relajarse, únicamente para morderle con fuerza la lengua. Pudo saborear la sangre y vio un momentáneo triunfo en los ojos de ella.

Liam contuvo cualquier reacción, aunque le dolió como el demonio. Su mano se apretó contra el brazo de ella y, aunque cerró la boca, sus labios la siguieron tocando. Al cabo de un momento, se sorprendió al ver que el cuerpo de ella reaccionaba, que sus labios respondían a los de él. A regañadientes, ella intentó apartarse, y esta vez él se lo permitió.

—Soy afortunado en muchos sentidos, Excelencia, —dijo él, usando una sonrisa de satisfacción sin separar los labios para cubrir la sangre de su boca. Ella nunca se rendía. Ese pensamiento le complacía aunque el persistente dolor no lo hiciera.

Tomó un sorbo de vino y tragó la amarga mezcla de vino y sangre.

Caitlin echó su silla hacia atrás. —Me encuentro mal, milord.

Liam miró a Cumberland, que asintió. Liam se levantó y la ayudó a levantarse. —Pronto estaré contigo, mi amor, —dijo.

Ella no dijo nada, sólo salió de la sala.

—A ella no le gustan las demostraciones públicas de afecto, —dijo Liam desdeñosamente—. Reserva eso para la alcoba.

Cumberland asintió. —El matrimonio le sienta bien. Seguro que también la maternidad.

Ahí estaba otra vez la obsesión de ese hombre con la capacidad de procrear de su esposa.

Decidió indagar. —Dijo que tenía un abuelo inglés.

Cumberland dio otro mordisco a la tarta. —No tiene que preocuparse por su pedigrí.

Llega hasta la realeza.

—¿Aún vive alguien de su familia?

Cumberland asintió secamente. —Repudiaron a su hija cuando se casó con un escocés. —No pudo contener la indignación despectiva de su voz.

—¿Entonces tiene primos ingleses?

Cumberland volvió los ojos fríos hacia él. —Yo no me interesaría indebidamente por el asunto, —le dijo secamente.

Una clara advertencia. Hizo que le hormiguearan todos los sentidos. No le gustó. Sabía que Cumberland no le consideraba demasiado inteligente. El anterior beso había pretendido reforzar la imagen que Cumberland tenía de él como mujeriego, aburrido, adulador ineficaz. Ahora sabía que no debía hacer preguntas. Tendría que obtener algunas respuestas de su esposa. Por primera vez, sintió un escalofrío de miedo por ella.

—Como desee, Excelencia, —dijo con voz ansiosa por complacer.

El ceño del duque se frunció. —Cumple con tu deber, —dijo.

—Su deseo es mi orden.

El duque asintió. Liam captó una expresión de desconcierto en el rostro de Malcom.

¿Por qué? Siempre había sido servil con Cumberland en presencia de su primo.

Maldita sea, estaba cansado de mantener tantas pelotas en el aire a la vez.

Sufrió durante el resto de la cena, pero esperó hasta que Cumberland se retiró a su habitación.

Luego se dirigió a la habitación de Caitlin. Se pondría furiosa. Era la tercera vez que la humillaba públicamente. Sin embargo, con los hombres de Cumberland rondando, no creyó que fuera la mejor noche para ir solo a su propia habitación.

No se molestó en llamar.

Ella estaba de pie junto a la ventana. Su bata de noche moldeaba su cuerpo, y él recordaba demasiado bien cómo era bajo la prenda.

Caitlin no se volvió. Sostenía al pequeño terrier y miraba las colinas como si su corazón estuviera allí, y sólo su sombra se alzara en la habitación.

—Lo siento, —dijo—. Era necesario.

—Lo sé, —contestó ella—. Cuando llegué aquí y pensé en ello, me di cuenta de lo que estabas haciendo.

Ella le había vuelto a aturdir. ¿Pero por qué? Él había comprendido casi de inmediato que ella era inteligente, intuitiva.

—Me estabas protegiendo a tu manera. No le hablaste de mi... escapada.

Guardó silencio un momento. —¿Es eso lo que fue? ¿Una escapada?

—Quería alejarme de aquí, de ti. Estaba enfadada porque cuando me desperté...

No dijo nada. Quería tomarla en sus brazos, pero eso no estaba bien.

—¿Por qué no se lo dijiste? —preguntó ella.

—Es un asunto entre tú y yo.

—Creo que sé por qué quiere que tengamos un hijo.

La sorpresa parpadeó en su rostro. —¿Por qué?

—Usted me preguntó una vez por mi familia. Mi abuelo es el duque de Blandford. Sólo tuvieron dos hijos, mi madre y su hermano. Mi tío fue emboscado y asesinado hace veinte años por los Highlanders. Sirvió con el general George Wade cuando intentó pacificar las Highland. No tuvo hijos, no hay heredero directo.

—Está tu hermano… y tú.

—No. Mi madre fue repudiada, desheredada. Odian todo lo escocés, y mi hermano y yo fuimos criados como escoceses.

Un músculo le dio un respingo en la mejilla y ella supo que lo entendía. Un ceño fruncido sustituyó a la fría indiferencia que habitualmente llevaba.

—Sí, —dijo en voz baja—. Un bairn no manchado por un pasado escocés. Uno para ser moldeado en un completo inglés.

—Pero tu hermano...

—Él podría intentar reclamar el título, a no ser que lo maten cuando haya cumplido su misión de mantenerme bajo control por miedo a que le hagan algo.

Liam la miró fijamente. Ahora todo tenía sentido. Incluyendo la exigencia de Cumberland de que su médico estuviera en cualquier nacimiento. ¿Simplemente robarían al bebé, o intentarían convencer a Caitlin de que él, o ella, había nacido muerto?

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque no le contaste a Cumberland lo de mi desaparición. Porque te ofreciste a entregar las cartas a mi hermano, porque quizás tenías razón cuando dijiste que necesitábamos un poco de confianza entre nosotros, y porque no eres el tonto que tantos creen que eres, y... —titubeó, sin terminar la frase.

—¿Sí?

—También sería tu hijo.

Liam no pudo decir nada. Ella siempre le sorprendía, pero nunca más que ahora. Pensó que el honor hacía tiempo que había abandonado este país. Era desconcertante encontrarlo en su esposa.

—¿Por qué te haces el tonto tan a menudo? —preguntó ella.

—¿Por qué estás tan segura de que estoy jugando?

Él se encogió de hombros. —Poco se espera de un tonto. Creo que ya te he dicho que no me gustan las expectativas.

Su mirada se clavó en la de él. —¿Qué quieres? —preguntó finalmente.

—Lo que quiere todo el mundo. Disfrutar de la vida.

—Ya no sé si me lo creo.

—Entonces sólo ves lo que quieres ver.

Dejó al terrier en el suelo, y el cachorro se revolvió alrededor del dobladillo de su vestido, obviamente descontento por haber sido desalojado del calor de su cuerpo. Bueno, Liam en ese caso también lo estaría.

Su cuerpo, de hecho, parecía tentador. Muy atrayente. Demasiado invitador. —¿Te gustaría aprender a jugar a los dados?

—¿Dados?

—Parece que me he quedado sin cartas en este momento.

—No creía que los jugadores se quedaran nunca sin cartas.

Se sintió sonreír. Siempre disfrutaba de sus duelos. Lo había hecho desde el principio. Le gustaban las mujeres inteligentes, y le gustaban como aliadas. Ahora que lo pensaba, dos de sus tres amigos eran mujeres. Había en ellas una fuerza y una lealtad que él siempre había admirado.

—Suele pasar, —dijo.

Ella inclinó la cabeza inquisitivamente. —¿Sueles ganar?

—Sí.

—Los tontos no suelen ganar.

Él enarcó una ceja. —¿Conoces los entresijos del juego?

—Te escucho.

—Sí, lo haces, Caitlin. —Quería decir mucho más. Lo que significaba que debía marcharse de inmediato.

—No has respondido a mi pregunta.

—Sí, lo hice.

—No la importante. Los tontos no ganan. ¿Y por qué finges ser uno? ¿Para desarmar a tus oponentes?

—Tendría poco éxito contigo, muchacha.

Ella le lanzó una mirada de disgusto. Volvió a coger al terrier y fue hasta una silla, donde se sentó y puso a Jack en su regazo. Volvió a clavar sus ojos en él. Nunca le habían parecido tan azules, tan... intensos. —¿Le dirás algo a Cumberland sobre mi familia?

—Me cae un poco peor que tú, muchacha.

—Pero dejas que te utilice.

Levantó una ceja.

—Te casaste conmigo.

—Recibí mucho a cambio.

—¿Tenías intención de casarte sólo por una ganancia material?

—¿No lo hace todo el mundo?

—No, —dijo ella suavemente—. Mi padre me dio a elegir.

Él no dijo nada. Podía adivinar lo que había pasado con su elección. Le sorprendió lo mucho que le dolía ese suave brillo en sus ojos. No era por él, era por otro hombre, un hombre muerto. Y eso le dolía mucho más que cualquier herida que se hiciera a sí mismo.

Por Dios y todos los santos. ¿Se estaba enamorando?

—¿Amas a Leana? —Su voz era suave, apremiante, insistente.

Él no tenía respuesta para eso. Leana era su baluarte contra las preguntas, contra sus desapariciones, contra cualquier cuestión sobre su rol. No le había importado evitar las preguntas de Caitlin; no quería mentirle.

—Es mi amiga, —dijo con bastante sinceridad.

—No es eso lo que pido.

—Pides demasiado, milady.

—Tú siempre haces eso.

—¿Hacer qué?

—Utilizar esa palabra “milady” cuando no deseas responder a una pregunta o quieres crear distancia entre nosotros.

—Claro que hay distancia, un abismo, diría yo. Tú eres jacobita y yo soy leal al rey. —Se puso en pie—. Ya que pareces desinteresada en los dados, creo que volveré a mi habitación.

Ella no dijo nada. —Buenas noches, milady.

—Me gustaría ir a cabalgar por la mañana.

—Te acompañaré.

—¿Sigues siendo mi carcelero?

—¿Creíste que unas pocas palabras lo harían de otro modo?

—Vete entonces, —dijo ella.

Y se fue antes de que dijera, o hiciera, más cosas imprudentes.

20

Caitlin siguió acariciando a Jack mientras la puerta se cerraba tras su marido.

Estaba más desconcertada que nunca. Tanto consigo misma como con él. ¿Había cometido un terrible error al hablarle de su familia?

Pero en las últimas semanas, estaba segura de haber visto un núcleo de decencia en su marido. Intentaba ocultarlo bastante bien. Por alguna razón, parecía considerarlo una debilidad. Lástima que no hubiera más debilidades de ese tipo a su alrededor.

Podría ser un jugador que no había sido más que un derrochador la mayor parte de su vida, pero ella seguía viendo indicios de algo más, intrigantes pedacitos que no encajaban del todo. Ella habría jurado que él no había leído sus cartas, y no había sido más que amabilidad, e ingenio, lo que había sugerido el plan.

Se había resentido amargamente de su beso posesivo en la cena, pero entonces había notado la aprobación en el rostro de Cumberland, y recordó lo que su marido había dicho sobre enviar las cartas antes de que Cumberland tuviera la oportunidad de prohibírselo. El beso había sido todo un acto en beneficio de todos.

Y ahora creía saber por qué. Él había intuido el peligro que corrían ella y su hermano antes que ella. No había sabido por qué, pero lo había sentido, se jugaría la vida por ello.

En realidad, acababa de hacerlo.

Si tenía un hijo, lo que ahora era posible, ni su vida ni la de su hermano valían medio penique. Si ella tenía razón, el hijo de Liam le sería arrebatado, y si protestaba, él podría sufrir un accidente. Cumberland no dudaría en asesinar a dos jacobitas más, ni a un noble débil con fama de cobarde. Ahora suponía que ésa era exactamente la razón por la que había sido elegido.

El miedo se arrastró en su interior. Miedo y algo más: la enfermedad de que alguien, y para más hincapié parientes consanguíneos, pudiera planear algo tan feo y tan inconcebible. Que literalmente iban a robar a un niño, sólo porque sus padres eran escoceses.

Había necesitado un aliado, y no había ninguno disponible salvo su marido. Sólo podía rezar para que él guardara silencio. Sólo podía esperar que cediera en sus órdenes de negarle un caballo.

Ella debía ir a liberar a su hermano ahora, y debía hacerlo antes de que estuviera encinta, pues posiblemente entonces estaría demasiado bien vigilada para hacer nada y con el tiempo cada vez más torpe. No podía hacerse pasar por el Rey negro si estaba encinta.

Jack el negro gimoteaba y se inquietaba, y ella pensó que probablemente tenía hambre. Le había crecido un apetito enorme. Se inclinó hacia él y lo acurrucó. Tendría que llevárselo a él también cuando se marchara. El cachorro volvió a gemir.

Caitlin se preguntó si todos estarían dormidos. Dejó al perro en el suelo, se acercó a la puerta y la abrió. Escuchó, pero sólo había silencio. Los candelabros a lo largo de la pared proporcionaban una luz tenue.

Pensó un momento. No quería que nadie la viera con el camisón. Era demasiado revelador. Fue al armario y encontró un vestido sencillo que se ataba por delante para poder vestirse sola. Se puso una camisa, luego el vestido y calzó sus pies en un par de zapatos. Llevó una vela hasta la puerta y la abrió. Al encontrar sólo silencio, se deslizó por los escalones, con Jack el negro jugueteando ansiosamente a su lado.

Varios soldados de Cumberland dormían en el gran salón. Oyó los ronquidos, el sonido inquieto de los hombres, mientras pasaba de camino a la zona de la cocina. Ahora estaba oscuro, pero en unas horas bulliría de sirvientes preparando la comida para sus no deseados huéspedes. Encontró una jarra de leche y vertió una buena cantidad en un plato, luego partió trozos de pan.

Jack el negro engulló con avidez la mezcla mientras ella permanecía de pie, esperando. Luego se lo llevó fuera para que hiciera sus necesidades. Había sido extraordinariamente rápido en aprender la diferencia entre la tierra y la alfombra.

Un centinela montaba guardia. ¿Por Cumberland?

Ella permaneció fuera poco tiempo y luego llamó a Jack, pero justo cuando estaban a punto de entrar por las enormes puertas, vio a alguien salir a caballo de los establos. Supo al instante de quién se trataba.

Santo cielo, ella deseaba tener esa libertad. Deseó poder cabalgar lejos del carnicero. Su marido acababa de escapar tan fácilmente que le hizo sentir mucha rabia.

Su corazón se hundió cuando se dio cuenta de que lo más probable era que escapara a la cabaña del bosque.

Entró y acababa de llegar a los escalones cuando oyó voces y apagó la vela. Las voces eran suaves, pero reconoció una de ellas como la de Cumberland. Cogió a Jack y se deslizó entre las sombras.

—Hará lo que le pido, —le oyó decir—. Le he dicho que recibirá diez mil coronas cuando esté encinta. El marqués hará cualquier cosa por dinero. —La voz de Cumberland estaba llena de desprecio.

Jack se retorció en sus brazos y ella le tapó la boca hasta que los hombres pasaron más allá de su oído. Sintió un frío escalofrío recorrerle la espalda. Diez mil coronas era una fortuna, ciertamente. El marqués no le había dicho nada al respecto. Nada en absoluto.

Tampoco había vuelto a hacer el amor con ella. ¿Era ella tan repelente que él esperaba que esa única vez lograra su objetivo? ¿Y si no lo hacía?

Apartó la mano del hocico del perro y corrió escaleras arriba, entrando en su habitación y cerrando bien la puerta tras de sí. Se encontró temblando. No de frío, sino ahora de algo más… miedo, aprensión, y una emoción aún más poderosa: una pérdida de fe tan fuerte que la agotó hasta hacerla sentir como un muñeco de trapo.

Caitlin se sentó en la cama, abrazada al perro, sintiéndose más desolada que en ningún otro momento desde que llegó aquí. No lo había creído posible, pero ahora sabía que lo era.

Aún quería confiar en el marqués, pero ahora la duda volvía a atormentarla.

¿Cómo podría contactar con el Rey?

¡Anne! Podría avisar de algún modo a Anne y pedirle que enviara a alguien a la Dama Errante. Debería haber pedido a alguien que se pusiera en contacto con el Rey aquella noche, pero había estado tan agotada, y tan apurada.

Ella reclamaría la deuda que tenía el Rey con ella. Estaba convencida de su honor, no la rechazaría.

Estaba más que segura de ello.

Todo lo que tenía que hacer ahora era averiguar cómo avisar a Anne. Su amiga podría enviar a alguien a la costa y pasar la voz a los hermanos en la Dama Errante de que alguien necesitaba al Rey. Ella no usaría su nombre, sólo pediría que el Rey se reuniera con un fugitivo en un lugar especificado no muy lejos de la casa de la torre. Ella encontraría la manera de estar allí, puede que tuviera que drogar al mozo de cuadra, o...

Lo que significaba otra visita a Leana, alegando falta de sueño y la necesidad de un brebaje que la ayudara. Esa perspectiva era dolorosa y humillante.

Pero, ¿cómo hacer llegar el mensaje a Anne? Ya que su marido estaba siendo tan... agradable, tal vez podría escribir en clave y pedirle que se lo enviara a su amiga.

La esperanza guerreaba con un profundo sentimiento de aprensión, de decepción, incluso de pérdida. No quería pensar en su marido, sin embargo, no podía apartarlo del todo de sus pensamientos. Y su presencia aún parecía dominar la habitación. ¿Podría ella realmente haber llegado a querer a un charlatán? ¿Podría ser realmente tan taimado?

No podía arriesgarse. La vida de su hermano dependía de que ella tuviera razón, y por mucho que quisiera creer en sus instintos, no podía depositar su fe en un hombre en el que no confiaba plenamente.



Liam luchó contra el impulso de dar media vuelta, entrar a grandes zancadas en la habitación de su mujer y decirle exactamente quién era.

Pero ahora era más importante que nunca que mantuviera su segunda vida en secreto para ella. Aceptó todo lo que le había dicho, y ahora todo tenía sentido para él.

Había anhelado tomarla en sus brazos, pero ahora era más imposible que nunca. Sólo esperaba como el demonio no haber plantado ya su semilla en ella. Porque si algo salía mal y encontraba la muerte antes de sacar a la muchacha y a su hermano de Escocia, ambos estarían condenados.

Maldito sea Cumberland ojalá vaya al infierno, y que todos los demonios lo quemen por toda la eternidad.

Impulsó a su caballo al galope sobre las colinas oscuras de brezo y hacia el lago a cuatro millas de Lockhart. Estaba rodeado por un lado de altas colinas y por otro de suaves y ondulados montes. Había ido allí a menudo cuando era niño, había sido su escondite, el único lugar donde

podía ir y estar en paz.

Pero ahora lo que quería era que el viento frío le mordiera. Lo necesitaba para enfriar el anhelo que lo habitaba, el calor que Caitlin siempre despertaba en él. Había intentado dormir después de retirarse de la habitación de ella, pero no había podido. Su ira era demasiado profunda, su necesidad de ella demasiado exigente. Temía que si se topaba con Cumberland, le ensartaría allí mismo. Necesitaba esto para enfriar su ira. Un hombre furioso era un hombre descuidado, y su máscara ya se estaba cayendo. Se había involucrado demasiado, algo que pensaba que nunca ocurriría.

Había debatido consigo mismo sin cesar sobre decirle que él era el Rey negro, que la ayudaría, pero había decidido que aún no era el momento. No tenía motivos para creerle. Desde luego, él habría rechazado la idea si fuera ella, y sentía que con ello podía poner a Gavin y a Leana en mayor peligro. Ahora sabía que su esposa nunca traicionaría conscientemente a nadie, pero Cumberland tenía formas de sonsacar la información, sobre todo mientras tuviera a su hermano. Y una palabra equivocada, una expresión equivocada o un gesto equivocado podría matarlos a todos. Sencillamente, no podía arriesgarse.

Regresaría a Lockhart, se haría el tonto complaciente para Cumberland y haría todo lo posible por mantenerse alejado de ella. Al día siguiente había prometido llevarla a caballo por la mañana.

Tenía muy poco tiempo antes de que el capitán francés volviera para la cita. Tendría que tener al chico para entonces, así como a Caitlin. Tendría que idear un plan para asegurarse de que el pueblo de Lockhart no pagara por sus propias actividades, e intentaría reunir a los jacobitas fugitivos que le quedaran. Ésa sería su venganza final contra Cumberland.

Se preguntó cómo le iría a Gavin. El viaje le llevaría un total de cuatro o cinco días, incluyendo al menos un día en la fortaleza de Creighton. No podía hacer nada hasta entonces. Sospechaba que la semana siguiente sería la más difícil que había tenido nunca.

¿Y después?

Perdería a la única persona que iluminaba todos los lugares oscuros y vacíos de su interior. Echaría de menos su ingenio, su valor y su inteligencia. Echaría de menos esa sonrisa tímida. Sin embargo, tenía que devolverle su libertad. No tenía nada más que ofrecerle.

Al menos podía construir recuerdos. Se juró memorizar todos y cada uno de los momentos como un tesoro que guardar y mantener en su mente, para sacarlo y revivirlo cuando estuviera solo.



Caitlin trató de mostrarse distante y tranquila. Ya había decidido que había dicho demasiado.

Sin embargo, su corazón se agitó cuando Liam llegó mientras ella desayunaba. Tenía aspecto de dandi, otra vez. Llevaba una fina chaqueta azul pero sin el ribete dorado que solía favorecerle. Hoy también llevaba calzones de cuero, sin las correas que tanto delineaban los músculos de sus piernas. Sus pies estaban enfundados en botas nuevas, muy pulidas. Su peluca no era tan elaborada como la de la noche anterior; de hecho, era bastante modesta en

comparación con las demás. Aun así, ella prefería con mucho al hombre sin ellas.

No debía pensar en eso.

Tenía que ser cautelosa a cada momento. —Vi partir al duque de Cumberland al amanecer.

—Sí. Ahora tiene a todos nuestros granjeros y pastores peinando el campo.

Ella le miró a través de unas espesas pestañas. Estaba coqueteando con él, y se encogió interiormente por ello. Vio que sus ojos se oscurecían.

¿Realmente le leía la mente como ella tan a menudo pensaba que hacía? ¿Cómo podía hacerlo?

—¿Has comido, milord?

—Sí, con Cumberland antes de que se fuera. Tenía unas últimas instrucciones.

Ella tragó saliva. Sabía cuáles eran algunas de esas instrucciones. Acostarse con ella, producir un heredero para la nobleza inglesa que su madre y su padre detestaban, gente que haría cualquier cosa por arrebatarle un hijo a su madre. Ahora sabía por qué su madre nunca hablaba de su propia familia.

Perdió el poco hambre que tenía y se puso en pie. —Cogeré mi capa.

—Tienes buen aspecto esta mañana.

Ella hizo una reverencia. —Gracias, milord.

—Sólo digo la verdad, —dijo él solemnemente.

Ella se sintió turbada. Estaba decidida a no confiar en él, a no bajar la guardia, y sin embargo, cuando él hablaba con ese tono serio en su voz, sintió que se derretía un poco. Permitió que la ayudara a ponerse la capa y luego los guantes. Jack el negro jadeaba pesadamente junto a ella, obviamente temeroso de que se fuera sin él.

Miró al marqués. —¿Podemos llevarnos a Jack con nosotros? Le encantan las aventuras.

—Se parece a su dueña.

Ella decidió no responder a eso. Se limitó a mirarle.

—¿Se mantendrá alejado de los cascos?

—Lo llevaré en la silla de montar conmigo.

—Si eso te complace.

Nada excepto la seguridad de su hermano la complacería ahora, pero ella asintió.

Si vio algo más en sus ojos, no lo mencionó. Sólo asintió. —Los tres, entonces.

Los caballos ya estaban ensillados y Jamie llevaba las riendas. El marqués entregó a Jack al muchacho. —Sujétalo un momento.

Entonces la ayudó a subir a la silla, su mano permaneció sobre la de ella un segundo más de lo necesario, y luego le entregó a Jack. Ella notó que sus manos eran suaves, que una mano acariciaba el pelaje de Jack mientras lo levantaba hacia ella.

Luego montó y cabalgaron por el sendero. —¿Adónde vamos?

—A un lago. Le pedí al cocinero que preparara una comida para llevar. Pensé que te gustaría alejarte un rato.

Para siempre estaba mejor que para un rato, pero su marido estaba en su momento más simpático. Aunque no confiaba del todo en él, Caitlin se encontró atrapada en un encanto que él utilizaba con mucha eficacia... cuando lo consideraba a bien.

Cabalgaron durante una hora, pasando por una patrulla antes de llegar al lago. Enclavado entre altas colinas llenas de brezos, era de un azul oscuro y yacía resplandeciente al sol. Ella no pudo contener un jadeo de placer. Le encantaban el brezo y las colinas salvajes, los abundantes lagos y los arroyos y ríos.

Se advirtió a sí misma sobre su acompañante. Podía encender y apagar el encanto como una tormenta de las Highland iluminaba con cada rayo. Él la había escuchado, había admitido que lo más probable era que sus preocupaciones fueran correctas, pero no se había ofrecido a ayudarla de ninguna manera. Lo único que había hecho era guardar sus secretos.

¿Realmente podía esperar que él arriesgara algo por ella? ¿Especialmente cuando se había casado por una fortuna con una extraña poco dispuesta?

La ayudó a desmontar bajo un abedul y luego le tendió una mano que ella ignoró mientras se acercaba al lago. —Es precioso.

—Sí, solía venir aquí de muchacho.

Ella le miró. —No puedo imaginarte de muchacho.

Él se encogió de hombros. —A veces me pregunto si alguna vez lo fui realmente. Recuerdo poco, salvo los gritos entre el marqués y mi madre. Me acogieron en una familia inglesa y agradecí el respiro.

—¿Cuándo viniste aquí por primera vez?

—Mi madre me trajo cuando tenía siete años. Después de eso, venía cada vez que podía. Es un lugar lleno de paz, me sentaba durante horas y veía a los ciervos venir a beber. Pensaba que...

Se detuvo como si estuviera contando secretos que debían permanecer así. —¿Viene alguien más por aquí?

—Un pastor ocasional con un rebaño. —Miró hacia una empinada colina boscosa que protegía el lago—. Hay unas cuevas ahí arriba. Solía esconderme en ellas y hacer el papel de Robert Bruce.

—¿Y por eso luchaste contra todo en lo que él creía? —Ella no pudo evitar la aguda réplica. Él siempre la arrullaba con una fantasía de seguridad. Tenía que hacer algo para recordarse a sí misma que él no era un amigo leal. Sin embargo, una vocecita le sugirió que tal vez le estaba sugiriendo un escondite. ¿Por qué era siempre tan poco claro?

—Eso fue hace más de veinte años, milady, antes de que mi familia se declarara a favor de los Hannover.

—¿Hannover?

Los jacobitas habían llamado así al rey con no poca sorna. A ella le sorprendió oír la palabra de su boca, pero a menudo parecía no tener lealtades, ni hacia el bando en el que luchaba,

ni hacia el otro. Parecía considerarse igualmente desconectado de ambos bandos, un espectador no implicado.

—Sí, —dijo con esa curiosa sonrisa que sólo inclinaba un lado de sus labios—. El Hannover.

—¿Por qué luchaste?

—Hay quien dice que no lo hice. Que salí corriendo al primer ruido de cañón.

—¿Y lo hiciste?

Se acercó a la escarpada orilla del lago. Cogió una piedra y la lanzó al agua, observando cómo saltaba una vez, y otra más, antes de hundirse. —¿Quieres conocer el temple de tu marido?

—Sí, —admitió con ironía—. Me confundes muy a menudo, no sé qué pensar la mayor parte del tiempo.

—No hui, muchacha. Me alejé del campo de batalla cuando Cumberland ordenó no dar cuartel, no me gustaba esa matanza despiadada.

Era una de las primeras veces que ella había oído verdadera emoción en su voz. Estaba asombrada por la profundidad de la misma, y aún más de que él la compartiera con ella.

—¿Es por eso que no le dijiste nada a Cumberland de mi ausencia?

—Quizá no deseaba que pensara lo ineficaz que soy como marido.

Dio varios pasos hacia él y le miró a los ojos. Por Dios que eran hipnotizantes, tan pronto verdosos como dorados o grisáceos. Siempre cambiantes, siempre intrigantes, y siempre reservados.

—¿Por qué permites que todos piensen que eres un cobarde?

—No me importa lo que piensen.

Y no le importaba, ella lo vio con suficiente claridad, pero, extrañamente, al parecer sí le importaba lo que ella pensara.

Sus dedos empezaron a hormiguear. Se encontró moviéndose hacia él, un paso y luego otro; él también se movía, un paso y luego otro.

Estaban uno frente al otro, sólo un soplo de aire los separaba, y ese aire crepitaba de emoción, de deseo. Sus pasos se congelaron en su sitio, y sus cuerpos se derritieron cuando su aliento se mezcló con el de ella. Sus labios rozaron los de ella con una dulzura que sacudió cada uno de sus sentidos. Se separaron mientras sentía como sus brazos la rodeaban y se sintió atraída voluntariamente contra él, con la mejilla apoyada en su corazón. Sintió su latido, y sintió el calor de su cuerpo.

Su cuerpo volvía a responderle, de manera traicionera. Sintió el hambre, la necesidad de que él formara parte de ella. Oyó el suave chapoteo del agua contra la orilla, el sonido de los pájaros que susurraban en los árboles. Oyó toda la música de la tierra, y la hizo aún más gloriosa la melodía de su cuerpo.

También oyó un eco inoportuno: el marqués haría cualquier cosa por dinero.

Él debió de sentir instintivamente que ella se alejaba, porque la soltó, con una mirada tanto curiosa como recelosa.

Ella no quería que se fuera. ¿Por qué se sentía siempre tan segura con él, cuando debería sentir todo lo contrario? Sintiéndose partida en dos por el deseo y el miedo a la traición, empezó a darse la vuelta.

Entonces oyó chapoteos. Chapoteos frenéticos, de pánico.

Se volvió hacia el lago. Jack se agitaba en el agua. Debía de haber caído desde una roca al lago y, en frenéticos esfuerzos, se alejaba de la orilla. Ella empezó a correr hacia el agua.

Él la atrapó. —El agua está muy fría y es muy profunda, —dijo—. Iré yo a por él.

Ella vio cómo él se quitaba la peluca, luego la chaqueta y finalmente las botas. Lo hizo en cuestión de segundos, con más rapidez de la que ella creía posible. Sin vacilar, se zambulló en el agua, nadando con fuertes brazadas para alcanzar al cachorro, que había desaparecido de la superficie. Liam se ahondó también, subió y volvió a bajar.

Su corazón pareció dejar de latir. Jack estaba a su cargo. ¿Cómo podía no haberle prestado la debida atención? Al igual que no había sacado a su hermano de Escocia a tiempo.

Entonces vio asomar una cabeza oscura seguida de una mano que sujetaba al perro. Nadó hacia atrás con un brazo, el otro cogiendo con fuerza al cachorro.

Llegó a la orilla y se puso de pie, su cuerpo temblaba y el cachorro no se movía. Se sentó y frotó a Jack el negro, poniendo dos pulgares en su pecho y amasándolo. El agua empezó a manar de la boca del cachorro, y por fin empezó a moverse, emitiendo los pequeños gruñidos que hacía cuando era un cachorro de pocas semanas.

Caitlin cogió a Jack de las manos de su marido y envolvió al cachorro en su capa. Puso una mano sobre el brazo empapado del marqués, estaba helado.

—Necesitamos un fuego, —le dijo.

Se encogió de hombros. —No tengo pedernal, —replicó mientras se levantaba para quitarse la camisa y ponerse la chaqueta seca. Su pelo oscuro y húmedo se le pegaba a la cara. Ella le entregó el cachorro y se agachó, arrancando un trozo de su enagua, que utilizó para limpiar el agua de la cara de su marido. Cada vez pensaba más en él como tal, su marido.

—Siéntate, —le ordenó.

Con cara de sobresalto, él lo hizo. Ella utilizó el paño para intentar secarle el pelo. No pudo hacer nada con sus calzones mojados. Miró hacia abajo y vio como estaba secando al cachorro con su elegante chaqueta.

Sus manos amasaron su pelo, sus dedos se detuvieron para permitir que un mechón se enroscara alrededor de ellos.

—Vas a estropear tu chaqueta, —dijo, angustiada al descubrir que su voz se quebraba por la emoción.

—Está helado.

—Tú también.

—Pero yo sé que pronto entraré en calor, y él no.

Miró fijamente la cabeza oscura, agradecida de que él no pudiera ver su cara, ni lo que en ella tan claramente se mostraba. No quería que él viera la emoción, ni el miedo, ni el

agradecimiento absoluto que sentía.

Ni esa oleada de algo más que gratitud. —Será mejor que volvamos, —dijo ella.

—¿Y perdernos la comida? —dijo él con fingido horror.

—¿Hay algún lugar más cálido?

—No. Nada más que Lockhart, y no creo que desees ir allí. Era el agua la que estaba fría, muchacha. Aún es verano y el sol está fuera, me secaré pronto.

—Gracias, —dijo ella simplemente—. Gracias por Jack.

—Quizá eso le enseñe a ser más precavido con el agua. —Sin embargo, a pesar de su tono arrogante, ella notó sus manos apretadas alrededor del cachorro. Su chaleco se había oscurecido con la humedad—. Y tú, muchacha, estás a punto de dejarme calvo de tanto frotarme el pelo.

Caitlin se dio cuenta de repente de que había estado frotando cada vez más fuerte. Avergonzada, dejó caer el paño húmedo de sus manos. Se agachó a su lado y le quitó el cachorro, acunándolo en sus propios brazos. Aún temblaba y emitía pequeños sonidos lastimeros, mirando hacia arriba con esperanza. —Eres un pequeño demonio, —le dijo, aunque terriblemente agradecida de que aún estuviera entre ellos.

Ella no sabía nadar. Sabía que nunca podría haberlo salvado.

Mientras con una mano sujetaba al cachorro, acercó la otra a la cara de Liam. Su mano se detuvo en su mejilla. ¿Cómo podía ella haber creído que él permitiría que le robaran un hijo suyo? Pero, ¿por qué no le había ofrecido su ayuda ayer cuando habían hablado? ¿Por qué se había limitado a escucharla?

Se puso las botas y empezó a dar pisotones sobre la hierba calentada por el sol. Ella pensó que se parecía un poco a un toro rijoso listo para aparearse.

Ella soltó una risita y él la miró, con una sonrisa dibujada en los labios. —¿Tan tonto parezco?

—No, a mí me pareces bastante heroico.

—Entonces tienes unos estándares bajos.

—Los tengo altos, —contradijo ella—. Y Jack también lo cree.

—Umm, —dijo él dubitativo. Reanudó su zapateado mientras ella lo observaba, y siempre le recordaría así. Un pequeño demonio malvado le hizo preguntarse si Leana le veía así con regularidad, con su pelo oscuro liberado de la peluca, y los calzones pegados a unas piernas fuertes. El dolor onduló a través de ella.

Apartó la mirada, hacia el lago. Jack el negro le lamió la mejilla como si de repente se hubiera dado cuenta de que ella necesitaba consuelo más que él, pero aunque ya no podía ver a su marido, cada parte de ella era consciente de su presencia detrás de ella. Ahora cada vez que lo veía, se sentía controlada por emociones, deseos y sentimientos totalmente desconocidos.

Aunque fuera un escocés que había luchado con Cumberland, un hombre que por orden del carnicero se casó con una mujer que no era de su elección, y aunque mantuviera una amante cerca.

El dolor se hizo más profundo en su interior. Se preguntó cómo sería ser amada de verdad por el marqués.

No pienses en eso, no puedes aferrarte a algo que nunca has tenido.

Piensa en Miles.

¿Realmente quería a un hombre que parecía no tomarse nada en serio, ni la muerte, ni la amenaza de robo de un hijo, ni la lealtad?

No obstante, le echaría de menos. Incluso echaría de menos lo llamativo de su ropa, la competencia que sólo ella parecía notar, las pequeñas amabilidades que él trataba de ocultar o suavizar con algún comentario mordaz.

Se volvió hacia él, seguía dando pisotones de un lado a otro. Tenía un aspecto irresistible con sus calzones chorreantes y su chaqueta estropeada. Siempre antes, incluso con su ropa informal, había parecido elegante y arrogante. Ahora parecía despeinado, accesible e increíblemente sensual.

El marqués haría cualquier cosa por dinero, recuerda las palabras de Cumberland… aunque podría haberse ahogado salvando a Jack.

Liam dio un repentino giro y se dirigió hacia los caballos, desatando una bolsa de su montura. Sacó un trozo de tela, extendiéndolo sobre la orilla, y luego colocó triunfalmente sobre el paño una botella de vino, dos faisanes asados, queso y fruta.

—Sigo pensando que deberías encontrar ropa seca, —dijo ella.

—No lo creo, —replicó él con la arrogancia que ella recordaba tan bien de los primeros días.

Ella seguía queriendo algo de él, así que no dijo nada mientras él repartía la comida y servía vino en dos copas de plata. Ella le dio un sorbo y le pareció muy bueno. Levantó la vista hacia él, su pelo se estaba secando, formando ligeros rizos. Su chaqueta estaba arrugada, pero no le prestó atención. En cambio, parecía inmensamente satisfecho de sí mismo.

Caitlin no podía dejar de mirarlo. De todos los Liam MacTavish que había visto, éste era el más atractivo. No le importaba su aspecto, y había arriesgado sin vacilar su vida por un animal. Ahora parecía singularmente complacido con lo que había sucedido esta tarde, a pesar de su malestar físico.

—No estás comiendo nada, milady.

—Estoy interesada en ti, veo que estás disfrutando mucho.

—Nunca antes había salido así de excursión.

¿Por qué no con Leana, si hubiera querido? ¿Por qué ella también estaba disfrutando tanto? Y lo estaba haciendo. Ella se sentía como si se derritiera formando un pequeño charco de deseo, a punto de pedirle que se metiera en él.

Por el momento no quería meter a Leana en la conversación. Quería saber más de ese hombre que era su marido, aunque tuviera la intención de abandonarle, de irse de Escocia con su hermano, de huir lejos del alcance de Cumberland y de su abuelo.

De repente, Jack se zafó de sus brazos y se lanzó sobre el mantel, arrebatando un trozo de carne del faisán.

—Ya ves que estará bien, —dijo Liam—. Es un perro valiente.

Caitlin mordisqueó el faisán, compartiéndolo con el perro que ahora parecía completamente recuperado. Su mano le acarició el pelaje que se estaba secando. Había estado muy cerca de perderlo, y en ese momento era todo lo que tenía. —Sí, —dijo—, lo es.

—Como su dueña es una muchacha valiente.

Ella levantó la vista bruscamente. Deseó no preguntarse siempre qué quería él.

—Me gustaría viajar a la tierra de los Innes, —dijo, decidida a probar su accesibilidad—. Anne Innes es una buena amiga.

—¿Cómo de buena amiga?

Intentó no mostrar resentimiento ante la pregunta. Cualquier marido la haría. —Una buena amiga, —dijo ella.

Una luz se apagó en sus ojos. Él se encogió de hombros. —Conozco a la familia. Es jacobita.

Ella se sentó, esperando, mientras los ojos de él parecían estudiar sus pensamientos.

—Creo que mejor no, —dijo él tras un largo silencio.

Su corazón se desplomó. Por un momento, ella había esperado que él estuviera de acuerdo.

—Una carta entonces, —dijo ella—. Ella estaba prometida a mi hermano mayor. —Odiaba tener que suplicar incluso por ese pequeño privilegio.

Bebió un poco más de vino antes de contestar. Ella se mantuvo muy quieta. Él estaba dejando claro que seguía siendo su dueño, a pesar de esos pocos momentos de cordialidad. —Sí, —dijo finalmente—. Enviaré a alguien con ella esta tarde.

—Gracias. —Debería sentir un momento de triunfo, pero no fue así. Tenía que dejar Lockhart, pero ahora sabía que se iría con un gran vacío en su interior. Se preguntó si siempre buscaría esa endemoniada sonrisa torcida.

Deseó poder contárselo todo, que planeaba pedirle a Anne que encontrara al Rey por ella, y así ella y su hermano desaparecerían, pero ésta era su casa, y ella su esposa, y todo lo que había adquirido recientemente dependía de ella.

Se levantó y recogió la comida, y cuando la hubo acomodado en su montura, se dirigió a ella y le ofreció ayuda para montar, pero todo el calor había desaparecido, estaba frío, y la sonrisa arrogante había vuelto a sus labios. Volvía a ser un extraño y, extrañamente, ella se sintió como si acabara de perder a un amigo.

21

Con Jack jugando con sus pies, Caitlin pasó la tarde pensando su carta. De vez en cuando, ella se inclinaba y le frotaba el lomo y él gruñía de placer, con un pequeño y feroz gruñido.

No podía apartar de su mente las distintas caras de Liam MacTavish, marqués de Lockhart: irónico, pensativo, caprichoso, severo, frío…

Intentó apartar esos pensamientos de su mente y concentrarse en la carta. No podía depender de la esperanza de que él no la leyera. Y no tenía ni idea de lo que haría el marqués si leía que, en esencia, ella estaba pidiendo a un enemigo del estado que la ayudara a escapar de su matrimonio y a su hermano a escapar del duque de Cumberland.

Si su posición y su riqueza estaban realmente en peligro, ¿intentaría detenerla?

Así que escribió su nota con mucho cuidado:

Querida Anne,

Quería que supieras cuánto te echo de menos, y a los amigos de los que hablamos la última vez. Siempre recordaré el viaje al mar. Desearía poder ir allí de nuevo. O que pudieras visitarme en Lockhart. Me gustaría llevarte al lago Maire. Mi marido me ha llevado hoy allí y es realmente encantador. Comimos en una lengua de tierra que sobresale en el lago. Es un lugar aislado y poco frecuentado. Esperaba que pudieras venir, aunque fuera con la luna nueva. Podríamos cabalgar y verlo brillar bajo la luz de la luna. Dile a nuestro amigo que no se preocupe por la deuda. Podrá saldarla cuando volvamos a vernos, y podremos volver a reírnos juntas del pasado.

Tu amiga, Caitlin

La selló y se la dio a Effie para que se la llevara al marqués. No creía que pudiera soportar volver a verlo, era demasiado peligroso para sus emociones, para su habitual sentido práctico. La confundía, y ella sabía que no podía permitirse estar confundida.



Liam entregó la carta a Anne Innes en persona.

Sabía que llevar a Caitlin al lago había sido un error. Había pensado que ella lo disfrutaría, y habían tenido preciosos momentos de disfrute. No se había esperado el calor que surgió entre ellos... o quizá sí. Había pensado que podía controlar su deseo por ella, su necesidad, y se había quedado de piedra cuando descubrió que no podía.

Supo entonces que no podía quedarse en Lockhart, esperando el regreso de Gavin. Tenía que alejarse de la casa de la torre, de Caitlin, antes de que los destruyera a todos.

Entregaría la carta y luego haría un viaje a Edimburgo. Dos días de duro cabalgar para ir y dos para volver. Eso debería enfriar su... obsesión. Tal vez incluso podría encontrar una mujer agradable, una que no le exigiera nada a su corazón ni a sus emociones, una que estuviera libre de lealtades, igual que él, una que simplemente disfrutara de una noche de placer.

Le había gustado Anne Innes, pero no se había demorado mucho. Ella le había recibido con recelo y estaba claro que le consideraba algo menos que humano. Aun así, consciente de la costumbre de hospitalidad de las Highland, le había invitado a quedarse a cenar con ellos, pero ya había cometido suficientes errores; no necesitaba que otra persona viera más de lo que él quería que vieran.

La finca apestaba a abandono, principalmente, supuso, por falta de dinero, y la propia señora tenía un aire triste. Pronto se enteró de que su padre estaba muy enfermo, y desde hacía mucho tiempo. Ninguno de sus parientes había luchado con el joven príncipe, lo que les había salvado de las carnicerías sufridas por otras familias jacobitas. Aun así, su ganado había sido acorralado y vendido prácticamente por nada a los escoceses de las tierras bajas que habían apoyado a la corona inglesa.

Liam hizo una nota mental para asegurarse de que el ganado fuera repuesto y de que se le devolviera de golpe una suma de dinero, una deuda largamente descuidada con su padre. Ella no le dio ninguna carta a cambio, pero sí le pidió que le dijera a Caitlin que la echaba de menos pero que lo entendía todo.

—Le dirás eso, —enfatizó—. Que la entiendo en todo.

Él le aseguró que lo haría y marchó hacia Edimburgo. Quería saber si Helen había sabido de algún otro jacobita en busca de seguridad, ya que era probable que éste fuera el último viaje. También escucharía lo que se decía entre los militares ingleses, si había alguna pista sobre el Rey negro. Y, sobre todo, si su cita costera habitual seguía siendo segura.

Ésas eran sus excusas para mantenerse alejado de Lockhart. Maldita sea, se sentía atraído por Caitlin como el metal por un imán. Ella llenaba muchos lugares solitarios dentro de él.

Tenía que mantenerse alejado de ella.

Liam cabalgó durante dos días seguidos, deteniéndose sólo para dejar descansar a su caballo, y durante varias horas cuando ya no podía más para descansar él mismo. Llegó a Edimburgo tarde el segundo día.

Había tropas inglesas por todas partes. Se preguntó si los demás sentían el profundo y visceral resentimiento que él sentía. No le había importado tanto antes de Culloden. Su padre había estado intrínsecamente ligado al país, y Liam le guardaba tanto resentimiento a fuego lento que Escocia le inspiraba muy poca lealtad, pero en los últimos meses había sido testigo de la fortaleza y el valor de sus gentes. Había cabalgado por las Highland y atravesado las cañadas y los desfiladeros. Había visto las lágrimas en los ojos de los que se habían visto obligados a

marcharse, y esa pena la había sentido como propia. Sintió su valor, su feroz lealtad entre ellos y a su causa, y por primera vez tuvo una sensación de lugar, y supo que lo echaría de menos.

El Zorro y la Liebre estaba ruidoso y lleno, pero no tardó en encontrar al posadero. —Nos ha tenido desatendidos, milord, —le dijo el hombre.

—Sí, tenía algunos asuntos en casa.

—¿Cuánto tiempo pensáis quedaros esta vez?

—Sólo un día o dos. Necesito ropa, y el duque de Cumberland me ha hablado de un nuevo sastre.

Ante la mención del hombre más poderoso de Escocia y el segundo de Inglaterra, el hombre se tambaleó. —Haré que ventilen sus habitaciones y preparen un fuego.

—Y también un baño.

El dueño estaba bien acostumbrado a los hábitos de su cliente y sabía que le pagarían bien por atenderle. —Sí.

Liam esperó hasta pasada la medianoche, hasta que la taberna quedó libre del último cliente, y le dijo al tabernero que no quería ser molestado. Se cambió a las ropas de un mendigo, se puso algodón en la boca para cambiar la forma de su cara y luego se puso una peluca desaliñada de pelo largo y oscuro. Se echó un poco de ron en los labios y en la ropa, y se escabulló por la puerta hacia una escalera trasera y bajó a la calle. Se mantuvo en las sombras, deslizándose por el suelo y roncando ruidosamente cuando pasaba una patrulla. Finalmente se acercó a la casa de Helen, asegurándose de que no había nadie más en la calle. No había podido avisarla de su visita. Sólo podía esperar que ella no tuviera ningún invitado masculino esta noche.

Llegó a sus habitaciones sin problemas y llamó cuatro veces, esperó y volvió a llamar.

No hubo respuesta.

Empezó a golpear de nuevo cuando oyó que alguien se agitaba. Helen tenía una criada que venía todos los días, pero no vivía en la casa. Discreción, alegaba ella siempre.

Ella abrió la puerta y él se deslizó dentro, echando un último vistazo a la calle lateral vacía.

Ella se sobresaltó de primeras, pero miró más de cerca. —Dios mío, deberías haber sido actor, —dijo.

—Puede que me dedique a eso en las Colonias, —dijo él—. Aunque tendré que cambiarme el nombre.

—¿Te marchas?

—Sí, con el próximo embarque. Mi esposa estará a bordo y, con la ayuda de Dios, su hermano. Dudo que el marqués de Lockhart sobreviviera a su desaparición, Cumberland nunca lo entendería.

—¿Te vas a Francia?

—No, llevaré a Caitlin allí, y luego encontraré pasaje a las Colonias. ¿Puedes hacer saber a los demás que éste será el último envío para el Rey? ¿Y a nuestra gente en Nairn que necesito

un cadáver? De mi altura y peso. No deben fabricar uno, —añadió rápidamente—. Simplemente localizar uno ya muerto por una razón u otra.

—¿En qué estás pensando?

—No quiero que la culpa recaiga sobre los MacTavish. Liam MacTavish debe morir tratando de mantener a su esposa en Escocia. Gavin y Leana serán los encargados de ayudarla a escapar, y ellos también lo harán.

Ella le sonrió. —Ninguno de los dos son MacTavishes.

—Exactamente, mi primo debe estar limpio.

—No creía que te gustara tu primo.

Liam se encogió de hombros. —Es un buen administrador. No deseo que ningún hombre pague por mis acciones.

—Te echaré de menos, Liam.

Le quitó el paño de las mejillas y la besó.

—Ha sido un beso demasiado fraternal, —protestó ella.

La besó de nuevo, un beso de recuerdos y afecto y despedida. Sus labios se demoraron, pero no había nada del regocijo que sintió con Caitlin, sólo la triste despedida de dos buenos amigos. —Te escribiré.

—¿Y quién debo esperar que firme la carta?

Pensó un momento. —¿Qué tal Lázaro?

Ella sonrió. —Sólo asegúrate de que resucita, milord.

Empezó a salir por la puerta. —Si alguien sabe de jacobitas, diles que vayan hacia Banff. Buckie podría estar vigilado ahora, y diles que busquen una granja a cinco millas tierra adentro del pueblo; ellos les dirán dónde esperar, —le dijo junto con las indicaciones concretas—. Diles que estén allí dentro de dos semanas.

Cuando terminó, volvió a poner el paño en sus mejillas. —Debo irme antes de que la posada empiece a agitarse.

—Buena suerte, milord… Liam, —dijo—. Buena suerte, Liam.

—Y a ti, amor. —Sacó una bolsa de su bolsillo y la colocó sobre una mesa.

—No es necesario, Liam.

—En nombre de todos aquellos a los que has ayudado, —dijo—. Puede que tú también tengas que irte. Esto puede ayudarte a comprar tu salida. —Luego se marchó rápidamente antes de que ella pudiera decir nada más, antes de que viera la humedad en sus ojos. Tenía muy pocos amigos y sabía que no volvería a verla.

A su regreso, Liam fue primero a la herrería donde encontró a Gavin herrando un caballo.

—¿Tu visita fue exitosa?

—Sí, —dijo Gavin—. Tengo una carta pero no se la he entregado. Quería esperarte. También he dibujado un mapa del castillo donde está retenido el joven Miles. Es un joven brillante, tan rápido como su hermana. El muchacho está bien, —añadió.

Gavin había concertado varios momentos a solas con él y le había interrogado. El muchacho conocía una forma de entrar y salir del castillo; al parecer, había engatusado a una de las sirvientas para que le revelara una posible vía de escape, pero no tenía caballo ni dinero. También que estaba encerrado en su habitación por la noche, y tenía un cuidador la mayor parte del tiempo. —Creo que ha estado esperando su momento, aguardando una oportunidad.

—¿Cuál es la vía de escape?

—Un desagüe en la cocina desemboca en las alcantarillas, que, a su vez, desembocan en un foso.

—Sería un baño desagradable.

—Sí, pero creo que el muchacho puede hacerlo. Está muy preocupado por su hermana, siente que necesita protegerla.

—Ja. El muchacho lo que necesita protegerla de su lengua de arpía, —dijo Liam con pesar.

—Creía que habíais hecho una tregua.

Liam se encogió de hombros. —No es fácil ser prisionero de nadie. La he tenido muy controlada, y tiene más miedo del que quiere que nadie sepa. Bien podría hacer alguna tontería antes de que yo pueda solucionar las cosas.

—Se dice que ha estado enferma.

La alarma invadió a Liam. —¿Enferma de nuevo?

Gavin le miró con curiosidad. —Desde hace tres días. Llamaron a un médico. Al parecer le dijo a Malcom que sólo eran problemas femeninos y nada de qué preocuparse. El joven Jamie del establo me lo contó cuando volví de Fort William.

—¿Ella ya está bien?

—Sí, —dijo Gavin—. Eso parece.

A Liam se le apretó el estómago. ¿Y si era grave? ¿Y si estaba embarazada? Pero entonces, ¿no se lo habría revelado el médico? Si era así, ¿podría dejarla con vigilancia? Era insoportable pensar que ella podría desaparecer de su vida. Desde que aquella primera energía crepitante chispeó entre ellos, se había sentido más vivo de lo que se había sentido en su vida. El cielo era más azul, el aire más fresco, la luna más brillante.

Maldita sea, pero estaba pensando como un loco enamorado. Conseguiría que los mataran a todos.

Cambió bruscamente de tema. —El francés llegará pronto. Quiero tanto a ella como al chico a bordo.

—¿Y tú?

—Todos nosotros, espero. Mientras tanto, tengo que encontrar la manera de que ninguna

culpa recaiga sobre Malcom o los MacTavish.

—¿Cómo te propones hacerlo?

Liam sonrió. —Estoy trabajando en los detalles.

La mirada de Gavin miró hacia arriba como si rezara. —Lo que significa que no tienes ni idea.

—Exactamente, —dijo Liam—. Ahora bien, sobre el chico... ¿Cómo podemos hacerle saber cuándo queremos que escape?

—Un regalo de su hermana. Su cumpleaños es pronto. El regalo puede ser marcado de alguna manera.

Liam asintió. —Tal vez yo entregue ese personalmente, ya es hora de que conozca a mi cuñado. Me imagino que escribió de vuelta una carta a su hermana.

—Sí. Le sugerí que hiciera como su hermana, que escribiera dos cartas, una que Creighton leería, y la otra que aún está sellada. Está dentro de mis habitación, en la Biblia.

—Tal vez dárselas con el sello intacto me devuelva algo de confianza. Temo que Cumberland o alguno de sus hombres haya dicho algo que la haya hecho recelar.

—¿Cómo fue la visita de Cumberland?

—Molesta, como siempre. Me ofreció diez mil coronas si Caitlin daba a luz a nuestro hijo. —Continuó relatando la idea de Caitlin de por qué el interés de Cumberland por los MacFarlane era tan fuerte.

Gavin silbó. —Maldita sea si no has caído de lleno en el fuego.

—Por eso, amigo mío, nos vamos todos.

Gavin vaciló. —Recibí un mensaje hoy temprano. Venía de la Dama Errante. El muchacho que te ayudó está buscando ayuda, y desea reunirse contigo cerca del lago Maire.

—¿Maire? —La aprensión recorrió la espina dorsal de Liam. El lago estaba demasiado cerca de Lockhart. ¿Alguien sospechaba de él? ¿Era una trampa? Por un momento, Liam se preguntó si había cometido un error.

—¿Cuándo? —preguntó finalmente Liam.

—La primera noche de luna nueva.

—Dentro de una semana.

Demasiado cerca del momento en que él y Gavin irían a rescatar al joven Miles MacFarlane. ¿Y por qué el lago Maire? ¿Por qué no Inverness o Nairn? —¿Alguien sabe quién es?

—No.

Liam vaciló. Parecía una trampa, olía definitivamente a trampa. ¿Pero cómo no iba a ayudar a alguien que le había ayudado? —¿Puedes avisar a alguien de allí? A ver si puede encontrar algo sobre el muchacho. ¿Cómo era? ¿Habla gaélico? Si lo hace, es un Highlander.

—¿Crees que es un espía?

—Cumberland tiene un buen número de ellos.

—¿Pero por qué el muchacho nos ayudó?

—Podrían haber sabido que sospecharíamos de una trampa. Esto haría al muchacho bastante... digno de confianza a nuestros ojos. ¿Un espía en nuestro campamento? Cumberland podría sentir que puede acabar con todo nuestro nido.

—¿Debería ir yo mismo?

Liam sacudió la cabeza. —Ya has estado fuera demasiado tiempo. ¿Tienes a alguien en quien puedas confiar?

—Sí. El muchacho que trajo el mensaje se aloja en una de las cuevas de las colinas. Pensé que querrías enviar un mensaje de vuelta con él.

Liam asintió. —Envíelo inmediatamente. Dígale que hay cinco libras si regresa antes de la luna nueva.

—Le daré uno de mis caballos, —dijo Gavin.

Liam estuvo de acuerdo. Gavin tenía tres caballos, todos los cuales había comprado baratos. Entonces parecían jamelgos, pero Gavin tenía buen ojo para los caballos. Bien cuidados, eran robustos y veloces.

Gavin vaciló. —¿Estás seguro de esto, Liam? No me gusta.

—Lo sé, —dijo Liam, discutiendo más consigo mismo que con su amigo. Su sensación de urgencia había ido creciendo cada día más. No podía apaciguar la sensación de que Caitlin y su hermano corrían un terrible peligro y que ésta crecía cada día, pero tampoco podía dejar de atender la llamada de alguien que le había ayudado—. Se lo debo, —añadió simplemente.

—El mensaje ya lo mencionaba.

—Maldita sea.

—Tus instintos son buenos, Liam. Hazles caso.

Los instintos de Liam clamaban, gritaban: ¡corre! No creían en las coincidencias.

—Tienes una semana para decidirte, —dijo Gavin servicialmente—. Con suerte, el muchacho estará de vuelta para entonces.

—Y esperemos que todo salga bien. Si es quien dice ser, entonces yo puedo traer a Miles y tú a la marquesa, y nos encontraríamos en la costa.

—¿Por qué no te llevas a la marquesa y yo voy a por el chico? —Había un brillo inusual en los ojos habitualmente serios de Gavin.

—Porque Creighton confía en mí. Puede que no confíe tanto en un extraño que viene dos veces en un mes, y aparte tú también debes llevarte a Leana.

—¿Estás seguro de que no es más que eso?

—Sí, —dijo Liam—. No más que eso. —Pero era más que por eso, y él lo sabía. Perdió su objetividad cuando estaba con Caitlin, y eso los ponía a ambos en peligro.

Gavin le miró con escepticismo, luego se encogió de hombros.

Liam asintió. —Será mejor que vuelva a Lockhart. Mañana pasaré por casa de Leana.

Gavin asintió. —Enviaré al muchacho esta noche.

Liam asintió. El calor de la fragua le sentaba bien, siempre lo había hecho. Un lugar cálido y seguro para él. Lo echaría de menos, y Gavin tendría que empezar de nuevo en algún lugar, él y Leana.

—¿Ya se lo has pedido?

Gavin no le miró. Tampoco necesitó preguntar a qué se refería. —No.

—Gavin, —dijo Liam con disgusto.

—No tengo derecho, hasta que estemos a salvo y tenga algo que ofrecerle. —Gavin tenía un gran sentido del honor y no se veía pidiéndoselo sin poder ofrecerle seguridad.

Liam sacudió la cabeza, no era nadie para dar consejos. Había hecho mucho daño en sus treinta años, Caitlin sólo era la última de sus víctimas. No había tenido el carácter ni la fuerza para mantenerse alejado de ella, se había dado el gusto para variar, como se lo había dado todos los días desde que había escapado de Lockhart, y ahora la había hecho prisionera igual que él lo había sido.

Lo único que podía hacer ahora era darle la libertad. Y tenía una carta para ella.

—En la cabaña de Leana, mañana al mediodía.

—Sí, —dijo Gavin y volvió a su trabajo.



Caitlin intentó leer un libro que había tomado de la biblioteca. En lugar de ello, sus pensamientos volvían continuamente al marqués. Aunque su ausencia ayudaba a su plan, se encontró buscándole, y no del todo con aprensión. Llevaba fuera cinco días.

También esperaba tener ya noticias de su hermano. ¿Por qué tardaba tanto el herrero en llevar un mensaje?

La espera se sentía como si hubiera pasado toda su vida esperando. Es el destino de una mujer, le dijo una vez su madre cuando su padre y sus hermanos se habían marchado en alguna que otra incursión secreta. Caitlin se rebeló ante ese pensamiento, ella no sería una esposa mansa, esperando a que alguien la rescatara, ella formaría parte de cualquier rescate. Sólo necesitaba ayuda, un poco de ayuda, y el Rey negro se la debía.

Ella ya había tomado medidas para escapar. Una vez que el marqués se hubo marchado, había visitado a Leana, alegando insomnio, pero el brebaje que había recibido no era lo bastante fuerte, y la humillante visita había sido en vano. Entonces fingió una enfermedad estomacal. Habían enviado a un médico y, a petición suya, le habían dado un frasco de láudano. Había escondido el pequeño frasco en una zapatilla. Nunca lo habría conseguido si el marqués hubiera estado en Lockhart, parecía saber lo que necesitaba.

Jack ladró.

Pobre Jack, había tenido pocas aventuras estos últimos días mientras ella se obligaba a permanecer en la cama. Effie lo sacaba de vez en cuando, pero el resto del tiempo se acurrucaba junto a ella, inseguro de por qué su dueña no salía con él.

Entonces oyó que llamaban a su puerta y supo al instante de quién se trataba. Nadie más llamaba con la misma impaciente autoridad. ¿Cuándo había vuelto? Debía de acabar de llegar o Effie habría corrido a contárselo.

No esperó a que ella le invitara a entrar, sino que entró a grandes zancadas, llenando la habitación con su presencia. Siempre le parecía demasiado pequeña.

—¿Me han dicho que estabas enferma, milady?

Ella no se puso en pie, sólo levantó la vista, esperando que su rostro no contuviera ninguna de las emociones que él siempre suscitaba en ella.

—Lo estuve, —dijo ella con frialdad.

—¿Te has recuperado?

—Sí.

Vaciló, parecía profundamente incómodo. —¿No estarás embarazada?

—Parece que no, —dijo ella—. Lo siento, no recibirás tu recompensa de Cumberland tan pronto como probablemente esperabas.

Se sentó en su cama. Jack, el pequeño terrier, se abalanzó sobre él, agitando la cola como un sauce en una tormenta. Se preguntó si el animal se daba cuenta de que el marqués le había salvado la vida. Tanto si Jack lo sabía, como si no, era evidente que disfrutaba con las manos del marqués mientras acariciaban el pelaje del perro. Incluso desde donde estaba sentada, vio la dulzura en ellas, y recordó aquellos raros momentos en los que había sentido una ternura más íntima.

Su rostro ardió de calor y, con sumo cuidado, cerró el libro y lo depositó sobre la mesa. —¿No hay respuesta, milord?

—Escuchaste algo cuando Cumberland estuvo aquí. —Fue un comentario, no una pregunta.

—Sí. Se mencionó una suma principesca.

—Te dije que Cumberland quería una prueba de consumación, y que estaría complacido si producíamos... un bairn.

—No me dijiste que había diez mil libras extra de por medio. ¿Ya lo sabías cuando te hablé de mi familia?

La miró directamente a los ojos. —Sí, lo había mencionado antes.

—¿Por qué no dijiste nada?

—¿Qué por qué? Eso no cambia nada, —dijo—. Y si recuerdas, no te forcé aquella noche. De hecho, me fui antes de sentirme más que un poco tentado. No deseaba especialmente ser padre de un niño que Cumberland pudiera utilizar en su beneficio.

A Caitlin se le cortó la respiración. Él tenía razón. ¿Había aprovechado la conversación que había escuchado porque él se había marchado tan bruscamente? ¿O había estado tratando de encontrar razones para desconfiar de él como escudo contra sus propios sentimientos crecientes hacia él?

—¿Por qué te fuiste?

—Tenía negocios, —dijo brevemente y se puso en pie. Metió la mano en su chaleco y sacó una hoja de papel sellada—. Tu hermano te envió esto. Gavin dijo que Creighton no la leyó. Y lady Anne le envía saludos y lamenta que no pueda venir. Dijo que lo entendía todo.

Su corazón se detuvo. Aún cabía la posibilidad de que Anne no hubiera entendido la nota, de que sólo estuviera intercambiando una cortesía, pero Caitlin no lo creyó así. Cogió la carta de su hermano, sosteniéndola un momento, demasiado consciente de que estaba muy cerca, demasiado cerca. La tensión irradiaba entre ellos, pero siempre era así. Su mirada se elevó y se posó en él. Llevaba peluca y un llamativo corbatón verde vivo con un chaleco púrpura real y un chaleco de color lila. Y sin embargo, todo lo que ella vio fueron sus ojos, las cejas oscuras que se posaban tan provocativamente sobre ellos y los sensuales labios que se torcían lo justo para que pareciera que se reía del mundo.

Su mano le inclinó la barbilla hacia él. —Siento que no te sintieras bien, —le dijo.

—No fue nada.

—Dijeron que estuviste en cama tres días. Eso no parece propio de ti.

La observación la sorprendió y la calentó a la vez, pero sobre todo la desconcertó. —Puede haber sido algo que comí. —Las palabras sonaron falsas incluso para ella.

—¿Te quejaste al carnicero? Al carnicero de verdad, —añadió.

—No estoy segura de que fuera la carne.

—¿Qué dijo el médico?

—Pensó que era debilidad femenina.

De repente sonrió. —Pero no fue eso, ¿verdad, muchacha?

No lo era en aquel entonces, pero bien podría serlo ahora. Se sentía acalorada, mareada e insegura.

Su mano seguía cogiendo su barbilla pero uno de sus dedos le acariciaba la mejilla. Había una pregunta en sus ojos, pero era una pregunta que ella no podía responder. —Te he echado de menos, muchacha, —dijo finalmente.

—Entonces, ¿por qué siempre te vas? —Ella no había querido hacer la pregunta. A ella no debería importarle adónde iba él, ni cuánto tiempo podría estar fuera, además ella misma se iría en unos días, sin embargo, la pregunta se le escapó de los labios.

—Deseabas que se entregara un mensaje a lady Anne Innes.

Se inclinó hacia ella y sus labios rozaron los de ella, despertando sensaciones punzantes por todas partes. Sus labios siguieron jugando con los de ella, y su respiración iba acelerándose. Su mano se había movido hacia arriba, acariciando su mejilla con dedos infinitamente tiernos. El aire frío abandonó la habitación.

Su beso se volvió hambriento, como si hubiera estado famélico y ella fuera la primera comida que había tomado en semanas. Ella sintió su intensidad y su necesidad, y coincidía completamente con la suya. Su cuerpo ya no era suyo para controlarlo, sino que se movía instintivamente hacia el de él. Él la mantuvo allí, con sus labios mordisqueando los de ella hasta que se abrieron, y entonces su lengua invadió su boca con una dulce seducción, el cuerpo de Caitlin se arqueó y sintió una opresión ya familiar.

Su cuerpo resonaba con recuerdos, y palpitaba con una necesidad que había aprendido hacía muy poco. Movió los brazos hacia arriba y la carta cayó de ellos.

Su carta. ¿Cómo había podido entretenerse en esto antes que leerla?

Él debía de haber percibido su súbito retraimiento. Se enderezó, aunque sus dedos permanecieron en la mejilla de ella. Le dedicó una sonrisa apenada y retrocedió un paso, y entonces vio la carta. Se inclinó, la recogió y se la entregó.

—Se me cayó, —dijo mientras la culpabilidad la inundaba.

—Ya veo. Te dejo leerla, muchacha.

—Gracias, —dijo ella. Rezó para que no le temblara la voz, pero no le sirvió de nada. Ella no quería que él se fuera, quería poner su mano en la de él y que se quedara con ella.

Pero él rompió el hechizo con sus siguientes palabras. —Gavin me ha contado que tu hermano le ha dicho que pronto es su cumpleaños. Pensé que te gustaría enviarle un regalo.

—Me gustaría verle—, dijo ella con nostalgia.

—Gavin dijo que tenía buen aspecto.

—Temo por él.

—Creighton se asegurará de que se mantenga bien.

—Porque puede controlarme a través de él, —susurró ella.

Él suspiró, pareció dudar, pero luego tomó su mano entre las suyas. —Estará a salvo, muchacha. Te lo prometo.

—¿Cómo puedes prometerlo? —susurró ella.

—Encontraré la manera. —Llegó a la puerta, luego se dio la vuelta, con su mirada escudriñando la de ella—. Pero no hagas ninguna tontería mientras tanto.

La espalda de Caitlin se puso rígida y sus ojos se entrecerraron.

Él sonrió. —Eres muy bonita cuando se te va la ira, muchacha. —Dio los pocos pasos que quedaban hacia la puerta y se volvió de nuevo hacia ella—. Me alegro de que te encuentres mejor.

Su rostro volvió a calentarse. Sentía como si él supiera todo lo que ella pensaba, todo lo que planeaba. ¿Podría saber él que ella tenía un frasco de láudano escondido?

Pero él no dijo nada más y continuó la marcha.

Y cuando la puerta se cerró tras él, ella sintió como si todo el calor de la habitación se hubiera ido con él.

22

El marqués la acompañó a cenar la noche siguiente, pero antes le entregó un collar de perlas perfectas. Era una de las piezas de joyería más hermosas que había visto en su vida.

Sólo pudo mirarlo sin palabras durante un momento. Su familia nunca había tenido algo tan bonito. Cuando pudo apartar la mirada la levantó hacia él. —¿Más joyas familiares?

—Sí.

—¿Para quién quieres que las lleve esta vez?

—Para mí, —dijo en voz baja. No había nada de la habitual ligereza en su voz.

Ella se volvió hacia el espejo mientras él se lo abrochaba alrededor del cuello. Sus manos se detuvieron como lo habían hecho la noche en que Cumberland le había hecho su indeseada visita, luego amasaron, como de costumbre, la nuca de ella, sus dedos acariciaron su piel como si estuvieran tocando un instrumento querido.

Una de sus manos fue involuntariamente a tocar las perlas. Brillaban contra su piel y se sentían tan suaves como la seda al tacto. Su mirada se elevó, encontrándose con la de él en el espejo.

—Deseo que entiendas una cosa, Caitlin, —dijo él en el mismo tono tranquilo y carente de la diversión habitual—. Que todos los regalos que te he hecho son tuyos. No me importa si se quedan en la familia, no me importa si necesitas venderlos. Son, y siempre serán, sólo tuyos. —Su voz era más ronca que de costumbre y, si ella no lo supiera, habría dicho que intentaba despedirse.

Caitlin se dio la vuelta, porque el espejo le impedía ver sus ojos, que no eran más claros de lo que habían sido a través del espejo. Sus manos cayeron del cuello de ella.

—Gracias, milord, —dijo ella.

Sus ojos brillaron de repente con diversión. —De nada, milady.

¿Harás caso de mis palabras sobre ellos?

—Sí, —dijo ella.

Entonces él le dio una bolsa de terciopelo negro. —Esto les ayudará a mantener su brillo, —dijo.

También le facilitaría llevárselos consigo. Un escalofrío recorrió su espalda. ¿Sabía él lo que ella pretendía? ¿Le estaba dando su bendición?

Ella bajó los ojos. Se volvió, inclinándose para rascar a Jack el negro. El perro estaba haciendo el bobo, rodando sobre su lomo y levantando las cuatro patas al aire, con la cola

serpenteando y agitándose de contento, pero, tenía que admitirlo, probablemente no más de lo que ella lo estaba, cuando el marqués le había colocado las perlas alrededor del cuello. No por las perlas, sino por su rara seriedad al ponérselas.

Ése iba a ser el último momento privado de la velada. Al parecer, sin haberla informado, había invitado a cenar a varios miembros del clan. Una vez en la mesa, bebió sin parar, dirigiendo su atención hacia todos menos hacia ella. Era como si ella hubiera dejado de existir.

Notó que Malcom la observaba con más atención de lo habitual, y se preguntó si habrían tenido un enfrentamiento sobre sus ausencias, sus extravagancias o incluso las perlas que llevaba. Eso le hizo preguntarse por él. Malcom rara vez salía de Lockhart, excepto para visitar las ahora numerosas propiedades de Lockhart. No tenía esposa y ella nunca le había oído hablar de una mujer.

Si hubiera tenido la intención de quedarse en Lockhart, intentaría entablar conversación con él, o tal vez incluso hacer planes para casarle. Estaba muy sombrío y serio.

Había intentado evitarla desde que ella estaba aquí, aunque no había mostrado ninguna hostilidad después de las primeras semanas. Incluso había expresado cierta gratitud cuando ella se había ocupado de la transformación de la casa torre, pero ella nunca le había visto sonreír. Sus comidas, excepto durante las grandes reuniones como la de esta noche, las tomaban casi siempre individualmente, incluso por la mañana, cuando elegían la comida de un aparador. Al parecer, Malcom comía muy temprano y el marqués solía estar ausente. Al mediodía y por la noche, Malcom comía a horas extrañas; su marido no solía estar y ella comía en su habitación. Era un hogar extraño y distanciado, pero ahora Malcom se sentaba a su lado, y estaba aún más callado que de costumbre cuando Liam estaba en casa, y no había dicho más que una frase desde que se habían sentado a comer. Liam había acaparado tanto su atención que no se había dado cuenta hasta ahora.

Se volvió hacia él. —¿Le gusta la comida?

—Sí, —dijo Malcom—. Su llegada ha mejorado mucho la cocina.

—Es sólo la adición de algunas hierbas, —dijo ella.

—No, creo que no, —dijo él—. El carnicero nos envía mejores cortes, y la cocinera se enorgullece más porque hay alguien que se lo agradece.

Fue lo más parecido a un cumplido que él le había hecho nunca. —Liam dice que usted es un excelente administrador.

—De campos, milady, no de cocinas.

—¿Ha pensado en tomar una esposa?

Sus ojos oscuros se nublaron. —Tengo poco que ofrecer a una esposa, —dijo.

—Tonterías. Usted administra Lockhart.

—Pero no lo poseo, milady, y eso es lo que importa a padres y tutores.

Ella no tuvo nada que responder ante eso. Sabía, mejor que la mayoría, que él tenía razón. Sin título, ni propiedades propias, estaba muy limitado en su selección de novias, pero al menos, no se vería obligado a casarse con una muchacha que no deseaba.

Como ella se había visto obligada a casarse con alguien que no deseaba.

Se volvió hacia el marqués. Estaba bebiendo de nuevo de su copa. La peluca se le estaba torciendo y tenía una mancha en la chaqueta. Su voz era cada vez más alta, y actuaba, y parecía, un patán. Se volvió hacia Malcom y captó una extraña expresión en su rostro. Era de perplejidad más que de disgusto, pero luego, con la misma rapidez, se desvaneció y él se volvió para decirle algo a otro miembro del clan.

Caitlin nunca había visto así a su marido. Claro que él se había hecho el tonto antes, pero ella nunca le había visto beber como lo estaba haciendo ahora.

Justo entonces, él bajó de golpe su jarra y el vino se derramó sobre la mesa y sobre el vestido de ella.

—Missssdisssculpas, querida, —dijo con la voz pastosa por el alcohol.

Todos los ojos estaban puestos en ella, y ella, a cambio, intentó sonreír. —Será mejor que me cambie el vestido antes de que se seque la mancha.

—¿Dejasss mi mesa, amor?

—Con tu permiso—, dijo ella con la voz entrecortada por la desaprobación. Su aprecio por las perlas se había esfumado; había sido una estratagema apenas disimulada para presumir de esposa, y de su propiedad sobre ella. Se preguntó si él había dicho realmente en serio lo de venderlas, pero sí que lo había dicho.

Vio un brillo repentino en sus ojos que desmentía la borrachera, pero desapareció tan rápidamente que se preguntó si era su imaginación.

—Ya lo tienes, muchacha. Será mejor que me esperes en nuestra cama, iré enseguida.

Su rostro enrojeció cuando los miembros del clan soltaron una carcajada. Ella le lanzó una mirada furiosa y él la golpeó en el trasero.

Tras eso, huyó.

Horas después, yacía despierta en su cama. Él no había venido, y ya no creía que lo hiciera. Probablemente yacía borracho en algún lugar. Las perlas estaban sobre la mesa junto a ella, su brillo resplandecía a la luz de las velas.

Son, y siempre serán, sólo suyas.

¿Cómo podía ser tan amable y luego convertirse en un patán borracho? Ella había visto a la bebida hacer cosas terribles a otros hombres. Él, de hecho, había sido más que un poco grosero en su noche de bodas, pero desde entonces... desde entonces, ella había pensado que eso fue una aberración puntual.

Apagó la vela. Él sólo la había empujado a hacer lo que pensaba hacer.

El día siguiente transcurrió insoportablemente lento para Caitlin. Intentó evitar a su marido y finalmente decidió que la biblioteca era el lugar más adecuado para hacerlo. Esperaba fervientemente que un libro la ayudara a pasar las horas antes de su encuentro con el Rey negro.

Pero nada más entrar, vio a su marido, recostado en una silla, con los pies calzados sobre un escabel. Sólo vestía sus calzones y una camisa de lino con el cuello abierto y mangas amplias, sin peluca ni corbata. Cuando ella había aparecido en la puerta, él había levantado la vista con ojos perezosos, luego pareció ponerse recto en la silla.

—Milady, —dijo la palabra con ligereza, pero su mirada era intensa, oscura, incluso chispeante de curiosidad. Sin las pelucas, parecía sensual y seguro de sí mismo e irresistible. Intentó pensar en su actuación de borracho la noche anterior, pero su resentimiento se desvaneció cuando su mirada se encontró con la de él.

Su corazón martilleó contra su pecho. Tenía buen aspecto, descansado y sin signos de resaca. Se preguntó si habría ido a casa de Leana, y si seguía pasando tiempo allí. No era asunto suyo, se reprendió a sí misma. Que le fuera bien.

Los celos hicieron una bola apretada en su estómago. Él nunca le había prometido nada, ni le había dicho nada que indicara algo más que el vacío matrimonio entre ellos. Se dijo a sí misma que sentía esas cosas por orgullo y nada más que orgullo. Sin embargo, sintió una terrible traición al saber que él prefería a su amante antes que a ella. Sus inexplicables ausencias lo habían dejado claro una y otra vez. —No sabía que estabas aquí.

—Tengo algunos asuntos con Malcom. Debería llegar en breve.

—Veo que te has recuperado de lo de anoche.

—Sí. Una noche de desenfreno es beneficiosa de vez en cuando. —La diversión había vuelto a su voz, y el brillo a sus ojos.

Quería salir corriendo de la habitación, de él y de todos los sentimientos que evocaba en ella. —Me iré entonces.

—También tengo asuntos que tratar contigo, Caitlin.

Ella le miró. —No puedo imaginar de qué se trata.

—Tu hermano. Me tomé la libertad de mandar hacer una capa de abrigo para él por su cumpleaños, —dijo el marqués—. Sospecho que él también tendría poca ropa cuando lo sacaron de su casa.

El nudo de la ira y de los celos se desenredó solo. El regalo era un gesto amable, que a veces él le lanzaba justo después de que ella le hubiera relegado una vez más a las regiones más apartadas del infierno. Era extraordinariamente enloquecedor y desconcertante.

—Gracias, —dijo ella, bajando los ojos para que él no viera las emociones encontradas que debía de haber en ellos.

—Lo llevaré yo mismo el lunes, —añadió.

Eso era dos días después de que ella se reuniera con el Rey negro. Ella deseaba que él se fuera, hoy, ahora, en este preciso momento.

Sabía que debía pedir ir con él porque siempre lo hacía. ¿Y si, por una vez, él accedía? Con suerte, ya estaría de camino a Rosemeare a buscar a su hermano, y si no, si el Rey negro le fallaba, entonces podría hablar con su hermano y elaborar un plan alternativo.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó finalmente.

Él la miró con aquellos ojos interrogantes. ¿Cómo había podido alguien pensar que era

soso o inconsecuente? Podía ser muchas cosas, pero inconsecuente no era una de ellas. ¿Despreocupado, quizás? ¿Autoindulgente? Pero ella dudaba incluso de eso, a pesar de la evidencia.

—Hablaremos de ello más tarde, —dijo él y luego se marchó hacia el despacho de Malcom, dejándola reflexionando sobre lo que acababa de ocurrir exactamente.



Dos días después seguía sin saberlo. Se quedó pensativa mientras esperaba al anochecer y a su cita con el Rey negro.

Caitlin había visto poco al marqués desde aquella tarde. Parecía tan empeñado en evitarla como ella en evitarlo a él. Ni siquiera parecía importarle ahora si los criados, o Malcom mismo, sospechaban que no iba a su alcoba. Ella sólo podía suponer que pasaba la mayor parte del tiempo con Leana, y desde luego, no hacía ningún esfuerzo por explicarle a ella sus ausencias. Sólo sabía que esta noche era su única posibilidad de escapar de Cumberland y de todas las emociones perturbadoras que se arremolinaban en torno al marqués de Lockhart...

Y ahora, si todo salía bien esta noche, podría no volver a verle nunca más.

Ella no sabía dónde estaba él ahora, y a veces pensaba que era más una caja de sorpresas que un marqués. Nunca sabía cuándo aparecería, y ya había rezado varias veces para que no lo hiciera esta noche.

Miró la luna por la ventana: era sólo una pequeña porción, una luna nueva. Las nubes entraban y salían entre las estrellas. Estaría oscuro y el viaje sería difícil y peligroso.

Por favor, Dios, que esté allí el Rey. ¿Cuántas veces había pronunciado esa plegaria? ¿Cuántas veces más antes de que esta noche terminara?

Llevaba un cómodo vestido que se abrochaba por delante, uno que podía cambiarse fácilmente. Debajo llevaba unos calzones que había encontrado rebuscando en las habitaciones de la casa torre, pues tuvo que abandonar la ropa de Jamie antes de llegar a Lockhart hace una semana. Estos que se había encontrado, tuvo que cortarlos y coserlos, pero ahora le quedaban bien, aunque holgados, pero eso era lo que ella quería. Luego cosió una camisa de color oscuro dentro de la capa, así como una pequeña bolsa para meter a Jack el negro, le costara lo que le costara, no iba a dejar a su perro atrás.

Como no sabía si volvería, también había cosido el saquito de joyas en el forro.

Era más de medianoche cuando salió de su habitación. Llevaba consigo la pequeña botella de láudano y se dirigió a la cocina vacía. Vertió una medida de cerveza de un pequeño barril en dos jarras, junto con un buen chorro de láudano.

Con Jack a su lado, salió hacia el establo. Su marido había apostado allí a un guardia, y en varias ocasiones ella les había ofrecido sidra o cerveza.

El padre de Jamie y el guardia estaban sentados dentro, jugando a algún juego de cartas. Ambos casi tiraron la mesa para levantarse cuando ella entró.

—No podía dormir, caballeros, —dijo ella—. He bajado a por sidra y pensé que disfrutarían de un poco de cerveza.

Vaya que sí lo harían. Bebieron un trago tras otro. —¿A qué juegan? —preguntó ella.

—Al casino, marquesa.

—¿Me enseñas a jugar?

Se miraron dudosos. Pero, ¿cómo iban a negárselo a una marquesa? —Es complejo, milady.

—Intentaré concentrarme, —dijo ella secamente. Debería ser mucho más fácil ganarle a ellos que al marqués, pero se guardaría esa información para sí misma por el momento.

Los dos hombres intercambiaron miradas de disgusto y luego tomaron otro trago de cerveza.

Media hora más tarde, ambos estaban roncando con las cabezas apoyadas en la mesa, y ella tenía algunas monedas más y un caballo.



Liam se preparó para la cita de la noche con el misterioso muchacho. Se había debatido sobre si debía aparecer o no. No le gustaba la coincidencia del lugar cercano y, sin embargo, no podía dejar de ayudar a quien le había ayudado.

Por desgracia, no había tenido noticias del mensajero.

Utilizó una cueva en las colinas sobre Lockhart para cambiarse. No quería acercarse a Leana, por si este... encuentro era una trampa. Planeaba mantenerse bien lejos de la cabaña, y ya tenía diferentes conjuntos de ropa aquí en la cueva. Esta noche sería un pastor somnoliento.

Intentó mantener sus pensamientos en esta noche, pero el rostro de Caitlin seguía entrometiéndose, al igual que su mirada de decepción y desagrado por su detestable actuación en la cena varias noches antes. La decepción era lo que más le había dolido. No le había gustado lo que había hecho, pero había sido necesario a varios niveles. Quería que ella tuviera las perlas, y quería reforzar su imagen de hombre que consideraba a su mujer como una propiedad. La reacción de ella había sido crucial para la obra. Quería que no quedara ninguna duda de que su mujer huía tanto de él como de su casa, y que él la perseguiría. Había sido cruel e intimidatorio y, sin embargo, no había visto otra alternativa.

Por todos los santos que se alegraría de poner fin a esta actuación.

Oyó un suave silbido y luego un crujido cuando Gavin apartó la maleza que crecía convenientemente fuera de la cueva.

Su amigo entró a grandes zancadas, con una mirada peculiar en el rostro. —El mensajero regresó y le di la recompensa.

—¿Y? —inquirió Liam.

—Su protector no era un muchacho, sino una muchacha.

—¿Una lass? —Liam se mostró incrédulo.

—Una lass, —confirmó Gavin—. El posadero se mostró reacio, pero finalmente admitió que el muchacho no era en absoluto un muchacho, sino una muchacha. Había pedido que nadie revelara ese hecho, y todos estaban tan asombrados por ella que accedieron. Fue sólo la urgencia de la petición lo que produjo que la admitieran. No estaban nada seguros de que ella no fuera la verdadera Rey negro.

—¿Una muchacha haciéndose pasar por mí?

—Humillante, ¿no?

Liam se encogió de hombros. —No es peor que una anciana. —No pudo evitar sonreír—. Pero tal información realmente enfurecería a Cumberland si se enterara. Tal vez, si no fuera por el peligro que corre la muchacha, me gustaría que se corriera la voz: su Excelencia burlado por una muchacha, se sentiría completamente humillado.

—¿Pero qué quería esa muchacha ahora con el Rey negro? —preguntó Gavin.

—Ayuda de algún tipo. ¿O tal vez unirse a nosotros?

—¿Te has enterado de algo más sobre su aspecto?

—Tenía el pelo largo y oscuro, y le caía por debajo de una cofia. Así supieron que seguían a una muchacha.

¿Pelo oscuro? Una sospecha surgió en la mente de Liam. —¿Era bien hablada?

—Eso no fue mencionado.

Liam maldijo mientras sus pensamientos revoloteaban unos sobre otros. Todos conducían, sin embargo, a la misma sorprendente conclusión.

No podía ser, y sin embargo...

Caitlin había desaparecido durante cinco días, exactamente el tiempo necesario para llegar a la costa y regresar. No, no podía ser.

Gavin le miraba fijamente. —¿Qué estás pensando?

—Que tal vez nuestro otro Rey pueda estar más cerca de lo que pensábamos.

—¿Pero quién y por qué?

—¿Por un hermano, tal vez?

Los ojos de Gavin se abrieron de par en par.

—Mi esposa estuvo fuera cinco días, dice que se quedó con un campesino cuyo nombre no recuerda, y ella no olvidaría algo así.

—Pero el viaje a la costa sería demasiado para una muchacha como ella.

—Envió una carta hace una semana a la hija de Innes. Sus tierras están cerca de la costa.

—Y la petición vino de la costa, —dijo Gavin.

—Sí, ¿y cuántos conocen este lago?

Las cejas de Gavin se fruncieron pensativas. —Por eso fue seleccionado, por su

proximidad a ella, no porque alguien conociera la identidad del Rey.

Liam se recostó contra el lateral de la cueva. —Y yo pensando que iba a rescatarla.

—No podemos estar seguros, Liam, —advirtió Gavin.

—No, pero apostaría mi último penique a que sí.

—Pero no tu vida.

—No la tuya, Gavin. Podría no ser ella en absoluto, o podría ser una trampa. Por eso voy a jugar esta pequeña mascarada.

—¿Cómo es que conseguiría un caballo? Tú mismo dijiste que pusiste guardias.

Liam sonrió. —Si llegara a la costa, convenciera a unos rudos pescadores para que confiaran en mí, robara un barco y regresara aquí en menos de una semana, no creo que un simple guardia o dos me detendrían.

Gavin se echó a reír. —Sabía que había una razón por la que me gustaba.

—Probablemente más bien una docena, amigo mío.

—¿Hablas por ti, milord?

—Sí, pero me juré a mí mismo que la dejaría marchar en cuanto la sacara de Escocia. Tiene derecho a encontrar un hombre al que pueda amar.

—Yo no me excluiría tan fácilmente, si yo fuera tú, —dijo Gavin.

—Yo le desagrado, —dijo Liam.

—Porque has estado fomentando activamente esa actitud.

Liam se encogió de hombros. —No tendré nada después de esto. Pienso abrirme camino como jugador en algún lugar donde los ingleses nunca me encuentren. No me gusta Francia, y ése es el lugar que le espera a Caitlin. Allí estará entre amigos, entre los suyos.

—¿Y el matrimonio?

—Ella puede conseguir una anulación basada en el abandono. Algunos ni siquiera considerarían nuestra boda legal, ya que no nos casó un sacerdote.

Gavin vaciló. —Cuando ella se entere de que tú eres el Rey negro...

—Ella puede estar agradecida, pero yo no quiero gratitud, yo quiero que sea libre.

Gavin le miró con escepticismo pero no replicó. En su lugar, cambió de tema. —Aún no podemos estar seguros de que lo de esta noche no sea una trampa.

—Por esa razón, no quiero que estés cerca de mí esta noche. Si me equivoco y es una trampa, recoge a Leana y a Caitlin. Ve a por el niño y dirígete a la costa. Drummond espera allí con la familia Harris.

—Sí, —afirmó Gavin.

—El capitán francés estará en el punto de encuentro a las dos horas de la medianoche del día catorce del mes, ya se le ha pagado.

Gavin asintió.

—Que Caitlin y el niño se instalen en Francia. Ella tiene suficientes joyas como para que

tengan ingresos durante mucho tiempo. —Dudó y luego añadió—: Si me secuestran, no intentes rescatarme. Debes cuidar primero de Leana, Caitlin y el muchacho.

Gavin no dijo nada.

Liam utilizó su baza. —No quiero que Leana pague por nuestros crímenes, Gavin, y ella no irá sin ti, y la seguridad de Caitlin es mucho más importante para mí que la mía propia. Júrame que te ocuparás primero de los tres.

Gavin vaciló, luego asintió. —Lo juro.

—Nunca podría pedir un amigo mejor, Gavin.

—Yo tampoco.

—Y ya está bien de sentimientos, —dijo Liam, sintiéndose incómodo por la emoción—. Es hora de que me vaya. Ayúdame a parecer un pastor.



Caitlin se preguntó si llegaría alguna vez al lago. El camino era aún más empinado de lo que ella recordaba. La niebla se había deslizado por la colina desde el lago, y decidió desmontar y guiar al caballo a pie, temerosa de que pudiera romperse una pata en un agujero o acercarse demasiado a un lado que cayera abruptamente colina abajo.

Mil cosas podrían impedir que el Rey apareciera: tal vez Anne no había entendido el mensaje, puede que el Rey no lo hubiera recibido o incluso podía estar en otra parte del país, podría haber pensado que un muchacho no merecía su tiempo, o hasta los ingleses podrían haberlo capturado. ¿Era completamente tonta al hacer este viaje?

Ya habían pasado dos horas. Sólo le quedaban cuatro antes del amanecer.

La niebla se filtraba en su capa y el barro en sus zapatos. Paso a paso, sus dudas crecían y su optimismo menguaba. Era una misión imposible, y encima si la atrapaban, su hermano perdería la vida. De eso estaba segura.

Si tan sólo hubiera podido rescatar a Miles ella misma, pero no la dejarían acercarse a él, y menos sin su marido, y él ya se había negado a llevarla. Encima era bien conocida en el castillo ya que había permanecido allí varios días antes de ser llevada a Lockhart. No, tenía que pedir ayuda.

Finalmente llegó a la cima de la colina que daba al lago, sin embargo, ni siquiera podía ver el lago debido a la niebla. Sólo sabía que estaba ahí, en algún lugar debajo de ella. Caitlin siguió caminando por lo que sólo era un estrecho sendero. En el silencio, oyó el tranquilo batir de las olas contra la orilla, y empezó a dar sus pasos con más cautela, no quería acabar en el lago como ya lo había hecho Jack el negro con anterioridad.

Él gimoteó en la pequeña bolsa que ella le había hecho y atado a la silla de montar, como si supiera que sus pensamientos se habían dirigido a él.

—No, —susurró ella, mientras se detenía para frotarle tranquilizadoramente las orejas—. No quiero que vuelvas a nadar.

—Yo tampoco, —llegó una voz de entre la niebla.

Una voz llena de diversión, una voz que ella reconoció demasiado bien; profunda, sensual, seductora. Una voz como ninguna otra.

23

Caitlin se quedó helada.

Jack el negro ladró excitado y se retorció bajo sus manos.

Ella permaneció congelada en el sitio. ¿La había seguido el marqués? ¿Alguien había descifrado su nota? ¿Era una trampa para el Rey negro?

Unas manos se extendieron y cogieron a Jack el negro, unas manos fuertes.

Ella levantó la vista. Un pastor se había materializado frente a ella. En la oscuridad apenas podía distinguirlo con ropas viejas, barba desaliñada y pelo blanco, pero no podía confundir su postura, su altura, ni la forma en que incluso el aire se calentaba cuando él estaba cerca.

El perro se acurrucó en sus brazos. Traidor. Siempre había oído que los perros tenían instintos sobre las personas, ahora se lo preguntaba.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó. Estaba tan cerca que sintió su aliento.

—Podría preguntarle lo mismo a mi mujer.

—Pero no se lo estás preguntando, —dijo ella, de repente muy consciente de la omisión —. Porque ya lo sabes.

—Sí, está buscando a un traidor del Estado. —Palabras pomposas de una figura que tenía poco de pomposa. Parecía todo un pastor, un hombre solitario y aislado.

No. No podía ser.

Su marido no podía ser el Rey negro.

Sin embargo, ahora no podía descartarlo, o era el hombre que ella buscaba o era algo mucho más siniestro. Ella tenía que proceder asumiendo lo segundo. Y el silencio era una defensa mucho mejor que las mentiras. Le dejó continuar, aunque ella quería darle un puñetazo en el lugar donde más le doliera. —No has respondido a mi pregunta.

—Tú me convocaste, muchacha. ¿Cómo podría rechazar la petición de alguien que una vez me ayudó? —Su voz contenía esa burlona diversión que ella ya conocía tan bien.

—¿Tú?—

—Sí. Estás viendo al Rey, tal y como es.

Le dolía la cabeza, su corazón latía demasiado rápido y su respiración se agudizó, se volvió dolorosa. Ella quería asesinarlo. En lugar de eso, consiguió escupir: —¿El verdadero Rey?

—Sí —dijo él simplemente—. Para bien y para mal.

Ella apenas pudo balbucear: —¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Habría cambiado tu actitud hacia mí. Por mucho que lo intentes, milady, nunca has sido una buena mentirosa. —Vaciló y luego añadió—: Había algo más, tu hermano estaba secuestrado, y al principio no sabía hasta dónde llegarías para liberarlo.

Ella le miró incrédula. —¿Crees que te habría traicionado?

Él se encogió de hombros. —Ahora sé que no lo harías, pero no estaba seguro cuando te conocí, en ese momento me pareció lo más seguro.

Caitlin nunca se había enfadado tanto en su vida. Recordó todo el miedo, la ira, la desesperación que había sentido en los últimos meses, todo ello innecesario. La furia se le anudó en el estómago. Ella ya no pensaba, sólo reaccionó, y su mano retrocedió y le golpeó en el estómago tan fuerte como pudo. Oyó su respiración entrecortada, el "ooouhh" sobresaltado mientras retrocedía.

Ella alargó la mano y le arrancó al cachorro de los brazos. Sintió como si estuviera respirando fuego.

Entonces le oyó reír. Empezó con una risita, y luego casi se dobló, y ella no supo si fue por el golpe o porque se estaba riendo tan fuerte.

Tiesa de indignación, sopesó la opción de golpear de nuevo, pero esta vez en la barbilla.

Él pareció percibir el peligro y se enderezó. —No me reía de ti, muchacha, sino de mí mismo. Hemos estado en propósitos cruzados, parece. —Aun así, la risita retumbó en sus oídos, tenía un sonido cálido, confortable y vibrante, y resonaba en su interior, asentándose alrededor de su corazón.

Sin embargo, a ella aún le quedaba algo de rabia, la suficiente para no unirse a su risa. —¿Sabías que era yo quien pedía ayuda? ¿Por qué me obligaste a subir aquí?

—Recibí el mensaje diciendo sólo que un muchacho que ayudó al Rey en la costa necesitaba mi ayuda. No tenía ni idea de que pudieras ser tú hasta que hace unas horas recibí la noticia de que el muchacho era una muchacha. Incluso entonces no podía estar seguro de que fueras tú. La única pista fue tu... inesperado viaje y tu repentino lapsus de memoria sobre tu buen samaritano. Bien podría haber sido una trampa, y puedo decir con toda sinceridad, milady, que el sonido de tu voz regañando a Jack fue un maldito alivio.

Ella continuó mirándole a través de la oscuridad, no podía verle los ojos pero sospechaba que estaban llenos de alegría, y eso también la irritaba. Si tan sólo hubiera confiado en ella, se habrían evitado tantas angustias, incluido este viaje de pesadilla.

El Rey negro.

Empezaba a darse cuenta. Su marido, el ruin marqués, el cobarde el tonto, el... borracho.

—No estabas borracho la otra noche, ¿verdad?

—No del todo, —admitió—. Habría sido imprudente.

—¿Por qué quisiste fingir lo contrario? El carni... Cumberland no estaba presente.

—Había buenas razones, muchacha.

—¿Pero no piensas explicarlas?

—Lo haré. —Hizo una pausa y luego se inclinó hacia ella. Sus labios apenas rozaron los de ella antes de enderezarse—. Al menos ahora puedo agradecérselo personalmente al misterioso joven. Estábamos bien atrapados hasta que atrajiste a los ingleses.

La ira que había en ella se disolvió como un terrón de azúcar en una bebida caliente. Su voz ya no contenía diversión, sino una calidez que se filtraba a través de la frialdad y la indignación que ella había sentido con tanta fuerza unos segundos antes.

No obstante, no dejó de sentir cierta reserva, sabía sido su marido durante meses y ahora se daba cuenta de que aún no sabía nada de él. Ella creía que él era realmente el Rey negro, pero no tenía ni idea de los motivos que se escondían tras su... mascarada. ¿Aventura? ¿Principio? ¿Honor? ¿O simplemente un juego?

Lo que quería era que él la tomara en sus brazos, que la besara para disipar sus dudas. Sin embargo, él no hizo ninguna de esas dos cosas y, curiosamente, ella sintió mayor distancia entre ellos que nunca, mayor que cuando había pensado lo peor de él, pues al menos en ese entonces había creído conocerle, pero la realidad era que nunca le había conocido, ni siquiera durante esos pocos momentos cercanos. Él sólo había sido una sombra.

—¿Caitlin?

Le gustó el sonido de su nombre en sus labios, pero estaba demasiado agitada en ese momento, demasiado insegura para responderle. —¿Disfrutaste de tu juego? —le preguntó amargamente.

—No, no me gustó nada engañarte. Pensé...

—Pensaste que no podías confiar en mí. Que me haría la tonta, que te traicionaría por mí misma. —Se sintió humillada al sentir que las lágrimas empezaban a llenarle los ojos. Había tenido tantas esperanzas, tantas expectativas en el misterioso Rey negro. Ahora lo único que sentía era una especie de derrota.

—Caitlin, os sacaré a ti y a tu hermano de Escocia. El plan ya están en marcha.

—¿Y cuándo ibas a decírmelo? ¿Cuándo sentiste que podías confiar en mí? —Las palabras hirientes salieron a borbotones—. Ahora crees que debería confiar en ti, pues bueno, milord, no lo hago. —Ahora la conmoción había desaparecido; fue sustituida de nuevo por la ira y, lo que era aún más dañino, por una herida tan profunda y amplia que ella se preguntaba si sanaría alguna vez.

—Lass... —Extendió la mano hacia ella, pero ella se apartó de un tirón, manteniendo a un quejumbroso Jack entre sus brazos. Se movió a ciegas hacia el caballo y metió al perro en la pequeña bolsa que había hecho para él.

Después se subió a la silla de montar, agradecida por no haber cogido una silla de montar lateral. Caitlin no necesitaba ayuda para montar a horcajadas y no creía que pudiera soportar su tacto. Volvió a girar el caballo hacia el sendero. A pesar de sus mejores intenciones, dio media vuelta, y unos pocos pasos la alejaron del marqués, que había desaparecido en la niebla como el fantasma que era y que siempre había sido.

Liam oyó el ruido de los cascos mientras ella se alejaba de él. Su corazón martilleó mientras se reprendía a sí mismo. Obviamente sabía mucho menos de mujeres de lo que había esperado. No sabía lo que había esperado, pero desde luego no había esperado la furia de ella. Maldita sea, tenía un puñetazo poderoso. Aún le dolían las tripas, y agradeció que ella no hubiera atacado una parte más vulnerable de su anatomía.

Encima de todo, le tocaba caminar, pues su caballo estaba a un buen kilómetro de distancia. Los pastores no tenían caballos, pero él había escondido uno no muy lejos en el improbable, pero posible caso de que aquello hubiera sido una trampa.

Tenía que alcanzarla. No quería que se cruzara con una patrulla. ¿Y cómo demonios había conseguido ella un caballo? No estaba sorprendido, simplemente curioso. Habría algunos guardias muy infelices por la mañana.

Liam echó a correr. Esperaba que Caitlin tuviera el suficiente sentido común para pasear al caballo en una noche como ésta y no ponerse a galopar.

Pero estaba claro que la prudencia no era uno de sus puntos fuertes. Ni la timidez uno de sus defectos.

Caitlin estaba furiosa. El hecho de que sintiera otras emociones no hizo sino aumentar su furia. Todas estas semanas de preocuparse por su hermano, de intentar encontrar al Rey negro...

También estaba enfadada consigo misma. ¿Por qué no había sospechado? Todas las ausencias cuando el Rey negro daba un golpe, su destreza con las cartas, sus desconcertantes cambios de carácter… y las joyas. Ahora comprendía por qué había dicho lo que había dicho. Si algo le ocurría, ella tendría los medios para escapar.

Maldito sea.

Había intentado protegerla, había afirmado, porque ella no era una buena mentirosa, había añadido. Bueno, había sido lo bastante buena mentirosa como para salvarle el pellejo, y a pesar de lo que había dicho, todo se reducía a que no había confiado en que ella tuviera inteligencia, lealtad u honor.

Maldito fuera.

Fue todo lo que pudo hacer para no clavar los talones en la yegua y hacerla galopar a través de la colina y hacia la cañada. Tenía planes, unos planes que pretendía guardarse para sí, y si era necesario, ella misma se convertiría en el Rey negro.

Su héroe, pensó burlonamente, y deseó no haber salvado su lamentable pellejo.

Su yegua brincaba nerviosa y Caitlin intentó calmar sus revoltosas emociones antes de asustar del todo al animal.

Probablemente había compartido sus planes con su Leana, tal vez la mujer incluso habría participado.

Eso le sentó aún peor, que el marqués se hubiera acostado con ella, le hubiera hecho el

amor y luego no confiara en ella mientras confiaba en su amante.

¿Y Gavin? Siempre le había parecido extraña la relación del marqués con el herrero. La noche en que el marqués había sido herido, supuestamente por el Rey negro, ella recordaba ahora cada momento. Gavin había mantenido a todo el mundo lejos menos a Leana. Al parecer, el Rey negro había recibido un disparo más o menos a esa hora, debía de tener una herida de bala y no un tajo de espada.

Así que Leana formaba parte de todo aquello. Su marido debía amarla de verdad si confiaba en ella tan plenamente. Obviamente era un hombre que no confiaba en cualquiera, y eso hizo que su rabia se fuera poco a poco, dejando un enorme vacío en su interior.

El marqués de Lockhart era mucho más de lo que ella había pensado, de lo que había sospechado. Había arriesgado su vida en repetidas ocasiones para salvar a otros y había arriesgado todo lo que poseía. Ella no tenía derecho a estar tan enfadada sólo porque él no había arriesgado las vidas de otros para calmar sus propios sentimientos.

Pero estaba enfadada. Enfadada, dolida y celosa. Era como si hubiera experimentado una gran pérdida en lugar de descubrir una verdad. ¿O eran inseparables esos sentimientos?

Podía sacarlos a ella y a Miles de Escocia, lejos de cualquier peligro. ¿No era eso lo que ella deseaba esta noche? ¿No era eso lo que tanto había deseado?

Una voz insistente, sin embargo, le dijo que eso no era todo lo que había querido. Nunca había entendido la atracción entre el marqués y ella, ni cómo podía llegar a interesarse por alguien tan despreocupado e indiferente al sufrimiento humano como él había parecido ser, alguien cuya principal preocupación era una apuesta exitosa o un chaleco naranja brillante. Ahora sabía el porqué, ella debía de haber percibido el honor y el valor que él se había esforzado tanto en ocultar. Le dolía mucho que no hubiera confiado en ella, pero le dolía aún más pensar que ahora le perdería.

Se preguntó qué hora sería. Si los guardias del establo se habrían despertado ya, o si alguien les habría encontrado. Jack el negro gimoteaba y se retorcía en la pequeña bolsa de tela.

Caitlin parpadeó conteniendo las lágrimas. Ella había esperado...

No tenía ni idea de lo que había esperado. Había sido salvaje y romántico y ridículo creer que el Rey negro tendría un plan esta noche. Ahora se daba cuenta de todos los defectos de ese sueño. Si ella hubiera desaparecido hoy, alguien habría cabalgado inmediatamente hasta Rosemeare para asegurar a su hermano.

Tal vez el Rey negro había tenido razón al no confiar en ella.

Estaba a poca distancia de Lockhart cuando oyó el ruido de cascos. Supo al instante de quién se trataba, pero no aminoró la marcha ni volvió la cabeza cuando el jinete aminoró la marcha y se colocó a su lado.

Caitlin le ignoró.

La niebla se había disipado al salir de las colinas y, aunque la noche era oscura, sabía que vería más de él de lo que podía soportar.

Tras lo que pareció una eternidad, él habló primero. —Lo siento, muchacha. Realmente pensé en protegerte guardando silencio. —Pareció dudar, y luego añadió—: Y para ser sincero, no me resulta fácil confiar.

Era una de las pocas cosas honestas que le había dicho. Al menos, eso pensaba ella, pero él tenía tantas máscaras y tantas facetas.

Se hizo el silencio entre ellos, y uno de los caballos resopló, tirando de las riendas para volver al establo.

—¿Cómo conseguiste un caballo? —dijo finalmente su marido.

No había razón para mentir ahora. Lo averiguaría pronto, en cualquier caso. —Les pedí que me enseñaran a jugar a las cartas y los drogué con láudano. La cerveza era lo bastante agria para disimular el sabor.

—¿Cómo pretendías explicar eso? —Ella volvió a guardar silencio.

—¿Esperabas irse con él esta noche? —La indignación impregnó sus palabras—. ¿Y tu marido… ibas a marcharte sin decir nada?

—¿Qué se supone que iba a decir? —replicó ella con desparpajo—. Perdona, pero ¿me escapo con un traidor esta noche?

—Eso habría sido adecuado.

Su tono era tan rebuscado y correcto que ella tuvo que reírse. Intentó no mostrarlo y contener su alegría dentro del estómago, pero seguía burbujeando hasta la boca y finalmente explotó en un ataque de tos.

Finalmente se volvió y le miró. Ya no era un pastor harapiento sino su encantador marqués en calzones, camisa y capa. —¿Cómo lo has hecho? —le preguntó.

—Aprendí hace tiempo a cambiar rápidamente de aspecto. Es notable lo que puede hacer una peluca. Me la quito, me pongo unos pantalones y una camisa. —Extendió un brazo a modo de reverencia cortesana—. Y aquí estoy.

Ahora estaba en su momento más encantador, pero ella sabía que eso, también, era una fachada. —¿Por qué?

—¿Por qué qué, milady?

—¿Cómo te convertiste en el Rey negro?

—Esa es una larga historia.

Lockhart estaba delante, sus muros se alzaban contra el gris del amanecer. Ella detuvo su caballo. —Tengo tiempo.

Se detuvo entonces. —Te dije que no tenía gusto por matar.

—Pero no dijiste que tenías gusto por rescatar jacobitas.

—Debió ser un gusto adquirido, muchacha. Me cansé del derramamiento de sangre en Culloden. Me alejé de allí y en el camino de vuelta me topé con unos soldados del Rey molestando a un grupo de mujeres y niños, y no me gustaba lo que hacían en nombre de esos uniformes.

Ahora había luz suficiente para que ella pudiera verle la cara. Volvía a utilizar el humor para disimular sus emociones, pero no había forma de disimular el brillo de sus ojos. —¿Y...? —insistió ella.

Él se encogió de hombros. —Pudimos ponerlos a salvo, y luego alguien más necesitó

ayuda. Se... bueno, se complicó. Y además no me gusta nada Cumberland, —dijo a la defensiva —, me gusta tocarle las narices.

Pero ahora Caitlin sabía que era mucho más profundo que eso, ahora recordaba sus pequeñas amabilidades, el regalo de las joyas, y la delicadeza con el perro, aunque ella sabía que él negaría cualquier motivo noble hasta el día de su muerte. Ese pensamiento la complació.

—¿Y nosotros? —dijo ella—. ¿Quiénes somos nosotros?

—Eso sí que no te lo puedo decir, muchacha.

—¿Y Gavin, —dijo ella—, y tu Leana? —El nombre le quemaba la lengua, pero quería saberlo.

—Estás probando suerte, muchacha, y no te ayudaré en tus juegos, —dijo y empezó a avanzar hacia la torre.

—Dijiste que tenías planes para sacarnos a mi hermano y a mí de Escocia.

—Sí, y a todos nosotros. El juego se está volviendo demasiado arriesgado, especialmente una vez que te hayas ido. Los culpables podrían ser rastreados hasta aquí.

—¿Cuándo?

—Parto mañana con el regalo de cumpleaños de tu hermano. Ha encontrado una forma de salir de Rosemeare, si pudiera reunirme con él ante las puertas, zarparíamos de la costa en seis días.

Ella sólo pudo mirarle fijamente. Seis días… se le hizo un nudo en la garganta.

—Pero tú, milady, tendrás que tener mucho cuidado.

—¿Iré a Rosemeare contigo?

—No, voy solo.

Estaban ya casi en los establos cuando varios hombres salieron cabalgando de allí, con Malcom a la cabeza. Liam subió a su caballo y trotó hacia ellos, con el ceño fruncido. —Acabábamos de descubrir que la marquesa había desaparecido. —Su mirada recorrió a Caitlin, con la sospecha brillando en sus ojos.

—La llevé al lago, —dijo su marido con facilidad—. Pensé que podría disfrutar de la luna nueva. “La luna nueva envuelta en los brazos de la luna vieja”, —recitó con facilidad un viejo verso—. Desgraciadamente la niebla llegó de forma inesperada y nos retrasamos.

Malcom frunció el ceño. —Los guardias dicen que les drogaron.

—¿Eso es lo que afirmaron? Cuando fui a buscar a la marquesa al establo, como habíamos acordado, parecían borrachos. Tenía intención de llamarles la atención esta mañana, beber estando de servicio… muy mal, necesita más mano dura, Malcom, pero no diremos nada más al respecto por el momento. La marquesa y yo estamos cansados, ¿verdad, mi amor?

Caitlin tuvo que luchar para mantener la sonrisa en sus labios. Qué buen mentiroso era. Nunca pensó que admiraría esa cualidad en alguien, pero la admiró.

La aguda mirada de Malcom se movía de ella al marqués y viceversa. Él no acababa de creérselo, ella lo sabía, pero tampoco estaba en condiciones de hacer preguntas. Asintió secamente. —Si me avisa la próxima vez que planee una expedición a medianoche, no tendré a

todo Lockhart buscándole.

—Intentaré recordarlo, primo, —dijo Liam con ligereza, luego se deslizó de su caballo y se acercó al de ella, tendiéndole las manos para que se las tomara. Cuando ella lo hizo, él la sostuvo un momento más de lo necesario, con una mirada de lujuriosa anticipación en su rostro. Ella no sabía, sin embargo, si era real o simplemente otro de sus actos. Se preguntó si alguna vez notaría la diferencia.

Sacó a Jack el negro de su bolsa y lo puso a sus pies. El joven perro ladró y se lanzó tras una hoja que volaba por el suelo. Caitlin miró hacia atrás y vio que Malcom seguía con el ceño fruncido y una mirada desconcertada en los ojos.

Liam le ignoró. —Que alguien se ocupe de nuestros caballos. Han tenido un largo viaje esta noche. —No esperó respuesta sino que la cogió del brazo y la condujo hacia la puerta. Habiendo capturado, y sometido, a la hoja, Jack los siguió.

Su marido no dijo nada más. Se detuvo en la cocina y ordenó que le llevaran comida y cerveza a su habitación. La cocinera casi se cayó del taburete donde había estado cortando verduras, y Effie parecía haber estado llorando cuando se encontraron con ella en las escaleras.

—Milady, —dijo temblorosamente—. Todos temíamos que la hubieran secuestrado.

Antes de que pudiera decir nada, Liam dijo suavemente: —Un paseo romántico con mi esposa, Effie. Deseaba que viera el lago de noche.

Como probablemente Effie nunca había hecho nada tan poco ingenioso, apenas pudo desafiar el encanto de semejante aventura. Se limitó a balancearse de un lado a otro como un corcho en el océano.

—Estás excusada de atender a la marquesa esta mañana, —dijo—. Yo me ocuparé de eso.

Effie hizo una reverencia. —Sí, milord.

Sujetando el brazo de Caitlin, la guió escaleras arriba hasta su habitación. Luego la soltó y se desperezó en una silla, estirando sus largas piernas. —Ha sido una larga noche, muchacha. Comida y algo de sueño nos vendrá bien a los dos.

Ella no quería dormir, aunque era cierto que estaba cansada, como tampoco quería comida. Lo que quería era saber más del Rey negro y de sus planes. Tenía un arsenal de preguntas esperando en la recámara.

Pero mirándole a los ojos, ahora medio cerrados, se dio cuenta de que probablemente obtendría pocas respuestas. No creía que estuviera tan cansado como parecía. Siempre parecía infatigable, y sin embargo, había pequeñas líneas alrededor de sus ojos que ella no había visto antes. Su rostro estaba dibujado, más anguloso de lo habitual.

Cerró los ojos como si fuera consciente de que ella intentaba buscar en el interior de su alma, y él aún no estuviera preparado para ello.

Se quedó mirándole, con el corazón haciendo movimientos espasmódicos. La mayor parte de su rabia había huido cuando él le dijo vacilante que le resultaba difícil confiar. Sus emociones aún estaban a flor de piel, su orgullo aún herido porque él no la hubiera considerado digna de confianza, pero experimentó una sensación de bienestar, incluso de seguridad, que no había conocido antes.

Quería tocarle la mejilla y pasar los dedos por su espeso cabello. Quería que él la abrazara, pero había alguien más en la ecuación, una mujer en la que él sí confiaba.

Llamaron a la puerta, y ella se apresuró a abrirla, esperando que él no se despertara, era obvio que necesitaba dormir, pero cuando abrió la puerta, oyó que la silla se movía detrás de su espalda y cuando una joven entró, Liam estaba sentado erguido, con los ojos alerta. Siguieron el movimiento de la sirvienta que colocó una bandeja sobre la mesa. Estaba cargada de comida: bollos con mantequilla fresca y mermeladas, quesos, fruta y pollo asado. También había una jarra y dos tankards.

—Gracias, —le dijo a la chica, que le miró con curiosidad y luego se marchó apresuradamente.

Su marido miró hacia ella, con las cejas arqueadas perezosamente. —¿Vas a estar ahí de pie todo el día?

—Sienta bien después de cabalgar toda la noche.

Él sonrió. —Tienes razón, yo estuve andando parte de la noche. Ese es el problema de hacerse pasar por pastor, normalmente me va mejor como oficial británico, pues me temo que tengo cierta arrogancia natural.

—Sí, —dijo ella—, la tienes.

—No hace falta que seas tan sincera.

—Tú dijiste que yo no era un buen mentiroso, asique pensé en no intentarlo.

—Buena elección, —dijo él, cogiendo un ala de pollo y consumiéndola en menos tiempo del que ella creía posible.

Su estómago rugió. No se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba. Aún tenía un millón de preguntas, pero la comida era lo primero. Cogió un bollo y lo mordió, y con la lengua se limpió las migas de los labios.

Los ojos de Liam se oscurecieron, intensos, vívidos. El oro en ellos parecía el color parpadeante de las llamas. Bajó la mirada, pero su mano se había aquietado y yacía sobre la mesa.

El aire se hizo cercano y más cálido, aunque no había llamas en la chimenea.

Sólo había una llamarada entre ellos.

—Ah, muchacha, —dijo—. Eres fascinante.

—Creía que te gustaba lo fascinante.

—En ocasiones limitadas.

Sus dedos trazaron círculos invisibles en la mesa.

No se había dado cuenta hasta ahora de lo mucho que había disfrutado batiéndose en duelo con él. ¿Cómo había podido pensar que era un tonto?

Confiaría más en sus instintos en el futuro, y en los de Jack el negro. Por supuesto, Jack estaba siendo mimado descaradamente al otro lado de la mesa, recibiendo trocitos de pollo. Su cola se movía con tanta avidez que ella pensó que podría desprenderse y salir volando.

Pero entonces su mirada se volvió hacia su marido. Su marido, el Rey negro. Aún

intentaba asimilar ese conocimiento, aunque se dio cuenta de que no sentía ninguna conmoción real. La verdad era mucho más fácil de aceptar de lo que ella hubiera creído posible. Había habido muchas insinuaciones.

Se inclinó hacia ella y su dedo le rozó los labios. —Tienes una miga, —dijo, pero sus dedos no se retiraron y ella se dio cuenta de que no era más que una excusa. Sus labios se abrieron y ella atrapó uno de sus dedos, mordisqueándolo.

Sabía bien.

Su otra mano fue a su cara, sus dedos acariciaron su mejilla, y luego empujaron un rizo rebelde de vuelta a su sitio. —Tienes un aspecto tentador, —le dijo.

De pronto fue consciente de su aspecto. Probablemente tenía la cara sucia, el pelo al viento y desordenado, cayéndosele de la trenza que con tanto cuidado había entrelazado para preparar su encuentro con el Rey negro. No había dormido nada en todo el día y la noche, y sus ojos estaban probablemente inyectados en sangre. Y, sin embargo, creyó que él de verdad la veía como acababa de describirla.

Ciertamente tenía un aspecto tentador. Un mechón de pelo le había caído sobre la frente, y como él había hecho con ella, levantó la mano, dándose el lujo de echarlo hacia atrás. Las emociones surgieron en oleadas, cada una diferente pero cada vez con más fuerza. Su pecho se apretó y su respiración se hizo más difícil. Quería tocarle por todas partes, y quería que él la tocara por todas partes. Quería quedarse dormida en sus brazos.

Su mirada se desvió hacia la cama, como también lo hizo la de él.

Él tomó un trago de cerveza y se levantó, ofreciéndole su mano. Ella la tomó y sus dedos se entrelazaron. —Debes estar cansada, muchacha, —dijo él con voz ronca.

—Y tú también.

Se inclinó hacia ella y la besó. Fue un beso extraño, conmovedor e incluso... triste pero lleno de una ternura que hizo que sus piernas quisieran doblarse bajo ella. Ella quería que él le pidiera que se quedara, lo deseaba con todo su corazón.

Él no lo hizo.

En lugar de eso, le soltó los labios. —Será mejor que los dos durmamos un poco, muchacha, y no podemos hacerlo juntos. Tengo que irme esta tarde a Rosemeare.

—Quiero ir.

—Es mejor que vaya solo. Cumberland insistió mucho en que no vieras a tu hermano hasta que estuvieras bien de salud. Si se entera de que has dejado Lockhart, enviará a todos sus sabuesos. Es mejor que te quedes un día. Gavin os llevará a ti y a Leana a la costa donde un barco se reunirá con nosotros.

Leana.

—¿Ella también se va?

—Sí. Es demasiado peligroso para ella quedarse.

Caitlin intentó detener sus siguientes palabras, pero no pudo. —¿Por qué consentiste nuestro matrimonio?

No la dejó terminar la frase. —Consentí porque el marqués de Lockhart habría accedido con toda seguridad. Liam MacTavish es un hombre codicioso, egoísta y autoindulgente. ¿De verdad crees que Cumberland creería que iba a rechazar semejante premio? Y estaba claro que pretendía casarte con alguien. Podría haber sido peor

—Habría sido mucho mejor si hubieras pensado que podías confiar en mí, —dijo ella, con esa realidad todavía royéndola como una rata a un trozo de queso.

Él no dijo nada, pero la máscara había vuelto a su rostro, y ella se dio cuenta de que aún sabía muy poco de él, o de lo que le impulsaba a hacer lo que hacía, o de lo que le gustaba o no. No le conocía en absoluto. Sólo sabía que él no confiaba fácilmente, pero que obviamente sí confiaba en Leana.

—¿Te veré antes de que te vayas hoy?

—Sí, muchacha.

Sus dientes jugaron con su labio superior por un momento. Aún había mucho que quería decir, muchas preguntas por hacer, pero él tenía razón. Estaban cansados, y no quería decir algo de lo que se arrepentiría.

—Hasta luego, entonces.

Él aún sostenía su mano. Se la llevó a la boca y sus labios la acariciaron. —El Rey te agradece de nuevo que le hayas salvado la vida, —dijo.

—El Rey es bienvenido, —dijo ella. Ella sabía que debía irse, pero no podía. Era tan incapaz de moverse hacia la puerta como una estatua en un jardín. La otra dirección, sin embargo, era totalmente posible. Se encontró de puntillas, su boca buscando la de él.

Abrió la boca, obviamente para decir algo, pero en lugar de eso sus labios se encontraron con los de ella, se movieron apasionadamente sobre ellos y remolinos de deseo los envolvieron.

Ama a otra persona.

Su mente seguía diciéndoselo, pero era paja en el viento, desapareciendo en la ventisca de sus otros sentimientos. Ella quería tocar y presionar y explorar. Quería sentirlo cerca de ella, quería prolongar cada vertiginosa y cálida sensación excitante antes de que él volviera a desaparecer.

Cuando sintió la intensidad de la pasión de Liam, conoció el triunfo momentáneo. Siempre parecía tan distante, tan completamente solo y obviamente complacido… pero ahora ella le rodeó con sus brazos y le sintió temblar, y supo que él no era tan indiferente a ella como intentaba tan valientemente ser.

Ella respondía a cada uno de sus movimientos, a la repentina pasión de su beso y a la hinchazón dentro de sus calzones. Sentirlo junto a ella renovó la necesidad que la carcomía por dentro, una necesidad tan recientemente despertada. Mientras su lengua invadía la suya, ella saboreaba cada nueva sacudida de sensación, de emocionante gratificación. Sintió la tensión en su cuerpo, la pasión apenas contenida en sus manos que ahora se movían alrededor de su espalda. Sentimientos cálidos e irresistibles fluyeron a través de ella como una brisa cálida en un buen día de las Highland.

Su beso se hizo más profundo, y sus labios duros y exigentes contra los de él, estaban ahora temblorosos. Lo deseaba más de lo que nunca había deseado nada, que Dios nos ayude. Es

tu marido y su lealtad debería ser hacia ti, no hacia Leana.

Él gimió, y sus brazos la rodearon con más fuerza, fundiendo su cuerpo con el de él, y ella sintió su hombría palpitando de necesidad. Sus pechos se tensaban contra el vestido, y su cuerpo estaba vivo con la sensación de una calidez chispeante que bailaba arriba y abajo por su espina dorsal.

—Ah, muchacha, —dijo él con un susurro de derrota. Luego la levantó y la llevó a su cama. Unas manos impacientes la despojaron de sus ropas y recorrieron reverentemente los costados de su cuerpo. Ella se encontró alcanzando los cordones de sus calzones, desabrochándolos mientras él permanecía de pie con la camisa blanca y vaporosa, y sus pantalones apretados. Sus manos llegaron a su miembro palpitante, ahora lleno y rígido, y notó cómo los espasmos desgarraban su cuerpo.

Él se sentó y se inclinó sobre ella, con su lengua recorriendo fogosa todo su cuerpo hasta que las manos de ella se alzaron hacia él, y al mirarla vio en sus ojos la misma necesidad y deseo que él mismo sentía. Se colocó sobre ella, con su hombría tanteando suavemente al principio, y luego llenándola por completo mientras el cuerpo de ella reaccionaba con movimientos estremecedores y agarrándolo con fuerza.

Amándolo....

24

Ella ya no estaba cuando Liam despertó varias horas después, al extender la mano en su dirección, sólo encontró la fría almohada. La echaba de menos más de lo que creía posible echar de menos a alguien, especialmente durante tan poco tiempo. Pero se dijo a sí mismo que era lo mejor para poder descansar.

Liam deseó haber sido más fuerte, pero le había dolido en todos los sitios donde a un hombre le puede doler. Había anhelado abrazarla, dormirse con ella entre sus brazos, había necesitado hasta el último gramo de su voluntad para intentar alejarla, pero no había tenido fuerzas suficientes para hacerlo.

El sol entraba a raudales. Se incorporó con dificultad. Había tanto que hacer hoy… Tenía que hablar con Malcom, y eso sería lo más difícil de todo, necesitaría de todo su ingenio.

Su ingenio, sin embargo, parecía haberle abandonado el día en que Caitlin llegó a Lockhart.

Aun así, retuvo en su mente las imágenes de la noche anterior, Caitlin tratando con tanto ahínco de calmar al perro en la niebla, el valor que debía de haberle costado recorrer el tortuoso sendero y más de noche. Le complacía pensar en los riesgos que ella había corrido días antes para salvarle, para salvar al Rey negro, y luego, más tarde, la forma en que ella le había mirado, sus ojos azules brillando como si él fuera el mejor hombre de toda Escocia.

Se dio cuenta, sin embargo, de que ella estaba mirando al Rey negro, no a Liam MacTavish. Debió de darse cuenta en algún momento de la noche, y debió de arrepentirse de sus momentos de gratitud.

Aunque admirara al Rey negro, el hombre en sí era una farsa. No era noble ni valiente, no era más que un hombre que disfrutaba con los juegos y que seguro que la decepcionaría.

Maldita sea, pero se sentía vacío. Vacío y, por Dios, condenadamente solo. Ahora, sin embargo, no era el momento de autocompadecerse.

Vertió agua de una jarra en un cuenco. Estaba fría, y eso era bueno, con unas pocas salpicaduras se limpiaron las telarañas que persistían en su cabeza. Se afeitó con cuidado, como haría el fastidioso marqués, y eligió uno de sus conjuntos de ropa más discretos. Una camisa con volantes en la parte delantera, unos calzones azul oscuro, un chaleco azul brillante y, por último, un corbatón de seda dorada. Un hombre de gusto caro pero muy dudoso. En el fondo disfrutaba siendo escandaloso.

Era un hombre de posición, de riqueza y de pomposidad, y en unos días, todo ello desaparecería.

Como último toque, se metió un pañuelo con volantes en el bolsillo de la chaqueta.

Malcom miró a Liam con sospecha cuando éste le tendió un documento sellado. Lo cogió mientras Liam se desperezaba en una silla frente a él.

—No lo entiendo, —dijo Malcom.

—Es un testamento, —dijo Liam—. Está atestiguado por dos personas y fechado hace seis meses, cuando me convertí en marqués. Le lo deja todo a usted en la desafortunada circunstancia de mi fallecimiento.

Las cejas de Malcom se fruncieron. No había descendientes masculinos directos, pero él no tendría más derecho que otra docena de personas. —¿Por qué? —preguntó sin rodeos.

—¿Por qué usted?

—¿Por qué preocuparse por algo que no es probable que ocurra?

—Son tiempos revueltos, primo.

—Entonces, ¿por qué yo? Nunca hemos sido amigos.

—No, —admitió Liam—. Pero admiro la forma en que dirige Lockhart.

Malcom le miró fijamente. —Creía que no le importaba nada este lugar.

Liam se encogió de hombros. —No tengo su talento, primo. Soy lo bastante inteligente para saberlo, y creo que descubrirá que no he hecho un daño indebido a Lockhart.

Los ojos de Malcom se entrecerraron. —¿Qué está planeando?

Liam se echó hacia atrás con lo que esperaba fuera una expresión inocente. —Me divierte sorprender a la gente.

Malcom dejó caer los papeles sobre su escritorio. —Esto no tiene sentido, nos sobrevivirá a todos.

—No lo creo, Malcom. Si yo fuera usted tendría esos papeles a mano. No sólo incluyen Lockhart, sino todas las propiedades que he adquirido recientemente gracias a mi matrimonio. No incluye, sin embargo, las joyas. Eso pertenece a mi esposa.

—Hay algo que no me está diciendo, —dijo Malcom, levantándose de su silla.

—Como he dicho, estos son tiempos convulsos, y no quiero que nadie en Lockhart pague por los errores que he cometido. Usted tiene buena mano y un gran afecto por Lockhart y sus gentes, un amor que yo no tengo ni tendré nunca.

Malcom apoyó las dos manos sobre su escritorio, se inclinó hacia delante y estudió a Liam detenidamente, para por último suspirar. —¿Por qué confía en mí? No fui su amigo cuando era un muchacho. A menudo lo he lamentado.

—Usted también era un chaval, Malcom. Dependía de mi padre y de mi hermano, como yo, pero ahora se ha convertido en un hombre mejor que cualquiera de ellos, mucho mejor que cualquiera de nosotros tres.

La mirada de Malcom se agudizó. —¿Qué está pasando, Liam?

Liam se levantó de la silla en la que se había acomodado y se puso de pie, le sonrió. —Podría haber muerto hace varias semanas cuando ese ruin Rey negro me golpeó, y eso me recordó mi mortalidad. Odiaría irme a la tumba con el futuro de Lockhart incierto o, peor aún, cayendo en manos de Cumberland, debe haber un heredero legítimo.

—¿Por qué? —volvió a preguntar Malcom—. Nunca parece preocupado por algo más que la chaqueta que se pondrá.

—Le he cogido cariño a algunas personas, —dijo Liam sin cuidado—. Y sobre todo detesto a Cumberland, su codicia no tiene límites. Bien podría venir a por Lockhart si no hay un heredero claro, y esa es razón más que suficiente.

Malcom asintió. Casi todos los escoceses, incluso los que lucharon con Cumberland, detestaban al duque. Eso se había vuelto aún más cierto a medida que Cumberland continuaba con su barbarie durante meses. Sus excesos y sus exigencias a los clanes leales al rey inglés habían alienado a todo el país. —Me temo que expropiaría a todos los hombres y mujeres de aquí.

—Sí, —dijo Liam—. Y entregaría la tierra a un inglés que la destrozaría, y no deseo que eso ocurra. Mi disputa fue con mi padre y mi hermano. —Se dirigió hacia la puerta—. Sólo le pido que jure que cuidará de mi esposa... y de Leana si la desgracia se cruza en mi camino. —Hizo que sus últimas palabras fueran ligeras—. Y de Jamie el chico del establo, su padre es un matón.

—Sí, —dijo Malcom—. Eso haré, pero espero que nos sobrevivas a todos.

—Tal vez, —dijo Liam—, pero en cualquier caso, quiero que Lockhart quede en sus manos. Se preocupa por el pueblo, algo que mi padre nunca hizo, así como tampoco lo hizo mi hermano.

Se marchó antes de decir nada más. Ya había dicho demasiado, pero su instinto le decía que Malcom no le traicionaría, y había confiado en su instinto que le había llevado hasta aquí.

Ahora le tocaba a Miles.

Caitlin se paseaba por la habitación. Se había despertado en los brazos del marqués, y se había acurrucado aún más en ellos, buscando el maravilloso calor de su cuerpo. Luego, temerosa de despertarle y romper su descanso, se escabulló de mala gana. Él necesitaba dormir, no a ella. Ni siquiera había empezado él, fue ella quien se había insinuado, quien le había seducido.

Él había dejado claro antes de eso que ella debía irse. Obviamente se sentía leal a Leana, y ella le había obligado a traicionarla. Era una buena recompensa por lo debió de no poder resistirse.

Así que se había acercado sigilosamente a su ropa, se había vestido en silencio y se había deslizado por la puerta hasta su propia habitación. No quería oír disculpas, ni presentarlas, y no quería ver culpabilidad en sus ojos.

Las lágrimas resbalaron silenciosamente por sus mejillas. Levantó a Jack el negro y lo

abrazó hasta que lloriqueó, luego se sentó en su propia cama. Ella lo recordaría todo: su aspecto, la forma en que se sentía su tacto, la forma en que la hacía sentir... Ella nunca había creído en este tipo de amor, el tipo de amor que sacudía su mundo, que le rompía el corazón y le hacía llorar el alma. Nunca había creído que pudiera amar a alguien tan duramente, ni tan dolorosamente, y menos aún que pudiera amar tanto que estuviera dispuesta a entregárselo a alguien que le importara más, alguien en quien él confiara.

Maldita sea, las lágrimas no dejaban de caer.

Jack le lamió la cara ansiosamente, gimoteando de nuevo. —Mi pequeño negrito, —susurró.

Se obligó a levantarse y a cambiarse de ropa. Eligió una bata sencilla. Se deshizo su trenza desordenada y se cepilló el pelo hasta que pareció brillar, y pellizcó sus pálidas mejillas para darles algo de color.

No podía dejarle saber cómo se sentía. Ella no le daría esa carga. Los próximos días serían suficientemente peligrosos sin que él se preocupara por una mujer enamorada.

Entonces se miró a sí misma. ¿Pensaba él que Leana era más valiente que ella? Sin duda era valiente y digna de confianza.

Ese conocimiento ardía en ella.

Y la inquietaba. ¿Se había despertado ya? ¿La había echado de menos?

Se dejó el pelo suelto, se puso un par de zapatos y abrió la puerta para sacar a Jack fuera a hacer sus cosas, pero vio al marqués allí de pie.

Casi quedó cegada por sus ropas, y se dio cuenta que significaban que probablemente se marchaba ya de Lockhart. Retrocedió, permitiéndole entrar.

Sus ojos eran fríos y su rostro inexpresivo. Estaba manchado por una pequeño lunar negro, una afectación que también había usado en su boda.

Su boda…

—¿Te vas? —dijo ella con cierta estupidez.

—Sí, muchacha. Pensé que sería mejor que escribieras una nota para tu hermano. Él debe confiar en mí.

—¿Te vas ahora?

—Sí. Llegaré a Rosemeare mañana y espero sacarlo de allí mañana por la noche. Tú partirás mañana por la noche con Gavin. Ambos hermanos debéis desaparecer al mismo tiempo, de lo contrario, si Cumberland se entera de que uno ha desaparecido, enviará hombres para vigilar al otro.

—Aún quiero ir contigo.

—No puedes, pero nos encontraremos no lejos de Rosemeare. Tendré que regresar aquí en breve, pero estaré fuera lo suficiente para que tú ya no estés aquí, y poder jurar encontrarte a ti y al Rey negro, y matar al maldito.

Ella le miró fijamente. —¿Por qué?

—Liam MacTavish debe morir, amor. Nunca debe ser sospechoso de ser el Rey, o todo

Lockhart pagará por ello. Creo que esta chaqueta y esta peluca serán fácilmente identificables. —Sacó un par de cartas de su bolsillo—. Toma unas jotas de picas, —dijo—. Debes dejar una sobre la mesa de tu habitación. Debemos hacer que Cumberland crea que el rey te ayudó, y puede que necesites las otras por algún otro motivo.

Ella asintió, agradecida de que no le dijera que las escondiera en alguna parte. Empezaba a confiar un poco en ella.

—Ahora la carta para tu hermano, —dijo.

Ella se sentó y cogió una pluma, la mojó en tinta y escribió rápidamente a su hermano, deseándole un feliz cumpleaños, añadiendo después que podía confiar en el portador de la carta. La cerró, la selló y se la cedió al marqués.

El marqués la cogió y la guardó con cuidado en un bolsillo del interior de su chaleco. Luego alargó la mano y le tocó un rizo. —Tienes un pelo precioso, —dijo—. ¿Qué hacías con él cuando hacías de héroe?

—Me lo trenzaba apretado y me lo prendía en la parte superior de la cabeza, y después me ponía un gorro suelto encima.

Vaciló. —¿Podrías soportar cortártelo?

—Sí, —dijo ella de buena gana.

—Serás el aprendiz de Gavin si te detienen.

—¿Y Leana?

—Su esposa.

—Yo podría ser su esposa, —se ofreció ella.

—Demasiados asistieron a nuestra boda, amor. Podrían reconocerte vestida, pero no es tan probable que te reconozcan como un muchacho.

Echaría de menos su pelo, que le caía casi hasta la cintura, pero él estaba, y había estado, arriesgando mucho más, por lo que asintió.

—Cose las joyas a tu ropa, —añadió.

Su mirada se encontró con la de él y sus labios temblaron. Le debía tanto y le deseaba tanto… y sin embargo, él permaneció allí con frialdad, con ojos inexpresivos como si la noche anterior nada hubiera sucedido.

—Si ocurre algo inesperado, muchacha, Gavin tiene el nombre de un granjero con el que puedes refugiarte. Como te he dicho, un barco te recogerá. El capitán francés ya ha cobrado y es de confianza.

Ella asintió sin decir nada, no confiaba en sí misma como para decir algo.

Su mano la alcanzó y agarró su barbilla. —Tú y Miles lo lograréis, y podréis vivir muy felices en Francia. Hay una fuerte comunidad jacobita.

—¿Y tú?

Se encogió de hombros. —Soy un trotamundos, Caitlin. Ya he estado aquí demasiado tiempo. Puedes conseguir la anulación y librarte de un mal negocio.

Él no era un mal trato en absoluto, para ella era el mejor de los tratos.

Pero ella no podía decirle eso, él ya se preocupaba por otra. —Gracias, —susurró ella—. Y buena suerte.

Su mirada buscó su rostro por un momento, y luego se volvió bruscamente, inclinándose con gran cortesía. —Nos veremos pronto, muchacha.

Tras decir eso, salió por la puerta.

Ella se acercó a la ventana. Lo observó hasta que lo vio montar en un caballo que la esperaba. Siguió su imagen hasta que desapareció por el camino y se perdió de vista. No volvería a verle en Lockhart, la próxima vez que lo viera, estarían corriendo hacia la costa, y Leana estaría con ellos.

Soy un trotamundos.

¿Trotaría Leana con él?

Había dejado claro que no quería a su esposa, que se había casado con ella sólo para evitar ser descubierto y, que Dios se apiadara de su alma, porque temía por ella. No quería compasión, jamás la había querido. Y, sin embargo, él la había salvado de lo que podría haber sido un matrimonio verdaderamente terrible.

Querido Dios, mantenlo a salvo.



Liam odiaba castigar a un caballo, sin embargo, no tenía más remedio que llevar al animal hasta su límite, no disponía de mucho tiempo.

No intentó ser cuidadoso, pero tomó los caminos principales, ya que Creighton informaría de su visita de todos modos, sobre todo después de que el chico desapareciera. Liam tenía que intentar estar lejos de Rosemeare cuando eso ocurriera. No podía evitar la coincidencia, pero podría intentar controlar las impresiones causadas. Planeaba ser particularmente odioso, y bien sabía Dios que tenía suficiente práctica en eso.

Liam se llevó consigo su última imagen de Caitlin. Maldita sea, era una muchacha excepcional. No muchas mujeres aceptarían sin discusión cabalgar a través de los días y las noches, y arriesgar su vida por un hermano, y maldita sea que con seguridad ninguna accedería tan fácilmente a cortarse el pelo.

Aún recordaba la noche anterior, cómo se sentía ella bajo él, cómo se sentía él sobre ella. Había conocido la paz por primera vez en su vida. Se había sentido amado, y había amado, y eso era algo único en su vida. Era realmente magnífico, algo que nunca había pensado que ocurriría. Podría vivir solo con ese hecho el resto de su vida.

Cabalgó hasta bien entrada la noche, pasando junto a un total de tres patrullas. Se detuvo a charlar con cada una, preguntando si habían tenido noticias del Rey negro, y si todas las Highland seguían llenas de patrullas. Si era así, con toda seguridad capturarían al desalmado y harían los caminos más seguros y mucho más cómodos de recorrer. Lo que descubrió es que

avanzaban tan a ciegas como siempre.

Se detuvo en una posada para dormir, aunque sólo tardó cuatro o cinco horas en hacerlo antes de partir al amanecer. Llegó a Rosemeare antes del mediodía.

Liam ya había conocido a Creighton. Era un general inglés que había recibido propiedades jacobitas, y era arrogante, soberbio y el doble de odioso de lo que Liam había pensado ser.

—Su Excelencia no me dijo que vendría usted, —dijo cuando Liam, recién acicalado, le presentó sus respetos.

—Es un viaje repentino, —dijo Liam—. Es el cumpleaños del chico y mi esposa insistió bastante en hacerle un regalo. Ya sabe cómo pueden ser las mujeres cuando están embarazadas. No tendría paz si no le llevaba esto al muchacho, —dijo tendiéndole la capa para que la inspeccionara.

Creighton se volvió inmediatamente más hospitalario. —¿Embarazada, dice?

—Sí. Eso cree ella. Está enferma por la mañana y... bueno, estoy seguro de que usted sabe más de mujeres que yo.

Creighton se frotaba las manos. —Ésas sí que son buenas noticias. Su Excelencia estará muy complacido. —Cogió la capa—. Se la daré.

—Me gustaría ver al muchacho yo mismo. Ahora es mi cuñado, y a mi esposa le gustaría un informe de su bienestar. Yo, sin embargo, me alegro de que esté a su cuidado y no al mío. No me gustan los niños, sobre todo los que no son míos. —Sacó una tabaquera de su chaqueta y se la acercó a la nariz, aspirando profundamente.

—Es un pequeño jacobita arrogante, —dijo Creighton—. No me importaría librarme del pequeño bastardo, pero Su Excelencia insiste en que se quede hasta que nazca un niño, aunque no puedo comprender el motivo.

Liam se encogió de hombros. —Mejor usted que yo. Me tomaré un descanso, y luego planeo viajar a Edimburgo, tengo allí una amante. Encuentro que las amantes son mucho más complacientes que las esposas. ¿No le parece a usted?

El hombre parpadeó una vez y luego le dedicó una sonrisa cómplice. —Absolutamente. —Luego se aclaró la garganta, antes de volver a hablar—. ¿Tiene alguna carta para el niño? Debo leerla.

—No, —dijo Liam despreocupadamente—. Creo que es mejor que no se comuniquen, con la capa ya es suficiente. Ni siquiera habría consentido en ello, pero temía que la marquesa pudiera hacer algo que dañara al nonato.

Creighton asintió. Se volvió hacia el vestíbulo y llamó: —James. —En unos segundos apareció un hombre vestido todo de negro.

—Está encerrado en su habitación por insolente, —dijo Creighton mientras se volvía hacia Liam—. James le llevará.

Liam siguió a James por cuatro tramos de escaleras hasta la habitación de una de las torres. Esperó mientras el hombre de negro la desbloqueaba y luego entró, haciéndole un gesto al hombre para que se marchara. —Puede irse.

—No debo dejarlo con extraños.

—No soy un extraño. Soy el marqués de Lockhart, —dijo Liam en su forma más altiva —. Y deseo un vaso de vino, he tenido un viaje muy largo. Puedo cuidar bien del pequeño mocoso.

El hombre vaciló hasta que Liam enarcó una ceja. —¿Desea que se lo pida a su lord?

James sacudió la cabeza y empezó a bajar las escaleras. Liam cerró la puerta.

La habitación era fría y estaba casi desnuda, salvo por una tosca cama y una mesa. Una pequeña rendija daba un poco de luz.

Un muchacho con el pelo oscuro y los ojos azules de Caitlin se volvió hacia él, cada fibra de su ser irradiaba desafío. Un profundo ceño fruncido estropeaba un rostro que de otro modo sería apuesto. Los ojos le fulminaron. —¿Quién es usted?

—Tu cuñado, Miles. —Cerró la puerta y se apoyó en ella para que no pudiera abrirse sin que él lo supiera. Sacó la carta de Caitlin de su bolsillo y se la tendió al muchacho—. Léela rápido, muchacho. Tenemos poco tiempo.

El chico le miró con suspicacia pero dio los pocos pasos necesarios para arrebatarle la carta de la mano. Rompió el sello y la leyó rápidamente. —No la entiendo.

—Te pide que confíes en mí, ¿no es así?

—Sí, pero no veo ninguna razón para hacerlo.

—¿Confiabas en Gavin?

La barbilla de Miles sobresalía tanto que Liam podría habérsela cortado sin dañar el resto de la cara. Esperó. —Os voy a sacar a ti y a tu hermana del país. Gavin dijo que tenías una manera de salir de aquí.

—Puede que la tenga, —dijo Miles con cautela, obviamente aún no con la certeza de poder confiar en él.

—¿Puedes estar fuera de las murallas, en el lado oeste del foso, dos horas después de medianoche?

El muchacho vaciló.

—Tu hermana dijo que podías confiar en mí.

—Puede que la hayan obligado.

Liam se rio. —¿De verdad crees que eso es posible?

Miles sonrió de repente. —No. Y sí, conozco una salida. La habría usado, pero su hombre dijo que esperáramos.

Liam asintió. —Cuando James vuelva, voy a tener que pegarte. Tienen que creer que nos detestamos. Es importante para la seguridad de otras personas, no se me puede relacionar con tu huida.

—Sí, —dijo el muchacho, y luego sonrió—. Le daré una razón.

Era, en efecto, el hermano de Caitlin. Liam le entregó la capa. —Un regalo para ti. Mi excusa para venir.

—¿Por qué se lo han permitido? —El muchacho volvió a sospechar.

—Dije que Caitlin estaba embarazada.

El muchacho se quedó absolutamente inmóvil. —¿Lo está?

—No.

Miles suspiró agradecido, lo que fue un poco insultante, pero pronto volvió a ponerse alerta. —¿Por qué hace esto?

—¿Has oído hablar del Rey negro?

—Sí. Los sirvientes han hablado de él.

—Te estará esperando esta noche. Te lo juro. Ahora devuélveme esa carta.

Miles así lo hizo y le miró escrutadoramente. —¿Es realmente su marido?

—Sí, y yo no tengo que preguntarte si eres su hermano, tienes sus ojos.

El muchacho tragó hondo y Liam recordó todo lo que había perdido: su hogar, sus hermanos y toda su familia.

Entonces oyó pasos fuera. —Recuerda, debes salir esta noche.

James entró justo cuando el muchacho retrocedía, y mirando a Liam le increpó: —Lacayo inglés. Traidor. No aceptaré nada de ti.

Liam abofeteó al muchacho. Intentó mantener la fuerza, pero el muchacho cedió al golpe, cayendo contra la pared.

Los ojos de Miles ardieron. —Bastardo.

Liam se volvió hacia James, que llevaba una bandeja. Cogió la jarra que había sobre ella y la vació. Luego cogió la capa que yacía en el suelo. —El mocoso dijo que no la quería, me la llevaré. Pequeño desagradecido. —Se dio la vuelta y salió de la habitación, dejando a James tanteando las llaves.

Bajó los escalones de dos en dos. Buscó a Creighton, que se encontraba de su despacho. El hombre enarcó una ceja. —Estiércol jacobita, —dijo Liam—. Carece de los más mínimos modales. Tendré que domarlo como domé a mi esposa.

Creighton asintió. —Me alegraré de librarme de él. —Liam hizo una mueca.

—Le diré a Su Excelencia que usted vigiló muy bien al muchacho. —Liam se estremeció —. Me estremezco al pensar en tener a ese pequeño bárbaro en mi casa.

Tras ello se despidió, salió al patio, montó y se alejó por las puertas. A diferencia de Lockhart, este torreón estaba fortificado. El chico parecía seguro de que podría salir de los muros.

Si tan sólo el muchacho le creyera... sus ojos seguramente le habían lanzado odio verdadero.

Liam suspiró. Ahora no podía hacer otra cosa que recoger el otro caballo y esperar....

Caitlin visitó a Gavin la tarde anterior a su partida. Había invitado a Jamie a cabalgar con ella, aunque ya no era necesario que llevara escolta, el marqués había dado órdenes de que ella podía cabalgar donde quisiera.

Al parecer, su marido había reprendido verbalmente a los guardias de servicio de aquella noche por su negligencia. No había necesidad de guardias, había dicho, cuando los que tenían eran tan negligentes en su deber.

Jamie había oído por casualidad al marqués y repitió las palabras con entusiasmo. El marqués se había convertido en su héroe cuando había ordenado al padre del niño que le permitiera dormir durante la noche y también le había dicho al hombre que cualquier moratón que sufriera el niño, lo sufriría el mismo en sus propias carnes.

Una vez en el pueblo, Caitlin le dio al niño medio penique para un bollo de una mujer que vendía productos de panadería. Luego fue a ver a Gavin. Él levantó la vista de la fragua con una leve sonrisa en los labios. —Milady.

Recordó cómo él había intentado tranquilizarla el día de su boda, y cómo le pareció extraño para un herrero. Ahora mirando a sus inteligentes ojos marrones y veía mucho más: al amigo del marqués, a su confidente y a su aliado de confianza.

Se enderezó.

—No creía que fuera a trabajar hoy, —dijo Caitlin.

—No he estado trabajando lo suficiente, —respondió con una sonrisa—. No quiero sospechas, y menos hoy.

—Usted ha estado cerca del marqués, —dijo ella—. ¿No levantará eso sospechas sobre él cuando usted desaparezca?

—Usted conoce la amistad, milady, por nuestra conversación el día de la boda. Pocos más lo saben, hemos sido siempre muy cuidadosos. Siempre han sido negocios.

—Hay una cierta… calidez entre ustedes.

—Sólo porque nos conoce más de lo que lo hace que la mayoría, —dijo Gavin—. Ahora, ¿puede dejar la torre una hora después de medianoche?

—Sí, —dijo ella—. El marqués dijo que debería cortarme el pelo. ¿Debería hacerlo antes de salir?

Él negó con la cabeza. —No. Le estaré esperando con caballos. Iremos a la cabaña de Leana donde podrá cambiarse de ropa. Deje una de las cartas que le dio Liam sobre la mesa de su habitación. Queremos que todos crean que el Rey la tomó en ausencia de Liam. —Le sorprendió que usara el nombre de pila de su marido, en lugar del formal milord. Luego razonó que era indicativo de una amistad mucho más estrecha de lo que jamás había imaginado.

—¿Y mi perro?

—Tendrá que mantenerlo callado. Liam me dijo que insistiría en traerlo.

Ella asintió y empezó a marcharse. —¿Milady?

Ella se volvió.

—Liam planea bien, y al parecer, usted también. Yo no me preocuparía demasiado. —Había aprobación en su voz, y eso aligeró su corazón. Ella asintió y se marchó.

Había llegado el momento. La aprensión se había instalado como una roca en su estómago. Era tanto por la idea de reunirse con la amante de su marido como por miedo a

Cumberland y sus soldados. Cepilló su largo cabello por última vez y luego se lo ató en una larga trenza.

Se puso un vestido limpio y sencillo. Tras colocar cuidadosamente todas las joyas en la bolsa que le había dado el marqués, se la ató a la muñeca. Añadió aguja e hilo, con la intención de coser las joyas en cualquier prenda que Gavin tuviera para ella.

Jack el negro gemía a sus pies. Estaba obviamente nervioso, sintiendo que algo se salía de lo normal. Ella lo levantó y lo acercó a su cara. —Nunca te abandonaría, —susurró—, jamás. —Buscó la pequeña bolsa de viaje que había hecho para él.

Estaba lista. Caitlin se miró una vez más a sí misma, al pelo que su madre había llamado a menudo su mejor rasgo, a la habitación que casi se había convertido en su hogar. Puso la carta sobre la mesa y se escabulló por la puerta, por el silencioso pasillo, y pasando por delante del gran salón donde se había celebrado su banquete de bodas.

No había nadie a la vista. No había razón para mantener guardias de servicio. Se dirigió rápidamente hacia el rodal de árboles situado más allá del establo. Oyó el relincho de un caballo y se dirigió hacia el sonido y allí vio que Gavin estaba de pie junto a dos caballos. Iba vestido con pantalones y jerkin de cuero, y con el pelo cubierto por un bonete oscuro. No dijo nada pero la ayudó a subirse a una antigua silla de montar en una yegua pequeña y de aspecto decrépito. Miró dubitativa al animal.

—Está mucho más en forma de lo que parece, —le aseguró Gavin mientras se la entregaba.

Cabalgaron rápidamente. La luna no era aún más que un trozo de pastel y las estrellas eran visibles mientras cabalgaban hacia las colinas cubiertas de brezo que conducían al bosque y a la montaña que había más allá. Ninguno de los dos dijo nada, Gavin miró al cielo, que empezaba a llenarse de nubes y apuró el paso.

El corazón de Caitlin latía con fuerza a medida que se acercaban a la casa de campo. No sabía cómo se sentiría al enfrentarse a la amante de su marido. No había amado a su marido la última vez que había hecho este viaje en busca del láudano. Ahora lo hacía, y era como una herida abierta en su corazón. ¿Cómo podría soportar verlos juntos, trabajar juntos y conspirar juntos como lo habían hecho durante meses?

El cielo se oscureció, y las nubes cubrían el cielo, tapando las estrellas y la poca luna que había en la noche. Sin embargo, Gavin se movió con rapidez. Llegaron a la cabaña y ella se bajó de la yegua, sin esperar su ayuda, y la puerta se abrió como si Leana hubiera estado de pie junto a ella, esperándolos.

Iba vestida con un vestido marrón apagado de lana áspera y un gorro kertch que ocultaba el lustroso cabello castaño que Caitlin recordaba. Sonrió a Caitlin, haciéndola pasar e indicándole un montón de ropa sobre la mesa.

—¿Necesita ayuda?

Caitlin negó con la cabeza y Leana se apartó de ella, obviamente para darle intimidad. A pesar de los celos que aún persistían peligrosamente en su interior, sabía que probablemente Leana le caería muy bien. Había en ella una dignidad, una calidez instintiva que Caitlin sabía que atraería al Liam MacTavish que estaba empezando a conocer. Caitlin intentó reprimir el vacío que sintió al saberlo. En lugar de eso, se vistió rápidamente, envolviéndose los pechos con un

paño para aplanarlos antes de ponerse una camisa sucia, unos pantalones de lana andrajosos y una chaqueta de lana sobredimensionada y mal cosida. Una vez vestida, cosió rápidamente sus joyas en el dobladillo de la chaqueta. Luego se encaró con Leana. —El marqués dijo que debía cortarme el pelo.

Los ojos de Leana estaban llenos de simpatía. —Sería lo más seguro. —Caitlin tragó saliva con dificultad, luego asintió—. ¿Me ayuda?

—Si quiere, —dijo Leana con suavidad.

Caitlin se sentó. Vio el brillo del cuchillo, oyó el sonido al serrar la gran y pesada trenza, y sintió como se le aligeraba el peso de la cabeza. Se estremeció cuando más zarcillos cayeron alrededor de su cara. Sin embargo, no lloró por esta pérdida, había sufrido demasiadas mucho mayores, y el pelo volvía a crecer.

Leana la miró críticamente y luego colocó una gorra a cuadros en la cabeza de Caitlin, que no pidió verse en un espejo, pues no creía que pudiera soportarlo, sobre todo después de que Leana le frotara la piel con una sustancia maloliente. —Su piel es demasiado fina para ser un aprendiz de herrero, —le dijo.

Leana terminó por fin y Caitlin se puso en pie. Observó cómo Leana terminaba los últimos preparativos, la vio levantar una tabla del suelo y sacar varias pistolas y dos cuchillos, manejándolos con una facilidad que desmentía su modesta vestimenta. Metió una última pistola entre varias mantas y luego miró a Caitlin. —¿Sabe usar una?

—Sí, —dijo Caitlin sin pestañear, y es verdad que sabía. Como hermana solitaria en una familia de hombres, había rogado y rogado a sus hermanos para que le enseñaran. Sin embargo, nunca se le había ocurrido utilizar una contra una persona—. ¿Alguna vez ha disparado una? —preguntó con curiosidad.

—No contra nada que no fuera una diana en un árbol, —dijo Leana—, pero no tengo intención de acabar en una horca ni de que me vendan como esclava.

Caitlin se preguntó cómo se había involucrado Leana en las tramas del marqués, pero ahora no era el momento de hacer preguntas. Se limitó a asentir hacia los cuchillos. —¿Y ésos?

—Nunca los he usado en nada más grande que una barra de pan o una guarnición de carne, —dijo Leana—. Liam siempre ha sido muy cauteloso, pero después de esta noche temo que todos los soldados ingleses nos persigan.

Liam. Qué fácil utilizar su nombre. Se le volvió a hacer un nudo en el estómago al ver cómo la competente Leana enrollaba la segunda pistola y le entregaba uno de los cuchillos. —Áteselo al tobillo, —le aconsejó.

Caitlin asintió y lo hizo rápidamente con un trozo de tela que arrancó de una enagua desechada.

Leana añadió un fardo más al creciente montón que había sobre la mesa, éste aparentemente de comida por el olor que desprendía. Se repartieron los fardos entre ellas y los llevaron hasta donde Gavin sostenía ahora tres caballos. Caitlin tomó las riendas de los caballos mientras Gavin ataba los fardos firmemente a las monturas.

Cuando terminó, ella no esperó su ayuda. Ya era un muchacho, capaz de montar su propio caballo.

Sin embargo, se dio cuenta de que él ayudaba a Leana y notó que su mano permanecía sobre la de ella, igual que la del marqués había permanecido sobre la de Caitlin más tiempo del necesario. ¿Imaginación? ¿Deseos? ¿Esperanza?

Ella no lo sabía.

25

Caitlin miraba fijamente por la ventana del pabellón de caza abandonado. Llevaba horas haciéndolo.

Leana estaba dormida en el suelo. Había instado a Caitlin a hacer lo mismo, pero no pudo. Miles y Liam aún no habían aparecido, y Gavin estaba fuera, en alguna parte, vigilando.

Los tres: Gavin, Caitlin y Leana, habían cabalgado más de ocho horas hasta un punto al este que estaba casi a la misma distancia de Lockhart que de Rosemeare. La mayor parte del trayecto había sido bajo una lluvia constante, lo que era a la vez una maldición y una bendición, pues habían esquivado, fácilmente y con éxito, a dos patrullas acurrucadas alrededor de fuegos chisporroteantes.

Gavin les había llevado hasta una cabaña que llevaba mucho tiempo sin usarse y que se estaba cayendo a pedazos. El agua de la lluvia caía por los agujeros del tejado y no había muebles, pero estaba bien escondida. En un pasado tenía senderos que conducían a ella, pero ahora estaban todos cubiertos de maleza. Los tres jinetes se tuvieron que abrir paso entre zarzas y ramas.

Leana había encontrado un lugar seco para que pudieran comer tranquilos y, tras comer, se había cubierto con una manta y milagrosamente se había quedado dormida, pero Caitlin no podía. Quería esperar a Miles y a Liam. Se había reprendido a sí misma por dejar que éste hiciera lo que creía que ella misma debería haber sido capaz de hacer: rescatar a los suyos.

Caitlin no sabía cuánto tiempo había estado mirando por la ventana. La lluvia había amainado hasta convertirse en una llovizna constante y una neblina oscurecía los árboles más allá de unos pocos metros. Inquieta, se echó su propia manta sobre los hombros, deseando poderosamente su cálida capa. Tuvo suerte de que Gavin hubiera pensado en traer mantas para todos, aunque seguían húmedas por la lluvia a pesar de que él las había empacado con un hule.

Sus ojos empezaron a cerrarse pero se obligó a abrirlos de nuevo, cuando oyó un silbido estridente. Gavin ya le había dicho que una serie de cortos cantos de pájaro significaba que debían huir rápidamente, y un silbido largo y sostenido significaba que Liam se acercaba.

Se apresuró hacia la puerta y la abrió, con la manta todavía agarrada a su alrededor. No quería pensar en su aspecto, aún no se había visto a sí misma desde que le cortaron el pelo, sólo quería pensaba en su hermano… y en su marido. Jack el negro la seguía, ladrando enloquecido, y ella se preguntaba si sabría que el recién llegado era uno de sus consentidores.

Caitlin se paró bajo la lluvia mientras dos jinetes se acercaban. Ambos llevaban capa y unos bonetes protegían sus cabezas. Una figura era alta y la otra más pequeña. Corrió hacia el más pequeño cuando se bajaba del caballo y lo estrechó entre sus brazos. —Miles, —susurró, con la respiración entrecortada en la garganta.

Los brazos de él también la rodearon. Su valiente y joven hermano guerrero enterró la cabeza en su manta, doce años y ya había perdido todo lo que le era querido. Su nariz se estremeció ante el olor que desprendía, pero aun así le abrazó con fuerza.

Entonces, obviamente avergonzado por su emoción, se apartó y Caitlin volvió la mirada hacia arriba.

El marqués se incorporó con facilidad, relajado, aunque ella sabía que debería estar mucho más cansado que ella. Había tenido un viaje más largo y más peligroso.

—Milord, estás a salvo. —Era una observación obvia, y se sintió tonta al hacerla. Aun así, fue recompensada con una sonrisa.

—Sí, tú también, —sonrió él—. Tu hermano escapó por las alcantarillas del castillo tras encandilar a uno de los sirvientes. Ni siquiera la lluvia ha limpiado el hedor que lleva. Tuve que cabalgar a bastante distancia de él. —Sus ojos se suavizaron al mirarla. Una mano salió y cogió un rizo, echándolo hacia atrás—. Echaré de menos tus mechones, muchacha, pero eres un buen mozo. —Luego la cogió por los hombros—. Deberías descansar, a partir de ahora viajarás de noche, es de esperar que ya se hayan dado cuenta.

Su corazón latía tan fuerte que pensó que él debía de estar oyéndolo. —¿No vendrás con nosotros?

—No, tengo que volver a Lockhart. Debo horrorizarme debidamente de tu desaparición y jurar encontrarte a ti y a ese villano, el Rey negro.

—Estás cansado.

—Estoy acostumbrado a pasar días enteros con sólo unas horas de sueño.

—Quiero ir contigo.

—Ya hemos hablado de eso, muchacha.

Ella decidió no discutir ese punto. No por ahora. —¿Quieres descansar primero?

—Sí, una hora más o menos.

—Gracias por traer a mi hermano.

—Lo hizo casi todo él solo, —dijo su marido—. Definitivamente es tu hermano. —La aprobación adornaba sus palabras, y ella sintió que el calor la llenaba. De hecho, ni siquiera la lluvia podía enfriar el chisporroteo que había entre ellos. Le agradó que, aun sabiendo que Leana también debía estar aquí, se entretuviera con ella.

—Ven, muchacha, —le dijo, rodeándola con el brazo—. Vamos a sacaros a ti y a este muchacho de la lluvia. Así como a este joven, —añadió, agachándose y cogiendo a Jack con una mano. El perro se mostró vergonzosamente agradecido, luchando valientemente por levantar la cabeza y lamer una cara ya mojada.

Su hermano los miraba con indisimulado interés, pero sus ojos se ablandaron al ver al perro. Siempre le habían gustado los animales, y se le había roto el corazón cuando Cumberland le había obligado a dejar a los perros en su antiguo hogar.

Era evidente que el marqués también se dio cuenta y le entregó el cachorro a Miles, y Jack se acurrucó inmediatamente contra su pecho. Miles sonrió y el corazón de Caitlin dio un respingo. Era la primera vez que le veía sonreír desde que habían recibido la noticia de la muerte

de sus hermanos.

El marqués los guió hacia la puerta. El marqués... Llamarle así la protegía, seguía siendo el hombre con el que la habían casado, y que la había enfurecido sin piedad. Sólo le había llamado Liam en contadas ocasiones, y cada vez había sido un error, pues le convertía en parte de su vida, en una parte íntima de su vida, y si él no quería que así fuera, mejor no hacerse ilusiones.

Ella se estremeció y el brazo de él se apretó en torno a ella. También se habría apretado alrededor de Leana, ella lo sabía y se lo repetía a sí misma.

Caminaron hacia el interior. —¿Dónde está Gavin? —preguntó ella.

—Todavía está vigilando. Tu hermano debería dormir un poco, luego puede relevarle hasta que estéis listos para ir a la costa.

No si ella podía evitarlo.

Entraron y ella le vio echar un vistazo a Leana, que seguía durmiendo. Él sonrió. —Al menos alguien tiene algo de juicio. —Las palabras eran poco más que un susurro y la mordieron por dentro.

—¿Algo de comer? —preguntó él antes de que ella pudiera replicar.

—Sí, —respondió ella y se dirigió al rincón donde se encontraba el alijo de comida de Leana. Arrancó varios trozos de pan y entregó uno al marqués y otro a su hermano, así como trozos de queso. Ambos comieron como si estuvieran hambrientos, y ella notó la fácil camaradería que había entre ellos.

Ella se deleitó con la mirada de Miles. Parecía años mayor que la última vez que lo había visto hacía meses, tenía doce años y parecía un hombre. Quiso acercarse a él, ponerle una mano en el pelo y alborotárselo, pero sabía que ahora él se resentiría de eso. Con suerte había recibido un abrazo, así que se limitó a observar al hombre y al muchacho, este último alimentando la boca de Jack el negro tan a menudo como la suya propia.

Cuando terminaron, el marqués le dijo algo a Miles, que asintió. Su hermano se tumbó en uno de los rincones más secos de la habitación y no tardó en roncar. El marqués le dedicó una sonrisa irónica. —Creo que ambos haríamos bien en seguir sus ejemplos.

Ahora que ambos estaban a salvo, al menos por el momento, ella podía hacerlo.



Cuando Liam despertó, miró por la habitación. Leana se había ido, probablemente a llevarle comida a Gavin. Tanto Caitlin como su hermano dormían. Su pelo le llegaba justo por debajo de la barbilla, y su longitud la hacía parecer más un duendecillo que una marquesa. Lena le había frotado algo en la cara para que pareciera menos delicada, y una mancha de suciedad decoraba su nariz.

Nunca había visto un rostro que le llegara al corazón como éste. Parecía pequeña y vulnerable y, sin embargo, él conocía su fuerza, su tenacidad y su valor. Él valoraba eso por

encima de una larga cabellera. La alegría en su rostro cuando vio al joven Miles había sido recompensa más que suficiente para él.

Liam había llegado en las últimas horas a respetar de verdad al muchacho. Al parecer, había encantado a uno de los criados para que le consiguiera una llave extra de su habitación, y luego había utilizado las alcantarillas para escapar, encontrándose con Liam exactamente cuando lo había prometido, y no se había quejado durante el largo y húmedo viaje a través de la noche. Los hermanos tenían mucho en común.

Su mirada volvió a ella. Había recordado la alegría con la que ella había saludado a su hermano, pero también recordaba la forma agradecida en que le había mirado a él. Había sentido como si le hubiera caído un rayo encima, fue consciente de que también se había... preocupado por ella. No había sabido hasta ese momento que la amaba.

Debería haberlo sabido, pero siempre había desconfiado de esa palabra.

Nunca había pensado que existiera de verdad.

La observó durante unos instantes más. No quería marcharse y, sin embargo, sabía que debía hacerlo, sólo un paso más antes de poder dirigirse a la costa y reunirse con ellos. Sabía que a estas alturas los caminos estarían abarrotados de soldados, y tanto su primo como Creighton debían saber que los MacFarlane habían desaparecido, y que el Rey tenía algo que ver con ambas desapariciones. La caza sería furiosa.

Y él sabía que estaba arriesgando mucho al regresar a Lockhart. Cumberland bien podría haber sospechado de él y ordenado su arresto, y sin embargo, tenía que hacer lo posible para evitar que las sospechas recayeran sobre Malcom y los demás en Lockhart.

Se levantó, cogió un poco más de pan y se lo metió en el enorme bolsillo de su capa. Su aspecto majestuoso de ayer estaba muy deslucido. Sus ropas de pavo real estaban arrugadas y manchadas por el tiempo, y su peluca debía parecer como si Jack se hubiera dado un revolcón con ella. Con suerte, tendría el aspecto de un hombre sin honor, desesperado por recuperar a una valiosa esposa.

Al menos los caballos deberían estar descansados. Se llevaría el castrado de Gavin, que tendría aún más descanso en sus espaldas. Echó una última mirada a Caitlin, no volvería a verla hasta que llegaran a la costa. Dios mío, cuánto deseaba tocarla.

Se resistió y salió por la puerta. Era el final de la tarde y las colinas estaban nubladas por una buena bruma escocesa, un buen tiempo para negocios nefastos.

Liam ensilló rápidamente el caballo castrado, que había sido asegurado bajo un pesado roble para protegerlo un poco de la lluvia. Estaba a punto de subirse a los estribos cuando fue consciente de otra presencia.

Se dio la vuelta. Caitlin parecía aún más vulnerable que nunca, pero había un brillo decidido en sus ojos. —No puedes ir solo, —dijo.

—Creía que estabas dormida.

—Me despierto fácilmente.

Extendió la mano y le tocó el pelo. Un mechón se enroscó ligeramente alrededor de ella antes de que él lo echara hacia atrás y reajustara la gorra que llevaba. Había estado tan torcido que parecía alguien que acababa de salir de una taberna tras pasar allí medio día. —Mi bonita

muchacha. Te agradezco que quieras venir conmigo, pero me retrasarías y quiero saber que estás a salvo.

—¿Crees que puedo dejarte comprar mi seguridad con tu vida? —dijo ella—. Y no te retrasaría. Cabalgué día y noche cuando bajé a la costa.

—Para rescatarme, —dijo con ironía.

—Sí. Me mantendría a distancia de ti, pero si algo saliera mal, podría ir a por Gavin.

—¿Y atraparlo a él también, muchacha?

—Iré contigo, —dijo ella obstinadamente.

Él se dio cuenta de que ella haría exactamente eso. La única forma en que podía impedirlo era atándola, e incluso entonces su hermano podría dejarla ir. Ella sabía a donde iba, y él sabía con tanta certeza como sabía cualquier cosa que ella le seguiría. Había aprendido mucho sobre ella, y si ella le seguía sin su consentimiento, bien podría perderse en la lluvia, la niebla y la bruma.

Además ella tendría algunas ventajas si la atrapaban, ventajas que él no tenía. Seguía siendo la única heredera de sus abuelos junto con su hermano, y con Miles fuera, su propio valor aumentaba.

Sopesó todo eso, sabiendo que, al final, tenía pocas opciones. Si hubiera habido otro hombre junto a ella, tal vez podría ponerle un guardia, pero sólo estaban su hermano, un exhausto Gavin que no había dormido en dos días, y Leana.

—¿Jurarás hacer todo lo que te diga? —Hizo la pregunta en contra de su buen juicio.

—Sí, milord, —dijo ella.

Él detectó cierta falta de sinceridad. —Caitlin, —le advirtió.

—Obedeceré cada una de tus palabras, —prometió ella.

Él no se sintió reconfortado. Consideró cualquier otra opción y no encontró ninguna buena. Sin embargo, el orgullo de estar con ella le llenaba. Cabalgaba tan bien como cualquier hombre y, desde luego, tenía un valor y un ingenio que cualquier hombre querría tener a su lado.

Nadie, pensó, reconocería a este sucio muchacho como la marquesa de Lockhart, pero sí que buscaban a un muchacho.

Caitlin, por el momento, no se parecía mucho a un joven lord, pero su compañía haría que tuvieran que mantenerse alejados de los caminos y las patrullas. Si le detenían, ella debería ser capaz de salir airosa. Un mozo de cuadra llevando un caballo nuevo a su dueño, él le diría exactamente qué decir, y nunca estaría demasiado lejos. Su mente ya estaba pensando en el futuro, maquinando.

—¿Y tu hermano? —dijo en un último esfuerzo por disuadirla—. ¿No necesitas quedarte con él?

—No, ha demostrado que no necesita a nadie. Pero me gustaría susurrarle adiós.

Liam asintió, siguiéndola hasta la puerta del refugio. Vio cómo ella se acercaba a Miles y se quedaba allí un momento. Luego ella se inclinó y besó su cabello oscuro tan suavemente que él no se despertó. Notó su vacilación, ella no quería dejarle.

Pero lo haría, por el Rey negro. Se sintió humillado y deseó poder disuadirla de venir, sin embargo, era obvio que ella había tomado una decisión y él ya había aprendido que rara vez la cambiaba.

Al cabo de un momento, ella se acercó a la puerta. —Estoy lista, —dijo—. Sé que estará a salvo con Gavin, y si estuviera despierto, él también insistiría en venir.

—Sin duda, —murmuró Liam. Empezó a dirigirse hacia las monturas que estaban resguardadas bajo los árboles, pero ella sacudió la cabeza.

—Yo lo haré, —le pidió—. Si voy a representar un papel, es ahora cuando debo empezar, —y añadió aspereza a su tono de voz.

Ella había estado pensando exactamente como él. Era una sensación extraña, pero no tuvo tiempo de pensar más, porque ella ya estaba ensillando uno de los caballos. No le fue fácil, ya la silla parecía más grande que ella y le costó varios intentos echarla sobre el lomo del animal. Una vez que consiguió colocarla en el lugar correcto, esperó un momento antes de abrochar las correas. Tuvo que admitir que sabía lo que se hacía.

Terminada la tarea, se subió a la silla de montar.

Liam montó y se puso a la cabeza. Silbó una vez y Gavin apareció de la nada, con Leana a su lado.

—Me llevo a Caitlin conmigo, —dijo el marqués—. Ella puede esperar en las cuevas sobre Lockhart mientras expreso mi indignación por su desaparición y juro traerla de vuelta, aunque eso signifique mi propia vida.

Gavin enarcó una ceja como preguntando la sensatez de llevarse a Caitlin con él.

—¿Quieres tú intentar retenerla aquí? —dijo Liam.

—No, —sonrió Gavin—, creo que no. ¿Debería dirigirme hacia la costa?

—Sí. El muchacho puede relevarte en breve. Duerme un poco y partid hacia la costa al anochecer. Caitlin y yo nos reuniremos con vosotros en la granja, le diré cómo encontrarla por si algo sale mal.

Gavin asintió.

Liam se inclinó y cogió la mano de Gavin. —Tuvimos una buena carrera, amigo mío. Gracias. —Luego miró a Leana—. Y a ti, Leana. Te veré pronto, muchacha. —Se inclinó de su montura y le dio un rápido beso.

Luego espoleó a su caballo a través de la maleza.

Tragándose sus dolorosos celos, Caitlin le siguió.



Malcom observó cuidadosamente la pequeña casita situada al pie de una escarpada colina.

Nada parecía fuera de lugar, pero las cenizas de la chimenea estaban frías y el interior tenía un aspecto de abandono. Murmuró un juramento para sí mismo. Unos dedos fríos subieron

y bajaron por su columna vertebral.

Hacía dos días que sabía que su primo tramaba alguna travesura. Lo había sentido en lo más profundo de su alma, y se había confirmado este mediodía cuando Effie le había dicho que la marquesa había desaparecido y que se había encontrado una jota de picas sobre la mesa de su habitación. Varias horas después apareció un mensajero a lomos de un caballo y le anunció la desaparición del joven hermano de la marquesa. Le habían dicho que mantuviera a lady Lockhart dentro de los muros de la casa torre hasta que llegara Cumberland.

Malcom no había dicho nada sobre el hecho de que ya había desaparecido.

Tampoco lo había hecho Effie.

No se lo habían dicho a nadie más.

En ese momento, todo empezó a encajar en su mente. El extraño comportamiento de Liam, su testamento, sus frecuentes desapariciones. Malcom se reprochó a sí mismo haber sido un tonto por no haberlo visto antes. Liam había sido un muchacho peleón, siempre metido en líos, siempre enfureciendo al viejo marqués cuando abrazaba una u otra causa, pero entonces Liam había salido en acogida y cuando regresó, su madre había muerto y él había tenido una terrible disputa con su padre. No había vuelto hasta la llamada a las armas.

Quizá debido a la reputación que Liam se había ganado en Londres y Edimburgo como jugador y mujeriego, Malcom había aceptado sin rechistar la versión dandi de su primo. En realidad, había querido pensar lo peor de él porque Malcom había creído sinceramente que debía ser él el heredero. Malcom había amado Lockhart con cada fibra de su ser, y Liam había dejado claro su desprecio.

Dios había sido injusto, y Malcom había alimentado la envidia y la injusticia que había sentido. Hubiera sido mucho mejor marqués que Liam, si tan sólo el marqués muerto hubiera hecho testamento y desheredado a Liam como tantas veces había amenazado con hacer.

Pero no lo había hecho, y Liam había heredado, y Malcom lo había resentido y envidiado a un hombre al que no reconocía, ni le gustaba, ni admiraba.

Y ahora sabía que Liam MacTavish había sido un hombre mucho mejor que él, había luchado con todas sus fuerzas para salvar muchas vidas.

Malcom no había visto nada de eso hasta que Liam se había casado con la muchacha MacFarlane. En ese entonces Liam había parecido cambiar, había intentado no hacerlo, pero Malcom había visto la aguda inteligencia en sus ojos cuando Liam miraba a Caitlin creyendo que nadie le observaba. Se había fijado en las amabilidades de Liam con el joven Jamie y con otros criados, y finalmente había llegado a sentir que Liam le había dejado la dirección de Lockhart porque le importaba y aquella última entrevista lo reflejaba. También lo hacía el hecho de que, a pesar de toda la ropa nueva y de las proclamadas apuestas, Lockhart nunca recibía facturas, ni cargos. Todos pensaban que el marqués estaba destruyendo Lockhart, cuando en realidad nunca había tocado sus cuentas.

Lo más asombroso de todo era la evidente intención de su primo de marcharse sin llevarse nada más que las joyas.

Hacía frío en la casa de campo. Malcom cogió un par de trozos de leña que había junto a la chimenea y los metió dentro, y encontró cerca una caja de pedernal. Tras varios momentos intentando encender el fuego, por fin lo consiguió. No sabía por qué lo hacía, ni por qué no

quería volver a Lockhart, aún intentaba resolver demasiados enigmas.

Leana, ella debía de haber participado en todo esto, si no, ella estaría aquí. La relación de Liam con ella se había rumoreado durante años. ¿Había sido simplemente una farsa?

Malcom se dio cuenta de que una de las razones por las que se quedaba aquí era para retrasar el envío de un mensajero a Cumberland. Cuanto más tardara, más posibilidades tendrían Caitlin y Liam. Siempre podría decir que salió en busca de los dos antes de precipitarse en suposiciones, pues los dos habían desaparecido juntos antes. La otra noche, de hecho.

Retrocedió, sus botas pisaron el suelo mientras esperaba a que el calor se filtrara en la habitación. Oyó un ruido sordo, y la tierra batida bajo él se sintió diferente. Volvió a pisar fuerte, escuchando. Entonces se agachó, con sus manos recorriendo la tierra, y apartando la suciedad hasta llegar a una tabla, y le quitó la tierra a su alrededor, hasta que pudo levantarla.

Un alijo, forrado de hule. Metió la mano en él y sacó una peluca de anciana, y después unas cuantas pelucas más. También había otros objetos: tinte, algo que parecía un bigote, una bata grande de mujer y otras prendas, todas condenables si las encontraban. Debatió si arrojarlo todo al fuego, pero dudó, podrían ser necesarias.

Debería decírselo a Cumberland. Debería decírselo por el bien de Lockhart, por todos los que vivían aquí, pues si se descubriera la identidad del Rey negro...

Él no podría hacerlo. Había luchado por el rey inglés porque había sido leal al viejo marqués, pero seguía siendo un escocés. Un escocés que había aprendido a detestar a Cumberland y su arrogancia, pero sobre todo su destrucción de los clanes que una vez habían hecho grande a Escocia.

¿Podría Liam estar volviendo aquí? ¿Sería por eso que las pelucas permanecían?

Malcom volvió a colocar con cuidado los objetos y luego las tablas, y las cubrió con la tierra suelta antes de pisarla.

Miró al exterior, atardecía. Enviaría un mensaje a Cumberland por la mañana. Había oído decir al mensajero que el duque estaba en Inverness, organizando a los miembros recién llegados de la Guardia Negra. La soga se estaba apretando alrededor del Rey negro y alrededor de Escocia.

Tal vez pudiera darle a su primo el tiempo que necesitaba. Tal vez eso compensaría en parte la ayuda que no le había prestado de muchacho.



Liam atravesó las líneas de Cumberland en dos ocasiones distintas, cada una de las veces desviando la atención de los soldados mientras Caitlin los bordeaba.

Había perjurado para sí mismo más de una vez. Lo único que tenía a su favor era el tiempo miserable y las cansadas tropas del rey. Sabían quién era, todos sabían quién era a estas alturas. El hecho de que les ofreciera un trago de su petaca personal les hacía protectores... tanto de él como de sí mismos. Cada uno de ellos sería castigado por tal debilidad, y sin embargo ellos permanecían temblando bajo una lluvia fría, aburridos hasta la saciedad, parando a cada carreta

agrícola, a cada calderero, a cada viajero.

Mientras él entablaba conversación con ellos, Caitlin pasaba por detrás y desaparecía tras una colina o un grupo de árboles.

Una parte de él objetaba su presencia, pero la otra estaba encantada con su compañía. Ella no tardaría en marcharse y él atesoraba los momentos en su compañía. Le encantaba su ingenio, admiraba su determinación y se deleitaba en la cálida compañía que compartían. Sin embargo, en los momentos en que estaban solos, no compartían nada importante. Se había dado cuenta de lo callada que se había quedado después de que él besara a Leana. Parte de ese beso había sido natural, un afecto que él siempre había sentido por ella. Otra parte, sin embargo, había sido otro disfraz, parecía que no podía librarse de ellos, pero era tanto un disfraz como una armadura, algo que había utilizado para protegerse desde niño. Un hábito demasiado arraigado como para cambiarlo.

Había utilizado a Leana como parte de su armadura y no sabía cómo quitársela.

Aun así, había visto el dolor en los ojos de Caitlin, el engarce de su terca barbilla. Ellos nunca habían hablado de amor, habían hecho el amor, es cierto, y había habido pasión... lujuria... necesidad... soledad, pero él había intentado no apoyarse más en ella.

Ella estaría mucho mejor sin él.

Llegaron a la cueva cerca de Lockhart al amanecer. Movió la maleza que la protegía y condujo a los caballos al interior, llevándolos a la parte trasera. Ayudó a Caitlin a desmontar y luego utilizó una caja de pedernal para encender una vela. Vio cómo sus ojos se abrían de par en par mientras miraba a su alrededor. Había varias cajas, algunas mantas y un ordenado montón de ropa, incluido un uniforme británico. Se acercó a una de las cajas y sacó una botella de brandy.

Sus ojos lo miraban todo con detenimiento.

—Éste es sólo uno de mis alijos, —dijo—. Tengo otros dos, y el de Leana. —Le entregó el brandy—. Toma, bebe un poco, te calentará. Y cámbiate de ropa, puedes elegir lo que quieras. Ojalá pudiera encender un fuego, pero no sería prudente.

Cogió la botella, tomó un sorbo y se la devolvió. —Tú también, —insistió.

Él dio un largo trago y luego la dejó sobre una de las cajas. —Duerme un poco, —le aconsejó—. Aquí estarás a salvo.

Ella le miró. Sus ojos eran enormes, con oscuras ojeras de agotamiento a su alrededor, y su cara estaba manchada por la lluvia y el barro. —¿Cuánto tiempo debo esperar?

—No más tarde del mediodía, o no llegarás a tiempo a la costa. Si no vuelvo, prométeme que te irás.

Vio la obstinada elevación de su barbilla. —Tu hermano te necesitará, muchacha. No puedes olvidar eso.

Ella parecía tan desolada que él la tomó en sus brazos, y la estrechó contra sí. Sintió sus brazos rodeándole el cuello, sintió los estremecimientos de su cuerpo y sintió su agotamiento. Si tan sólo la hubiera convencido de quedarse en el pabellón de caza.

Su mano le alisó el pelo. Tan corto que echaba de menos aquellas largas trenzas.

Pero ella siempre sería bonita para él, siempre.

Se inclinó hacia ella y la besó. No había querido hacerlo, pero una fuerza interior era mucho más fuerte que su voluntad. Sus labios jugaron con los de ella durante varios segundos, y luego volvió la mejilla, y la suya, ahora áspera, simplemente se apoyó contra la de ella. Liam saboreó su suave tacto. La quería muchísimo, y nunca más que en este momento.

Y no podía decírselo, no cuando sabía que podría no volver.

Sus dedos acariciaron la nuca de ella.

Entonces ella levantó la vista, y él vio allí algo más que calidez, algo más que afecto, algo más que gratitud.

Cerró los ojos contra su fuerza. —Caitlin, —susurró mientras sus labios acariciaban su rostro. Saboreó la humedad y supo por la salinidad que no era lluvia—. Oh, amor, —dijo. Al diablo con su armadura, al diablo con el disfraz de su corazón.

Lockhart era peligroso, lo sabía bien, como también sabía que este viaje era probablemente parte de una imprudencia que ya no podía permitirse. Sí, quería que nadie en Lockhart se viera afectado por sus acciones, pero ¿estaba poniendo en peligro innecesariamente a Caitlin actuando un papel que ya le había sobrepasado?

Vaciló.

—Ve, —dijo en voz baja. La magia entre ellos, la comprensión instintiva que irradiaba entre ellos, parecía haber crecido con cada día. Los dedos de ella le tocaron la cara.

—Eres muy bonita, —dijo él.

—No lo soy, —dijo ella—. Debo parecer una rata ahogada.

Él rio entre dientes. —No lo creo, muchacha. Un ratón, en todo caso.

Ella le pellizcó la oreja.

Necesitaba irse, no tenían mucho tiempo. Habían visto demasiadas patrullas, y no dudaba de que hubiera una en Lockhart. Necesitaba entrar y salir antes de que Cumberland hiciera acto de presencia, y el duque lo haría, tenía demasiado en juego.

Sus labios se posaron en los de ella, duros, fieros y protectores, incluso desesperados. Sintió que la boca de ella se abría hacia él. No pudo pronunciar las palabras, pero sabía, sin embargo, que se lo decía de otra manera.

No podía ver sus ojos. Se preguntó si estarían llenos del mismo hambre que él sentía. Era algo salvaje, incontrolado, que le estremecía hasta la médula. De algún modo, ella se había convertido en parte de él, tan vital para él como respirar. Sus cuerpos se fundieron, se aferraron, al igual que sus labios.

Finalmente soltó sus labios, pero aún no podía soltarla. Se aferró a ella un momento, sin decir nada. Su voz le delataría. Tartamudearía como un jovenzuelo.

Al final ella fue su fuerza. —Ve rápido, —susurró ella—, y vuelve pronto.

—Sí, muchacha, —logró decir. Y se fue.

Las luces eran visibles en Lockhart. Los caballos estaban atados fuera de la casa de la torre, y Liam sabía que tenían visitantes, pero no Cumberland, aún no. No había tantos caballos.

Entró como si fuera el dueño del lugar, cosa que, para su continuo asombro, así era.

Las antorchas de los candelabros iluminaban tenuemente el vestíbulo y vio formas dormidas en el gran salón. Se dirigió directamente a la habitación de Malcom. Llamó con fuerza y la puerta se abrió mucho más rápido de lo que él creía posible.

Su primo le miró fijamente. —Pensé que se habría ido hace tiempo, —dijo Malcom en voz baja.

Liam vio conocimiento en los ojos de su primo, pero fingió indiferencia. —¿Por qué?

—Su mujer se ha ido y su cuñado también.

—¿Ah, sí?

Malcom sonrió. Estaba vestido con calzones y una camisa. Era obvio que no había dormido. —Eso he oído, —concedió—. El niño desapareció esta mañana, y Creighton envió un mensajero para decirnos que vigiláramos a su esposa, pero parece que llegó demasiado tarde. Envié un mensaje a Cumberland hace unas horas, justo antes de que llegaran los hombres que vio en el gran salón.

—¿Por qué ha esperado tanto?

Malcom se encogió de hombros. —Podría haber estado con usted en alguna parte. No quería molestar indebidamente al duque.

—Eso fue sorprendentemente juicioso.

—Visité cierta casa de campo y encontré algunos objetos interesantes. Sugeriría que usted, o yo, los destruyamos. O encontrar un lugar más seguro para ellos.

—Empiezo a ver que tiene posibilidades, Malcom.

—Me he perdido demasiadas cosas durante demasiado tiempo, —respondió Malcom—. Lo lamento.

Sus miradas se cruzaron. —Los dos nos arrepentimos, —dijo Liam—. Ahora quiero intentar asegurarme de que ningún daño llegue a Lockhart.

—¿Por eso ha vuelto?

Liam vaciló, pero Malcom ya conocía su otra identidad. Si se había acabado, entonces se había acabado. —Sí. Tuve que recibir la mala noticia de una esposa descarriada e ir tras ella. Pienso perseguir al Rey negro y recuperar a mi esposa, pero desgraciadamente, seré asesinado por el villano, así nadie sospechará que usted o cualquiera de los que queden aquí sean cómplices.

Las cejas de Malcom se fruncieron. —¿De los que queden aquí?

Su primo era mucho más intuitivo de lo que Liam pensaba, pero Leana y Gavin ya se habían ido y él lo debió de notar si estuvo en la cabaña. —Leana y Gavin también se van. Puede que tengas que encontrar una excusa para eso.

—Sí, —dijo Malcom—. Desposeí a la moza al saber de tu muerte prematura, y Gavin se fue con ella. ¿Necesita fondos?

—Tiene más que posibilidades, primo. Gracias, pero no. Soy un buen jugador y he conseguido acumular fondos suficientes para empezar. Va a necesitar lo que hay aquí, Cumberland podría quitarnos las propiedades que trajo Caitlin.

—¿Adónde va?

—Aún no estoy seguro, pero si alguna vez recibe una baraja, conocerá al remitente.

Malcom asintió. —Será mejor que se vaya. Esos hombres de abajo estaban agotados cuando entraron, pero mañana estarán peinando todos los arbustos. Imagino que Cumberland estará aquí en los próximos días.

—¿Estarás bien? —le dijo con la cercanía que sentía en esos momentos, dejando de lado las formalidades y viendo realmente a su primo.

—Sí, creo que he aprendido mucho durante las últimas semanas. —Le tendió la mano—. Ojalá te hubiera conocido mejor.

—Y yo a ti, Malcom. Pero sé que cuidarás bien de Lockhart.

—Lo intentaré.

Liam sonrió, luego cogió una jarra de la mesa y la lanzó contra la pared. —Al diablo con lo que dices, —rugió lo suficientemente fuerte como para despertar a los muertos, y mucho más a unos soldados acostumbrados a dormir a la ligera.

Con una última sonrisa compungida hacia Malcom, salió por la puerta, dando los pasos de tres en tres, maldiciendo en voz alta. Hizo suficiente ruido como para despertar a varios regimientos y pateó a un hombre dormido que llevaba galones de sargento. —¡Eh, levanta! Durmiendo cuando deberías estar detrás de mi mujer, ¡Menudos inútiles! —rugió enfadado, y luego desapareció por la puerta. Agarró al más esbelto de los caballos. El suyo, lo sabía, estaba agotado. Antes de que ninguno de los soldados pudiera reaccionar, estaba galopando por el camino.



Caitlin apenas podía respirar. Alguien los perseguía a ella y a Miles. Corrían y ella sabía que no podían ir mucho más lejos. Entonces oyó el ruido de caballos detrás de ellos. Agarró la mano de Miles y fueron cayendo, deslizándose montaña abajo hacia una ciénaga negra.

—Caitlin. —Ella oyó su nombre. Sin embargo, el miedo seguía golpeándola, un miedo descarnado y aterrador.

—Caitlin, despierta.

—Liam, —susurró ella.

—Estabas gimoteando, —dijo él, cogiéndole la mano—. ¿Un mal sueño?

—A nosotros, a Miles y a mí, nos perseguían.

—Es una pesadilla bastante natural, —dijo él suavemente, sus dedos apretando los de ella.

—Las he tenido antes.

—Ahora estoy contigo, y no dejaré que os pase nada a ninguno de los dos. —No había luz de velas en la cueva, pero ella vio su reconfortante sombra.

Se incorporó. —¿Es hora de partir?

—Sí. Acabo de robar un caballo fresco y de despertar a toda una sala de soldados ingleses. Probablemente estarán furiosos como avispones, pero conozco cada metro de Lockhart y la tierra que nos rodea.

Ella no quería soltarle la mano. El miedo persistente de la pesadilla estaba aún demasiado crudo, demasiado fresco, pero se obligó a levantarse. En el momento en que lo hizo, él encendió la vela y ella vio cómo se cambiaba rápidamente sus finas ropas por un uniforme inglés. Se metió trozos de algodón en la boca, lo que cambió por completo su rostro y su voz. Luego observó cómo enrollaba con sumo cuidado el chaleco brillante y los calzones que llevaba puestos y los metía en unas alforjas.

—¿Preparada?

No, no lo estaba. Se alegraría de no volver a ver un caballo, y más aún una silla de montar, en un tiempo. —Sí, —dijo tan entusiasmada como pudo.

Él sonrió como si se diera cuenta de la profundidad de su engaño. —En menos de veinticuatro horas estaremos durmiendo en un buen barco, —dijo.

—Los caballos no pueden ir tan lejos.

—Comerciaremos un poco por el camino, —dijo—. Los ingleses siempre se llevan exactamente lo que quieren.

—¿Y yo?

—Si nos atrapan, serás mi pequeño prisionero.

Esta vez la ayudó a subir a la silla de montar, condujo a ambos caballos fuera de la cueva. Una vez allí, se subió a la silla de montar, impulsó al caballo al trote y luego al galope mientras los primeros grises del amanecer se filtraban a través de la niebla persistente.

Caitlin pensó que daría la bienvenida incluso a una pesadilla de lo cansada que estaba. Tenía las manos y la cara arañadas, le dolía el cuerpo en lugares que no sabía ni que existían. Cabalgaron cuatro horas, descansaron una y volvieron a cabalgar cuatro. Los condujo a través de bosques y montañas, evitando cualquier camino, pero tanto ellos como los caballos lo pagaron. Las ramas les habían golpeado la mayor parte del camino.

A mediodía, los caballos estaban exhaustos. Ella y Liam desmontaron, pues él encontró lo que esperaba que fuera un lugar seguro para que Caitlin descansara. La dejó allí, llevándose los caballos, y regresó dos horas más tarde con dos nuevos.

—Se trata de un pequeño trueque, —explicó—. Como mis caballos eran mejores que los suyos, fue bastante fácil. —Inmediatamente se pusieron de nuevo en camino. Liam aminoró la

marcha a media tarde. Persistía una llovizna fría y la niebla envolvía las colinas y luego las montañas. El terreno se había vuelto escarpado a medida que él y Caitlin se adentraban en las montañas. A veces desmontaban y guiaban andando a los caballos, en otras ella se aferraba a la silla mientras subían por senderos estrechos.

Sólo la presencia de Liam la mantenía al pie del cañón. A veces empezaba a dormirse y sentía que se inclinaba hacia delante, pero entonces se sacudía intentando espabilarse. Él la miraba con frecuencia, dedicándole sonrisas de aprobación.

Casi se cae del caballo cuando él se detuvo, la cogió de milagro cuando se deslizaba del caballo y la sostuvo en sus brazos unos instantes mientras se estabilizaba. Le dolían tanto las piernas que no sabía si podría volver a subirse al animal. Él pareció comprenderlo, por lo que le puso las riendas del caballo en la mano y la levantó como si no pesara más que un trozo de leña.

Caminó, obviamente tratando de encontrar un lugar para descansar. Finalmente eligió un trozo de tierra bajo un saliente de roca que les protegería de la lluvia. La bajó suavemente de la montura, desensilló los caballos, cogió las mantas, extendiéndolas en el suelo, y maneó a los animales para que pudieran pastar.

Cuando hubo terminado, se desabrochó el cinturón con la pistola, sacó el mosquete de su eslinga en el cinturón del hombro. Se sentó junto a ella y le ofreció un poco de brandy de la botella que habían compartido en la cueva. El líquido ardió hasta el fondo, calentándola y después le ofreció un poco de pan húmedo.

La observó mientras comía, sacudiendo la cabeza. —No debería haberte traído, muchacha.

—Puedo seguir tu ritmo, —dijo ella indignada.

—No dudo de tu valor. Lo has demostrado una y otra vez, pero, por Dios que yo también estoy cansado, es obvio que ambos necesitamos descansar, pero hay un desfiladero más adelante, y es el único camino a través de esta parte de las montañas, y estoy seguro de que estará vigilado. Tendremos que cruzarlo en la oscuridad de la noche.

Ella cerró los ojos, el calor del brandy embotaba algunos de los dolores. Sus brazos la rodearon y quedó envuelta en ellos. Él olía a cuero húmedo y a caballo, y era más fino que cualquier perfume. Se sintió segura, muy segura.



Caitlin había llegado al límite de sus fuerzas. Había sido un tonto al traerla y, sin embargo, sabía que ella habría encontrado una forma u otra de seguirla.

Sus brazos la rodearon con fuerza mientras se tumbaba bajo el saliente. Aquí se estaba seco, pero ella seguía húmeda, y él también lo estaba. También tenía hambre, su estómago gruñía enfadado, pero seguía racionando su comida. Sólo había traído una hogaza de pan, y tenía que mantenerles un día más. No se atrevía a ir donde pudieran verle a buscar más, ya se había arriesgado demasiado.

Aún les quedaban treinta millas por recorrer, y tendrían que cambiar de caballo al menos

una vez más. Ésa sería la parte más arriesgada del viaje. Por desgracia, no viajaban cerca de la propiedad de los Innes, donde podrían comerciar con caballos; había juzgado que esa parte de las Highland estaría saturada de soldados ingleses.

Caitlin se quedó flácida en sus brazos y supo que estaba dormida. Se sentía lo bastante seguro aquí como para arriesgarse a dormir él también. Si todo iba según lo previsto, deberían llegar a la costa mañana por la noche a tiempo para el barco francés. Sus dedos tocaron uno de sus rizos. Dios mío, cómo la quería.

Fue su último pensamiento mientras sus ojos se cerraban.

Caitlin se despertó en sus brazos. Durante el más breve de los segundos, sintió terror. No podía ver nada; era como si estuviera en un frasco de tinta, pero sin embargo, podía sentir el viento frío y la lluvia que soplaba bajo el voladizo.

Estaba rígida. Cuando movió las piernas, la agonía la hizo jadear. Cada hueso de su cuerpo le dolía, gritaba y gemía. Cuando trató de acurrucarse de nuevo en sus brazos, sintió que él se agitaba y se despertó de repente, con la voz aguda. —¿Qué pasa?

—Nada, —dijo ella—. Acabo de despertarme.

Sus brazos la rodearon con fuerza. —Ah, muchacha. Este ha sido un día duro para ti, y me temo que será una noche aún más dura.

Pero ella estaba con él, y eso era lo único que importaba. Lo quería junto a ella todos los días de su vida. Su mano izquierda encontró el camino hacia la de él, sus dedos entrelazados con los de él. Estos últimos días habían sido los más aterradores, agotadores y dolorosos de toda su vida y, sin embargo, no se habría rendido ni un minuto.

—Gracias, —dijo ella.

Él se rio entre dientes. —¿Por arrastrarte a través de Escocia bajo la lluvia?

—Por ayudarme, por Miles y por hacerme partícipe. —Se le quebró la voz.

Ella quería decir más.

—Ah, muchacha. Te daría la luna si pudiera, pero en vez de eso, te doy lluvia y peligro y viajes interminables.

—Aventuras con el Rey negro.

—El Rey negro ya no existe. Me pregunto si alguna vez existió.

—Todas las gentes de las Highland creen que existe. Él les dio esperanza.

—El Rey no es más que una ilusión. Como un arco iris formado por unos rayos de sol y un poco de lluvia. Nada sólido, muchacha. Nada que perdure.

Y nada a lo que pueda aferrarse.

—¿Y Leana? —Ya no podía guardarse la pregunta.

—Una amiga, muchacha. Nada más. Ella formaba parte de la obra. Ella ama a Gavin y Gavin la ama a ella. Necesitaba una excusa cuando estaba lejos de Lockhart, no podía reclamar ir siempre Edimburgo ya que estaba demasiado lejos, y había demasiada gente que debería haberme visto, de esta forma encontré necesaria la historia de una amante.

Por un momento, ella quiso golpearle de nuevo, como le había golpeado cuando había

descubierto que era el Rey negro. En lugar de eso, sus dedos se apretaron alrededor de los de él. Él no amaba a Leana. Se sintió aliviada, eufórica y desconcertada a la vez. ¿Qué más le retenía de ella? Sabía que se preocupaba por ella, quizá incluso que la amaba.

—Hay mucho más en ti de lo que quieres pensar, —dijo ella.

—Ahí es donde te equivocas, —dijo él—. Nunca he ganado una honesta libra en mi vida.

—Eres el marqués.

—Sí, pero nunca me lo gané. Ni siquiera era mío por sangre.

—Sin embargo, hiciste honor al título.

—Creo que no, —le contravino—. Era pomposo, arrogante y con terrible gusto para la ropa.

Su voz era tan irónica que ella empezó a reírse. O quizá fue el agotamiento lo que la hizo reír, pero no podía parar.

Y él empezó a reír con ella. Sus dedos se apretaron entre los de ella, y entonces la risa se detuvo cuando sus labios reclamaron los de ella. La ternura momentánea cedió ante el hambre cruda. Su cuerpo rodó sobre el de ella y ella sintió su peso, y su calor.

Él gimió, quizá ella también lo hizo. Todos sus dolores, todo su agotamiento se desvanecieron en su necesidad de él. Ella siempre tendría esa necesidad, lo sabía. Él se había convertido en parte de ella tanto como su propia alma, su corazón.

Ya no sentía el frío, el frío húmedo del viento de las Highland. Sólo sentía el placer de su cuerpo, sólo oía el sonido de los latidos de sus corazones, que parecían bombear al unísono. Se sentía explosiva, y se preguntaba si era por el peligro o por la intimidad a la que le habían obligado durante los largos paseos. No tenía forma de escapar, como tantas otras veces.

Desató los cordones de sus calzones, y el calor se convirtió en una intensa sensación. Todo su cuerpo hormigueaba y dolía ahora pero de otra manera. Una forma inquietantemente familiar, no como protesta, sino como anticipación.

Sintió su intensidad cuando su boca se alejó de sus labios, bajó hacia su garganta, demorándose allí, su aliento burlón y seduciéndola, pero ella no necesitaba seducción, su cuerpo ya ardía en deseo.

Sus manos se dirigieron a los cordones de sus propios calzones. Sus dedos, en su afán, tantearon inútilmente. Él desató rápidamente los cordones y volvió a estar sobre ella. Ella sintió el oleaje de él, el tacto hambriento de su excitación contra su parte más íntima. Su respiración se aceleró y sus cuerpos se acercaron en un tándem tácito.

Caitlin cerró los ojos mientras su cuerpo parecía fundirse con el de él. Obsesionada por un deseo tan fuerte que eclipsaba cualquier otro sentimiento, arqueó su cuerpo en señal de bienvenida. Él descendió sobre ella, penetrándola con una lentitud deliberada que la hizo gritar de exquisita necesidad. Sintió cómo su propio cuerpo se movía contra el de él en movimientos instintivos y circulares, atrayéndolo cada vez más profundamente en su interior.

Olas de placer la bañaron cuando él aceleró su ritmo, moviéndose cada vez más deprisa en una danza sensual que se hacía cada vez más frenética. Caitlin sintió que cabalgaba sobre una ola increíble, una gran fuerza que los precipitaba de cabeza hacia algún destino espléndido.

Entonces él se zambulló una última vez, llenándola de oleadas de sensaciones desbordantes, cada una mayor que la anterior. Su calor la inundó y experimentó una satisfacción que nunca antes había imaginado. Esta vez, ella sabía que él se preocupaba por ella, y le importaba más de lo que había admitido.

Él se echó hacia un lado y sus dedos rozaron su cara, luego sus labios y llovieron besos sobre ella. Una lluvia suave y apacible. Lluvia que daba la vida.

Dios mío, cómo le quería.

Permanecieron tumbados juntos unos instantes, luego él le subió los calzones y envolvió a ambos con las mantas, con sus cuerpos todavía experimentando las réplicas, los estremecimientos recordatorios de algo milagroso.

Ella no supo cuánto tiempo permanecieron tumbados allí, envueltos en el capullo de su propia maravilla, a pesar del viento y la lluvia y el peligro que había fuera.

—Te quiero, —susurró ella. Eran palabras que ya no podía retener en su interior. Irradiaban de ella como los rayos del sol en un buen día de verano. Querían estallar en gritos de alegría, pero en lugar de eso, le sonaron como un gemido incierto.

Sus brazos la rodearon con fuerza y sus dedos acariciaron su mejilla. Le había dicho que la amaba en todos los sentidos menos en el que ella más necesitaba. Ella necesitaba oírlo de sus labios.

Y después de un momento, supo que no lo haría.



Había sido el miedo lo que impulsó sus palabras, se dijo Liam. Había sentido su miedo, y eso le había hecho admirarla más. Cualquiera podía ser valiente si no temía, pero hacía falta ser una persona verdaderamente valiente para sentirlo y seguir adelante.

Él nunca se había sentido digno de amor, y seguía sin sentirse así. Volvió a recordarse a sí mismo que ni siquiera creía en el amor. Nunca lo había visto, así que ¿cómo podía aceptarlo como algo duradero y vivo? Además no podía escapar a la creencia de que ella estaría mucho mejor sin él. Ahora estaba agradecida, pero algún día llegaría el momento en que él no estuviera a la altura de las expectativas. Él nunca había estado a la altura de las expectativas, nunca.

Su padre le había considerado un derrochador y un tonto. Se lo habían machacado en la cabeza durante tanto tiempo que se había convertido en parte de él.

Incluso ahora sentía que había sobrevivido estos últimos meses gracias a la suerte y no a la habilidad. Era tan jugador con su vida como con sus cartas. ¿Y en qué clase de marido le convertía eso?

Así que se limitó a besarla una vez más y le tendió una mano, poniéndola en pie. Se vistió y luego la ayudó a hacer lo mismo. Miró al cielo. ¿Cuánto tiempo habían tardado? Aún estaba oscuro, pero el amanecer no podía estar muy lejos. El miedo le golpeó como la estocada de un cuchillo. Demasiado tiempo, sabía que habían estado aquí demasiado tiempo. Maldita sea, podía haberla puesto en peligro porque no era capaz de controlarse.

La lluvia había amainado pero las montañas estaban eclipsadas por la niebla. Cogió los caballos y la ayudó a subir a la silla de uno. —Es probable que nos topemos con una patrulla, —le advirtió—. Gavin tuvo tiempo de bordear este paso antes de que los ingleses se enteraran de tú huida, pero nosotros no.

—¿Por eso llevabas el uniforme?

—Sí, y por eso voy a atarte las manos. Estarán lo suficientemente sueltas para que puedas liberarte cuando lo necesites.

Su mano cogió la de ella y la sostuvo con fuerza durante un momento. Su corazón latía con fuerza contra su pecho. Cómo deseaba hacerla sentir cálida y segura para siempre. Con la mayor delicadeza posible, le ató las manos con una tira de tela que cortó de una camisa.

Luego cogió las riendas de su caballo, montó y comenzó a descender hacia el desfiladero. Tuvo que ir despacio, el caballo abriéndose paso en la niebla y la oscuridad. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado, pero debían de ser horas. Casi empezaba a creer que no les abordarían cuando oyó el agudo desafío.

—Deténgase y dese a conocer.

Detuvo su caballo y esperó. De entre la niebla se materializaron dos soldados ingleses, uno de ellos con un mosquete en la mano y el otro con un farol. Liam apenas podía ver sus rostros, y sospechaba que sabían de su aproximación sólo por el ruido de los caballos, ahora sólo tenían que pasar junto a ellos.

—¿Sí? —dijo con su voz más altiva.

—Muéstreme la orden —dijo el soldado, alzando un farol para alumbrarle a él y luego a Caitlin.

—Estoy adscrito a Su Excelencia, el duque de Cumberland, —dijo Liam—. Llevo a este muchacho ante él.

La luz iluminó de nuevo a Caitlin, que agachó la cara y se desplomó en la silla de montar. La linterna bajó hasta sus manos atadas.

—¿Es el muchacho que estamos buscando?

—Sí, eso espero. El duque está en Inverness y lo quiere sin demora.

—Aún tengo que ver las órdenes.

—Su Excelencia tenía prisa. No me dio ninguna.

—Entonces le acompañaremos.

—¿Y dejar sus puestos? —Dijo Liam con fingida indignación. La linterna estaba de nuevo sobre él.

—Tengo que tener sus papeles, —dijo el hombre obstinadamente.

—Son sus galones, sargento, —dijo Liam con indiferencia—. Si abandona su puesto a pesar de las órdenes de un oficial superior, será su consejo de guerra, no el mío. —Deseó saber cuántos hombres llevaba este destacamento. Vio a uno. ¿Cuántos más serían? ¿Dos? ¿Tres? ¿Diez?

El sargento vaciló, considerando sus propias opciones. Luego, aparentemente decidido,

dijo: —Enviaré a dos hombres con usted.

—¿Cuántos hombres tiene, sargento?

—Diez.

Maldita sea, pero había hecho bien en no enfrentarse a ellos. Se encogió de hombros. —Se dice que el Rey negro está en esta zona. Necesitará a todos sus hombres, pero no tengo tiempo para discutir con usted.

Algo de la luz del farol dio en la cara del sargento. Fue mala suerte para Liam que el sargento pareciera más inteligente que la mayoría de los de su clase. Iba a obedecer sin duda las órdenes, nadie debía atravesar el desfiladero.

El sargento miró una vez más a Caitlin, que había dejado caer lo que le quedaba de pelo en la cara. Parecía hosca y desafiante. —No parece gran cosa.

—Pensó en disfrazarse, —dijo Liam—, pero puedo olfatear a un jacobita en cualquier parte.

El sargento seguía iluminando la cara de Caitlin con su linterna. —Quizá deberían quedarse los dos.

—No, sargento. Me formarán un consejo de guerra si no estoy de vuelta antes del mediodía.

—No lo conseguirá, capitán. Es un día entero de viaje, tal vez más.

—Puede que no lo consiga, sargento, pero lo intentaré. ¿Pueden sus hombres seguirme el ritmo?

El sargento se erizó ante la idea de que sus hombres no pudieran seguir el ritmo de un oficial. —Pueden.

Pero hizo una señal a su camarada para que bajara el arma, y Liam supo que había ganado. Dos hombres eran muchísimo mejor que diez. Y necesitaba caballos frescos.

Media hora más tarde, cuatro jinetes emergieron del final del desfiladero. Liam sabía que tenía que actuar. Inverness estaba en la dirección opuesta a la que él pretendía ir. Cuando salieron del alcance del sargento y su patrulla, se detuvo. —Nuestros caballos necesitan descansar un poco.

Los dos soldados ingleses asintieron. Los caballos de Liam estaban sudorosos, con la respiración agitada, y ahora Liam tenía ventaja. El sargento no había sido tan fácil de intimidar, pero estos dos soldados de caballería, enfrentados a las órdenes de uno de los oficiales de Cumberland, lo serían.

Desmontó, sacó una petaca de una bolsa que colgaba de su montura y dio un largo trago. Luego la tendió en señal de invitación. —Es una noche cruda.

Los dos soldados desmontaron y Liam guiñó un ojo a Caitlin, que seguía montada. Ató las riendas de su caballo a un árbol y luego caminó hasta donde los soldados que la tendrían a sus espaldas.

Uno de los soldados de caballería alcanzó la petaca y bebió un trago rápido, su evidente incredulidad ante tal generosidad por parte de un oficial se desvaneció en el resplandor del buen brandy. El segundo hombre aceptó la petaca, dando varios tragos con avidez.

De mala gana le devolvió la petaca y empezó a darse la vuelta, y ahí se dieron cuenta de que el muchacho les apuntaba con una pistola.

Uno empezó a coger su mosquete que llevaba a la espalda, pero Liam se movió más rápido y sacó su propia pistola.

Luego hizo una reverencia. —El Rey negro les agradece su escolta, —dijo.

Sus bocas se abrieron, se cerraron y luego se volvieron a abrir, boqueando como peces intentando coger aire. Se volvió hacia Caitlin. —Ven aquí, muchacho, —le dijo.

Caitlin se bajó del caballo, manteniendo la pistola en la mano. Los dos soldados desviaron su mirada de él al muchacho, y luego de nuevo a Liam, a quien obviamente consideraban el más peligroso.

Liam esperó a que Caitlin llegara a su lado y guardó su pistola en la funda. —Dispara si alguno de ellos se mueve, —ordenó lo bastante alto para que le oyeran. Luego se dirigió a su caballo, lo desensilló y cortó la manta en tiras con un puñal que llevaba dentro de los calzones, y con ellas ató los brazos de ambos hombres por detrás.

—Venid conmigo, —dijo, empezando a subir una colina boscosa.

Los dos soldados ingleses subieron la colina con dificultad, resbalando y deslizándose. Caitlin les siguió varios metros por detrás, con la pistola aún en alto. Cuando llegaron a un lugar llano y apartado, Liam los arrimó a cada uno a un árbol y les dijo que se sentaran. Ató a cada uno al árbol y luego les ató los tobillos, y por último los amordazó a ambos. —Enviaré un mensaje para que puedan encontrarles, —les dijo.

Ambos hombres ahogaron sus protestas, sus ojos casi frenéticos de miedo.

Liam los miró con desprecio. —A diferencia de los ingleses, —dijo, — yo no tomo la vida de nadie por el simple placer de hacerlo. —Tiró una carta junto a ellos, luego cogió el brazo de Caitlin y juntos volvieron a bajar la colina.

Liam cogió la silla de montar de la montura de Caitlin, y luego los bocados y las bridas de los caballos que habían estado montando. Dio una palmada a los dos caballos cansados, enviándolos fuera del camino. Después él y Caitlin montaron los caballos de los soldados y trotaron hacia el este, hacia la costa.

27

Gavin paseaba por la habitación principal de la pequeña granja de piedra, no lejos de la costa. Liam y Caitlin ya deberían haber llegado.

El francés llegaría en menos de dos horas, y el punto de encuentro estaba a treinta minutos a caballo. Leana y diez jacobitas, todos miembros de familias marcadas para la extinción por Cumberland, ya esperaban cerca de la playa. Gavin había insistido en que Leana se adelantara. Ella, sabía él, tranquilizaría a los demás con su serena confianza.

Miles se quedó con él, se había negado rotundamente a marcharse sin su hermana. Eran una familia testaruda, estos MacFarlane.

Salió a la puerta y miró hacia fuera, esperando escuchar el sonido de los cascos.

El granjero y su esposa también se habían ido, a visitar a su hermana que iba a tener un hijo. Liam había sugerido su ausencia, por si alguien veía algo sospechoso, así si le pillaban, Liam diría que se había encontrado con una casa vacía y la había utilizado.

No tenían fuego ni luz. A lo largo de la larga tarde y la, aún más larga, noche, Gavin le había contado al chico un poco sobre Liam, y algunas de las familias a las que había ayudado a escapar, incluido el primer pequeño grupo de dos mujeres y tres niños que lo habían empezado todo.

Miles se acercó a la puerta y se puso a su lado, con Jack pisándole los talones. El pequeño terrier negro, obviamente confundido por la ausencia de su ama, seguía al muchacho allá donde fuera.

Gavin miró hacia el cielo despejado. Una parte de luna colgaba del cielo y las estrellas goteaban en el horizonte. Maldijo en voz baja. —Nos vendría bien un poco de niebla esta noche, está demasiado despejado.

Miles miró al cielo. —Aun así, no echo de menos la lluvia.

—Yo tampoco, muchacho. —Había sido un viaje largo y miserable el del día anterior, pero habían tenido todo el día de hoy para descansar. Los jacobitas llevaban tres días rezagados en la granja y les habían dicho que esperaran en las colinas, pero por la mañana Gavin los hizo bajar.

Más tarde, un pescador había traído un regalo del dueño de la Dama Errante. Llegó con un carro lleno de heno. Bajo el heno había un cadáver. —El Rey pidió uno, —dijo.

Gavin había mirado bajo el heno con cautela. El hombre estaba desnudo. Había sido alto y tenía el pelo oscuro, pero poco más era evidente, pues su cara había sido golpeada.

—Nos dijeron que no lo hiciéramos, —dijo el hombre—, pero este hombre es un traidor. Fue él quien nos delató, le pillé haciéndolo de nuevo, haciendo preguntas sobre mí y mi

hermano. Era un espía de Cumberland. —Escupió al suelo—. Era él o nosotros.

Gavin sabía que a Liam no le gustaría, que se sentiría responsable de la muerte del hombre, a su amigo no le gustaba matar. Gavin no tenía esos reparos, así que se limitó a asentir, luego descargó el cuerpo y observó cómo la carreta se alejaba hacia el camino. Encontró una manta y envolvió el cuerpo en ella. Ya olía mal y estaba rígido, y sabía que tendría dificultades para ponerlo sobre un caballo, pero habría que hacerlo, sabía exactamente lo que Liam había planeado.

Nada de eso importaría si Liam no llegaba. Por Dios, ¿dónde estaba este hombre?

—¿Cree que los ingleses se los han llevado? —La voz del muchacho temblaba de incertidumbre al encontrar a su hermana y luego perderla de nuevo.

—No, Liam puede burlar a cualquiera de ellos, pero algo debe haberle retrasado. —Miró al muchacho, tratando de prepararlo para cualquier posibilidad—. No sé cuánto tiempo podremos esperar.

—No iré sin Caitlin.

—¿Y cómo crees que la hará sentir eso? —contraatacó Gavin, con una voz más áspera de lo que pretendía—. Ella ha luchado por verte libre y continuar con el apellido MacFarlane.

Miles negó obstinadamente con la cabeza. —Ella y el Rey negro arriesgaron sus vidas por mí. ¿Cómo puedo huir ahora?

Gavin sacó un reloj de bolsillo y lo miró. —Tenemos que irnos, —dijo, ignorando la protesta del muchacho—. Intentaré convencer al capitán francés de que les espere.

—Me quedaré aquí y esperaré, —dijo tercamente el muchacho.

—Miles, —dijo Gavin con tanta paciencia como pudo reunir—. Es muy tarde, y Liam llevará a tu hermana directamente al punto de encuentro. No querrás que tenga que volver a por ti y pierda el barco.

Era el único argumento que convencería a Miles, y lo hizo. La indecisión se extendió por su rostro.

—Iré con usted, —concedió finalmente el muchacho—, pero no navegaré sin ella.

Eso, pensó Gavin, sería otra batalla.

Pensó en dejar una nota y buscó una pluma y papel por si Liam llegaba antes, pero no había ninguna. Maldita sea. Nada estaba saliendo como debía esta noche. También tendría que llevarse el cadáver. No podía dejarlo donde una patrulla inglesa pudiera encontrarlo y culpar a los habitantes de la granja. Echó un último vistazo a su reloj y luego salió a ensillar los caballos. El muchacho podía cabalgar con él; el cadáver tendría que ir en el otro caballo.

¿Dónde estaban Liam y Caitlin?



Liam miró al cielo. La luna cabalgaba en lo alto. Sabía que llegaba tarde. Habían tenido que

desviarse dos veces debido a la fuerte vigilancia inglesa. También se tomó unos preciosos instantes para detener a un mozo de granja y decirle que informara al magistrado más cercano sobre la localización de los soldados ingleses atados. Le dio al muchacho medio penique y le hizo jurar que entregaría el mensaje.

Había sido lo mejor que había podido hacer.

Luego habían cabalgado como si todos los demonios del infierno les persiguieran. Llevaban horas de retraso, y la urgencia seguía royéndole. Se había descuidado allí donde habían descansado, se habían demorado demasiado. Debido a su propia debilidad, había sido imperdonablemente descuidado. No por lo que ella había hecho, sino por la forma en que le afectaba. Si tan sólo no hubiera cedido a su calor la noche anterior, ni a la comodidad de sus brazos… Su falta de autocontrol era abominable por una posibilidad muy real: podría costarle la vida a Caitlin.

La culpa le carcomía. Salvo breves pausas para que descansaran los caballos, los mantuvo en movimiento. Quizá pudieran llegar a la costa a tiempo, pero sabía que la estaba llevando al límite de sus fuerzas. Ni siquiera podía detenerse lo suficiente para abrazarla y tranquilizarla. Estaba tan enfadado consigo mismo que, de todos modos, no estaba seguro de poder hacerlo.

Sólo podía esperar que el francés esperara, porque si no lo hacía, Caitlin correría un terrible peligro. También había añadido otro peligro cuando le había dado el mensaje al muchacho. Lo más probable era que enviara tropas inglesas tras ellos.

Y sabía que Cumberland no descansaría hasta recuperar a los MacFarlane.



Gavin vio varios destellos de luz procedentes del mar y devolvió la señal con una linterna que había traído de la granja. Observó en silencio cómo un largo barco se acercaba a la orilla. El elegante barco francés, con sus velas grises para confundirse con la noche, apenas era visible cuando unas nubes empezaron a formarse de nuevo en el cielo. Gracias a Dios por el previsible mal tiempo escocés.

Tal vez el francés accediera a esperar una o dos horas más.

Sólo rezaba para que Cumberland no tuviera tiempo de alertar a la marina para que aumentara sus patrullas a lo largo de la costa.

El largo bote llegó a la orilla y tres de los seis marineros que tripulaban los remos saltaron al agua para acercar el bote. Uno de ellos se acercó a dos de los hombres que esperaban, uno de los cuales señaló a Gavin. Gavin bajó a su encuentro mientras los marineros cargaban a los refugiados que esperaban, con Miles obstinadamente pegado a su lado.

—Vienen dos más, —dijo Gavin.

—Non. Venez vite, —dijo el oficial.

—Dígale al capitán que son el Rey negro y una mujer, —dijo Gavin—. Habrá mucho más dinero para él si espera. —Gavin tenía instrucciones de decir eso, pero no tenía ni idea de

cuánto tenía Liam con él, pero diablos, ¿qué era una mentira aquí y allá? Había aprendido bien del marqués de Lockhart.

El francés parecía dudoso. —Venez vite, —volvió a insistir el francés.

—Pregúntele, —exigió Gavin.

—Faut partir, debemos marchar, —insistió el compañero y Miles ya se estaba alejando de Gavin.

—Esperaremos los dos, —dijo Gavin, y esperemos que el capitán acepte quedarse. Si no, nos arriesgaremos.

El marinero se encogió de hombros con indiferencia. —Se lo diré, monsieur. Una luz, non. Dos, oui.

Leana se quedó de pie en el largo bote como si pensara bajarse. Gavin cogió al pequeño terrier negro y se acercó a ella, dándole el perro. —Cuídalo por la marquesa.

—Yo también me quedaré, —protestó ella.

—No, —dijo Gavin—. Por favor, vete. No puedo estar preocupándome también por ti. Si no está aquí en la próxima hora, subiremos a bordo. —Otra mentira. Él y Liam habían empezado esto juntos y lo terminarían juntos, pero tenía que saber que Leana estaba a salvo. Sacó una bolsa de soberanos de su bolsillo, era todo lo que había ahorrado—. Mantenlo a salvo para los dos.

Se inclinó hacia ella y la besó. —Te quiero, —le dijo, y las emociones parpadearon en su rostro, sobre todo el miedo y la incertidumbre.

—Hazlo por mí, —dijo suavemente—. Si nunca haces nada más, al menos haz esto.

Una lágrima serpenteó por su mejilla, él nunca la había visto llorar antes, y su dedo la apartó.

—Por nuestro futuro, —dijo. Le tocó la mejilla con la palma de la mano—. Me reuniré contigo. Lo juro, —dijo en voz baja.

Luego dio un paso atrás e indicó a los marineros que empujaran el barco hacia el oleaje. Observó cómo se hacía más pequeño poco a poco.

Se acercó a Miles. Había estado tentado de arrojar al muchacho dentro del bote, pero sabía que probablemente saltaría por la borda. Tendrían que esperar juntos.

Varios minutos después, mientras observaban atentamente, vio dos destellos de luz. El francés esperaría, al menos un rato.

En silencio, los dos se apoyaron en una duna y rezaron.

Caitlin pensó que no quería volver a ver un caballo cuando se acercaron a la costa en lo más profundo de la noche, casi veinticuatro horas después de encontrarse con la patrulla inglesa.

Le dolía cada músculo del cuerpo y cada hueso gritaba de agonía. Había llegado a pensar

que no podría volver a montar después de que hubieran descansado unos minutos y abrevado a los caballos en un arroyo.

Liam había tenido que ayudarla a montar de nuevo las últimas veces, sus piernas simplemente no habían funcionado, y una vez en la silla de montar, había tenido que forzarse para mantenerse despierta. Incluso entonces se había pellizcado o lavado la cara con agua fría agua de una cantimplora para no dormirse, pero cuando vio la determinación y la desesperación en el rostro de Liam mientras se apresuraba a llegar a tiempo, se tragó cualquier súplica de parar y descansar.

Sin embargo, más que su propio cansancio, sintió esa frialdad que él transmitía. La máscara se había colocado de nuevo sobre su rostro, en sus ojos, y estaba brusco, incluso cortante. No había más palabras bonitas, ni más palabras reconfortantes, era como si cabalgara con un extraño.

Cuando pensó que no podría dar un paso más, que se caería del caballo y no volvería a moverse, oyó su voz.

—Ya hemos llegado. —Pero donde debería haber habido excitación, ella sólo oyó derrota. Fue entonces, y sólo entonces, cuando se dio cuenta de que él pensaba que habían llegado demasiado tarde.

—¿Liam?

Pero él estaba trotando hacia el sonido del oleaje. Sobre las dunas cubiertas de hierba, vio una gran roca que sobresalía de la playa. Olió el mar, oyó el oleaje golpeando contra la playa y contra las rocas, pero las dunas le impedían verlo aún.

Lo siguió al trote, pero aminoró la marcha cuando los caballos empezaron a tropezar en la arena. En lo alto de la duna, se detuvo y silbó, luego esperó.

Un agudo silbido le respondió.

Entonces vio una luz desde la playa, que llegaba hasta el mar. Se dio cuenta de que debía de ser una señal de que habían llegado. Miró a través de la oscuridad y finalmente divisó los débiles contornos de un barco, estaban justo delante. Liam desmontó y la ayudó a bajar, y rápidamente desensillaron los caballos y su marido les quitó las bridas y los bocados, desató un paquete de la silla de montar, se lo echó al hombro, y le tendió la mano y empezaron a bajar por la playa hacia el mar.

A los pocos pasos ella cayó a la arena, sus piernas cedieron bajo su peso. Se detuvo, se inclinó, la levantó y corrió hacia dos figuras de pie en la playa, volviéndose hacia ellos.

Gavin y Miles.

Liam la dejó en el suelo y se abrazó a Miles, estrechándolo con fuerza, sin importarle su orgullo varonil. Cuando Miles finalmente forcejeó para liberarse, ella le soltó y se volvió para mirar hacia Liam. Estaba desatando el paquete que había traído con ellos.

Se volvió hacia ella. —Lleva a tu hermano al agua, —le dijo mientras se quitaba el pesado anillo que también era el sello de Lockhart.

Ella desobedeció la brusca orden y se limitó a observar cómo Gavin desenrollaba un cuerpo de una manta. Los dos hombres lo vistieron con el chaleco brillante y las otras ropas que Liam había llevado en Lockhart. Liam puso entonces su anillo en el dedo del hombre.

A continuación, los dos hicieron rodar el cuerpo hasta las aguas poco profundas. La marea podría llevárselo, pero lo acabaría devolviendo.

—¿Quién es?

—Un espía, —dijo sin más Gavin—. El barco está llegando.

—Maldita sea, —exclamó Liam—. Oigo jinetes.

En ese momento los demás también lo hicieron.

El bote se acercaba a la orilla, y ninguno de ellos esperó a que se acercara. Liam la levantó y corrió hacia el mar helado, arrojándola sin ceremonias al bote, y Gavin y Miles se lanzaron tras ella. Liam se catapultó a la barca mientras los remeros emprendían el regreso a mar abierto.

Un grupo de jinetes apareció en la playa. Sonaron disparos de mosquete. Los remeros aumentaron el ritmo de sus brazadas mientras una bala de mosquete golpeaba el bote, pero entonces los disparos empezaron a quedarse cortos.

Minutos más tarde, alguien la ayudó a subir al barco por una escala de cuerda. Respondiendo a órdenes en voz alta en francés, los marineros se apresuraron a desplegar las velas. El barco se alejó enérgicamente de la costa.

Caitlin se encontró en un camarote con Leana. Liam se había ido de su lado en cuanto había pisado cubierta, uniéndose al hombre que obviamente capitaneaba el barco. Un marinero la condujo al que debía de ser el camarote del capitán.

Leana la saludó con un abrazo. —Temía tanto por todos vosotros, —dijo.

—Especialmente por Gavin, —adivinó Caitlin en voz alta.

La expresión de Leana se volvió sombría. —Y otro tanto por milord.

Caitlin recordó lo que Liam había dicho, que Leana había sido una excusa para sus ausencias, nada más. Ahora se preguntaba si eso sería cierto.

Leana debía de haber notado sus dudas. —No en ese sentido, milady. ¿Le habló el marqués alguna vez de mí?

—No, —dijo Caitlin, apoyándose en la pared. Estaba muy cansada y, sin embargo, sabía que tenía que oírlo. Era la primera vez que alguien estaba dispuesto a hablar de la relación entre Leana y su marido.

—Tenía quince años cuando murió mi madre. Me permitieron quedarme si continuaba proporcionando las hierbas para la cocina y para las medicinas. Un día Sean me hizo una visita inesperada e intentó acostarse conmigo. Cuando le dije que no, se enfadó y me atacó. —Sus delgados hombros temblaban mientras contaba la historia—. Vino una segunda vez, pero Liam acababa de regresar después de la acogida y había venido a por unas hierbas para una cataplasma para un caballo. Oyó mis gritos y se peleó con Sean, casi lo mata. Estaba claro que Sean temía a su hermano, aunque yo había oído que al hijo menor se le consideraba un inútil y un bastardo. Le

dijo a Sean que si volvía a tocarme le mataría, y nunca más volvió a acercarse a mí, pero hizo correr la voz de que yo agradecía sus insinuaciones.

Leana se mordió el labio. —Liam me dijo que me daría dinero para ir a otro sitio y empezar, pero yo amaba mi jardín y la cabaña. Así que dejó que todos creyeran que era su amante. —Miró a Caitlin—. Pero nunca lo fue. Yo sabía que tenía reputación con las mujeres, pero ni una sola vez me tocó, él sabía que me preocupaba por Gavin.

Leana vaciló y luego continuó en voz baja: —El marqués siempre ha pensado lo peor de sí mismo, quizá porque su padre siempre le dijo que no valía nada, pero me salvó, igual que una vez salvó a Gavin de Sean. Igual que os salvó a usted y a su hermano. Siempre ha protegido a los que no podían protegerse a sí mismos, aunque él lo negaría. Lo llamaría un juego o una oportunidad de molestar a su padre, o a Cumberland. En realidad, siente odio por la injusticia, lo negaría hasta el día de su muerte, pero está ahí, fuerte como las raíces de un roble.

Caitlin sintió una humedad alrededor de los ojos. Estaba cansada, muy cansada, y sin embargo lo veía en su mente erguido como ese roble, sobreviviendo a la tormenta, al fuego y a la sequía, la sequía de pasar sin amor ni afecto. Ella había tenido tanto de ambos que siempre había tenido un sentimiento de pertenencia, pero él no había tenido ninguno.

—Luche por él, milady, —añadió Leana con voz suave—, porque él no luchará por sí mismo. Sólo sabe luchar por los demás.

—Gracias, —le dijo a Leana.

—No necesita darme las gracias, milady. No si puede hacerlo feliz.

—Lo intentaré, —dijo Caitlin. Ella dormiría, pensaría qué decir y lo encararía por la mañana.

Parecía que le gustaban los desafíos.

Liam estaba de pie junto a Renard, el capitán francés, que había tomado el timón. El viento era enérgico y las velas estaban llenas. No habían visto ni rastro de un barco británico, aunque Renard aseguró a Liam que su veloz barco podía dejar atrás a las fragatas, mucho más pesadas, de los británicos.

Llevaban ya ocho horas navegando y Renard empezaba a relajarse. Aún quedaba un largo y peligroso viaje hasta Francia, pero lo peor ya había pasado.

Aunque el joven Miles dormía y Gavin estaba acurrucado en algún lugar con Leana, varios de los pasajeros jacobitas estaban en cubierta. Todos les habían dado las gracias a él y a Renard.

No había visto a Caitlin desde que habían subido a bordo. Ella, según Leana, seguía durmiendo. Y bien que debía estarlo, era un milagro que no la hubiera cabalgado hasta la muerte. Ella había pasado por un infierno por su culpa, porque él no había sido capaz de contener su lujuria.

Ella estaría mucho mejor sin él, pero ese pensamiento era insoportable.

Volvió a centrar su atención en el capitán. —Aún no le he dado las gracias por esperar.

Renard sonrió. —Soy un admirador del Rey negro, —dijo—. Me daría mucha desolación verle acabar su vida en la soga.

Liam le estudió durante un momento. —A pesar de todo, —le aseguró—, tengo con usted una deuda que nunca podré saldar. Espero que lo recuerde.

—Lo haré, milord.

Liam entrecerró los ojos.

—Finalmente engañé a la bella Helen para que me dijera quién era usted, —dijo—. Ella temía que necesitaras ayuda extra.

—Usted y Helen ...

—Planeamos casarnos, milord. Ya no tenemos secretos entre nosotros. Ella quería esperar hasta que usted saliera.

Liam sonrió. —Por favor, llámeme Liam. El marqués acaba de morir, capitán. Ya no existe.

—Qué tragedia, —dijo el capitán con sorna—. Aun así, creo que la marquesa puede estar buscándole.

Liam siguió la dirección de los ojos del francés. Su esposa estaba de pie en la barandilla, mirando hacia él. Su pelo corto ondeaba al viento, rizándose imprudentemente contra su cara. Aún llevaba la ropa del muchacho, pero la chaqueta volaba abierta con el viento, y su camisa lisa perfilaba ahora la curva de sus pechos. Sus ojos estaban fijos en él, y sus labios se curvaban en una sonrisa seductora.

—Vaya con ella, —le dijo el capitán—. Es mucho más guapa que yo.

Liam estuvo de acuerdo con esa apreciación y pensó que nunca había visto una mujer más bonita. En cualquier caso, era hora de hablar, de contarle lo que había planeado para ella en Francia, amigos que ayudarían a los amigos del Rey negro. También debía advertirle que nunca revelara su identidad, se había cuidado demasiado de matar al tipo.

Cuando llegó hasta ella, Caitlin le tendió la mano, entrelazó sus dedos con los de él y le miró. —Milord, —dijo en voz baja.

—El marqués ha muerto, —respondió él.

—Echaré de menos sus brillantes ropas.

—No lo harás, —dijo Liam—. El tipo era un mal educado, un patán y un idiota ostentoso.

—Debe gustarme lo ostentoso.

Tenía un aspecto increíblemente atractivo. El sol magnificaba las pecas de su nariz, y sus mejillas estaban rosadas por la mordedura aguda del frío viento. Sus ojos brillaban y su pelo bailaba alrededor de su cara. Maldita sea, cómo la deseaba.

Recordó lo ocurrido la última vez que sucumbió a la tentación. No lo hagas, se dijo a sí mismo.

Pero al parecer ella no tenía esos reparos. Se puso de puntillas y sus labios rozaron los de él. —Te quiero, —le dijo.

Él empezó a sacudir la cabeza, a negar una bendición tan grande. —Lo que estás es agradecida, —corrigió—. Tienes las joyas, le debes a Miles hacer una nueva vida en Francia, allí estaréis a salvo.

—¿Y tú?

Intentó sonreír despreocupadamente. —Me voy a América, ya te dije que soy un trotamundos.

—Entonces me voy contigo, —dijo ella—. Tengo las joyas, puedo seguirte a cualquier parte.

Él estaba desconcertado, aunque sabía que ella haría exactamente eso, no entendía el por qué.

Los dedos de ella se acercaron a sus labios, acallándolos eficazmente. —No puedes decirme a quién amar o a quién no, —dijo ella.

Él quiso abrir la boca para protestar. En lugar de eso, se encontró mordisqueando los dedos de ella. Tenía razón, no podía decirle a quién amar y a quién no amar. Sólo podía advertirla, pero no quería hacerlo. No en este momento.

Ella sonrió. —¿No protestas?

—Sí, —dijo él—. No tengo título, ni oficio, ni mucho dinero. Lo que si tengo es ansias de viajar.

—Leana dice que tienes las raíces de un roble.

Él la miró con los ojos entrecerrados. —Leana dice demasiado.

—Ella te quiere, como también lo hace Gavin, y creo que también muchas otras personas.

Parecía asombrado, como si nunca se le hubiera ocurrido la idea. Su brazo la rodeó y la apretó. —No puedo ofrecerte nada. En Francia, podrías elegir entre varios caballeros, yo nunca seré eso.

—Tú, milord, eres el mejor caballero que he conocido, —dijo ella, llevándose la mano libre a la cara representando una dama desvalida—. Además, me marchitaría en Francia, —dijo ella—, me marchitaría en cualquier parte si no estuviera contigo. —Ella vaciló y luego dijo—: ¿O eres como todos los demás hombres del mundo, que creen saber lo que es mejor para una mujer?

Él se rio entre dientes. —Nunca diría eso, muchacha.

—Entonces sé que tú eres lo mejor para mí. —Ella dudó un momento y luego dijo insegura—: A menos que no me quieras.

—Ah, muchacha, ¿cómo puedes pensar tal cosa? Es sólo...

—¿Sólo?

—Ah, diablos, —se rindió. Se inclinó y sus labios tocaron los de ella, y entonces se perdió en ellos. Se perdió en la grandeza de su amor, en la gloria de su tacto, en el esplendor de su entrega.

Sus brazos se cerraron en torno a ella y por primera vez en su vida sintió que pertenecía a algún lugar. Se sentía amado, necesitado, y se sentía deseado. Todo por lo que luchar.

Sus labios abandonaron los de ella, le acarició la oreja y le susurró: —Te quiero.

El barco escoró entonces, y un montón de finas gotas se mezclaron con los rayos del sol y formó un arco iris.

Ella se puso a su lado, todavía cogiéndole de la mano, y juntos lo contemplaron. —Es para nosotros, —susurró ella.

Una ilusión, así lo había llamado así días atrás, pero ahora lo sabía mejor, era una promesa.

Sus dedos se apretaron alrededor de los de ella. Eran el uno para el otro. Ahora lo sabía con toda claridad. No sabía lo que les deparaba el futuro, pero estaban destinados a estar juntos, eran el uno para el otro.

—Sí, —dijo—. Para siempre.

Epílogo

El Piamonte, Virginia, 1751

Liam nunca había querido ser granjero.

Y sin embargo, ahora, sentado en su caballo, contemplaba las hectáreas surcadas y los verdes pastos en lontananza con no poco orgullo y satisfacción. Había producido algo bueno, algo de valor. Él y Caitlin; y Gavin y Leana. Algo propio.

Quitó los brazos de alrededor de su hijo de tres años, Caleb, lo levantó de la silla y lo puso firmemente en el suelo donde Jack el negro, que los había seguido, empezó inmediatamente a tirar de sus pantalones para jugar con él. Los dos eran inseparables.

Liam desmontó, luego cogió la cesta de Caitlin y ella se deslizó desde su propia montura hasta sus brazos. La abrazó durante un segundo, el tiempo suficiente para transmitirle su amor por ella.

Ahora se había convertido en una tradición. Sin duda, ella podía arreglárselas sola para desmontar, pero ambos saboreaban esos momentos brillantes en los que sus cuerpos se encontraban y compartían un instante de intimidad, un fuego repentino que se había quedado con ellos.

Por supuesto, disfrutaban de una intimidad más profunda e intensa entre las paredes de su habitación, pero después de cuatro años de matrimonio, Liam seguía sin saciarse de su mujer. Le encantaba mirarla, verla deslizarse entre sus brazos y sentir la dulzura de su cuerpo.

Disfrutó de su sonrisa mientras veían a Caleb reírse a carcajadas cuando el terrier saltó y le dio un lametón en la cara. —Ay, —exclamó Caleb, aunque parecía complacido.

Caitlin había querido venir hoy aquí. Habían viajado a este rincón de Virginia hacía cuatro años. Aún sin querer aceptar nada de Lockhart, habían vendido a regañadientes dos joyas, que como Caitlin señaló, eran suyas, por lo tanto ella podía hacer lo que quisiera con ellas. Transigió devolviendo las perlas a Malcom, que Liam las consideraba herencia familiar de Malcom, y que tal vez se casara algún día y las necesitara para su futura esposa.

Él y Caitlin; y Leana y Gavin, se habían casado en Francia. Liam había adoptado el apellido Logan, un nombre bastante común en Inglaterra, pero que también pertenecía a un clan escocés casi extinguido pero orgulloso.

Los Logan y los Graham juntaron lo que tenían, las ganancias de Liam y los ahorros de Gavin, y lo añadieron a la suma que recibieron por la venta del collar y los pendientes. Fue suficiente para el pasaje y la compra de seis caballos, que Liam pensaba criar. Unas partidas en una taberna de Williamsburg habían producido más ganancias, así como información sobre el

país. A ninguno de ellos le había apetecido quedarse en una zona bien poblada y con una fuerte presencia británica.

Sin embargo, un escocés les habló de un valle en el Piamonte de Virginia que acababa de ser colonizado. La mayoría de los colonos de allí se oponían a la esclavitud al igual que ellos. La tierra era barata y el pastoreo bueno, y se buscaba un herrero que casi de inmediato tendría un negocio próspero.

El cruce de Covey era un poblado nuevo, pequeño y sin encanto. Un hombre llamado Alvin Covey había construido una pequeña posada, y le habían seguido comerciantes para atender a los que iban más al oeste, siempre en busca de un lugar aún por civilizar. Había varias granjas pequeñas, y más allá del pueblo un gran valle. Covey tenía el título de propiedad de la tierra, pero sus dos hijos habían muerto de fiebre y ya no tenía interés en cultivarla, pero sí tenía interés en una herrería.

A Gavin le gustaban Covey y la zona. Los cinco, Liam, Caitlin, Miles, Leana y Gavin, se dirigieron al valle, acercándose a él desde una colina. Caitlin había exclamado complacida, enmarcado por unas montañas que a todos les recordaban a Escocia, el valle era rico, exuberante y verde y estaba alimentado por un arroyo claro y corriente.

Liam había tenido otra cosa en mente. Un puesto comercial, tal vez, o un establo, y sin embargo, cuando vio la esperanza en los ojos de Caitlin, volvió a mirarlo con otra ilusión. La hierba parecía buena para los caballos, tal vez podría criar caballos. Una pequeña granja no estaría tan mal, no con Caitlin.

Y no había estado nada mal. En realidad, le había encantado cada momento. Todo el mundo en el pueblo y en quince millas a la redonda vino a ayudar a enmarcar y construir una cabaña y levantar un granero. Él, Gavin y Miles desbrozaron suficiente tierra para cultivar lo suficiente para pasar el invierno. Y luego simplemente todo fue sobre ruedas. Encontró varios caballos finos a precios razonables, intercambió algunos con los que se trasladaban más al oeste, quedándose con los mejores para criarlos.

Aunque todo iba de maravilla, tenía miedo. En el fondo temía no ser digno de todo esto, no merecer a Caitlin y que un día ella descubriera el fraude que realmente era. El valle seguía sin ser su hogar, el lugar para siempre que Caitlin sí consideraba.

Cuando supo que Caitlin iba a tener un hijo, añadió una habitación a la casa, y nunca había conocido una alegría mayor que cuando había cogido a Caleb de los brazos de su madre y lo había abrazado torpemente. Sólo había esperado no decepcionar a este niño suyo, a este milagro. Quizá por eso Dios sólo les había bendecido con un hijo.

Caitlin extendió una manta y el banquete que había preparado. Era una tradición que ella había iniciado, cada año, después de terminar la siembra de primavera, llegaban a la colina y miraban la granja, añadiendo cada más territorio. Ahora tenían dos hombres contratados, ambos esclavos a los que habían dado la libertad, y ambos habían elegido quedarse.

Él le cogió la mano. Ahora era aún más hermosa, su piel brillaba y su cuerpo había desarrollado algunas curvas más con la maternidad, y sus ojos azul oscuro brillaban llenos de vida, amor y orgullo.

Había preparado un pollo asado y pan fresco con gelatinas y queso. Era un día agradable y cálido, con una brisa que acariciaba. Cuando terminaron, vio cómo Caleb se revolcaba con el

perro y luego se quedaba profundamente dormido con Jack despatarrado en sus brazos.

Liam la rodeó con el brazo, preguntándose cómo había podido burlarse alguna vez de la noción del amor. Se asombraba de ello a diario, y se sentía humilde.

Caitlin se inclinó hacia sus brazos y entrelazó sus dedos con los de él. —Quizá debamos pensar en ampliar la casa, —dijo perezosamente.

Como ella había sido la que había puesto reparos cada vez que él había mencionado la posibilidad, él la miró con sorpresa y luego vio la lenta y secreta sonrisa en su rostro.

La emoción le llenó, y sus dedos se apretaron alrededor de los de ella.

—¿Caitlin? —Su mano vaciló ante la tripa de ella, luego la tocó con asombro.

—Sí, mi amor, —dijo ella.

Un nudo creció en su garganta mientras sus dedos rodeaban los de ella. Dios había tenido a bien bendecirlos de nuevo.

Luego miró hacia el valle: el arroyo, rociado por los rayos del sol, parecía un collar de diamantes lanzado sobre un rayo de terciopelo esmeralda. Más al norte, la tierra recién cultivada formaba rectángulos ordenados que se volverían dorados a finales del verano.

El valle, les nutría y se había convertido en parte de su corazón, junto con la fe inquebrantable de Caitlin, la confianza infantil de Caleb, Miles, que se había convertido en un hijo para él y los amigos que lo habían arriesgado todo por él.

Su amor y su calor le habían hecho sentir completo, pero siempre había habido una semilla de duda, de que no se lo merecía.

Pero ahora... la satisfacción le llenaba, un hijo, otra nueva vida. El regalo de Dios.

Su familia y la tierra. Éstas eran sus joyas, y eran reales y sólidas y en parte de su propia cosecha. No eran una ilusión, ni ningún sueño que se hiciera añicos abruptamente como había temido durante tanto tiempo.

Su corazón se contrajo. Se inclinó y besó a Caitlin, sus labios rozaron los de ella con una ternura tan fuerte, tan penetrante que pensó que podría romperse con ella.

—¿Sientes que éste es ya tu hogar? —susurró ella.

Así que ella lo sabía, debería haber sabido que ella era capaz de leer su alma, y su corazón. —Sí, —dijo, mientras extendía la mano y la colocaba sobre el cabello despeinado de su hijo.

Y por primera vez, supo que era verdad.

Siguiente libro de la serie


Prohibido
SERIE ENFRENTADOS - 2
Desty Moore

Prohibido

Había renunciado a ella por amor, pero solo había conseguido añorarla más y hacer que ella le odiara.

Cuando Malcom MacTavish se enamoró de Megan Ferguson, no pensó en lo impropio de su unión al ser un bastardo. Pero cuando descubre que no podrá tener hijos, ama demasiado a Megan para condenarla a una vida junto a él cargada de obstáculos.

Aunque nada ni nadie podrá impedir que cuide de ella cuándo lo necesite.

Megan Ferguson nunca entendió por qué Malcom la abandonó sin darle una explicación. Pero debía casarse y optó por un hombre que la sometió y atemorizó durante años. Ahora, tras la sospechosa muerte de su esposo, Megan es acusada de su asesinato. Solo le queda pedir ayuda a su antiguo amor, aunque teme que, por culpa de su cercanía, su pasión por él vuelva a resurgir con tanta fuerza que le haga olvidar todo el daño que le causó.

¿Logrará Malcom dejar atrás sus temores y prejuicios para así tener un futuro junto a la mujer que ama? ¿Podrá perdonar Megan su rechazo y todo el dolor que tuvo que soportar por su cobardía?